
UNIVERSITY OF TORONTO

HISTORIA
DE LA
LITERATURA ESPAÑOLA
Y ANTOLOGÍA DE LA MISMA

POR

GUILLERMO JÜNEMANN

CON 27 RETRATOS Y UNA LÁMINA-FRONTISPICIO

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA) 1913
B. HERDER
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA, LONDRES Y SAN LUIS

HISTORIA
DE LA
LITERATURA ESPAÑOLA
Y ANTOLOGÍA


II



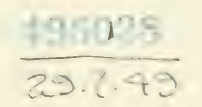
Joseph del Castillo la invento y dibuxó. *Manuel Salvador y Carmona la grabó.*

HISTORIA
DE LA
LITERATURA ESPAÑOLA
Y ANTOLOGÍA DE LA MISMA

POR

GUILLERMO JÜNEMANN

CON 27 RETRATOS Y UNA LÁMINA-FRONTISPICIO



FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA) 1913
B. HERDER
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA, LONDRES Y SAN LUIS



PRÓLOGO.

No cabe dentro del muy angosto marco de una historia literaria general sino una miniatura de las letras de cada país. La cual, por exacta que sea, si satisface a la verdad, no satisfará ni a la admiración ni al amor del que la hace ni del que la ve, a ser grandes ambos afectos y merecerlos aquél a quien se profesaren.

No cabe dentro de una miniatura una gran beldad. Por esto no he podido menos de trazar un cuadro más amplio de las letras españolas y, después de ofrecer al mundo hispano una miniatura en mi Historia general de las letras, ofrecerle hoy un cuadro vasto de las hispánicas.

Quien, como yo, mira tranquilo las letras universales y medita sobre ellas, ve cada vez más grandes las españolas; y sin ver empequeñecerse los grandes hombres de las otras, míralas a ellas cada día más pequeñas: incompleta la latina, informe la inglesa, heterogénea la alemana, frívola la francesa, la italiana vacía, nulas las demás.

La única que permanece en su alto pedestal, es la griega. Pero ella definitiva y, en general, acertadamente juzgada está. Por eso, aunque desearía acercarla más al mundo español, y rectificar uno que otro juicio menos recto que ha prevalecido en ella, renuncio por ahora a mi deseo, en obsequio de la española. Los días de la vida son breves y excesiva la labor.

He aquí lo que me ha impulsado a emprender el trabajo que presento al público; sin arrogancia, impropia de la investigación; sin timidez, más impropia todavía de ella.

Con criterio, esto es, con perfecto discernimiento de lo bueno y de lo malo, hay que escribir la historia. Escribirla con amor y con odio: con odio a lo malo, con amor a lo bueno.

Historias hay de la literatura española escritas sin criterio. Las hay donde no habla sino el amor; y alguna también donde el amor está casi siempre mudo y donde el odio habla como suele.

No sé si existen de otro tipo: el de la impasibilidad; ni sé si pueden existir. Tan grande es la literatura de España que no es dado mirarla con indiferencia.

He intentado escribir su historia, discerniendo, amando, odiando, pero siempre sereno, siempre en altura adonde no suban ni nieblas que ofusquen ni grita que perturbe.

En cuanto a mi *Antología de la Literatura española*, que va agregada a esta *Historia*, la norma a que ella se ajusta se halla expresada en la Advertencia que la precede.

Acoja el noble mundo hispánico su obra. Que obra suya es, y eminentemente suya. Porque, si con tanto amor a la verdad y con tanta benevolencia no hubiese acogido mi primer trabajo, nunca emprendiera yo este otro.

Franco, cual soy y debo ser, le confesaré que no tengo cómo agradecerle: su amor de la verdad, tantas veces amarga, me ha conmovido; que no hay bajo el sol nada que enaltezca tanto, nada que tanto conmueva como tal amor.

El autor.

ÍNDICE SINÓPTICO.

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

PRIMER CICLO. TIEMPOS ANTIGUOS.

(Siglos XII–XVI.)

SEGUNDO CICLO. EDAD DE ORO.

(Siglos XVI y XVII.)

TERCER CICLO. DECADENCIA. NEOCLASICISMO.

(Siglo XVIII.)

CUARTO CICLO. REFLORECIMIENTO. SEGUNDO SIGLO DE ORO.

(Siglo XIX.)

ANTOLOGÍA.

LISTA DE LAS LÁMINAS.

HISTORIA
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

INTRODUCCIÓN.

POR historia de la literatura se ha de entender solo la de las bellas letras y sus principales obras; y por bellas letras, las creadas por la fantasía artística. Las demás son meros productos de la erudición, esto es, de la inteligencia y la memoria, no de la imaginativa.

Míranse como obras literarias principales aquellas en que la imaginación crea algo, de alguna manera; en donde, por tanto, hay gran novedad, cierto tinte genial, cuando menos.

Tales límites fuerza es asignar a esta historia, si no se la quiere convertir en vasta enciclopedia literaria; para no hacerla interminable, hay que fijarle alguna linde.

CONSIDERACIONES GENERALES SINTÉTICAS.

Nacida en el siglo XII, crece la literatura española, hasta llegar a su apogeo en los siglos XVI y XVII; decae hasta casi morir en el XVIII; renace vigorosa en el XIX.

De estos cuatro ciclos el 1º es de fluctuaciones; el 2º nacional; el 3º de imitación; el 4º nuevamente nacional.

Siendo la literatura de España del todo nacional, para comprenderla bien hay que atender al carácter de la nación, formado por los tres grandes pueblos que, en dominación secular, le imprimieron indeleblemente su sello: los romanos, los godos, los árabes.

Al español más que a los otros latinos hízole romano el romano: hízole fuerte. Más que a los otros góticos, hízole godo el godo: hízole generoso. Hízole más árabe que a los otros agarenos el árabe: hízole fantástico.

Así, el español y sus letras son de eminente robustez, de un patriotismo y lealtad a toda prueba, admirable en algunos de sus excesos mismos; son de una religiosidad profundísima; de una

hidalguía y pundonor que frisan con lo inverosímil, aunque siempre sublimes; son, en fin, pueblo y letras, de una fantasía y de una pompa y magnificencia de formas que, si bien traspasan a menudo las leyes del buen gusto, crean y derrochan, aun entonces, maravillas sobre maravillas.

Todo ¿por qué?

Sangre germánica y sangre arábiga circulan poderosas por las venas del español, y nació en Roma, la grande, la soberbia, la despreciadora de los hombres, la temerosa de los dioses.

ANÁLISIS DE LAS CONSIDERACIONES GENERALES.

A. DOTES DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

Originalidad.

Nada hay que tanto enaltezca las letras y toda obra del humano entendimiento como la originalidad. La originalidad es el genio, el poder creador, el que en los dominios infinitos de la inteligencia y de lo bello imita de algún modo la grandeza divina. El genio helénico es el portento humano de la tierra, y siempre lo será, porque sacó del caos intelectual el mundo espléndido de la belleza, hizo brotar la luz que dividió entre la noche de la barbarie y el día del arte — del arte, que es la flor de la civilización.

Desapareció la musa helénica, mas no la luz por ella encendida. Inmortal creyóse la luz: a la musa, muerta para siempre. A la verdad, ni en Roma revivió ni en los largos siglos que corrieron sobre sus ruinas.

A España estaba reservado verla resucitar, no ciertamente con la delicada gracia helena, ni con sus finísimas proporciones, ni con aquel gusto que, por incomparable, se denomina ático; sino con belleza, a su modo también deslumbradora, menos ideal que la otra; mucho más terrena y aun española, pero luciendo terrenales atractivos, poderosos para inflamar al alma más fría, y, entre estos atractivos, un reflejo de lo alto, un fulgor de la idea cristiana, que compensa con creces muchos vacíos y muchas quiebras.

Ninguna otra literatura, ni la del Lacio ni las modernas, son originales; sino todas de imitación. Genios y talentos originales hay en ellas muchísimos. Las literaturas, empero, como tales, esto es, la inmensa mayoría de los literatos, no lo son.

Sonlo, en cambio, la casi totalidad de los españoles.

Original es el teatro de España, y originalísimo; original su mística; original su novela; original su sátira.

Sólo en la lírica y en la historia imitó. Generalmente, puédese decir que no penetra el cercado ajeno, ni nada toma de prestado. Y si algo toma, como lo mitológico, que tanto desfiguró y contrahizo las letras modernas, no le permite la pujanza propia asimilárselo; sino que al punto se desvía de ese terreno imposible de atravesar, toma por cualquier atajo y luego se vuelve a encaminar.

Nada pide prestado; da, empero, sin tasa, sin medida. ¿Qué literatura moderna no es deudora de la española? Cuál más, cuál menos, todas le deben. Cortar y adornar, no siempre bien, muchas veces mal, suelen los extranjeros las ricas telas y brocados de seda y oro hechos en la península.

Universalidad.

De admirar es también la singular extensión, la universalidad, de la literatura peninsular. Las otras abarcan mucho menos. Unas descuellan en unos géneros; otras en otros; sólo la griega en todos. La cual, es verdad, aventaja mucho a la nuestra en la épica y la lírica, é incomparablemente en la elocuencia y la historia.

Podríamos decir que, aunque fragmentarias, en mil trozos diversos, esparcidas acá y allá por los otros géneros, hallamos verdaderas riquezas épicas en los dramas históricos — por ejemplo, en «La prudencia en la mujer» —; líricas en todos, y oratorias por doquiera. Pero no hagamos caudal de estas dispersas preciosidades, de estas perlas por ensartar: que, ricos, no necesitamos de ellas. Confesemos, aun faltando a la verdad, carecer de estos géneros, materialmente considerados. Confesemos que, en rigor, es la helénica la única literatura universal — universal en todo lo que pudo serlo, en todo lo de la tierra; aunque se remonta sobre las nubes, hasta donde al espíritu le es dable remontarse. Universal en todo lo profano. Hasta el cielo pudo llegar, hasta sus primeras lindes: más allá, no. Que no le era dado penetrar sus misteriosas y fulgentes penumbras, henchidas de fragancias embriagadoras, las que no le cupo más que adivinar, cegada de sus esplendores y anonadada de su dicha. Por lo cual, universales las letras helenas en lo profano, son nulas en lo sagrado. Pero las hispánicas son propiamente universales, pues comprenden tambien todo lo sagrado. Por todo lo sagrado van; por todo ello penetra su mística y dondequiera crea bellezas nunca vistas y del más consumado primor.

¿Qué literatura es, cual ella, para todos, para todas las edades, todas las épocas, los momentos todos de la vida? ¿Dónde, sino en el mundo español, nace y crece el niño y vive el hombre y muere sin dejar nunca de la mano las joyas de las letras? ¿Dónde acompañan ellas hasta el templo, hasta el ara, hasta la muerte, hasta la tumba? Sólo en España.

Solo aquí revestido está de belleza cuanto habla y suspira el alma en sus más hondas profundidades, en su comercio inefable con el cielo: desde la más sencilla plegaria hasta el más férvido ruego; desde la más llana instrucción religiosa a la más íntima meditación; del afecto más tierno e infantil al éxtasis más seráfico.

Siempre se está en tierra tan feliz rodeado y acariciado de suavísimo ambiente estético. ¡Qué potencia la del genio español, que pudo lo que no pudieron ni las más ilustres edades cristianas, ni sus mayores ingenios, ni todos sus siglos; esto es: crear una mística universal y universalmente perfecta! Donde, modestísima, de sencillez arrobadora, se atavía la piedad con las más ricas galas de la tierra y en ellas envuelta preséntase, sin temor y sin rubor y orgullosa de ellas, delante del mismo Dios.

Catolicismo.

Católicas, eminentemente católicas son las letras españolas; caracterízalas el espíritu católico, que las informa, que anima a los autores, que alienta en sus obras, hasta en las más profanas y de suyo menos accesibles a él.

Menester es llegar al siglo XIX, el de la apostasía religiosa y, por ende, nacional — que el catolicismo fué el alma de la nación hispana —, hasta ahí es menester subir, de siglo en siglo, para encontrar unos pocos autores, más que impíos, escépticos, de escepticismo y arte deletéreos, sombríos, helados, decadentes, no nacidos en tierra ibérica, sino importados, por decirlo así, de la frívola, burlona Galia, y, en primer término, de la sombría, nebulosa Albión y la racionalista, soberbia Germania. Pero, aun en estos malaventurados discípulos del extranjero se descubre algún fondo de fe y de reminiscencias patrias, que de cuando en cuando llega a despedir luz y fulgores: tan poderosa ha alentado en España la fe católica y tan inagotable es su patrimonio aun en manos de hijos raquíticos y dilapidadores.

Gloria de la Iglesia católica son por tanto las letras españolas; que a su sombra nacieron, florecieron y fructificaron con tanta

magnificencia. Al paso que en los otros países católicos, si bien son católicas las mayores obras, distan las literaturas de serlo, por las muchas producciones acatólicas y anticatólicas, que les quitan tal carácter.

El sacerdocio literario.

Timbre es igualmente de honor para la Iglesia el que sus ministros mismos no sólo no huyeran de las letras profanas, ni las desdeñaran, sino que las tuvieran en tan alta estima y las juzgaran tan compatibles con su sagrado carácter y las funciones del santuario, que ellos mismos las crearon, cultivaron, adelantaron y levantaron a la cumbre de la perfección.

Fuera de los numerosos eclesiásticos que brillaron en las letras, sacerdotes fueron, todos tres, sus mayores dramáticos, que son de los mayores del mundo: Lope, Calderón y Tirso.

Y la Iglesia, por su parte, como grande y magnánima amiga y fautora, según siempre ha sido, de toda humana cultura, hizo mucho más que tolerar en sus representantes tan nuevo y peregrino empleo de la vida y de los talentos recibidos del cielo para el cielo: glorióse de él: estimulólo con sus elogios y consagrólo con sus recompensas.

La Inquisición respecto de las letras.

Y aquí es del caso preguntar por qué sólo en la tierra ibérica realizó el espíritu católico tamañas esplendideces.

¿Sería efecto únicamente de la raza o de quién sabe qué cúmulo de felices circunstancias?

Siendo evidente que el espíritu religioso es la luz y el calor de las letras y artes: la luz del entendimiento, el calor del corazón, luz y calor sin los cuales, por propicio y fértil que sea el suelo, no han crecido nunca ni podrán crecer plantas poéticas lozanas, provechosas; siendo esto evidente, como lo es, eslo también que ningún espíritu favorece tanto a las letras como el católico, pues ningún otro es tan pura y altamente religioso. Es asimismo de primera evidencia que, cuanto más impere dicho espíritu, más benéfico será a la literatura.

Pues bien, cual en ninguna otra parte, imperó en España.

¿Merced a qué? Merced, sin duda a la Inquisición.

¿Hizo ella mucho malo? — Condenémoslo indignados.

¿Hizo mucho bueno? Aplaudámoslo alborozados.

¿Hizo lo malo de suyo, como institución? — No; sino abusivamente.

Pesado en justa balanza lo bueno y lo malo, ¿cuál prepondera? Mucho, sin disputa, lo bueno. Luego: la institución no es condenable ni en sí misma ni por sus consecuencias. — Indulgentísima en lo tocante a la moral, rigidísima, tiránicamente rígida, en orden al dogma, ¿quien duda que, en vez de aherrojar a las letras, las encauzó y apartó de la ruina del desenfreno heterodoxo?

Serenidad.

Del genio, dueño siempre de sí mismo y siempre inspirado y dirigido por el espíritu de la fe, fluye la serenidad; que es una de las dotes más envidiables y preciosas de una obra. — Sólo causas tan pujantes como el genio, el dominio perfecto sobre sí propio, el espíritu religioso — que a partir de la era cristiana no puede ser otro que el católico — estas causas son las que producen aquella calma, alegría, transparencia, que constituyen la serenidad. Así como ellas constituyen la de los cielos; de la cual es vivo reflejo la del alma; que a su vez se refleja y fulgura en el verbo, que de ella dimana vivo.

Tan sólo merced a estas tan poderosas fuerzas unidas entre sí, fórmase en el espíritu la serenidad; se transmite a la palabra escrita, y reina en ella una serenidad que serena. — Sin genio, el alma no concibe con potencia capaz de comunicarse. Sin dominio sobre sí mismo, no callan sus pasiones, ni sosiegan las grandes y pequeñas ondas del corazón. Sin espíritu católico, o al menos profundamente religioso, ni un titán domina y conjura tanta tempestad, zozobra y movimiento como sin cesar levanta la pasión en el pecho humano. Nadie logra serenarse si no mira la vida con amor, la muerte sin sobresalto, la tumba sin espanto, la eternidad con alegría. — La fe sola vive serena.

No es por tanto extraño que, siendo tan sinceramente católico el genio español, y siendo tanta su fuerza intelectual y moral, esté siempre sereno; que razone sereno; que ría sereno, que gima y llore sereno.

En esta peregrinísima dote es igual el español al griego. Pero solo el español; fuera de él ninguno.

En el Lacio serenos son no más que Cicerón, doquiera, y Ovidio, en sus obras serias. — En lo moderno, apenas saben de serenidad las obras extranjeras.

Ni el Dante, con todo su genio y catolicismo, lo es; porque no logró dominarse a sí propio: culpa suya fue que no aquietara la fe, en él, las pasiones.

Pues sobrada eficacia tiene ella para aquietarlas. Y nada se le opone tanto como la misantropía, natural y punto menos que necesaria en el incrédulo talentoso; pero casi inexplicable en el creyente; quien, estando muy lejos de odiar al hombre, compadecele en sus mayores extravíos, y mirando en él la imagen y amor divinos, no puede menos de amarle.

Humor.

Incomparable es en el humor la literatura española. En él las aventaja a todas. — Desde aquel inmenso arranque humorístico sublime que se llama el Quijote, hasta las más fugitivas notas literarias, durante todo el imperio del genio español, hasta muy entrado ya el siglo XIX, juguetea el humor por dondequiera, en la mística misma, no pocas veces harto risueño aun en el gravísimo Ávila y el grave Granada, arrebatado aquel del torrente de su fervor, éste del de su elocuencia.

Ni en la sátira, donde tan fácilmente suelen reinar sin contrapeso la amargura, el mal humor, la saña, y donde en toda otra parte reinan, jamás faltó a los ingenios ibéricos su buen humor. Mordaz y cáustica acostumbra volar y herir la flecha, ya que tal ha nacido; pero nunca va envenenada, ni sangrienta.

No se ensaña ni con el vicio; mucho menos con el hombre. Aborrece a aquél, zahiérelo, hácelo ridículo. Pero el vicioso, al mirar a su vapuleador y verle tan risueño, tan sin hiel, y como, cansado de reírse de él, se ríe de sí propio, desármase; y a las veces, lo que parecía duelo feroz y a muerte, acaba en mutua carcajada y mutuo abrazo.

Vitalidad.

Del todo extraordinaria, única, finalmente, es su vitalidad. Porque a diferencia de todas las otras literaturas, tanto antiguas como modernas, que no tienen sino una sola edad de oro, tiene la española dos: la clásica y la neoclásica del siglo XIX. Esto realza su grandeza, ya que vitalidad significa fuerza; fuerza, imperio; imperio, grandeza.

B. DEFECTO.

Mal gusto.

Padece — digámoslo sin ambages ni reticencias — la literatura española entera este grave defecto. Pues, salvo uno que otro autor,

uno que otro libro, plagada está por entero y en parte viciada por el. Sobre todo la lírica; donde muy pocas son las obras y menos aun los poetas de gusto irreprochable. Y aquí, por no ser ni profundamente inspirados ni profundamente sentidos la mayor parte de ellos, es más funesto este vicio. Que en la dramática, en que, a excepción de Lope, tambien se espacia, no campa, por no afectar al fondo mismo de ella; que son los hechos, los caracteres, el dialogo; donde el genio inspira, mueve y arrastra al dramaturgo con tanta y tan ingénita y como instintiva fuerza, que de ella queda señoreada y ahogada esa especie de falaz reflexión y vuelta violenta sobre sí mismo, que ha menester el espíritu elevado y robusto para entretenerse en ese linaje de brillantes bagatelas y cometer, a su brillo y por amor suyo, tales desaciertos.

De esta suerte, como a pesar suyo y olvidados de sí mismos, evitan los dramáticos el correr la triste fortuna de los líricos.

— — — — — — — — — — — — — —

¿Que explicación tiene este al parecer inexplicable fenómeno del predominio del mal gusto? ¿Cómo se compadece la inteligencia con tan lamentables descarríos de ella? ¿No es una de sus más primordiales manifestaciones el criterio? Y ¿puede coexistir el criterio con la perversión del gusto?

Suponen el criterio y el gusto cierta delicadeza y finura intelectuales, que suelen faltar a los espíritus vigorosos, y en primer termino, a los poetas. Que se dejan arrastrar de su numen; y aun parecen a veces conocer sus propios dislates, sin osar eliminarlos de sus obras, por hallar en ellos — como de ordinario la hay — alguna belleza; o por un excesivo e irracional amor no se atreven a sacrificarla en aras del gusto.

Pero fuerza es decir — no por disculpar sino por atenuar — que cuantos genios no han frecuentado la escuela única del gusto, la helénica, han pecado contra él como los españoles, y aun más que ellos. El mal gusto del solo Shakespeare suma el de Lope, Calderón y Tirso.

Todas las especies principales del mal gusto: declamación, agudezas, afectación, padeciólas, hasta en sus mejores tiempos, la literatura española. Recorrió estos tres estadios, que acostumbra recorrer el gusto cuando degenera.

Primero, para simular estro y elocuencia, deciama con palabras rimbombantes y frases sonorosas y de efecto.

Luego se ingenia en antítesis, juegos de palabra y toda suerte de rebuscados artificios, para ostentar talento y disimular la vaciedad y falta de interno calor poético.

Y cuando ya ha tocado en tan escabroso terreno el ingenio, no se detiene, sino que, confundiendo la belleza ficticia, aparente, ilusoria con la real, va resbalando velozmente hasta dar en honduras de donde es casi imposible salir; esto es, en la afectación completa, la hinchazón y pedantería, que es la muerte de las letras.

Padeció España estas dolencias literarias tanto más fácilmente cuanto ellas, para imponerse al público, suponen imaginación y talento, los que la península siempre ha poseído abundosos.

Sin embargo, su mucho empuje intelectual preservóla de que pereciera su literatura, esterilizada y agostada de cierzo tan asolador. El cual arruinó por siglos a las otras literaturas europeas.

Una prueba más de la invicta fuerza del genio español.

C. OBJECIÓN.

Es el mal gusto el único defecto notable que achacarse puede a nuestra literatura. Los demás que se le suelen achacar, no lo son. — Tíldasela de crédula, supersticiosa, fanática, y en ella al pueblo que encarnó en sus letras, como pocos, su ser entero.

Viejos, viejísimos cargos. Con todo, la protesta y la impiedad, que no han podido nunca perdonar a España su catolicismo, no cesan de imputárselos.

Si se les contesta que lo sobrenatural y milagroso, cualquiera que sea su verdad absoluta, probado o no, puede tener, y tiene de hecho en los poetas españoles, de ordinario, mucha verdad relativa, verdad que siempre ha bastado y basta a la poesía y que, además, muy a menudo es legendaria y muchísimas otras veces histórica; — si se les dice todo esto, que en crítica es inconcuso, callan a todo y prosiguen impertérritos repitiendo el cargo. En vano es asimismo notarles que la fe en lo maravilloso está fundada en la naturaleza misma y tan hondamente en ella radicada que ningún esfuerzo ni todo el afán de los que se precian de incrédulos — que comúnmente son los más crédulos del mundo — es poderoso a arrancarla de ella.

En vano les añadís que, aun dado caso — lo que es imposible — que la voz de la naturaleza mintiese, la poesía y el arte no tratan sino de reflejar la naturaleza y de tomar de ella lo conducente a

su intento; y que nadie pone en duda que lo es, y sobre manera, lo maravilloso.

En vano es redarguirles que el alma exaltada se forja a cada paso fantasmas, que adquieren en la fantasía todas las formas y consistencia de la más viva realidad; como la memorable sombra de Banquo ante los ojos de Macbeth.

Ni vale rebatir a los detractores de las letras hispanas con sus mismas armas, recordándoles que ni ellos, ni crítico alguno de la tierra han echado en cara a Shakespeare el uso frecuentísimo que hace de cuanto prodigioso y aun absurdo pueden inventar la ignorancia y superstición más crasas y vulgares.

Ni les abre los ojos el ejemplo de los antiguos, que emplean lo sobrenatural sin tasa ni medida, conforme a su religión. ¿Quién nunca, ni de los mismos que denigran por supersticiosos a los poetas españoles, se ha atrevido a censurar por ello a los clásicos latinos o griegos? De consiguiente, aun suponiendo que lo maravilloso del cristianismo no tuviese fundamento alguno histórico — y los tiene tantos y tan indestructibles — ¿sería justo increpar por credulos a los españoles y no a los clásicos? ¿Dónde están la justicia y la lógica?

Empero, bastante vindicada, podríamos decir, está por sí misma la literatura española, y no necesita de otras vindicaciones.

Porque, así como la clásica prueba la verdad relativa de sus prodigios por la fuerza poética con que avasalla todos los entendimientos; así también la prueba la española, avasallando a sus detractores mismos — como más de una vez ha acontecido —, si se ponen de alguna manera en contacto con su mágico poder.

PRIMER CICLO. TIEMPOS ANTIGUOS.

(Siglos XII—XVI.)

PRIMER PERÍODO.

(Siglo XII.)

NOCIÓN PREVIA.

1. Rápida, muy rápidamente pasaremos por la época primera: la formación de la literatura española. No escribo un tratado erudito. Aun en ellos la erudición suele dañar más que aprovechar: fatiga, agobia al espíritu; y, por esto, con irresistible fuerza repulsiva, retráele del objeto que el erudito le ha intentado acercar ilustrar, hacer amar.

Quiero escribir un libro útil, y, en la medida de mis fuerzas, agradable.

2. Contentémonos por tanto con esbozar sumariamente la infancia literaria de España; para satisfacción de nuestra curiosidad, que pregunta de dónde ha venido, y cómo ha crecido el ser que se nos presenta desarrollado, de recia, atlética complexión, de bellas y graciosas proporciones, revestido de hermosura.

3. Pero, más que mera curiosidad, es el deseo de conocer esta infancia; es el de seguir su crecimiento: ver cómo, cuándo, por qué creció; cuándo empezó a desenvolverse; cuánto tardó; quién le nutrió y cuidó; qué impulsos recibió de fuera; qué es propio y qué es extraño en él.

4. Sólo así se le comprenderá bien: se sabrá dónde está su fuerza y dónde su flaqueza; qué ha de buscar y qué huir. Se sabrá en qué edad se halla de la vida, y si ésta ha de ser efímera o larga; qué vejez le espera, o si puede — lo que comúnmente se niega — prometerse la inmortalidad, y qué ha de hacer para alcanzarla o resucitar a ella.

Cuestiones a cuál más interesantes.

Desflorémoslas; y con la última, terminemos nuestra labor.

ORÍGENES.

Poesía.

1. Con el romano imperio cayó, así en España como dondequiera, la romana civilización. Por la espada, unicamente por la espada, habíase alzado: por la espada hubo de caer. Que la espada llama a la espada, y no hay fábrica tan debil como la que ella fabrica.

Cayó Roma al hierro de los bárbaros, y no hubiera dejado en pos de sí mas que huellas sangrientas, de no salvar el cristianismo lo que, en el inmenso y súbito naufragio, era dable salvar.

2. Ni se diga que, vencidos los griegos, vencieron por su civilización a los vencedores; y que no aconteció otro tanto con los bárbaros, por ser ellos más difíciles de civilizar que Roma. No fué la pérdida de la civilización romana culpa de los invasores, sino de los invadidos. Eran aquéllos por ventura, en orden a inteligencia, índole y costumbres, incomparablemente mejores que esos romanos fieros y feroces, hasta que, en cuanto eran suavizables, los suavizió la cultura helénica.

3. En España alcanzaron una breve florescencia las letras latinas cristianas; que segó la invasión gótica.

4. Apenas hubo ésta dominado y asimiládose el elemento romano, cuando, sin dar tiempo a la idea cristiana de coronar con las letras su obra civilizadora, asomó la terrible cimitarra del árabe; que devastó y anonadó lo que había quedado en pie de la civilización de Roma.

5. Luego comenzó, desde las montañas septentrionales, lenta, pero segura, aquella incomparable, gloriosa y siete veces secular guerra de reconquista: la hazaña nacional más grandiosa y sublime que registra la historia.

Con el acero en la mano todo el día, todo el año, toda la vida: durmiendo sobre él en la noche, sobre él en la tumba, ¿pudo ese pueblo heroico cual ninguno, cual ninguno batallador, tener tiempo, tener calma, tener fuerzas para modular algún acento poético?

6. Y los moduló. Aunque tarde; o más bien: temprano. Porque, aun en medio del estrépito de las armas y el fragor de los combates, empezó a cantar, cantar sus *cantares de gesta*, de hazañas; a celebrar sus armas y sus triunfos. Otra nación tal vez hubiera necesitado muchos siglos más para darse a las letras, o acaso hubiera permanecido muda por siempre. España, empero, soltó la lengua al estruendo mismo de su propio batallar y trocó sobre el campo de la lid en cantares la grita de la lucha.

7. Despertó ya para la poesía en el siglo XII. En lengua románica o romance habíase ido convirtiendo el latín. Y esta nueva lengua, formada en el transcurso de tan turbulentos siglos, atestigua con su incesante desenvolvimiento y creciente perfección que la inteligencia del pueblo y la finura de su oído no sólo no

sucumbía al rigor de las armas, pero sobreponíase a ellas y a despecho suyo iba creciendo y perfeccionándose.

Porque el idioma, su belleza o deformidad intrínsecas y eufónicas, es irrefragable testimonio de las dotes intelectuales del pueblo que lo forma. Una lengua pobre, inflexible, dura, arguye dureza, inflexibilidad, indigencia intelectual de la gente que la habla.

Si no tuviésemos otra prueba de ser el pueblo helénico el primero del mundo, bastaría la belleza y perfección de su idioma para probarlo. Así también basta el español, con su riqueza inexhausta, su flexibilidad, claridad, justo equilibrio entre vocales y consonantes, su sonora majestad y armonía — basta el idioma español a patentizar la superioridad de la nación. Que él, en perfección y eufonía, supera a las lenguas modernas, al latín mismo, y mucho se avecina al griego.

8. Al paso que el habla se va desarrollando y atravesando la infancia, va despertando más y más el ingenio poético, apaciblemente, con aquel lento despertar que suelen los talentos vigorosos. Apenas adquirió forma el idioma; apenas pudo en él expresarse la idea, cuando ya porrumpió en acentos infantiles, pero energicos y a menudo felices.

Son acentos narrativos o épicos los primeros: la naciente musa canta a los héroes nacionales y sus proezas.

9. Sus hermanas románicas, la itálica y franca, gracias a la paz y prosperidad seculares de que gozaban, habiánsele adelantado mucho, y hablaban cuando ella a duras penas balbuceaba.

Natural era que aprendiese de las otras; y aprendió, particularmente de su vecina, la francesa.

10. Pero tan felices eran sus disposiciones y precoz su talento, que lo que aprendió, ni lo quiso retener, ni lo copió, ni lo imitó a guisa de los que carecen de fuerza intelectual congenita, sino que lo desechó al punto, y en virtud del impulso recibido creó luego y prosiguió creando algo mucho mejor.

Y de tal suerte aventajó a sus maestras, que ellas en breve, maravilladas de los dotes de la discípula, comenzaron a su vez a aprender de ella; sin jamás acabar de aprender, ni de comprender las habilidades y el arte de la que ni para aprender ni para seguir había nacido, sino para enseñar y capitanear.

11. Más bien que lecciones, pues, dieronle solo el primer impulso los trovadores provenzales y épicos franceses; ayudaron a andar a la que, dotada de firmísima planta, era capaz ya de andar

por sí sola; aunque tardara por ventura más y anduviera tropezando y cayendo.

12. A cantares de la cuna del genio español, entretejida con humildes mimbres y juncos, cantares entonados en torno de ella y para ella, nos suenan los cinco vetustísimos poemas del siglo XII: los de los *Reyes Magos*, el de *Santa María Egipciaca*, la *Crónica del Cid* y el *Poema del Cid*.

13. En ellos ya se ostentan hermosa e indisolublemente hermanadas, como preludiando lo porvenir y las glorias de las letras castellanas, sus dos grandes y eternamente arrebatadoras notas, que son las de toda verdadera y alta poesía: la religión y la patria; el amor a Dios y el amor al hombre.

¡Hermosa iniciación la del genio ibérico el celebrar el amable misterio de la infancia del Salvador y la vocación de las gentes a su cuna y a su amor! el celebrar al inmortal y un tanto mítico héroe castellano, como celebrándose en él a sí propio y sus propias virtudes: su patriotismo, su lealtad, su indómita bravura! el celebrar, por fin, a la famosa y legendaria penitente del desierto! A la cual ni el anticatólico Gœthe pudo menos de rendir un testimonio de sincera admiración a la postre de su vida y de su «Fausto».

14. Religión, patria, romantismo piadoso: estas ideas generatrices de la poesía española, y de toda poesía, hanse de ver realzadas en esos poemas, prescindiendo de su frialdad, monotonía, ausencia total de arte. Por tanto, interés relativo, extrínseco, excitan y pueden excitar ellos por sí. Las ideas dominantes, la fuerza poética que las produce; los esfuerzos desplegados; la futura facundia del infante, anunciada en su balbucir: esto y no otra cosa se ha de buscar en las edades infantiles de las letras. Lo que es no poco, ni de poco interés.

15. Hasta ahora la épica ha sido sólo vulgar: hala cultivado sólo el vulgo.

Conservará durante el siglo XIII su carácter popular, pero se le asociará el erudito. Y esta amalgama poética se realizará en dos narraciones épicas: *Poema de Alejandro el Grande* por Juan Lorenzo de Segura, y el anónimo *Poema de Apolonio*.

Fantástico-heroicos, inclínanse estos poemas fuertemente al género caballeresco, que anuncian.

Entrambos son toscos ensayos; así como el anónimo *Poema de Fernán González*, héroe popular castellano.

16. Por entonces se percibe una nueva nota: la bíblico-mahometana, en el *Poema de Yussuff* (= José).

17. Aquí ya principia a advertirse otro fenómeno característico de la literatura ibérica y que más tarde, durante todo su apogeo, será un sello suyo privativo: el de ser sus más fervientes y principales cultivadores los eclesiásticos.

Lo son, en efecto, Juan Lorenzo de Segura, y otro poeta representante asimismo del movimiento vulgar erudito: Gonzalo de Berceo.

Prosa.

18. Con muy propia fisonomía está, en el *Fuero Juzgo*, totalmente ya desprendido de su corteza latina el nuevo idioma: el español. Al par que preciosa reliquia de la sabia legislación visigoda es el Fuero el monumento más antiguo de la prosa castellana.

Concisa, clara, enérgica y suave, hasta con ciertas formas superiores a las clásicas, rompe aquí a hablar, en la republica de las letras y en la de la ciencia, la lengua castellana, sonando como el código a rudeza y blandura, imperio y suavidad.

19. Rompe a hablar cuando los demás idiomas occidentales aun no lo saben, cuando apenas articulan lenta y laboriosamente.

SEGUNDO PERÍODO.

(Siglo XIII.)

Poesía.

1. Natural e invenciblemente propenso a la sátira el espíritu español, como el de toda la raza latina, pero mucho más ingenioso en ella que las otras naciones románicas, había tardado no poco en despertar para las letras, atendida, no la fecha de su despertar, sino su espontánea inclinación y notabilísimas aptitudes.

2. Y, ¡cosa singular! dió principio a la sátira en España un sacerdote, cuyo grave ministerio no parece a primera vista ser muy compatible con tal ejercicio.

Mas, residiendo la cultura principalmente en el clero, que la había salvado de su ruina, y bullendo y pugnando el potente genio hispano por romper las ligaduras con que los seculares y hondos trastornos de la nación habíanle tenido encadenado, ¿no era también natural que desde luego diese todos sus primeros frutos en el clero? ¿No iba él, como siempre fué y va, a la

vanguardia de la civilizacion? ¿No ha sabido el siempre seleccionar atinadamente a los suyos, formarlos atinadamente, cual nadie? ¿No es su estado favorabilísimo al cultivo de las letras, cuando no lo inhibe alguna estrechez de criterio moral?

3. Ninguna lo inhibió afortunadamente en España. — Antes libérrimo siempre, a veces sobrado libre, fué el criterio del clero español literato en orden a la moralidad.

Sobrado libre fue tambien el del padre de la sátira hispánica, **Juan Ruiz**, llamado comúnmente el **Arcipreste de Hita** — de donde lo fue —; el cual en el *Libro de buen amor* coleccionó, en revuelto y monstruoso conjunto, sus poesías, donde buenos rasgos satíricos alternan con patochadas e insulseces; con cínico desenfreno, acentos de piedad: trasunto fiel, así moral como literario, de aquella época de transición; época en que luchan fuerzas e inclinaciones opuestas, que producen un violento desconcierto y mortal antagonismo.

4. Al lado de la Iglesia y en noble consorcio con ella — pues a la sazón lo estaba en España — dióse también la Sinagoga a cultivar la literatura castellana; y fué uno de los buenos poetas del siglo el rabino **Don Sem Tob**, de Carrión; personaje ilustre e influyente en la corte. Un tratado didáctico-poético de moral: *Consejos y documentos al rey Don Pedro*, se le atribuye con bastante fundamento, y con poco la *Danza de la muerte*; escritos que no carecen de poesía.

5. No carecen tampoco de ella las *Cántigas a la Virgen*, compuestas en gallego por **Alfonso X de Castilla.**

Prosa.

6. Por este mismo famoso rey (grab. 1) alcanzó la prosa mayores y más visibles progresos que la poesía, merced al fortísimo impulso que el le dió por medio de sus *Siete Partidas*, el más celebre código medieval, y que hace cumplido honor al soberano a quien, no obstante la falta de tino político y doméstico, que le hundieron en doble infortunio, apellidó «el Sabio» su siglo, admirado de sus luces y de su saber.

Base son las Partidas de la legislación española, dictadas de consuno por la ciencia y la experiencia: por un profundo buen sentido, por la reflexión y el cabal conocimiento de los hombres de su tiempo. Es una como enciclopedia del saber político y religioso de la época. No se limita el legislador a legislar grave

e imperioso: imperioso y grave razona dondequiera y funda su leyes.

Este paso atrevido de querer unir las letras a la ciencia — el que ya hemos visto en el Fuero Juzgo y que en las Partidas va subiendo de punto — marca la medida de los altos vuelos del ingenio de la raza. Inconciliable será la forma artística, y lo es, sin género de duda, con la árida legislación y otros ramos de la descarnada ciencia; que tendrán, de grado o por fuerza, que contentarse con la correcta y, a lo sumo, elegante dicción. De aquí no les es permitido pasar.

Pasó el Rey Sabio, y merced a haber audazmente pasado, nos dejó una obra, no por cierto propiamente de arte ni de perfecta literatura, pero de cierta gracia en el decir y sembrada de frases robustas y elocuentes. En ella toma un incremento nuevo y asombroso el idioma; el cual, aunque no resplandece todavía con la riqueza y perfección de los siglos de oro, muéstrase ya con belleza clásica y apto para cuanta labor literaria de prosa llana se quiera hacer en él.



Grab. 1. Alfonso el Sabio.

7. Avanzando aun más en la carrera de las letras, Alfonso X, crítico e investigador de los hechos, creó también la historia patria en su *Crónica general de España;* introdujo en las letras hispanas el elemento parabólico oriental, e hízose tan benemérito de ellas y de la cultura nacional, que en la edad media no se levanta en la Península figura alguna que con él pueda compararse.

8. Del elemento oriental no tardó en aprovecharse el infante Don **Juan Manuel,** magnate castellano, de esclarecido ingenio y tan marcial espíritu, que desde los doce años de su edad empuñó la-

armas: las cuales no absorbieron su actividad ni embotaron los filos de su talento. Antes bien, partiendo de libros de oriente, patria de la parabola, escribió el *Conde Lucanor* o el *Libro de Patronio*: que tal se llama el consejero y maestro del Conde, quien le plantea problemas morales y políticos, que aquél resuelve por medio de cuentos y apólogos.

Escribe no sin pulcritud; y observa con originalidad, sal y agudeza.

TERCER PERÍODO.

(Siglo XIV.)

Poesía.

1. Es el siglo del Dante; cuyo genio ilumina al siglo y cuyo reflejo reverbera intensamente en España, la cual intenta imitarle; sin reparar en que, por la índole de su poema y la suya propia, es de los poetas más inimitables del mundo: aprender pueden de él todos mucho: imitar nadie nada.

2. Imitaronle sin tino los españoles; y más sin tino todavía, y con especialidad, al Petrarca; que es fácil de imitar, pero de quien, salvo la perfectísima y admirable forma, nada se puede razonablemente aprender. Como nacidos para la imitación, aun más que aquel, eran los galantes trovadores provenzales; cuyo secreto único no consistia ni siquiera en la forma, que siempre vale muchísimo, sino en sutilezas eróticas, con las cuales envolvían su vaciedad, como con telarañas simulando filigrana.

3. De esta triple imitación, caracterizada por el predominio de la provenzal y la petrarquesca, nació la familia poética denominada *gaya* (gaudiosa) *ciencia*, que se apoderó del campo de la poesía española.

4. En vano trató de defenderle el eminente prócer castellano **Pedro López de Ayala** (1332, Murcia, —1407, Calahorra), rompiendo intrépidamente lanzas por la poesía nacional y contra la invasión de las musas forasteras. Pero su poema didáctico, el *Rimado de palacio*, fué un descalabro: áspero y tosco de estilo el libro, puso más de manifiesto la superioridad de la forma italiana, su blandura y armonía; que, halagando al oído, arrastraron en pos de sí las inteligencias y la opinión del mundo literario.

5. Tampoco el estudio de la antigüedad clásica, que a la sazón empezaba, pudo contrarrestar las influencias extranjeras; pues, sobre ser imperfecto, no versaba sino sobre los escritores de Roma; que no son potentes, cual los de Atenas, para enmendar e imprimir rumbos por piélagos vastos y tormentosos.

Prosa.

6. Más feliz que en su «Rimado de palacio» fué López de Ayala en su *Crónica* de las contiendas civiles entre Pedro el Cruel y Enrique de Trastamara.

7. Pero la historia y la prosa seria, y por poco toda la literatura, fueron acalladas por un linaje nuevo de libros, los más singulares aparecidos sobre la haz de la tierra y que arrastraron consigo al público y maleáronle el gusto; y tanto se dilataron por doquiera y tanto camparon, que, a no venir un nuevo Hercules y triturar con su clava a este monstruo asolador, quien sabe adónde llegaran sus estragos y cuánto duraran. Refiérome a los *libros de caballería:* esas absurdísimas novelas, nacidas, por muy extraña manera, de una de las más hermosas y poéticas instituciones sociales: la caballería, que, nacida a su vez de un doble culto: el del valor y el de la mujer, inspirados por la idea cristiana, fué el alma de la edad media y su más rica presea.

Amadis de Gaula.

Los quatro libros de Amadis de gaula nuevamente impressos y hystoriados.

1533

Grab. 2. Frontispicio del Amadís de 1533.

8. La poesía comprendió estos dos cultos y no desligó lo que tan natural y bellamente había unido el cristianismo; mientras la novela, olvidada de tal unión y dando rienda suelta a la más loca fantasía, separó el valor del amor; y engolfóse en aquél. Pero, como el valor sea un elemento pobre, aunque poderoso, una vez engolfada en el, quiso salvar su pobreza e hízole hacer mil suertes de hazañas que ni soñadas.

9. Dos son los ciclos en que se agrupan estos libros: *el bretón,* con su rey Artús (Arturo y Merlín el encantador; y el *carlovingio,* con las hazañas de Carlomagno y sus Doce Pares.

A éste pertenece el *Amadís de Gaula* (grab. 2), uno de los más famosos y menos extravagantes.

10. Sin embargo, si servicio llamarse puede, a los libros caballerescos débenle el más inapreciable las letras, por haber sido

la causa ocasional del Quijote; que los barrió de la faz del orbe con su clava herculea, con la satira más imperecedera, las risadas mas felices que han alegrado a la tierra y que con altísimas creces compensan cuanto daño acarreó a la literatura el género caballeresco.

CUARTO PERÍODO.

(Siglo XV.)

Poesía.

1. A más de la guerra de reconquista, envuelve a Castilla por este tiempo una sangrienta guerra civil.

Sin embargo, tanto estrépito y tanto horror no hacen enmudecer a la musa castellana: tan facunda, tan pujante ha nacido.

Juan II con toda su lucida corte de sabios y poetas cultivan la literatura. Imperan allí las influencias provenzal, italiana y clásica; mas sigue en su predominio la primera.

2. Dos poetas descollaron en esta pléyada real: **Juan de Mena** (1411, Córdoba, —1456, Torrelaguna), e **Íñigo López de Mendoza** (1398, Carrión, —1458, Guadalajara), marqués de Santillana.

Imitador Mena del Dante, hace en su poema, *Laberinto,* un viaje alegórico. Belona llévale en su carro de alados dragones; y la Providencia, que se le aparece en forma de rutilante doncella, guíale por entre los luctuosos acontecimientos de su tiempo, representados por sendas figuras simbólicas. No alcanzan sus páginas poéticas a animar la monotonía del libro.

3. **El marqués de Santillana** — como se le suele llamar —, personaje prominente y generoso mecenas de los letrados, anduvo en su juventud por las huellas de los provenzales en sus *Canciones y Decires* y las *Serranillas.*

Ya hombre, compuso, en grave y robusto estilo, tres poemas didascálicos: primero, el *Diálogo de Bías y la Fortuna,* en que expone la doctrina estoica sobre la instabilidad de las cosas humanas; segundo, el *Doctrinal de privados* o documentos morales, sugeridos por la caída y el suplicio del famoso favorito Don Álvaro de Luna; y tercero, *Proverbios* o *Centiloquio* (grab. 3), así llamado por contener cien sentencias o refranes.

Al Dante imitó el marqués en la *Comedieta de Ponza,* especie de drama elegíaco, relativo al desastre de la armada aragonesa cerca de la isla de Ponza.

4. Si estos poetas representan la escuela moderna y alegórica, representa a la antigua **Fernán Pérez de Guzmán.**

Es el López de Ayala de este período. Ambos, en efecto, caminan perfectamente paralelos: paralelos por sus inclinaciones, paralelos por su escaso resultado, paralelos por sus obras. Pérez también escribió un poema didáctico: *Loores de los claros varones de España,* y un libro histórico: *Generaciones y semblanzas* de españoles coetáneos célebres.

5. Continúan los próceres de Castilla siéndolo de las letras.

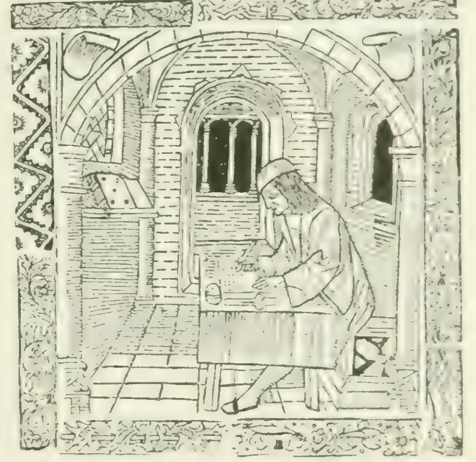
Sobresale entre ellos **Jorge Manrique** (¿1450?—1497) por sus *Coplas:* son una elegía a la muerte de su padre; pero, más que esto, un poema elegíaco sobre la nada de las cosas humanas. Sentimentales e inspiradas a veces las Coplas, son en exceso largas

y generalmente monótonas; pero de muy enérgico y conciso estilo. Su mayor mérito estriba en el notabilísimo perfeccionamiento del lenguaje poético, [illegible] y que en ellas se reviste ya de cierta galanura moderna.

6. La sátira, estacionaria desde el Arcipreste de Hita, progresa asimismo atrevida y mordaz en las dialogadas anonimas *Coplas de Mingo Revulgo*[1].

7. Estas coplas van ya preludiando el *teatro*, que tambien comenzó en esta época. De la religión, y como probando la absoluta necesidad que de ella tiene la poesía, nació el teatro español; cual de ella han nacido todos los grandes teatros antiguos y modernos.

Religiosos fueron en España los primeros argumentos dramáticos, llamados por esto *misterios* o *autos*, y eclesiásticos fueron sus primeros autores y actores.



Grab. 3. López de Mendoza: Proverbios.
Frontispicio de la edición de 1486.

8. Pronto invadió a este teatro sagrado el profano, y, luchando entre sí, disgregáronse de las tablas religiosas las seculares. Trabaron la lid y efectuaron la segregación los dos padres del teatro nacional: **Juan del Encina** (¿1469?, Encina, —1534, Salamanca) y **Gil Vicente** (¿1480—1575? Lisboa), verdaderos talentos dramáticos, aunque todavía en ciernes; cuyos ensayos escénicos, chispeantes de inventiva y sal, ya anuncian la edad de oro. Talía adereza la escena; complácese desde ahora en ensayar a sus rusticos actores, y mira en lontananza, con atenta y cariñosa mirada, a un niño prodigioso[2] cuyos ojos relampaguean al encontrarse con los suyos y a quien educará con todo desvelo para rey de la escena hispánica y la del mundo.

---

[1] De Domingo Vulgo, uno de los interlocutores. [2] Lope de Vega.

Cancioneros.

9. Colecciones son estos de antiguas poesías, por lo común lírico-eróticas, más eruditas y cortesanas que populares; como que procedieron de las cortes poéticas de Juan I, Enrique III y sobre todo de Juan II, todos de Castilla; y de la de Alfonso V de Aragón. El *Cancionero de Baena* contiene las canciones de estas cortes.

10. Aunque poco espontáneas, no escasea en ellas la poesía. Sentido habla, canta, suspira y llora a menudo el amor; desahogándose ya en alegres pinturas, ya en tiernos madrigales, o en doloridas elegías.

Edic.: *Cancionero de Baena*, ed. por Gayangos y Pidal, Madrid 1851; *Cancionero general*, de Fernando del Castillo, Valladolid 1511 . . .

Romanceros.

11. Muchas son estas colecciones de romances: desde la primera anónima de Amberes, reimpresa en 1550, hasta la de Durán, que es la más completa.

12. La erótica mezclada con lirismo y rasgos épicos domina en los romances *moriscos novelescos*. En ellos, entre muchas insulseces, resuenan, aunque fatigosamente repetidos, muchos acentos hermosos.

13. La manía que fué predominando entre los poetas de fingirse moros ellos mismos y hacerlo todo moro, produjo la serie de romances *moriscos satíricos*; en que Góngora y otros se burlan bonitamente de esa morisma, hasta dar al través con ella.

14. Los romances más débiles del romancero son los *caballerescos* e *históricos generales*.

Pero aun en ellos hay, de cuando en cuando, pasajes nada despreciables.

15. Con sus galas, en cambio, aparece la poesía en los *históricos nacionales*; y va creciendo su entonación, hasta tocar a la meta en los del *Cid*.

16. Cuya vida se narra episódica y fragmentariamente en esta larga serie de romances, de diversos autores y muy diverso mérito.

Pues, si bien es cierto que los relativos a su fin y funerales son misérrimos, hay entre los demás algunos poco menos que homéricos; muy inferiores, sin embargo, al hazañoso campeón castellano, uno de los guerreros históricos más eminentes y amables, y, como carácter y espada harto superior al Aquiles de la Ilíada y a los héroes de todas las otras epopeyas.

Edic.: Amberes 1550 . . .; *Romancero general* de Agustín Durán, 5 t., Madrid 1851; Bibl. de aut. esp. t. X y XVI.

17. Muy por encima de la canción está el romance español.

Poesía popular reformada.

18. A pesar de su aspecto vetusto, muchos romances son relativamente modernos, o probablemente antiguos reformados, todos ellos obra de buenos poetas.

Porque la poesía popular, nacida del pueblo mismo, aun cuando sea verdadera poesía, no puede menos de estar plagada de mal gusto, vulgarismos, flojedades e incorrecciones; y necesita, de consiguiente, ser reformada por la poesía culta.

La popular, así como sale de los labios del bajo pueblo, es vulgar y chabacana, por muchos pensamientos felices que tenga; que de ordinario ni son muchos ni muy felices. Buena podrá ser para anticuarios y eruditos: las bellas letras la rechazan de plano, porque son bellas y ella no lo es: artísticas como son, no pueden admitir más que lo artístico.

19. Lo ideal en poesía popular es lo popular tratado popularmente, pero con arte y gusto por hombres de gusto y de arte; como en los romances y canciones hispánicos, en gran parte, se ha realizado.

De lo contrario, resultan ridículas extravagancias literarias; que (coleccionadas a lo Arnim-Brentano en Alemania) forman un enorme haz de sandeces, que bastan y sobran para desacreditar y condenar la poesía plebeya. Si de esa colección alemana [1], que pasa en mala hora por clásica, se hiciese una antología y se la tradujese a cualquier idioma civilizado, daría, entre los profanos, mortal golpe a la fama de que con razón goza entre los extranjeros el gusto germánico.

Lo propio, aunque en menor escala, por haber sido más poético el pueblo español, aconteciera en la Península, si no se hubieran o rehecho o atildado los cantos del vulgo.

Si aun así, más o menos mejorados como lo están casi todos los salidos de la plebe, se hallan todavía bastante inficionados de sus culpas originales, ¿qué fuera, si no los desbastara la lima?

20. Pero, tengan los defectos que tuvieren; sean auténticos o reformados; lo cierto es que los romances expresan genuinamente la entonación y el sentimiento del pueblo. Y como tales, aun más que los españoles, los admiran los extranjeros.

La forma romancesca.

21. El romance mismo, mirado en su estructura y ritmo, es la forma poética española por excelencia.

En la justa y cabal vocalización de la lengua está fundada la asonancia, este invento rítmico hispano de los más geniales que ha hecho la poesía.

---

[1] «Des Knaben Wunderhorn».

Suavemente perceptible, variadísima, jamás la asonancia fatiga al oído: es un murmurar de aguas cristalinas entre guijas; un canto de aves lejano, cuyas armonías llegan en alas de la brisa vagarosa.

Perfecto termino medio entre la lengua prosaica atildada y la poetica sencilla, es la asonancia una bella fusión de entrambas.

No hay consonancia, que continuada, por varia que sea, no canse el oído: es demasiado viva y penetrante.

22. Pero lo que corona a la forma romanesca, es el verso a ella consagrado: el octosílabo, el más natural y espontáneo de los versos; bello, muy flexible, proporcionadísimo: ni corto, ni largo, un remedo perfecto de la conversación, que no gusta de frases ni muy breves ni muy extensas.

Por eso tanto se acomoda al drama, que es el verso dramático por antonomasia.

Muy bello y flexible es también el endecasílabo, pero mucho menos español: es planta exótica, aunque maravillosamente aclimatada en suelo hispánico.

Síntesis.

23. Venero de metales riquísimos, entre ellos mucho oro y diamante, bien que con frecuencia ocultos en tosca piedra, encierran sobre todo los romanceros: mucho oro lírico; muchísimo diamante épico.

Prosa.

24. Menos que la poesía, adelanta en el siglo XV la prosa, que, falta aun de elasticidad, anda como a tientas, lentísima entre un continuo tropezar.

25. Bien es verdad que no son escritos despreciables, un tratado de moral: *Trabajos de Hércules,* y el *Arte de trovar,* ambos de un cortesano de Juan II y pariente próximo suyo: **Enrique de Aragón,** marqués de Villena.

26. Ni son literariamente despreciables las importantes historias: *Claros varones de Castilla* y la *Crónica de los Reyes Católicos,* de **Hernán Pérez del Pulgar,** canciller e historiógrafo de Fernando e Isabel.

27. Aun menos despreciable es la historia secreta coetánea en forma de cartas (105), vigorosas y de ingenio, llamada el *Centón epistolario de* **Fernán Pérez de Cibdarreal,** médico de Juan II.

28. La *Visión deleitable* de **Alfonso de la Torre,** en cambio, no vale sino filológicamente.

La novela «La Celestina».

29. Aparece la novela de costumbres, que ya propende a picaresca en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea,* más conocida con el nombre

de *Celestina;* cuyo plan y parte primera son probablemente de Rodrigo **Cota** (el viejo), y el resto de **Fernando de Rojas.**

Novela dramática, afectada, inmoral, rufianesca, es la Celestina de rebuscada concisión, de poca inventiva; pero de bellísimo lenguaje y muchas frases felices.

Desenvuélvese la acción principalmente en un lenocinio; cuya dueña Celestina, sirve de tercera entre Calisto, joven sin honestidad ni conciencia, y Melibea, muchacha nada mejor, antes aun más repugnante por sus melindres. Entrambos ni sueñan siquiera en legitimar su unión e invocan, para colmo de cinismo e impiedad, a Dios en ayuda de sus liviandades y agradécenle su goce.

Así se comprende el porqué del entusiasmo por la Celestina y que no falte quien la pregone por una de las más altas creaciones de la novelística española.

Afortunadamente, no necesita ésta de tales elogios; que le sobran novelas que los merezcan y por las que puede aceptarlos sin ruborizarse.

La Mística.

30. Ensayóse igualmente la mística; y aunque todavía no brota flor alguna, vanse ya hinchando las yemas, que en breve se abrirán con la más lozana y exuberante florescencia.

EPÍLOGO.

Al terminar este primer ciclo, si echamos una mirada panorámica a la senda recorrida, hallamos que, aun bregando la nave contra viento y marea, entre un eterno luchar con todo linaje de arrecifes y enemigos, ha ido siempre avanzando.

Hanla ayudado, es verdad, marineros vecinos; pero su ayuda ha sido no pocas veces rémora. A menudo, desplegando esfuerzos violentos, se ha acercado a tierra; aunque no ha podido aportar sino una sola vez y en costa propia: en la de sus héroes nacionales, en la del Cid, que le han suministrado víveres y preciados tesoros.

Acaba, por fin, de tocar en los postreros límites de los mares borrascosos.

Luego la acudirán, de refuerzo, pilotos más expertos y poderosos; que la armarán rápidamente, y a la moderna: se lanzarán de consuno al timón, al remo, a la vela y conduciránla al grande océano, el de la paz; recorrerán todas las playas conocidas; surcarán piélagos ignorados, donde descubrirán nuevos mundos, y se enriquecerán y enriquecerán al orbe con todos los frutos de la tierra, todas las preciosidades del suelo, y todas las perlas de todos los mares.

SEGUNDO CICLO. EDAD DE ORO.

(Siglos XVI Y XVII.)

CAPÍTULO I.

RENACIMIENTO.

1. Hasta a las tranquilas playas españolas alcanzó, aunque ya casi moribundo, el furioso oleaje de aquel cataclismo universal, religioso a la vez y literario, que, inflado de soberbia, se apellidó a sí propio Renacimiento: la más honda, vasta y fatal convulsión del espíritu humano; de la que nació la protesta luterana, madre del racionalismo; que seguirá sembrando de ruinas la civilización moderna y no caerá sino con ella.

2. Pero, mientras los necios y fatuos humanistas, con Erasmo, su rey, a la cabeza, se empeñaban locamente en resucitar el latín de Roma, como si en el Foro hubiese todavía estado arengando Marco Tulio; mientras, por querer resucitarlo, no perfeccionaban el de su época, salvándolo y conservándolo como idioma universal — lo que, sin duda alguna, sería hasta hoy —; mientras ellos copiaban a Cicerón, remedaban a Horacio, traducían servilmente a Virgilio, todo esto en afectado latín; los españoles, como de más fuerte numen, se descarriaron muchísimo menos.

3. Verdad que tampoco ellos, excepción hecha de los dramaturgos y místicos, distinguían entre aprender e imitar. Pero hacíanlo siquiera entre imitar y copiar. Porque aprender se puede y se debe siempre; nunca empero, imitar; mil veces menos, copiar.

Aquellos copiaron, éstos imitaron; el drama y la mística españoles aprendieron.

Aprendieron admirablemente: antes de saber leer, ya escribían, dictando. En aprendiendo a leer, sabían más que sus maestros, y pasaron éstos a discípulos, y aun para discípulos no valían.

4. Los líricos, empero, y los historiadores, que tal vez hubieran podido hacer otro tanto, contentáronse con imitar. Pero imitaron con talento, y a las veces, con muchísimo; con tanto que tienen cierta originalidad.

Imitaron siempre modestos; no como el hinchado humanismo extranjero que, copiando malamente, porque no era para más, er-

guiase soberbio; tan soberbio que tenía por enanos a los titanes helénicos y a sí mismo por el único titán.

5. Sigamos ya a los nuestros en su afanosa labor de imitación.

Dos imitaciones diséñanse con claridad y dispútanse el campo de la poesía: la de Virgilio y la de Horacio.

Los apacibles y afectuosos, los eróticos y elegíacos, siguen las huellas virgilianas; las horacianas, los de vehemente fantasía.

Éstos salieron menos airosos en sus afanes; aquéllos, más.

¿Por qué?

6. Virgilio siente: resuena en él, aunque empañada, mucha nota bucólica de Teócrito, y de cuando en cuando también, aunque lejanísimo, el clarín de Homero; mientras Horacio, que tiene estro eminente y es gran maestro de la forma, carece de calor interno; encubre la falta de él con estotros dotes: declama a su favor maravillosamente, y ha enseñado y enseña como nadie, no la poesía, sino la elocuencia poética. Agrada, admira; conmueve la fantasía, pero no el corazón. No tiene una sola oda, un solo pasaje patético nacido del sentimiento de las honduras del alma.

7. No hablo ciertamente del afecto sensible, de aquel que se resuelve en lágrimas tiernas; sino de la conmoción sublime del alma, de la conmoción pindárica, homérica, de todos los ingenios y todos los verdaderos poetas, de aquella fuerza misteriosa que, partiendo de las regiones altas del espíritu, resuélvese finalmente también en lágrimas de júbilo, de asombro, que son las más indefinibles y gratas lágrimas, y que llamaría yo: del alma; así como aquéllas: del corazón.

8. Las del corazón excítalas a veces Virgilio; Horacio ni unas ni otras.

De aquí que tampoco sus discípulos, o sólo rarísima vez.

La lírica española de la edad de oro nació y creció al amor de la escasa lumbre horaciana, y lleva impreso y muy visible en la frente el sello de su origen: abunda en sus excelencias y en sus vacíos y flaquezas. Porque es concisa, enérgica, entonada, elocuente, de irreprochable forma; pero declamatoria, de entusiasmo ficticio, y por tanto monótona, fría y tal cual vez de hielo: digna de ser leída por los letrados y estudiada por los poetas, es nula para el resto del mundo sabio; muerta para el pueblo; para el extranjero, como si nunca existiera.

Obra es, en suma, de la reflexion, no del corazón, y como tal no para el corazón, sino para la reflexión.

Esta es, con cortas excepciones, la fisonomía de la lírica española horaciana, y ésta ha sido su fortuna.

Analicemos, discernamos, exceptuemos.

CAPÍTULO II.

LÍRICA.

1. Fluctuan aun entre la imitación petrarquesca y la clásica los dos iniciadores del lenguaje poetico moderno en España: Boscán de Almogáver y Garcilaso de la Vega.

2. **Juan Boscán de Almogáver** (¿1500?—1542), barcelonés rico, fué siempre amigo de las letras y del retiro; del que sólo salió para educar al duque de Alba. En tareas poéticas gastó su vida. Aunque falto de inspiración, y pesada y áspera su pluma, débele, con todo, mucho el verso castellano; y tienen cierto valor formal sus sonetos y canciones imitados del Petrarca.

§ 1. Garcilaso de la Vega.

3. Hizo triunfar definitivamente la forma nueva su íntimo amigo Garcilaso de la Vega (1503, Toledo,—1536, Niza; grab. 4). De noble familia, siguió con brillo la carrera de las armas en los ejércitos de Carlos V. Denodadamente peleó en Italia; en Viena, contra los turcos; en Tunez, donde recibió dos graves heridas; y en la Provenza, donde, cerca de Fréjus, asaltando como héroe una pequeña torre, fué mortalmente herido y murió en los brazos del duque de Gandía, San Francisco de Borja.

4. ¡Breve, pero muy gloriosa carrera!

Pasar, hermoso y cumplido caballero, tan rápidamente por la vida. con la espada en una mano, con la cítara de oro en la otra, coronado de sangrientos laureles marciales, entretejidos con los apolíneos; sucumbir sobre ellos en brazos de un hombre como el duque de Gandía, y ser llorado por él, y por uno de los grandes monarcas que ha visto el mundo y por su invicto ejército. Mucho menos bello que esta realidad soñó el poeta de los Nibelungos a su celebérrimo Volker, cantando y matando; al cual no se cansan de admirar justamente los alemanes.

5. Con todo, la figura del hombre supera en Garcilaso a la del vate, por interesante que ésta sea.

Muy benéfica fué su influencia, y muy maléfica: benéfica para la forma de la poesía castellana; maléfica para su fondo.

Su forma: el escogido lenguaje, el verso fácil, suave, armonioso, sedujo y seduce. Sedujo a sus coetáneos, que con júbilo le apellidaban el Petrarca español; sedujo a Carlos V, que llamaba su lengua la de los dioses; y en los buenos pasajes nos seduce todavía a nosotros; y seducirá siempre. Pues, a pesar de su constante dulzura, mucho más femenina que viril y tan antitética de su bravura y heroísmo, que, a no constar la autenticidad de sus poesías, cualquiera la negara; a pesar de su habitual imitación de Horacio, Sannazaro, Petrarca y de Virgilio sobre todo; a pesar de esto, tiene alguna originalidad y es verdadero poeta; más que los líricos españoles del siglo de oro y más que sus modelos.



Grab. 4. Garcilaso de la Vega

6. Ciertamente adolece hasta su forma de frecuentísimas flojedades, insulseces, vulgaridades, pasajes de mala prosa.

Están en él como en incesante pugna la lengua poética y la prosaica. Pero aquélla eclipsa a ésta, y marcó clarísimamente el rumbo al mundo poético, el cual imitó de él lo bello, censuró o desdeñó lo deforme y depuró de sus escorias el metal precioso.

7. Harto más funestos y más difíciles de conocer y de evitar que los prosaísmos, son los otros defectos de Garcilaso: el conceptismo y la declamación melódica y altisonante; que tan reñidos están hasta con la naturalidad de su lenguaje: defectos en que imitó a los italianos, y especialmente al Petrarca, el padre del conceptismo, y por tanto del culteranismo, que es el exterminador del buen gusto y de toda genuina poesía.

Por desgracia, el vulgo de nuestros poetas imitó también a Garcilaso en esos defectos, que nunca debiera imitar.

8. Mas, aunque, pesados en justa balanza los buenos y malos servicios hechos por este poeta al parnaso patrio, se inclina fuerte-

mente el platillo de los malos; no es equitativo hacer responsable de ellos a un hombre que ni fué sabio ni literato de profesión ni pudo madurar ni depurar su gusto; que no vivió en medio ambiente poetico, sino entre el fragor del combate, donde enmudecen todas las musas y de donde huyen pavoridas; un hombre que fué segado por la muerte en la flor de los años; cuando aun los hombres dados a las letras y al reposo apenas comienzan a trabajar para la inmortalidad.

9. Y sin embargo, para la inmortalidad trabajó; e inmortales son sus poesías, no las menores, insípidas todas, ni la segunda egloga, desmesurada y mala, no obstante algunos rasgos de mucha naturalidad y gracia; sino sus otras dos églogas, singularmente la tercera. La cual — eliminadas las siete primeras octavas y uno que otro verso flojo del resto — es una obra maestra; un precioso idilio, donde el sentimiento, el colorido y las galas formales hermánanse a maravilla.

Alto ha de ser, sin duda, el precio de esos pocos centenares de versos buenos de Garcilaso, cuando ellos han bastado a darle fama imperecedera.

Cual. princ.: *creación de la forma poética; armonía; sentimiento.*
Def. princ.: *conceptismo; prosaísmos.*
Edic.: 1543 . . . 1886, Madrid.

§ 2. Fray Luis de León.

10. De filiación literaria diversa, diversa índole, contrario carácter, diversa vida, el reverso de Garcilaso, en una palabra, fué Fray Luis de León.

Horaciano, y muy horaciano éste; virgiliano, muy virgiliano el otro. El uno de blanda índole poética y personal; de fuerte, violenta el otro. Este esgrime las armas del saber y de la polemica; las de la guerra aquél; aquél sucumbe a las suyas; éste triunfa tras de violentísima lucha.

Veámosle.

11. Luis Ponce de León (1527, Belmonte, — 1591, Madrigal; grab. 5), de noble estirpe, cuidadosamente educado en la virtud y la ciencia, hízose agustino ya en 1544. De esclarecidos talentos; de acrisolada virtud, aunque sobre manera violento; versado en la literatura clásica, menos en la griega; teólogo y exegeta, catedratico notabilisimo de la universidad salmantina, idolatrado de la juventud estudiosa; no podían faltarle émulos y envidiosos.

12. Éstos se aprovecharon de sus reparos contra la Vulgata, los cuales en aquellos turbulentos tiempos de desenfreno intelectual eran mirados con justo recelo dogmático; y le delataron a la Inquisición, que inicuamente le encarceló, atormentó y mantuvo preso de 1572 a 1577. Con noble entereza y cristiana resignación, sin rencores ni odios, toleró tan larga y dura prueba. Probada, al fin, su inocencia, volvió a la cátedra con jubilo unánime de la universidad. Murió, siendo provincial de su orden; que con razon le venera entre sus hijos eminentes.

13. En la Mística le volveremos a hallar, cultivando allí la prosa: ahora miremos al poeta.



Grab. 5. Fray Luis de León.

Horacio (lo dije) fué su maestro y modelo en la lírica. Pero su criterio y alto entendimiento no le consintieron detenerse en el poeta latino. Dulce sonábale su lira, pero poco profunda; profundísima la bíblica.

Intentó, pues, aliar y refundir ambas armonías.

14. Hízolo con superior habilidad y no corta fortuna, sencillo, enérgico, brevísimo; vigoroso hasta en sus frecuentes flojedades y prosaísmos.

15. Así vaga fantástico en la *Noche serena*, aunque distraído un tanto en imágenes mitológicas. Así canta sentidamente en *Vida del cielo* a Cristo, pastoreando glorioso y arrobando con el plectro a su grey. Así llora en la *Ascension del Señor*: donde, empero, debiera entonar el himno de jubilo que la Iglesia naciente, la tierra y los cielos cantaron al triunfo y la gloria del Cristo.

16. Magistralmente imita a Horacio en la *Vida del campo*, la *Profecía del Tajo*, en *A Don Pedro de Portocarrero*, *A Felipe Ruiz*, *Al licenciado Juan de Grial*.

17. Muy bien, aunque algo parafrásticamente, traduce al Venusino; y del mismo modo vierte de la Biblia; paráfrasis del todo

inadmisible, como lo es toda versión bíblica libre. Porque, en vez de mejorar, desmejoran necesariamente el texto.

18. Pero donde aquilata León su numen; donde patentiza que la imitación horaciana le dañó mucho, puesto que trabó y debilitó sus alas aguileñas, es en su oda inmortal *A la música.* Oda que — quitándole la impertinente penúltima estrofa — es de lo más bello y profundo de cuanto bello y profundo se ha cantado en honor de esta hija misteriosa de los cielos.

Dotes princ.: *sencillez, fuerza, inspiración.*

Def. princ.: *prosaísmos, flojedades.*

Edic.: *Poesías,* Madr. 1631; *Obras,* 6 t., Madr. 1804—1816. Bibl. de aut. esp. t XXXVII.

§ 3. Fernando de Herrera.

(1534. Sevilla. —1597.)

19. Fué clérigo minorista, hombre estudioso, sabio y de arregladas costumbres.

Más platónico que sensual parece su amor a la condesa Luz de Gelves. Imitador en la erótica, del Petrarca, aun en esto le imitó: bien que tales amores harto desdicen del carácter eclesiástico y mucho más, cuando, como en el caso presente, se refieren a mujeres casadas.

20. Puédese, y hasta se debe, alegar por circunstancia atenuante el carácter de ficciones poéticas que parece predominar en esta especie de erótica. Porque son incompatibles con el afecto verdadero, y mayormente con el amor, aquellas continuas sutilezas, aquel continuo jugar con el vocablo y el ingenio, que llenan por entero tal erótica. ¿Cómo explicar que un poeta gaste su talento y su vida en cantar a una mujer amada, sin que ni al azar se le escape nunca un solo acento sincero, nacido del corazón? Nunca es mudo el amor, y cuando habla, imposible le es de toda imposibilidad ocultarse. Por tanto, razón hay para suponer a ese amor una pura ficción y símbolo poético, escogido con reflexión para lisonjear, para inmortalizarse, inmortalizando la hermosura de determinada beldad.

Tal celebró Petrarca a su Laura, y al *lauro* y todas las lauras y lauréolas, desde la Dafne apolínea hasta . . . ¡lástima que no conociera el fragante dafne de nuestros jardines! Tal celebró su discípulo Herrera a esa Luz de Gelves: a su *luz,* su lumbre y todas las lumbreras y luces, desde la estelar hasta . . . ¡lástima que no brillara todavía la eléctrica! Tal celebraron ambos, prolijos, interminables, alambicados: aquél almibarado; éste altisonante.

Esta no es erótica: es importuna y empalagosa galantería poética: un inocente, aunque necio, pasatiempo, muy poco grato a las musas,

muy poco digno de ellas, ni de un hombre, no diré de talento, pero ni de mucho juicio.

21. Obras acabadas de versificación, siempre sonora, elegante, robusta, son todas las de Herrera; con especialidad las dos mejores: la oda *A la victoria de Lepanto* y la elegía *A la pérdida del rey Don Sebastián*; ambas de fingido calor, bien que de cierto aire de magnificencia, el que deben a sus ideas culminantes, que son bíblicas; pero no felizmente desarrolladas, ni aplicadas felizmente.

Poca es la poesía de Herrera, mucha y muy bella su forma.

Cual. princ.: *belleza de lengua y verso.*

Def: *culteranismo, declamación.*

Edic.: Sevilla 1582 . . .; Bibl. de aut. esp. t. XXXII.

§ 4. Francisco de Rioja.

(1580/90, Sevilla, —1659, Madrid.)

22. Con subido esmero versifica también, más que poetiza, Rioja, inquisidor y canónigo de Sevilla; preso injustamente varios años.

23. De una de sus preseas: la canción elegíaca *A las ruinas de Itálica,* ha despojado a Rioja la crítica, demostrando no ser suya sino de Rodrigo Caro; y pretende quitarle asimismo la mejor que tenía: la *Epístola moral a Fabio.*

Ésta, aunque falta de unidad y afeada de mal gusto y vaciedades, encierra trozos de moral bellísimos. La canción «A las ruinas de Itálica», elegíacamente declamatoria, monótona, de conjunto inartístico, de extravagante final, es, al par de la Epístola, de finísima labor métrica.

Edic.: Bibl. de aut. esp. t. XXXII.

§ 5. Luis de Góngora y Argote.

(1561, Córdoba, — 1627, ib.; grab. 6).

24. Fué jurisconsulto, sacerdote más tarde y canónigo y capellan de honor de Felipe III.

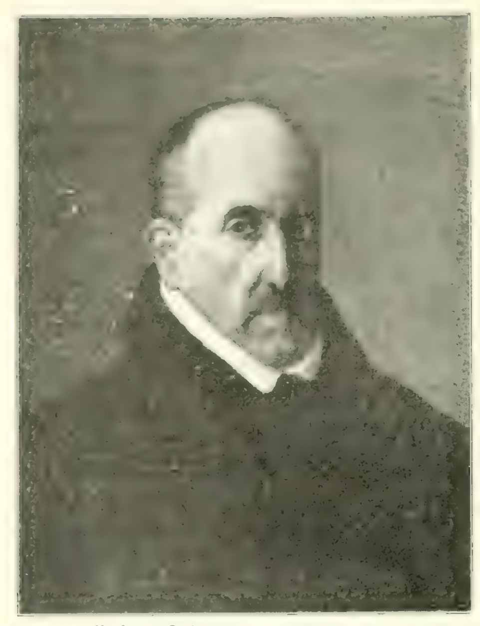
Acabó Góngora de estragar el gusto, y, en la lírica, de arruinarlo.

25. Descollando entre los líricos del siglo por su talento formal, su fantasía, su agudeza, y llevado de los aplausos y de su propio talante, fué quitando al lenguaje poético la ultima sombra de naturalidad y verdad y creó el *estilo culto*, culteranismo o gongorismo: la quinta esencia de las palabras y figuras más rebuscadas e ininteligibles, un verdadero delirio poético entre incesantes accesos de fiebre y convulsiones de la imaginativa.

26. Tal, y no otra cosa, parecen y son sus *Soledades* y su *Polifemo*. Eso no obstante, algunas de sus poesías juveniles no pecan de amaneradas; por el contrario, las hay que están henchidas de gracia.

27. Sin embargo, con ser sus poesías lo que son, muestran privilegiadas dotes poéticas y contienen bellezas numerosas de detalle. Los

que permiten presumir que, a no haber Góngora ambicionado la corona de los pedantes, fuera, en vez de ser hoy el rey de ellos, un respetable príncipe del parnaso lírico. La misma celebridad inmensa que obtuvo, lo testifica. Porque un ingenio vulgar no habría corrompido tanto el gusto, ni contagiado como él contagió toda la literatura patria y la europea entera, hasta a los mayores genios.



Grab. 6. Luis de Góngora y Argote.

Cual. princ.: *fantasía.*

Def. princ.: *suma hinchazón.*

Edic.: *Obras compl.*, Madrid 1627 . . .; *Obras escog.*, ibid. 1854.

§ 6. Juan de Jáuregui.

(¿1570? Sevilla, —1650, Madrid?)

28. El haber trasladado en buen verso castellano la Aminta del Tasso, es el único mérito literario del lírico gongorino Jáuregui; mérito demasiado escaso para contarle entre los poetas; mayormente en una literatura, cual la española, donde casi no hay escritor que no sobresalga por fecundo y original.

Edic.: Bibl. de aut. esp. t. XLII

29. Hasta ahora sólo al Horacio lírico han imitado los líricos de España. Y como el modelo no fuese inalcanzable, lo han alcanzado, y sobrepujádole varios de ellos, como Fray Luis de León y Herrera mismo. Los cuales, si estilistas muy inferiores a él, eran más poetas; bien que, por modestia, no se lo soñasen, creyendo dios al que durante tantos siglos se mirara como tal, no siendo, en hecho de verdad, más que un hombre, y no de los mayores.

30. Vuelve en esta época a despertar con nuevos bríos el espíritu satírico, y se empieza a imitar al Horacio satírico; que lo es, y bueno. Aunque de nuevo siguen, sin necesidad y con detrimento propio, pisadas ajenas, quien son de más vigoroso andar y más diestros para orientarse que el Venusino.

Siguiéronlas

§ 7. Los hermanos Argensola.

31. **Bartolomé Leonardo** (1566—1631), canónigo zaragozano, y **Lupercio Leonardo** (¿1565?—1613), denominados los «Horacios españoles»; satíricos de agudo ingenio, gran soltura de verso, elegantísimos. Algo afectada es [illegible] más su lirismo; donde no hay sino estéril y fatigosa declamación.

Edic.: *Rimas* de ambos, Zaragoza 1634; Bibl. de aut. esp. t. XLIII.

CAPÍTULO III.

EPOPEYA.

§ 1. Consideración.

1. Extraño es e inexplicable a primera vista el que, siendo cual era el genio español, y siendo cual era el imperio de España y sus héroes y hazañas casi fabulosos, y teniendo España la hegemonía del mundo: la hegemonía de la espada y la hegemonía de la inteligencia, y eclipsando su gloria la de las grandes naciones de la época; — no parece, digo, fácil de explicar que faltasen a pesar de todo esto cantores épicos de tal magnificencia y de tanta proeza.

2. Innegable es que faltaron épicos; innegable que sobraron otros que, como Lope y los dramáticos, celebraron las grandezas nacionales, mejor quizá que si fueran buenos épicos. Innegable es asimismo que la riqueza e impetuosidad de la fantasía ibérica son mucho más para el drama que para la tranquila y pacienzuda meditación y estudio que supone la epopeya.

3. Pero innegables son también estas otras dos cosas: primera, que la falta de poesía estrictamente épica en la Península no es, como se ha dicho, efecto de la raza; porque la única epopeya nacional y la mayor después de las homéricas son los Lusiadas de Camoens; y segunda, que la épica no es, en manera alguna, como suele creerse, la poesía más perfecta: lo es la dramática, porque se aproxima mucho más a la realidad. Aquella narra una acción interesante; ésta la representa, convirtiendo, cuanto es dable, en realidad lo ideal.

En la épica misma, lo único esencial es, como en toda obra de arte, el arte: el efecto artístico, que de mil maneras puede alcanzarse. Accidentalísimo es todo lo demás: tono, héroe, unidades, extensión tanto extrínseca cuanto intrínseca.

4. En sana crítica, no se puede sino sentar que una epopeya homérica es lo más acabado en su género y el prototipo de la épica nacional.

Caben, de consiguiente, muy bien dentro de lo épico, la crónica y el simple diario, como sean poeticos, como agraden artísticamente.

5. Así miró la epopeya

§ 2. Alonso de Ercilla y Zúñiga

(1533—1594),

describiendo en su *Araucana* la tenacísima y heroica lucha de los españoles contra los indómitos araucanos de Chile.

6. Tan noble e intrepido en el manejo del acero cuanto en el de la pluma, narra con la viveza y verdad del testigo presencial y del actor — que fué lo uno y lo otro — y con profunda simpatia por ese gran pueblo; que en lid secular sucumbe, nadando en la propia sangre, con que inundó el suelo querido de la patria.

La llaneza del relato realza las heroicidades relatadas; y, sin lo maravilloso y episódico, fueran perdonables sus defectos.

Ercilla narra bien, y rima a veces muy bien; particularmente en las arengas y caracteres.

Mirada la Araucana, cual debe mirarse, esto es: como diario militar poetico, si bien dista mucho de la meta, no carece de poesia y es una novedad interesantísima, y única en su especie.

Cual. princ.: *pintura de caracteres; arengas.*

Def. princ.: *máquina y episodios; prosaísmos.*

Edic. princ.: Madr. 1828, 2 t.

§ 3. Pablo de Céspedes y otros.

7. Algunos fragmentos de forma épica, pero de poca monta, dejó el pintor **Pablo de Céspedes** (1538—1608), de un poema que pensó componer sobre la pintura; el que en manera alguna resultó épico, sino descriptivo o didascálico; pintura poética de pinturas, no poesía.

8. Aunque insípidos y descomunales productos de una imaginación desvariada, lucen sin embargo rasgos descriptivos y galas de lenguaje y versificación: el *Bernardo* o *Victoria de Roncesvalles* del juvenil **Bernardo de Valbuena,** después obispo de Puerto Rico; la *Mosquea* de **José de Villaviciosa,** obras de notable fantasía; y aun la *Cristiada,* del dominico **Diego de Hojeda,** y la *Historia del Monserrate,* del capitán **Cristóbal de Virués.**

Nota. En Tunja del reino de Nueva Granada y a mediados del siglo XVI parece haber nacido un mal llamado poeta: **Juan de Castellanos;** militar que tomó parte en varias expediciones guerreras y fué últimamente beneficiado en su ciudad natal. Escribió las *Elegías de varones ilustres de Indias,* poema histórico de su conquista, monstruoso por sus dimensiones, y mucho más monstruoso todavía por su falta de

inspiración, interés y forma poética. Quien sea bastante [illegible] 5.500 octavas, nada mejores, y antes peores, que ésta:

Las naciones más altas y excelentes
Callen con el valor de la española,
Pues van con intenciones de hallar gentes,
Que pongan pies contrarios en la bola;
Espanto no les dan inconvenientes,
Ni temen del dragón la ardiente cola,
Deseando hacer en su corrida
De más precio la fama que la vida — ;

quien sea fuerte para tal empresa, ése lea las Elegías de Castellanos y piense que él — excepto acaso el autor — es el primero y postrero que las lee.

CAPÍTULO IV

DRAMÁTICA.

§ 1. Observaciones previas.

1. De los defectos reales y de las imperfecciones del teatro español, pasaremos a los cargos que la ignorancia y el sectarismo extranjeros suelen hacerle; y de los cargos y por los cargos mismos vendremos a las excelencias.

A. DEFECTOS.

2. ¿Los tiene reales? — Tiénelos, y muy graves. Desde luego, la inmoralidad de ese eterno pelear, de esas tablas siempre llenas de espadachines, de príncipe a escudero, siempre salpicadas de sangre por motivos a menudo futilísimos.

Un batirse no menos inestético que inmoral y anticristiano.

¿Es un riquísimo recurso dramático?

Ningún recurso vale contra la moral, la ley eterna.

¿Miraban, prácticamente al menos, como lícito el duelo las gentes de entonces? ¿Batíanse en tal convicción?

Píntelos así el dramaturgo, pero condenándolos, sin moralizar mucho, sin disertar; que una palabra basta para ello, y a veces ni ésta es menester: la sola manera de exponer los hechos puede implicar su condenación.

3. Por censurable que sea la frecuente obscenidad, en ocasiones muy grosera, no merece, con todo, mencionarse como un defecto de la escena española; porque no es general ni intencionada: el exceso de realismo y el espíritu bufón, no la malicia ni el deseo de escándalo y el desprecio de la moral, como acontece en las tablas modernas, arrastran a tales extremos al dramático español.

Esto vale — según veremos — aun con respecto a Tirso, el único dramaturgo hispánico obsceno.

4. Estéticamente, adolece de culteranismo el drama español. Culterano, y no poco, es Calderón; culterano, Tirso; culteranos, salvo Lope y Alarcón, los demás. Culteranos son los dramáticos, no ciertos personajes solamente; que muy bien se pueden sacar a las escenas como tales, sea histórico-crítica, sea satíricamente.

5. Sin embargo, este vicio que tanto contagia y deslustra, es por otra parte una de las mayores y más luminosas pruebas, si no la mayor y más luminosa, de la fuerza espontánea, indómita del genio dramático de España. Pues una dolencia tan funesta y tan mortal, que postra y mata siempre hasta los mejores talentos, que mató el lirismo español, mató su épica, infestó de muerte su prosa misma, hasta la austera historia; un vicio tan fatal, que hizo y hace idénticos estragos en todas partes y en todos los géneros, no logró ni ahogar el drama ni dañarle notablemente. Cada vez que el gongorismo se enseñorea del dramaturgo y parece ya tenerle mortalmente preso, levántase éste contra él: rompe y sacude lejos las ataduras, dialogando libremente, y tal cual vez con las ataduras mismas y estrechado por ellas: siempre es Hércules, que, jugando, ahoga las serpientes enviadas para perderle.

6. No obstante la riqueza de caracteres, échase de menos cierta mayor generalidad de ellos. La ancianidad está pobremente representada; más pobremente todavía la niñez. Aunque luce con derroche de tipos, matices y condiciones la amante y, si no con derroche, ricamente al menos, la casada, la madre y la viuda; falta la niña y en particular la doncella: caracteres todos, y más aún este último, no sólo muy dramatizables, sino también de mucho nervio escénico. Para pintar con perfección el amor mismo, indispensables son ellos, por simbolizar las más sencillas y puras formas de él, que con facilidad pueden llegar a ser sobre manera patéticas. El amor del niño embelesa; el del anciano conmueve; el virginal eleva a las regiones de que desciende y donde reside e impera la caridad infinita; de la cual el amor virgíneo es la imagen humana más visible y más hermosa. Hermosa y visible más que el materno, que es menos puro, menos profundo, menos sublime.

B. OBJECIONES.

Preponderancia de la forma.

7. Que prepondera, dicen los detractores del teatro español, en él de tal modo la forma, que la forma es lo más,

y que, despojado de ella, el drama hispano pierde su mayor belleza.

Pierde, sin duda; pierde una belleza grande; pero no la mayor, ni de las mayores. Que la mayor es la vida; y las mayores, las principales manifestaciones de esta vida son la acción, los caracteres, el diálogo. ¿Qué drama hay que no pierda enormemente si le quitan su forma? El genio poético es también casi siempre genialmente formal. De aquí la dificultad suma de traducirle, ni en prosa. Excepto los de Shakespeare, genio puramente escénico y no formal, todos los grandes dramas son malamente traducibles: los griegos apenas. Todos, hasta los en prosa, pierden muy considerable parte de su hermosura: los que menos, los de España.

El hecho, facilísimo de comprobar, lo demuestra.

Españolismo.

8. Demasiado español les parece el drama español: españoles y España, no hombres ni mundo, ven salir a las tablas de España.

Un grano de verdad hay en este reparo; pero nada mas que un grano. Pues el teatro necesariamente ha de ser nacional: para su pueblo dramatiza el poeta; a su pueblo quiere interesar, a su pueblo mejorar, interesandole. ¿No es nobilísimo este fin? ¿No es fin de todo drama, de toda poesía, de todo arte? ¿Se lo consigue de otra manera, a lo menos eficaz y fácilmente? En otro pueblo de hábitos muy diversos ¿encuéntrase copiado el pueblo a sí propio? ¿reconócese del todo? ¿interésase vivamente? Porque, no lo olvidemos: tan sólo nos atrae con fuerza lo propio, lo conforme con nuestra manera de ser, de pensar, de sentir.

¿Qué hará, pues, el dramaturgo? En vez de andar por España ¿emigrará a regiones lejanas? ¿pintará hombres de otras zonas y siglos? ¿Despañolizará a los españoles?

Injusta y necia pretensión.

Ningún talento ha hecho ni hará nunca tal.

A sí propia, siempre a sí propia, se pintó la Helada: sus propios hábitos, su propia alma, su propia historia; nada ajeno, nada bárbaro.

En sí mismo, pues, no tiene fundamento alguno el cargo. Hay en él, con todo, este grano de verdad: que los dramaticos españoles pudieron haber explotado menos, no lo genuinamente, sino lo accidentalmente español; no la altivez y profundidad del carácter nacional, sino los hábitos de la epoca, que pasan con la época y no dejan tras sí otra cosa que cierta disonancia histórica.

El poeta no sólo ha de pensar en lo presente: es el hombre de la inmortalidad. Ha de pensar también, y acaso con preferencia, en lo porvenir, y, convencido de su eternidad, eliminar de sus obras lo transitorio y efímero.

Pero, tan modestos tal vez que poco reflexivos, más enamorados de lo propio que deseosos de gloria ajena, españoles ante todo y en todo, no pensaron sino en sí mismos, en España, y pintáronla y retratáronla en mil formas, de mil maneras, con mil cambiantes, siempre nueva, siempre opulenta, siempre espléndidamente.

Y novedad inagotable, y opulencia y esplendidez había en aquella gran nación, de las mayores que ha alumbrado de sol.

Esto aminora el exceso de nacionalismo en su dramática. Y quién sabe si le disimula, si le disculpa, le borra.

Contando yo sólo lo mío, siendo lo mío interesante y contándolo yo con interés, ¿qué censura merezco? ¿Porque no conté también lo ajeno? En el peor caso será egoísmo de mi parte: nada más. Será el no hacer todo lo que puedo. Pero ¿y si no puedo? ¿si no alcanzo?

Aun cuando España no hubiese pintado más que a sí misma; si hubiese, cual Narciso, quedado enajenada de su propia hermosura, ¿merecería reproche? Podría sólo reprochársele no haber sido más universal, no haber aprovechado en toda la posible amplitud sus talentos, caso de poderlo.

Pero ¿es tan cierto que España no pinte más que a españoles?

¿Qué hay en el mundo entero, español y no español, antiguo y moderno, que no haya pintado el solo Lope con su pincel que reune y refunde con duplicado encanto la gracia de Rafael y el genio de Miguel Angel? El solo Lope está ahí para confirmar brillantísimamente cuanto se diga en honor del teatro español; está ahí para rebatir y pulverizar cuanto se diga en su contra.

Credulidad.

9. ¿Credulidad se le achaca? ¿Qué se entiende por credulidad? ¿el creer en la otra vida, en el otro mundo? ¿en la comunicación del otro con el nuestro, en visiones, en apariciones? ¿Qué dramaturgo, comenzando por Esquilo hasta llegar a Shakespeare, no ha derramado sus resplandores más vivos a la luz de tales resplandores?

¿No está fundada en la naturaleza humana esta fe? ¿honda, indestructiblemente fundada en ella? ¿No tiene, por tanto, realidad?

¿realidad viva, potente? Si no la tiene lo que dimana del fondo mismo de la razón, ¿qué la tendrá?

Y ¿qué pensar de la catolicidad, con que se le da en rostro? ¿Será defecto el pintar esencialmente católica a la nación que lo es?

Exageración del honor; intrigas eróticas estereotípicas. Todo capa y espada.

10. Mucho de verdad hay en lo del honor exagerado.

Pero también mucho de poética, muchísimo de dramática tiene tal exageración. Sentimiento nobilísimo el honor, uno de los más nobles, preséntase respetable, elevado hasta en sus mayores desvaríos. Es uno de los rasgos más propios, más salientes y amables del carácter de la nación, y por eso mismo, uno de los nervios vitales más poderosos de su dramática.

¿Es toda ella de intrigas amorosas? ¿toda de capa y espada?

Campea en ella este tipo. Repítense ciertamente infinitas veces las intrigas eróticas de embozados, tapadas, estocadas. Pero la repetición literaria es una de aquellas cuestiones que sólo en la práctica pueden resolverse.

¿Cansa la repetición? — Es mala.

¿No cansa? — Es buena.

¿Agrada? — Es excelente.

El genio se repite a menudo, ya sin advertirlo, ya advirtiéndolo. Repítese, pero no se copia. Repite caracteres, situaciones, ideas, mas siempre con novedad; con pormenores, con inspiración y colorido tan varios y tan nuevos que, si materialmente hay alguna repetición, intelectual y poéticamente no la hay. Repeticiones hay que valen más que invenciones. Dibuja indefinidamente Greuze caras de niña en la florescencia primera; siempre del mismo tipo, pero siempre de muy varias facciones y expresión, siempre de mucha belleza. ¿Quién le criticará sus repeticiones?

¿Ni quién las suyas al teatro de España? ¿No son sus intrigas eróticas, a pesar de su uniformidad, muy ricas en inventiva, muy ricas en poesía? ¿No hay en esa uniformidad la mayor variedad; en medio de la quietud, movimiento incesante? Y esto mismo ¿no prueba con evidencia suma la energía vital del genio?

Frivolidad del amor.

11. ¿Por qué? ¿Porque el amor gime aquí poco, no gimotea, ni lloriquea, al modo que suele en el teatro moderno extranjero?

Alabanza, no censura, merece por esto el español. Nada hastía tanto ni está tan reñido con el arte como el más ligero recargo de nubes, de tristeza, de lloro.

De frívolo tachan también al amor escénico hispano, porque se detiene y se pierde en la celebración de la belleza física femenina.

No se harta, es verdad, de celebrarla. Mas ¡con qué perennes, opulentos, arrebatadores rasgos de fantasía!

En apariencia, de pura fantasía. Bajo de ella, sin embargo, se agita el sentimiento, poco exteriorizado si se quiere, latente muchas veces, pero no por eso menos real. Demuéstralo claramente la abundancia misma y el color de las imágenes con que se adorna, se viste, juega; que vierte risueña y caprichosamente, con loca alegría, con inmensa profusión en torno de sí. Cuando de tal modo juega y se enloquece de dicha la fantasía, no juega ni se enloquece de suyo: de fuerza extraña, de fuerza poderosísima necesita para caldearse y entrar en tal estado de arrobamiento y éxtasis. Y ¿cuál será esta fuerza sino el sentimiento, el amor? Quien no lo sienta, no sabe de arte ni de poesía, y absténgase de murmurar de lo que no entiende.

Timbre altísimo de gloria, es, por el contrario, para las letras y sobre todo las tablas españolas este culto de la belleza. En él asemejase el genio hispano al helénico y muéstrase muy superior al de los otros pueblos modernos.

¿Ha creado algo más portentoso Dios en la naturaleza visible que la belleza? El sentirla, el quedarse ante ella suspenso, arguye delicadeza y profundidad de entendimiento y de corazón.

Los graciosos.

12. Esos graciosos, que la cortedad de vista crítica ha censurado tanto a España, ¿son o no son personajes dramáticos? De tal manera lo son, que hasta Sófocles en su más patética tragedia, la «Antígona», los conoce; que los conoce, los multiplica a veces hasta el exceso, hasta la impertinencia, Shakespeare.

¿Que no faltan en ningún drama español?

Y ¿dónde faltan en el gran dramaturgo inglés? ¿Dónde faltan en la vida real, que ha de reflejar el drama? ¿Dónde falta un tonto? ¿Dónde no obra, no habla como tal?

Característica débil.

13. En las comedias de amor no puede ésta, naturalmente, ser muy fuerte. Ni hay necesidad alguna de que lo sea. No son piezas

de carácter, ni históricas, ni de costumbres. En la intriga, sólo en ella, está su fuerza.

Aunque en estas mismas comedias no falta tampoco la característica. Personas, no abstracciones; seres vivos, vivísimos, no ideales, aparecen doquiera.

Esos galanes, esas damas, cuya acción rebosa de vida, no tienen tampoco caras iguales: tiénenlas a cada paso muy diferentes. Diferentes las tienen hasta esos graciosos, con ser personas tan accesorias.

Falta de caracteres.

14. Ningún cargo más infundado se ha hecho ni hacerse puede a nuestra escena.

¿Que no sólo es débil, que es pobre en caracteres, dicen?

¿Cuál es entonces, o cuál ha sido rica en ellos?

Y aquí llegamos ya a los dotes del teatro hispánico.

C. DOTES.

Caracteres.

15. Caracteres cómicos, ninguna escena, ni todas las otras juntas, tiene tantos, tan varios, tan típicos, tan imperecederos como la española.

Ni en dramáticos ni trágicos cede tampoco a ninguna. Y si dijera que ninguna llega a ella, no exageraría.

Analícense, uno por uno, estrictamente uno por uno, cuantos caracteres ostenta el teatro heleno, el teatro shakespearino, y dígase dónde hay mayor número, dónde mayores ni más inmortales que los Tellos de Meneses, que el Mejor Alcalde, que el Duque de Viseo; que infinitos otros de Lope, que la Doña María, que la Tamar de Tirso; que el Alcalde de Zalamea, que el Médico de su honra, que la Hija del aire, que innumerables otros de Calderón y de tantos otros.

Donaire. Serenidad.

16. No tienen los dramáticos españoles igual en el donaire, ni en la espontánea alegría y donosa jovialidad, ni en el espíritu satírico. Pero, si en todo esto cabe comparación entre el teatro de España y los restantes teatros; en tres cosas no la cabe: en la serenidad, la universalidad, la inventiva.

La serenidad y transparencia peculiares a la literatura de España son peculiarísimas a su teatro, que no conoce ni desesperaciones ni misantropías, ni languideces melancólicas; que no

conoce nada de lo que casi doquiera hace tan repulsivo, tan ingrato el arte escénico moderno.

No ignora ni las sombras espesas, ni las torturas desgarradoras ni las borrascas deshechas del corazón; pero sabe triunfar de todas, sujetarlas rendidamente al imperio de una voluntad inquebrantable; iluminarlas con las claridades de la fe, y lo que es más: mirarlas con ojos serenos, con alma risueña.

Tanta y tan increíble es esta energía de alma y genio en los dramaturgos españoles, que en vano se buscará, en sus obras tan hondamente sentidas, huella ni la más leve de las tempestades que durante años enteros agitaron, angustiaron y quebrantaron sus corazones. ¿Dónde aparece vestigio alguno, en el teatro de Lope, de las crueles amarguras que le agobiaron en la postrer época de su vida?

Grandes hombres y grandes genios: así suben siempre a las tablas los españoles.

Nada hay que en el mundo se les asemeje en el espíritu soberanamente sereno, etéreo, que flota a inmensurable altura sobre las brumas y las frías ráfagas de la tierra. Imperturbable serenidad, gracia y juego escénicos tan vivaces, que han hecho creer a gentes poco avisadas que es un mero pasatiempo el teatro en España.

Aun cuando lo fuera, sería un divertimiento artístico, y esos divertimientos recrean, solazan, elevan. ¿Qué más se puede pedir al arte? ¿Que enseñe? Pues el drama español enseña también; enseña mucho, divirtiendo mucho. Lo que es el ideal artístico.

No son, afortunadamente, los españoles, ni sobre las tablas ni fuera de ellas, maestros pedantescos: ni Calderón ni Alarcón, no obstante moralizar a veces demasiado, no dan nunca en pedantes, mucho menos en aquellos pedantes tiesos, filosofástricos que inundan las tablas extranjeras.

Universalidad.

17. Asombra igualmente la universalidad de sus dotes poéticas: universalidad sin ejemplo en lo moderno, y sin rival en lo antiguo. Pues los dramáticos griegos, aunque son también todos, Aristófanes mismo, excelentes líricos en sus coros, no abarcan, como los españoles, todo el campo de la lírica; ni se explayan épicamente, ni satirizan, cual doquiera y con instintiva facilidad y gracia los españoles.

Entre ellos y los otros modernos no hay en este punto cotejo posible. Porque los pocos dramáticos de las demás naciones, o lo

son exclusivamente, o sólo han sobresalido en otros géneros poéticos. Shakespeare, por ejemplo, es lastimoso en su lírica.

Pero los españoles, con ser tan incomparablemente dramáticos, aparecen en las tablas siempre también grandes poetas. En ellas, que no en los líricos propiamente dichos, hay que buscar la verdadera lírica hispana. Pues todas las cuerdas de la cítara apolínea se tocan allí sin cesar y con destreza acabada, desde la más fina hasta la más profunda; desde el son más pastoril y más anacreóntico al más elegíaco y pindárico; del travieso trino del jilguero al sublime sollozar del ruiseñor.

No escasean tampoco acentos perfectamente épicos, como en las insuperables octavas de Tirso en la «Prudencia en la mujer».

Y ¿qué decir de los cuentos y apólogos que pululan? ¿ni qué de tanta risada, ora franca, ya burlona o sardónica, que resuena al través de tanta sátira? ¿ni qué del cruzarse y chispear de la lluvia de epigramas?

Inventiva.

18. Si no hay ejemplo en lo moderno de una fecundidad literaria como la española, ¿qué pensar de aquel raudal escénico, de aquella portentosa inventiva, de aquella facilidad de dramatizar, de poner perfectísima y artísticamente en escena cualquier suceso, desde el más común y vulgar al más abstruso y filosófico; de aquella facilidad de inventar, de improvisar, de hacer salir, por decirlo así, de la nada, como por ensalmo, fábula tras fábula, a cuál más nuevas, atrayentes, primorosas? facilidad que celebró en Lope su más excelso triunfo, que llegó con él a la más elevada cúspide a que es dado lleguen la fantasía humana y el genio dramático.

¿Qué pensar de esto, que sobrecoge al esteticista, a manera de un verdadero portento?

¿Dónde queda, con la hispánica, la restante inventiva moderna? ¿Dónde la de Shakespeare mismo? ¿Qué argumentos inventa éste? Casi ninguno. ¿Cuál es su fecundidad? Apenas la de los dramáticos españoles de segundo orden.

Si saber dramatizar acertadamente un hecho más o menos dramático revela genio escénico, ¿qué será dramatizar acertada, admirablemente no sólo un hecho dramático de suyo, sino cualquier hecho, inventar cualquier hecho, y dramatizarlo a maravilla, cual lo hace Lope cada veinticuatro horas?

Hasta las nubes es ensalzada la fuerza caracterizadora de Shakespeare. Ensálcesela enhorabuena, pero no se olvide ni lo que

hemos dicho de la característica dramática española, ni que la inventiva vale más que ella: para pintar un carácter basta un genio observador de la realidad y hábil en copiar; para inventar, para crear una accion, que supone muchos caracteres, una complicadísima trama, para esto no basta un esfuerzo grande de genio: es menester uno potentísimo, una fuerza, elasticidad, hondura y viveza de fantasía rayanas en maravilla.

Y si, despues de todo esto, se considera aquella abundancia, aquel lozanear de vida dramática que embellece la escena hispana a guisa de vegetacion y flora más que tropicales; si se pondera aquel diálogo, aquella espontaneidad de la conversación dramática, aquella soltura, viveza, rapidez, aquel verso, aquellas formas estróficas, muy variadas y primorosamente artísticas, dificilísimas, que se pliegan, con todo, al hablar dialogado y le siguen con una flexibilidad que en otro idioma, en español mismo, a duras penas pudiera la más dúctil prosa; si se considera luego que el diálogo es la mayor y casi insuperable dificultad dramática; y se le ve en la comedia ibérica tan maravilloso que es la maravilla de sus maravillas, ¿quien no confesará que el teatro ibero, más aún: que el sólo Lope es el más grande, el más estupendo ejemplar del genio moderno?

19. Sí; por poco gusto dramático que se tenga y por poco que se conozca la dramática de España, en una cosa hay que convenir, y es en que supera inmensamente ella sola a todo el teatro moderno; y supera, no en genio ni arte, mas en naturalidad y vida dramáticas, en extensión y riqueza, a cuanto ha llegado a nosotros de la escena griega.

De lo cual se deduce que, si ésta ha de enseñar el arte y el gusto, el enseñar el fondo y el nervio, el poner en escena, el animarla; el diálogo; el drama, en una palabra, reservado queda al teatro español.

Y tanto es así que los nativos talentos escénicos extranjeros que se han formado en la escuela española, han descollado según su capacidad para comprender y utilizar sus luminosas enseñanzas.

En nadie es esto más visible que en Grillparzer, el mejor dramático de Alemania. Nacido para el drama, nada, sin embargo, produjo sino retórica teatral, pesada como plomo, mientras le inspiró la retórica teatral de Schiller. Pero tan pronto como cayó en sus manos el gran Lope, despertó su genio y enmendó enteramente el rumbo. Enmienda que no logró con el estudio de los maestros helénicos, aunque ellos despertaron su talento y le hi-

cieron abandonar por siempre el énfasis y aquel dialogar académico y estudiado, que no es conversación, sino un malo y monótono remedo de ella.

Los modernos dramaturgos extranjeros, en efecto, no son maestros capaces de enseñar al alumno de Melpómene: sonlo de entusiasmarle por ella. Si los toma por modelos, le extravían.

Los griegos son los que orientan y enseñan el camino. Pero tampoco ellos encaminan: son inimitables por su alto ingenio, de sello propio y personal. Los españoles solos señalan la senda, ponen en ella y por ella conducen. Pues miran la vida y la naturaleza con tanta claridad e inmediación, que le abren los ojos a cualquiera que tenga alma dramática. De esta suerte, hácense imitables; aunque la luz y la profundidad de su mirada son inimitables, como las del genio helénico; inimitables, no menos que la claridad del día, que la hondura del firmamento.

§ 2. Vagos preludios.

Vengamos ya a la historia del drama y consideremos con alguna detención a sus principales representantes.

Cultivado no sin cierta fortuna en el anterior período por Gil Vicente y Juan del Encina, fué notablemente adelantado en éste por **Bartolomé Torres Naharro** y **Lope de Rueda.**

De festiva gracia, no escasas de sal de invención, donosas de estilo, no se levantan, con todo, sus obras sobre el nivel de farsas cómicas inartísticas, inintencionadas, mero y tosco pasatiempo de la turbamulta, ajenas y muy distantes de reflejar el genio nacional.

§ 3. Lope de Vega.

(1562, Madrid, —1635, Madrid; grab. 7.)

1. Castellanos viejos, de vieja aristocracia, fueron los padres de **Lope Félix de Vega Carpio**; oriundos sus antepasados, de Asturias, del valle de Carriedo; donde, en la aldea de la Vega, se alzó su antiguo solar.

Tradiciones hay de la precocidad de Lope: de cinco años, hablaba el castellano y el latín; y antes de saber escribir, ya hacía versos, que dictaba a sus compañeros. Él mismo confiesa haber compuesto versos cuando aun no hablaba. Portento que se explica si se atiende a que se desarrollaron tarde en él los órganos vocales.

2. De diez años, fué enviado a estudiar en Alcalá de Henares. Aquí se perfeccionó en el latín. Del griego, empero, sólo aprendió

los rudimentos. Por esto daría más tarde a su hijo el singular consejo de no estudiar griego.

A estudiarlo él mismo y conocer la literatura helénica, sus grandes dramáticos, sobre todo; hubiérase, sin duda alguna, desenvuelto aun más temprano y mejor su genio, afinándose su gusto, allanándosele y dilatándosele el camino hasta las mayores alturas de la escena.

Los pobres modelos cómicos latinos nada pudieron enseñarle: de niño, sabía él ya mucho más. El lastimoso trágico Séneca si algo pudo, fué corromper su gusto y alejarle de la tragedia.



— Lope de Vega

3. Pero volvamos al niño poeta.

De trece o catorce años, quedó huérfano. Parece que él y un hermano y una hermana mayores fueron desposeídos de su herencia por un malvado. Su hermano, que era militar, no podía socorrerle. Diéronle, según se dice, algún socorro unos parientes lejanos.

A la sazón asaltóle a él y a un condiscípulo súbitamente el espíritu aventurero. Juntaron, en dinero y joyas, lo que pudieron y marcháronse a pie a correr tierras. En Segovia compraron un caballo y llegaron hasta Astorga. Aquí echan de ver que el dinero se les ha acabado, y van a empeñar una cadena de oro. Por sospechosos de hurto tiénelos el platero y los entrega en poder del alcalde; que seguros remite a sus parientes en Madrid a los noveles aventureros.

4. Quince años tiene Lope. El poco dinero que poseía, gastado está; se ve en la mayor miseria y se hace soldado en Portugal.

Después de un año, deja el servicio y llega a ser, por fortuna suya, secretario de Jerónimo Manrique de Lara, obispo de Ávila, inquisidor general y legado pontificio de la armada contra los turcos. Con la mayor veneración recuérdale Lope, y a su palabra

alentadora se atribuyen los primeros trabajos literarios del adolescente: una égloga y el drama pastoril *Jacinto*, escritos por los años de 1578.

5. Pasado un año, dejó la secretaría, arrastrado, a lo que parece, por las nacientes pasiones; que le fueron lanzando acá y allá por mucho tiempo.

6. Reaparece en 1583, peleando como soldado en las Azores; en 1587 es acusada de calumniosa una comedia suya: y tiene el autor que marchar desterrado a Valencia. Recién casado, alístase en la «armada invencible» en 1588. De aquí pasa al servicio del duque de Alba; después al del marqués de Malpica, y en 1595 al del duque de Sessa.

Reside alternativamente en Madrid, Sevilla, Granada, Toledo, y desde 1610 de fijo en Madrid.

Muerta su segunda mujer, arrepentido de sus extravíos y vuelto seriamente en sí, ordenóse de sacerdote en 1614.

7. Su fama de poeta había ido volando, no sólo por España, sino por el mundo entero, y convirtiéndole, aunque no sin contradicciones y acres polémicas, en arbitro de la escena ibérica y de la europea.

Urbano VIII le condecoró; príncipes y reyes colmáronle, a porfía, de distinciones y honores. La admiración pública fué pasando a asombro, el asombro a pasmo, y el pasmo a un aplaudir, mimar y endiosar nunca visto.

Más todavía que sus funerales, magníficos como los de un gran rey, comparables sólo con los de Klopstock, atestiguan estos fervores del público atónito el atropellarse las gentes por las calles y a las puertas, y el bendecirle las mujeres, cada vez que salía de su casa. Y casi tanto como esto atestíguanlo aquellos dictados pomposos que el pueblo y los aristócratas del talento comúnmente le daban, por el renacer continuo y la portentosa fuerza de su numen, llamándole el «Fénix de los ingenios» y el «Monstruo de la naturaleza».

8. Ni podía pensarse de otra suerte, viendo esa su fecundidad verdaderamente monstruosa. Él mismo había perdido la cuenta hasta de sus comedias: en una parte dice haber compuesto 1070, en otra 900: conservamos 413 y 40 autos sacramentales: un tercio tal vez tan sólo de su producción escénica. Compuestas fueron muchas de sus comedias en un solo día; él propio dice que

> «Más de ciento en horas veinticuatro
> pasaron de las musas al teatro».

9. Ni se supo contener dentro de los anchurosos límites del drama su rica inventiva: todos los géneros literarios los cultivó: y aun puede decirse que creó el auto sacramental.

Poemas históricos son su *Dragontea* (1598), sobre Francisco Drake, y la *Corona trágica* (1627), sobre María Estuardo; épicos son: la *Angélica* (1602), congenere del «Orlando furioso»; la *Jerusalén conquistada* (1609), en que emula al Tasso; el *San Isidro* (1599), en que canta, en tono popular, al santo labrador; la *Gatomaquia* (1634), y una novela pastoril en prosa, la *Arcadia* (1599).

De fondo autobiográfico son un poema, *El Peregrino en su patria* (1604) y un drama en prosa, la *Dorotea* (1632).

10. Añádase a tan asombrosa fecundidad el corazón levantado, noble, patriótico y desprendido, caritativo y piadoso del poeta, y se comprenderá que su nación le convirtiera en ídolo y se le perdonaran los tristes deslices morales, hasta de sus últimos años; así como aquella mezquina envidia y enemistad con Cervantes[1] y aquellas diatribas virulentas contra él y el Quijote mismo. Enemistad que hizo estallar Cervantes, más tal vez que por emulación, por la dura necesidad de ganarse la vida con sus comedias, y en la cual, no obstante haberse también propasado a torpes invectivas, supo al fin perdonar; lo que Lope, menos blando de corazón, no supo.

Competencias y envidias dignas de la más severa censura. Pues, si, por bajos, en almas grandes no caben tales sentimientos, ¿qué será si, a pesar de todo, les dan entrada? ¿qué, si se envidian dos talentos como aquellos, capaces, no ya sólo de inmortalizarse cien veces, sino también de inmortalizar a otros ciento? ¿qué, si cultivan tan diversos géneros como ellos?

Un astro es cada genio, inmensa su órbita, inmensos sus dominios; nunca verán sus confines; jamás chocarán. Para admirarse entre sí y para amarse han nacido, no para envidiarse; mil veces menos, para odiarse.

11. Pero, perdonemos a Lope sus extravíos, pues que tan sinceramente los reconoció y lloró en muchos y conmovedores arranques líricos, que han inmortalizado su dolor. Perdonémosle su malquerencia para con Cervantes. Y olvidemos, después de censurarlos cual lo merecen, sus muchos errores literarios: esa precipitación vertiginosa con que escribía y que es la principal causa,

[1] Véase [illegible]. Desavenencia entre Miguel de Cervantes y Lope de Vega.

si no la única, de la falta de composición, simetría, desenvolvimiento y verosimilitud de muchas de sus comedias.

Olvidemos aquel anhelo suyo, muy natural, pero muy censurable, de complacer al vulgo; del cual anhelo también se originaron, sin duda alguna, muchas de sus faltas.

Omitamos el culteranismo, que afea sus obras no dramáticas. Disimulemos, en obsequio a la moralidad general de su teatro, las escenas lúbricas que escribe de cuando en cuando muy al vivo y aun con cierta complacencia.

12. No le juzguemos tampoco por sus obras prosaicas; mucho menos por sus novelas, destituídas de valor; ni por su lírica, donde con todo ya campea un poeta de grande aliento. No le juzguemos siquiera por sus poemas mayores: obras, no obstante sus graves lunares, de un ingenio de altísimo vuelo, no del todo indignas de sus dramas y suficientes para hacerle inmortal.

13. Empecemos a juzgarle por un poema en que despunta por todas partes su fantasía, donaire, experiencia y fuerza poética; su canto de cisne, pero no melancólico — ¿qué sabe ni supo nunca Lope de melancolías? — ni triste, sino risueño, casi diría, sublimemente risueño: la epopeya burlesca más bella de toda la literatura: su Gatomaquia.

14. ¡Qué tropel de amores, celos, peleas, arañazos, vuelcos y revuelcos, venturas, desventuras y aventuras gatunas y gatunísimas! ¡Qué correr, brincar y saltar de verso, del más lindo, caprichoso y atrevido verso! Vertiginoso, arrastra vertiginosamente consigo.

Embebecida, corre hasta cansarse materialmente la vista; corre por esos enormes y desmazalados cuanto artísticos períodos, donde entre el verbo y su complemento se amontonan incidentes sobre incidentes, rasgos poéticos sobre rasgos poéticos; pero que se suceden con tal rapidez que, así como el poeta pasó por encima de ellos como saltando, sin perder de vista el sujeto, no lo pierde tampoco de vista el lector, y sálvalos con la elasticidad que él.

15. Es la Gatomaquia un inacabable y deliciosamente revuelto jugar, reir, divertir, satirizar y filosofar, un continuo tirar de flores; donde van a cada paso pedrezuelas traviesa y certeramente disparadas contra cuanto divisa merecedor de ellas.

16. Si con las obras dichas terminara la labor literaria de Lope, razón habría muy suficiente para contarle entre los ingenios potentes. Pero con aquéllas y otras muchas no hace más que empezar. Pues empieza y no acaba nunca. Peregrinísimo y único

portento, que consideraremos después de enumerar algunas de sus principales comedias. Que son:

Los Tellos de Meneses.
Los comendadores de Córdoba.
La estrella de Sevilla.
Los milagros del desprecio.
El villano en su rincón.
Las paces de los reyes.
Del mal lo menos.
Los pleitos de Inglaterra.
Los porceles de Murcia.
El Duque de Viseo.
La obediencia laureada y el primer Carlos de Hungría.
El hombre de bien.
El castigo del discreto.
El mejor alcalde el rey.
El castigo sin venganza.
La mal casada.
El rey Wamba.
El casamiento en la muerte.
Amar sin saber a quién.
El perseguido.
La resistencia honrada.
Los tres diamantes.
La boba para los otros y discreta para sí.
El príncipe despeñado.
El perro del hortelano.
El ausente en el lugar.
La niña de plata.
El primer Fajardo.
La serrana de la Vera.
Porfiar hasta morir.
La venganza venturosa.
El caballero de Olmedo.
La envidia de la nobleza.
El robo de Dina.
Guardar y guardarse.
Embustes de Fabia.
La llave de la honra.
El juez en su causa.
Las batuecas del Duque de Alba.
Las cuentas del Gran Capitán.
Venus y Adonis.
El piadoso veneciano.

¡Larga enumeración y, sin embargo, la más corta posible! ¿Ni como abreviarla más, cuando de sus comedias, ni de aquellas que se publicaron contra su voluntad, ni de las otras poquísimas que escribió enteramente distraído; — cuando de todas ellas no hay ninguna que no merezca leerse, ninguna que de algún modo no admire, ninguna por donde no rompan con rayos claros sus potentes facultades dramáticas; que, teniendo luz propia y abundantísima, no podían menos de alumbrar aun al través de vapores y nieblas?

17. Y no solo da luz Lope: su luz es benéfica, porque enseña, serena y alegra. Enseña con su agudísimo entendimiento y el cuantioso caudal de su experiencia. Serena con la inalterable apacibilidad de su numen. Y alegra con su inexhausta cuanto graciosa fantasía.

18. Pocos hombres, en efecto, más conocedores del mundo y de los hombres; del corazón y del espíritu humanos; de la sociedad y de la historia nacional, de la provincial, de la lugareña; de las tradiciones patrias, de la mitología y toda la cultura humana.

Ninguno ha abarcado tanto en sus dramas, pues todos sus conocimientos vertiólos en ellos, tan naturalmente, tan sin ninguna

afectación, que es menester reflexionar para caer en la cuenta de que instruye. Pero, aun más que con lo aprendido en los libros, enseña con la propia experiencia. Muy justamente dice de él Grillparzer, el mejor conocedor de Lope y el gran dramático alemán: «Espántome a veces de la riqueza de pensamientos de Lope de Vega. No hay poeta tan observador como él ni tan rico en advertencias prácticas» (Estudios sobre el teatro español).

De tales observaciones y documentos da, en cada página, testimonio hasta la Gatomaquia.

A más de la forma poética, en que es consumado maestro, enseña Lope a hablar. No hay castellano más bello que el suyo. Insuperable es su lenguaje. Yo le llamaría el primer hablista español.

19. Todas estas dotes, aunque peregrinas y excelentes, no salen todavía de la esfera de los talentos superiores. Salen ya de ella y pasan a otra más alta y casi inaccesible la serenidad y la gracia, que nunca le abandonan.

Parece como si viviera o al menos se alzara a placer a una región extraterrena, donde no soplara cierzo alguno, donde enmudecieran los ayes y las olas de la vida.

Tan habitual y tanta es su serenidad, que serena y abre el alma a gozar de la gracia indefinible que profusamente derrama por doquiera que va, a doquiera que mira. Y ¿adónde no va y adónde no mira aquella fantasía, rica como las más ricas, y risueña como la del más risueño poeta de la antigüedad: Ovidio?

Pero lo que siempre y siempre la enajena, es lo idílico. Ora bulla y travesee con cuantas flores cría la primavera, con cuantos frutos el estío y el otoño, con cuantas escarchas y copos de nieve el invierno; ora retoce entre abrojos y zarzas, por pantanos, páramos y precipicios; ya se remonte por las tempestades hasta las estrellas y de allí por los cielos: ¿dónde no está con los labios llenos y rebosando de risa?

20. ¿Dónde, sobre todo, no es natural, con sencilla naturalidad, aquel hondo sentimiento de la naturaleza, que en él no pasa primero por el entendimiento, como casi siempre acontece, sino que va directo, digámoslo así, del objeto sentido a la fantasía, rozando de paso ligeramente con el corazón?

¿Quién — y valga este ejemplo por los infinitos que citar pudiera — quién siente lo natural con la intensidad que revela este pasaje y con que él lo siente siempre? «Aunque es verdad que los celos no discurrían en el mal por venir con ansia de remediar

el presente; porque son como *las manos que, por defender el rostro, dejan descubierto el pecho.*»

21. «Tan inmediato es este sentimiento, que parece el poeta identificarse con la naturaleza misma: las palabras solas dalas el arte. Nosotros, empero, no sabemos qué hacernos con la naturaleza sana: los extremos, a lo sumo, excitan nuestro interés» (Grillparzer, Estud. sobre el teatro esp.).

22. No necesita Lope de tales extremos: el término medio, la sana mediania, le basta siempre para despertar y mantener fuertemente el interes. ¿Y no es este el mayor de todos los artes?

Fáltele, si se quiere, ese otro arte de la composición dramática, del desarrollo y desenlace simétricos de la fábula; arte que también tiene muy a menudo, y portentoso, cuando así lo quiere. No tenga, enhorabuena, ninguna fábula bien conducida y desenlazada; y tiene muchas conducidas y desenlazadas al par de las mejores del mundo.

Defectos serian estos muy graves en todos los demás; en él levísimos. Que él tiene un arte y unas bellezas únicas, que con nadie comparte y que superan tanto a esos defectos suyos y tanto a aquellas altas bellezas de composición, que hacen olvidar unas y otros. ¿Qué pesan unas y otros al lado de su riqueza, que surte a propios y extraños, riqueza inagotable y deslumbradora?

Si hubiese querido, o podido componer, proporcionar, limar cada una de sus piezas, no escribiera la mitad de las que escribió. Y ¿cuál de entrambas cosas vale más: un número relativamente corto de dramas artísticos o un sinnúmero de creaciones dramáticas un tanto inartísticas, pero sembradas de escenas asombrosas? Huelga la respuesta.

23. Pero — diría entre sí alguna o más de alguna vez el poeta — pero los miopes de hoy y los de mañana ¿no me tildarán de negligente? ¿de poco dramático? Soy maestro: no necesito probarlo; bastante probado lo tengo. Mas, por si alguien lo dudara, ahí va otra prueba de que lo soy. Y como tengo prisa, como siempre la tengo, pues ni el público ni la inspiración me dan punto de reposo, seré breve. — Dice, y saltando loca por el papel la pluma, traza una serie de aquellas escenas, uno, y dos también, de aquellos actos henchidos de naturalidad y vida, que valen por un drama y aun por varios dramas enteros de la mejor estampa.

24. Sin embargo, el ser muchas de sus comedias tan imperfectas y muchísimas de ellas tan viciosas, consideradas como un

todo, y el ser tantas: esto, y el no haber hecho, por la misma causa, su apoteosis los extranjeros, cual la hicieron de Calderón; es lo que más ha dañado a la fama y popularidad de Lope y le ha tenido, casi hasta nuestros días, desterrado del mundo literario.

Se comprende.

El arte de Calderón, así como el de todos los otros dramaturgos, facilísimo es de conocer y de admirar. Basta para ello examinar cualquiera de sus dramas.

Aquel otro arte de Lope, en cambio, arte peculiar suyo, no está tanto en el conjunto: está en las partes y en los pormenores. No está tampoco en un número más o menos considerable de dramas: está esparcido irregular y caprichosamente por todos ellos. Todos ellos forman, en Lope, el conjunto: un mundo inmenso en que brillan innumerables por toda parte las más ricas preseas; y, que forman, diría, el todo artístico.

Pocos, muy pocos, tienen fuerzas, gusto e imparcialidad suficientes para recorrerlo. Porque, ni tras de leer cincuenta o cien comedias se conoce al poeta: necesario es leerle íntegro.

25. Que el Fénix muere para renacer; parece agotarse en cada drama, morir en cada uno, para renacer en el siguiente.

Él solo es el dramaturgo nato. Los demás, todos se han hecho tales, y unos pocos, dotados de muy felices disposiciones, han convertido el drama en su segunda naturaleza. Solo el Fénix de los ingenios nació sólo para la escena. Todos los otros, aun los más gigantes, son árboles que crecieron en bien cultivado huerto, hasta tocar las nubes y las estrellas. Lope solo nació y creció en la floresta; y ella bastóle para llegar a ser el gigante de los gigantes.

Bien sé que toma de todas partes sus argumentos; que no está su genio en la inventiva propiamente dicha: la de los hechos subalternos, las ramificaciones de la acción capital, unidas estrechamente con el tronco, por mucho que de él se aparten, por revueltas que lozaneen. En esto aventájanle todos los príncipes de las tablas; en particular, Calderón.

Pero nadie se le acerca siquiera en aquella otra inventiva: la dramática; la facultad de dramatizar cualquier hecho, cualquiera situación.

Nadie se le acerca, sino que todos quedan a inmensa distancia de él en el diálogo, que es el nervio vital más importante del drama. El diálogo de Lope es incomparable: es su mayor triunfo. Los personajes de los otros o hablan lo que han aprendido

— que son los más — o lo que han reflexionado; los lopianos, lo que espontáneamente se les viene a los labios.

Todo manifiesta que era su propia naturaleza el drama; y tanto lo era, tan como instintiva e inconscientemente trabajaba, y tan poco digna pareciale, por esto mismo, su labor, que su dorado sueño era llegar a ser cronista de la Corona de España.

¡Inconcebibles aberraciones de la inteligencia y del corazón!

No se realizó su anhelo; o, por mejor decir, se realizó de otra manera. Fué el cronista más prodigioso de su pueblo: de toda la historia y del alma españolas, el mayor cronista del corazón de la mujer, el gran cronista y el primer dramático del mundo.

Mér. princ.: *Inventiva dramática y diálogo.*

Def. princ. (en sus obras no dramáticas): *culteranismo.*

Edic. princ.: la de la Academia, 1890.

§ 4. Tirso de Molina.

(1572, Madrid, — 1648, Soria; grab. 8.)



1. Sucédense y atropéllanse las glorias de la escena española. Llenándola todavía entera el genio de Lope, aparece en ella otro luminar tan fulguroso que todo el esplendor de aquél no le eclipsa: es Tirso de Molina.

2. Con este seudónimo escribió todas sus obras **Fray Gabriel Téllez**; mercedario desde 1610 y comendador del convento de Soria desde 1645. Hizo excelentes estudios en la universidad de Alcalá de Henares; fué maestro de teología y descolló como predicador y erudito.

3. A esto limítanse, por desgracia, las noticias biográficas de Tirso. No es posible, cual sucede con otros autores, completarlas

en cierto modo con lo autobiográfico de que, más o menos veladamente, suelen sembrar sus obras. Ni el estudio de éstas — como luego veremos — arroja suficiente luz sobre sus costumbres y carácter.

4. Asombrosamente fecundo, compuso cerca de 300 comedias; de las que se conservan unas 70.

Sobresalen entre éstas: *La prudencia en la mujer; Don Gil de las calzas verdes; El vergonzoso en palacio; El burlador de Sevilla; Cómo han de ser los amigos; Escarmiento para el cuerdo; Palabras y plumas; La villana de Vallecas; Amar por razón de estado; La gallega Mari-Hernández; Marta la piadosa; No hay peor sordo que el que no quiere oir,* etc.

Célebre auto sacramental es *El condenado por desconfiado.*

5. *Los Cigarrales,* miscelánea de comedias, novelas y poesías líricas, nos le muestran también eximio prosador; sobre todo en *Los tres maridos burlados* honesta y asaz divertidamente por sus mujeres, donde pinta con la maestría y travesura que suele las ingeniosas trazas de las mujeres para salir con la suya. Los «Tres maridos burlados» son otros tantos cuentos saladísimos, muy dramáticamente narrados: una pequeña trilogía cómica, que basta por sí sola a calificar a Tirso de eminente dramaturgo.

6. Con mucha habilidad tomó y transformó en tragedia el episodio bíblico de Tamar, hermana de Absalón (2 Reyes cap. 13). *La venganza de Tamar,* con empequeñecer el carácter de David y comenzar y rozar de cuando en cuando con el tono de comedia de capa y espada, adquiere, sin embargo, en el acto tercero toda la grandeza de la verdadera tragedia y de las mayores tragedias. Y sostenida por la soberbia pintura de Tamar y realzada por un cuadro idílico maravillosamente contrastado con las profundas sombras, donde aparece; llega a tal punto esta grandeza, que se comunica al todo, trocándolo en una de las mejores tragedias hispánicas, digna de figurar con honor entre las mejores de la literatura.

7. A su pesar manifestólo Calderón, pretendiendo mejorarla en sus *Cabellos de Absalón;* pues la refundió lastimosamente; quitóle la perfecta unidad que tiene y mudóla en altisonante drama, cuyas únicas bellezas son los pasajes de Tirso, y sobre todo el acto tercero, que se vió forzado a copiar íntegros [1].

---

[1] Cabal idea dan de la naturalidad del uno y de la énfasis del otro, las dos piezas desde su comienzo mismo.

El de Calderón es así:

Salomón: Vuelva felicemente,
De laurel coronada la alta frente,

8. Lo más característico de Tirso es su copia directa, pero bella, de la vida; su llaneza, espontaneidad, sencillez de palabra, idea, escena, raramente afeadas de culteranismo y declamación; su fuerza dramática singular; su diálogo de soltura y elasticidad incomparables; su habla y versificación de lo más hermoso que ha producido la musa castellana; sus muchísimas y muy visibles afinidades con Lope, a cuya escuela pertenece.

Y tanto se le acerca a menudo en genial concepción dramática y naturalidad, y tanto le suele aventajar en arte escénico, que se lee con deleite al discípulo después de leer al maestro. Porque, salvo Tirso, hasta los mayores dramáticos, hasta Calderón y Shakespeare y los griegos mismos, fatigan algún tanto, por la falta de aquella encantadora naturalidad lopiana.

9. Si en la «Tamar» compite Tirso con Lope, y en algunos de su pasajes con el grandilocuente énfasis calderoniano; alcanza en su obra maestra, *La prudencia en la mujer*, uno de los mayores triunfos que ha podido alcanzar dramaturgo alguno.

10. En estas dos piezas, en la última sobre todo, hay que estudiar al maestro, si se quiere aquilatar sus talentos; más aún, si se le quiere comprender. Dígolo, porque casi me parece que no se le comprende bien.

Pasa, y ha pasado siempre, por uno de los mejores cómicos. ¿Quién se atreverá a negarlo? Resaltan y relumbran tan intensamente su inimitable sal cómica, su viveza y chispa, que creo poder afirmar sin temor de equivocarme, que él es, a lo menos, el primer cómico moderno. ¿Quién puede compararse le en la comedia, estrictamente considerada? Lope es sin comparación más dramático que cómico; en lo que más flaquea Calderón, es en el donaire; Shakespeare no es fuerte en él tampoco.

El campeón israelita,
Azote del sacrílego moabita.

Adonías: Ciña su blanca nieve,
De la rama inmortal círculo breve
Al defensor de Dios y su ley pía,
Horror de la gentil idolatría.

El comienzo de Tirso, en cambio, es éste:

Amón: Quitadme aquestas espuelas
Y descalzadme estas botas.

Eliecer: Ya de ver murallas rotas,
Por cuyas escalas vuelas,
Debes de venir cansado.

11. He dicho que estimo no se le comprende bien. Pues no se le tiene por gran dramático; menos aún por gran trágico.

Se dirá que una tragedia y un drama desaparecen ante el sinnúmero de sus comedias.

En manera alguna desaparecen; antes brillan más, por el arte perfecto y el atildamiento en ellos desplegados.

Es en efecto tan magnífica esa tragedia, y tan maravillosamente bello y tan sin disputa el más grande de la literatura ese drama histórico, que aun cuando nada más escribiera, sería Tirso un astro escénico de primera magnitud.

12. Y algo más infiero que revelan los dos dramas.

¿No revelarán el carácter, lo más íntimo del autor? Ese bufón tantas veces tan obsceno y tan procaz como atropellado e inverosímil en sus fábulas; ese truhán formidable que arrastra, al parecer con la más cínica e inaudita complacencia, por el lodo singularmente a la mujer; ese truhán, ¿lo será en realidad, por sus naturales e íntimas inclinaciones? ¿despreciará tan indignamente el corazón femenil? O, llevado de su prodigioso y flexibilísimo ingenio, ¿hará del truhán y del obsceno como el más consumado actor, la más consumada actriz, debajo de cuyas lascivas apariencias palpita a veces un corazón pudoroso y virginal? ¿No acontecerá algo semejante con Tirso? ¿No nos querrá pintar, no al linaje humano, mucho menos a la mujer, y menos aún a la española, sino la mucha corrupción de su siglo y, más en particular, la de Madrid?

A no admitir esto, ¿cómo se explica la profunda y grandiosa inspiración que le ha dictado tal tragedia y tal drama? ¿cómo el amor tierno y sublime que tiene a esa desventurada y amable Tamar? ¿a esa arrobadora Doña María, gloria de España y de su sexo? ¿No es esto como decirnos: «He ahí a la mujer que existe en el mundo, que alienta viva en él y entre nosotros. He ahí a la doncella que ama y defiende como lo más sacro y celestial su pudor y que llora con desgarradores ayes cuando un infame se lo aja por la violencia. He ahí a la viuda casta, que contra todos los azares guarda inviolable su amor al único que ha amado y podido amar en el mundo. Ésas son las mujeres que yo admiro: sed todas como ellas. Las que no son así, las que son lo contrario, las de mis comedias, las escarnezco yo así, porque vosotros también las escarnezcáis»?

13. Esto es, en mi sentir, lo que enseñan y patentizan los dos inmortales dramas; y me lisonjea la esperanza de que, cualquiera

que atentamente los leyere y reflexionare luego sobre el teatro cómico de Tirso, llegará a la misma convicción, y aun amará a ese soberano ingenio; a quien, de otra suerte, no se puede sino admirar. Y a hombres de su talla no se contenta el ánimo con admirarlos, con darles aun cuando sea un testimonio elocuente, bien que tácito, de asombro, cual todo un genio como Calderón se vió — lo dijimos — obligado a rendirle, queriendo mejorar su «Tamar», y no pudiéndolo en modo alguno y teniendo que copiar un acto íntegro; — con nada de esto se contenta el ánimo: quiere amarles. Contentémonos con poder, así, amar a Tirso.

Cual. princ.: *sal cómica; fuerza dramática.*

Def. princ.: *obscenidad.*

Edic.: Hartzenbusch, 12 t., 1842; Bibl. de aut. esp. t. V. IX. XVII. LVIII.

§ 5. Juan Ruiz de Alarcón.

(¿1580? Tasco, Méjico, — 1639, Madrid.)

1. Pocos autores menos conocidos biográficamente que Alarcón. Casi es el caso de estudiarle en sus obras, cual ocurre con Homero, y colegir de ellas su índole y corazón; que, dada la llana sinceridad y el calor moral de sus piezas, deben de haber sido altos, al revés de su estatura, que era corta, triste, jorobada; por lo cual fué el blanco de toda clase de indignas sátiras. Sátiras tanto más difíciles de soportar cuanto que solían venir hasta de los mejores y más hidalgos ingenios, y que, con todo, parece haber soportado con ánimo superior.

2. Esto es casi lo único que sabemos de su persona. Ni de su vida sabemos sino que nació (¿1580?) en Tasco de Méjico; que estudió primero en su país y luego en España; que aquí, tras de una juventud llena de desengaños, llegó por fin a ser relator del Consejo de Indias; lo que fué hasta su muerte.

3. Más justa que los contemporáneos ha sido con él la posteridad; bien que no del todo.

Los de su tiempo, además de acribillarle a pullas por su figura, tacháronle de plagiario. ¿Por qué? ¿Quién ha podido señalar los plagios? ¿O serán las semejanzas, las analogías? Si ellas fuesen plagio, plagiarios serían todos los dramaturgos, desde Esquilo hasta Lope; hasta, sobre todo, Calderón.

Fáltale, ciertamente, la poderosa originalidad, la rica fantasía, el entendimiento elevado y penetrante, el fino y vasto análisis psíquico de los mayores y aun de los grandes dramáticos.

4. Pero no carece de altas dotes para la escena. Y el no haberse visto enteramente olvidado, mientras imperaba absoluto el rey del teatro, Lope; y el haber escrito más de una veintena de buenas comedias — algunas de ellas acabadas y de lo más magistral que posee el teatro (*La verdad sospechosa*, por ejemplo; *El examen de maridos*, *Los favores del mundo* — ¿no es lícito inferir de ambos hechos su originalidad? Sin inventiva, sin mucha y lozana vida propia, ¿hubiera podido florecer y fructificar a la sombra del coloso de Lope?

5. Vida dramática lozana tiene a la verdad; vivos, palpitantes son sus argumentos; palpitantes de vida, sus caracteres; palpitante su arte escénico; palpitantes de naturalidad, llaneza, gracia espontánea, perfecto gusto [1] y ejemplar clasicismo, su verso, estilo y habla. Tan sin tacha, como, a excepción del Lope dramático, los de ningún otro poeta español.

6. Otro mérito tiene todavía Alarcón, que no comparte con los demás dramaturgos nacionales y extranjeros; mérito relevantísimo, suficiente él solo para asegurarle, en el reino de la escena, un sitial muy honroso, inmediato al de los tres mayores dramáticos de la nación y muy superior al de Rojas y muchísimo al de Moreto. Quiero decir: la filosofía moral de sus comedias; que, sin ostentación, sin tendencias manifiestas, sin dañar al arte y su espontaneidad, conviértenlas en elevada escuela ética.

Escuela tan elevada como provechosa, de utilísimas e indelebles enseñanzas; donde el autor inculca, con solidísimo razonamiento y deliciosa elocuencia, las principales virtudes; fustiga los principales vicios; desenmascara al mundo; señala el camino de la vida.

7. Filósofo observador y agudo, penetra la naturaleza humana y zahiere vigoroso sus flaquezas y extravíos. Con todo, no da en pesimismo ni en odio ni amargura alguna. Prueba evidente, así de su rara fuerza moral y nobleza de corazón como de su potencia poética y honda calma de espíritu.

Difícilmente se hallará en la historia de las letras semejante ejemplo. Porque las ingratitudes del mundo, sus injusticias, persecuciones y, más que todo, sus gratuitas y torpes sátiras producen necesariamente en la víctima de ellas un fondo de acrimonia, que no está casi en su mano reprimir y dominar de tal suerte que no se trasluzca en sus obras; dado que no las informe o sugiera.

---

[1] No es suya la primera parte del *Tejedor de Segovia*, comedia de las más gongorinas.

8. Mas, por grandes que sean estos títulos a la inmortalidad, ninguno tan grande tiene Alarcón como el de haber creado en cierto modo la comedia de carácter y trocádola a la vez en filosófica. Creacion para la cual no basta un talento poético eminente, sino que hace falta uno extraordinario y de una fuerza y originalidad no muy inferiores al genio.

9. Genio, sin embargo, no llega a ser; pues si bien perfeccionó y ensanchó la comedia de carácter moralizador en términos que puede ser tenido como su inventor, no fué ella, con todo, estrictamente creacion suya, sino de Lope, que compuso más de una comedia de carácter y alguna filosófica.

10. Esto no obstante, mirado será siempre, que harto lo merece, como insigne dramático, robustísimo, lógico, perfecto en la característica, forjador de fisonomías escénicas vivísimas, inolvidables, indelebles, rebosantes de verdad y realismo. Mirado será siempre como ameno, donoso y hábil filosofador y maestro, sin un rasgo de pedantería, ni de gusto depravado, ni de rebuscadas o buscadas enseñanzas. Maestro amable: en quien el magisterio lindamente se hermana con la gracia.

Cual. princ.: *caracteres, filosofía.*

Edic. princ.: 1634 . . . 1886, Madrid.

§ 6. Francisco de Rojas.

(1607, Toledo, —¿ 1660?).

1. Toledano fué **Francisco de Rojas y Zorrilla.** Toda su biografía, salvo noticias sobrado inciertas, se reduce a esto — lo cual ni en España acontece con ningún otro autor célebre.

2. Sin duda alguna merece Rojas ser contado entre los célebres; y entre los cómicos de la era de oro, viene luego después de Alarcón.

3. En el drama se funda hoy día su celebridad; aunque sobre fundamentos bien endebles, que no tardarán en ceder totalmente. Al *García del Castañar*, que sostiene su renombre en el género, y al que no falta alguna grandeza ni brillantez formal, fáltanle verdad, vida, gusto; y sóbrale pedantería. Por lo cual no puede menos de ser una pieza, si no mala, mediocrísima.

4. Su ficticia fama dramática cederá a la verdadera, que merece en la comedia. Menos afectado que en el drama, muéstrase en ella poderoso poeta; sobre todo en los pasajes cómicos del mismo (García del Castañar), llamado también *Del rey abajo nin-*

guno. Es Rojas de inventiva, de hábil característica, rico en sal. Dotes que le aproximan bastante a Alarcón y mucho lo levantan sobre Moreto.

Edic. princ.: 1640 . . .; Bibl. de aut. esp. t. LIV.

§ 7. Agustín Moreto.

(1618, Madrid, —1669, Toledo.)

1. **Agustín Moreto y Cabaña,** virtuoso sacerdote madrileño, obtuvo mucha reputación por sus comedias, señaladamente por el *Desdén con el desdén*.

Sabe conducir diestramente bien pensadas fábulas. De resabios culteranos y algo sutilizador, no se pierde, sin embargo, en nebulosidades, merced a la sencillez y claridad de sus argumentos, a su lengua expedita y fácil verso.

De una parte señálase por su elegancia, cultura, rigoroso moralismo; y de otra, por cierto aire académico y de aristocrática tertulia.

Cualidades todas, así las buenas como las malas, que le han valido el aura popular y los encomios de la crítica.

2. ¿Los merece? — Lo negamos.

Desde luego, ni el culteranismo, por leve y fino que sea; ni la sutileza, por mucho que aparente y por bien que remede al ingenio (apláudalos cuanto quiera el vulgo culto, mirándolos como fruto del talento y rasgos artísticos, ciéguese cuanto quiera, con el vulgo, la crítica y palmotee admirada); — ni el culteranismo ni la sutileza, aun cuando reverberen al modo que un ascua de oro, jamás dejarán de ser defectos, y gravísimos defectos.

3. Y entre los méritos de Moreto, ¿cuál puede conquistarle una corona?

¿La buena disposición de sus fábulas? — Para ello no es menester un talento levantado.

¿La inteligencia, cultura, la severidad moral? Valen ellas, estéticamente, menos todavía.

¿El aire académico, el tono de selecta sociedad? En el drama son vicios, porque le quitan la naturalidad, la animación, la vida. Múdanlo en fríos y fastidiosos diálogos de gentes que piensan y estudian lo que van a decir y que no hablan a impulsos del sentimiento y del corazón.

4. Por esto, falto de inventiva, falto de característica, falto de fuerza, falto de riqueza en el diálogo, en el verso, escribe Moreto comedias muy francesas, incoloras y desleídas, muy femeniles y de salón.

Él preludió en suelo español algo como la comedia transpirenaica: la más perfecta antítesis de la genuina española. Ésta exhibe en la escena hombres vivos, robustos, hermosos; aquélla, lindos y bien afeitados títeres.

Cual. princ.: *fábulas bien dispuestas*.

Def. princ.: *debilidad dramática*.

Edic. princ.: 1654; Bibl. de aut. esp. t. XXXIX.

§ 8. Castro y Salustrio del Poyo.

1. Mucho menos conocido que Moreto, supérale, con todo, grandemente en originalidad dramática el valenciano **Guillén de Castro** (1569—1631), que, después de ser gobernador de Segano, en el reino de Nápoles, murió en la miseria.

2. Coadyuvó eficazmente a Lope en la fundación del teatro nacional y compuso comedias y dramas de alto vuelo. Entre éstos se ha hecho famosa la dilogía *Mocedades del Cid;* drama fortísimo; imitado y notoriamente desmejorado por Corneille.

3. Damián Salustrio del Poyo. Otra dilogía nacional espléndida: la *Próspera* y la *Adversa fortuna de Ruy Lope de Ávalos*, debemos a este dramático, por lo demás desconocido; concepción genial el todo; sube la segunda parte hasta la sublimidad.

§ 6. Otros dramáticos y dramas notables.

1. Dramas y dramáticos son los siguientes, que en cualquiera otra tierra menos rica en teatro serían de primer orden, y que por sí casi lo son; pero que en España no alcanzan sino al segundo y tercero:

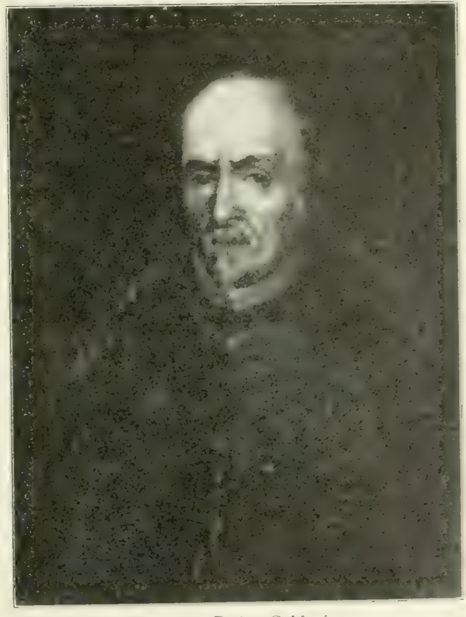
Gaspar de Aguilar: *El mercader amante.*
El canónigo Tárrega.
Antonio de Solís: *El alcázar del secreto.*
Álvaro Cubillo de Aragón: *El Conde de Saldaña* (dilogía);
Francisco de Leiva.
Ramírez de Arellano.
Diego y José Figueroa.
Antonio Enríquez Gómez.
Fernando de Zárate.
Mira de Mescua: *No hay burlas con las mujeres; La Fénix de Salamanca; El Marqués de las Navas.*
Tomás Ossorio: *El rebelde al beneficio.*
Guedejo Quiroga: *En el sueño está la muerte.*
Francisco de Villegas: *El rey Don Sebastián.*
Juan Bautista Diamante: *El honrador de su padre.*
Juan Coello y Arias: *El robo de las Sabinas.*
Gaspar de Ávila: *La sentencia sin firma.*
Luis de Guzmán: *El fuero de las cien doncellas.*
Jerónimo de la Fuente: *Engañar con la verdad.*
Juan de Villegas: *La morica garrida.*
Juan Matos Fragoso: *Estados mudan costumbres.*
Rodrigo de Herrera: *Del cielo viene el buen rey.*
Juan Pérez de Montalván: *Gravedad en Villaverde.*
Luis Vélez de Guevara: *Los hijos de la barbuda; El espejo del mundo.*
Juan Grajales: la *Próspera* y *Adversa fortuna del caballero del Espíritu Santo.*
Felipe Godínez: *Aun de noche alumbra el sol.*
Luis de Belmonte Bermúdez: *El diablo predicador.*
Antonio Hurtado de Mendoza.
Sor Juana Inés de la Cruz: *Los empeños de una casa.*
Doña Ana Caro: *El Conde Partinuplés.*
José de Cañizares.

2. Terminemos ya esta lista, que podríamos continuar indefinidamente, y que, si hubiese de ser algo semejante a un catálogo, llenaría un grueso volumen: tan sobremanera y sin número fecunda es la escena española.

§ 10. Pedro Calderón de la Barca.

(1600, Madrid, — 1681, ib.; grab. 9.)

1. Réstanos, para finalizar esta ojeada sobre los tiempos clásicos de la escena española, mirar atentos al que, durante su postrer período, la dominó enteramente. Genio tras genio habían venido alzándose sin interrupción. Pues, mientras imperaba todavía en la escena Lope, que no dejó de imperar en ella los días de su vida; ya Tirso habíase levantado también allí soberano. Y grandemente soberano, levantóse a par de ellos otro genio, cuya popularidad los había de eclipsar parcialmente y cuya fama, por singular manera y rara fortuna, traspasando los límites de la patria, tocaría a los del mundo; cuando de aquellos otros dos geniales dramaturgos apenas llegaría a ellos el nombre.



Grab. 9. Pedro Calderón.

Este genio, grande como pocos y afortunado como tal vez ninguno, fué **Pedro Calderón de la Barca.**

2. De noble y virtuosa familia, recibió, de nueve años, la primera educación en un colegio de jesuitas, y descolló por su inteligencia desde la más temprana edad. En Salamanca cursó ventajosamente historia, filosofía y letras, derecho civil y canónico.

Parece que de trece años compuso una comedia, *El carro del cielo,* y al volver a Madrid, de diecinueve, era ya un poeta célebre, estimado por Felipe III; y a los veinte, escribía versos tan bellos como éstos, dirigidos a Madrid en la justa poética con que la villa celebró la canonización de su ilustre hijo, San Isidro Labrador:

Dichosa, insigne villa, y más dichosa
Cuanto por más piadosa te señalas:

Vuele tu fama al viento licenciosa:
Sirviendo a tu piedad de amor las alas.
Vive, oh, más que la muerte poderosa;
Pues no sólo el arado al cetro igualas,
Pero aun exceden por divinas leyes
Tus pobres labradores a tus reyes.

Es ya, como en capullo, Calderón entero.

Sentidamente felicitóle entonces el anciano Lope.

En 1622 escribió *En esta vida todo es verdad y todo mentira.*

3. No dejó de correr, por estos años, alguna aventura amorosa y lance de honor, según se infiere de un romance donde dice:

En la sien izquierda tengo
Cierta descalabradura;
Que al encaje de unos celos
Vino pegada esta punta.

4. De 1625 a 1635 militó valerosamente en Milán y en Flandes. El ruido y la agitación de las armas, tan enemigos del sosiego y recogimiento que requieren las musas, no impidieron que en este lapso de tiempo hiciese y enviase a España catorce comedias, algunas de ellas magistrales, como: *Casa con dos puertas mala es de guardar, La dama duende* (1629); *La devoción de la cruz, La vida es sueño* (1633), *El médico de su honra* (1635).

Fecundidad que prueba con evidencia la pujanza de su ingenio; a quien tan adversas circunstancias parece que daban más alas y lanzábanle en ellas a mayor altura.

5. En 1635 llamóle a su corte e hízole poeta cesáreo Felipe IV, que siempre le apreció sinceramente: aprecio que es un verdadero timbre de gloria para un rey como él, que presumía de dramaturgo.

6. En 1640 hallamos al poeta con su amigo el duque de Alba. De allí por real decreto le llama el rey nuevamente a Madrid, para que trace y describa los arcos triunfales de Doña María de Austria a su entrada en la capital.

En *Guárdate del agua mansa* pinta bellamente Calderón aquellas suntuosas fiestas.

7. Memorable es en su vida el año de 1651. En él tocó al apogeo su fecundo numen. Señálanlo *El alcalde de Zalamea, El pintor de su deshonra, También hay duelo en las damas, La niña de Gómez Arias* y *Amar después de la muerte.*

En el mismo año le llevó al sacerdocio su alma profunda y plácida, conocedora y anhelosa de aquel alto estado en que el

hombre une el comercio humano con el divino. Demasiado religioso era Calderón para no suspirar por éste, y demasiado poeta para dar de mano a aquél.

8. Verdad que las exageradas opiniones de algunos de sus cofrades le hacen vacilar un momento acerca de si se compadece o no con el sacerdocio el ser dramaturgo. Pero luego se convence de que, sabia y generosamente, no ha trazado la Iglesia al ingenio poético, ni a ningún otro ingenio, de sus ministros, más estrechas lindes que las anchurísimas de la ley divina. Entiende — como siempre se ha entendido — que no sólo no estorba el carácter sagrado al cultivo de la poesía, pero lo facilita, rectifica y ensancha.

— Mas ¿es propio del sacerdote el pintar con la viveza que el drama lo exige, las malas pasiones, y sobre todo el amor?

— Nadie mejor que él conoce el corazón humano; nadie como él está llamado a velar y abogar por los fueros eternos de la moral y de la pureza del más divino de todos los humanos sentimientos, cual es el amor.

Luego, ¿qué le veda, ni qué, por el contrario, no le aconseja el ejercicio de la poesía y mayormente el del drama, que es la más perfecta, provechosa y moralizadora poesía? ¿Quién puede con un corazón puro o con inteligencia esclarecida de lo alto y de lo bajo como la suya penetrar en los hondos misterios del alma, o acierta como él a pintar el amor venido de los cielos y elevándose a ellos?

Y no sólo cae bajo su dominio todo lo casto: lo obsceno mismo — que en tal caso deja de serlo — cae, a ejemplo y norma de la Biblia, debajo de él, como sea de necesidad moral o artística y se exprese castamente.

Por todo lo cual gloríase la Iglesia de que fuesen ministros suyos Lope, Calderón y Tirso, los mayores dramáticos españoles; cuya dramática, a lo menos mirada en conjunto, supera, como dije, la de todos los siglos.

9. Volvamos de esta necesaria digresión, y aplaudamos al poeta que, resplandeciendo por sus virtudes sacerdotales, prosigue tranquilamente enriqueciendo las tablas con catorce comedias. La postrera que escribió es *Hado y divisa*, y pertenece al año 1680.

Rodeado de gloria y de la admiración universal, y modestísimo como había vivido, cerró muy plácidamente sus ojos a la luz, reposando de su larga y riquísima jornada, este grande e infatigable obrero de las letras, del bien y de la virtud.

Modestísimos, conforme a su deseo, aunque enormemente concurridos, fueron sus funerales.

10. Su gloria, después del momentáneo eclipse inferido a ella por el malaventurado clasicismo francés en España, no ha hecho sino crecer.

Más aún por odio a aquél que por amor a su ingenio, popularizáronle y ensalzáronle en Alemania y toda Europa los románticos.

11. Sobre manera fecundo, aparte de unos 80 autos sacramentales y unos 1000 sainetes y 200 loas, casi totalmente perdidos, compuso cerca de 120 comedias. De éstas se conservan 110; de sus autos 73.

Más todavía que Lope, recorre todas las especies y matices del drama, desde el juguete cómico hasta la más severa y sobrecogedora tragedia; desde las intrigas e intriguillas femeniles, en las comedias de capa y espada, hasta las especulaciones más delicadas, sublimes y místicas, en los autos.

Doquiera ha dejado su genio imborrables y atrevidas huellas, doquiera obras maestras.

12. Añadamos algunas otras, de las más principales, a las ya mencionadas:

Tragedias: La hija del aire; El mayor monstruo los celos; De un castigo tres venganzas; El cisma de Inglaterra.

Dramas románticos: El príncipe constante; Luis Pérez el gallego; El mayor encanto amor; Los tres mayores prodigios; Eco y Narciso; La puente de Mantible.

Dramas religiosos: El gran príncipe de Fez; El purgatorio de San Patricio.

Autos: La viña del Señor; La cena de Baltasar; El divino Orfeo; Las espigas de Rut; El primero y el segundo Isaac; La serpiente de bronce; Veneno y contraveneno; La primera flor del Carmelo.

Comedias de capa y espada: Antes que todo es mi dama; Mañanas de abril y mayo; El secreto a voces; El alcaide de sí mismo.

13. ¡Qué variedad, diferencias y oposición de materias! ¡Qué potencia intelectual para abarcar tanto, para penetrar tanto mundo! Pues ¿qué mundo no penetra? Por el real corre como por lo propio, suyo es el ideal; el fantástico no le oculta ribera alguna ni la más remota; el histórico revive ante él; el mitológico truécase en tangible; el invisible no tiene para él secretos; el espiritual toma forma, figura, color, esplendores a su mágica mirada.

14. Único es Calderón en la elasticidad altamente genial de su espíritu dramático; dramático, no poético. Porque, como poeta, abarca Lope mucho más; como dramático, mucho menos: ni la

tragedia, ni el drama filosófico, ni el religioso, ni el auto con la profundidad y extensión calderonianas.

15. Grande al par de los mayores, levántase Calderón en la pintura de los caracteres; no por cierto en las comedias de capa y espada, que poco necesitan de ella, sino en el drama y la tragedia. El «Otelo» de Shakespeare, si iguala al sombrío «Médico de su honra», no le excede. La Lady Macbeth shakespeariana es inferior a la Semíramis; inferior el Rey Lear al Segismundo de «La vida es sueño». Ninguna figura tan típica ha creado aquél como el alcalde de Zalamea.

Rica, riquísima y muy original es su característica. Sus graciosos mismos — que de ordinario tan poco lo son — parecen fases diversas de una misma mentecatez más o menos aguda.

Ningún cargo más gratuito se ha hecho a Calderón que el de no saber pintar caracteres.

Y cuenta que los suyos no sólo no quedan inferiores, en contornos y colorido, a los de aquel caracterizador, sino que los sobrepujan en algo capitalísimo, que es la simpatía. Admirables como los que más suelen ser los del inglés, pero no amables. Salvo unos pocos tipos femeninos, que no son todos tampoco tan angelicales como sus fanáticos admiradores pretenden, ¿dónde hay en todo el teatro suyo un hombre tan sencillo, rústico, encantadoramente sublime como ese alcalde? ¿Dónde un Segismundo? ¿una Hija del aire?

16. Y en la descripción y el hondo análisis de las pasiones, ¿quién raya a mayor altura?

17. ¿Quién le iguala en el drama filosófico, en aquella natural y profunda filosofía, tan omnímodamente subordinada al arte y tan no rebuscada, que no aparece huella ninguna de ninguna intención moralizadora? Aquí es sobre todo donde el ingenio calderoniano campea maravilloso.

18. Campea también, y más por ventura que el de otros disertos dramáticos, por la elocuencia, en que a veces compite con los grandes oradores.

19. Insuperable es la habilidad con que desenvuelve y conduce la acción; insuperable su arte escénico.

20. Sin par su grandiosidad y aquella grandilocuencia poética y versificación esplendorosa con que reviste y embellece en cierta manera su culteranismo hiperbólico.

21. Cualquiera de sus obras maestras hace resaltar estos dotes. Pero ninguna acaso mejor que en la que parece haber querido

verter todo su espíritu: *La Hija del aire*: la Semíramis de Nino; hasta el punto de convertirla en síntesis de su genio y, con ser tragedia, en cifra del arte dramático entero. Lo dramático sucede aquí a lo cómico; a lo dramático lo trágico; y fuertemente trágico tórnase el todo. Juguetón y cómico empieza el poeta; continúa risueño y fantástico; llega a embelesar en la pintura de la bella heroína. Continúa y acaba altamente dramática la primera parte. Empieza y sigue más alta aun la segunda, tan alta como subir puede el drama; prosigue con una lindísima intriga a lo capa y espada; y concluye en sublime tragedia. Tragedia es en efecto, con rasgos esquileanos. Pero, desmembrándola, resultaría, además de ella, un drama sofocleo y otro euripidiano.

Así, no es propiamente dilogía, como quiere el autor, sino trilogía. Y para que lo fuese perfecta y la más bella que existe — pues consta de comedia, drama y tragedia — no le faltaría sino un más amplio desenlace trágico; que, atendida la extensión del drama y la grandeza de la heroína, es demasiado breve el que tiene.

Como Tirso su «Prudencia en la mujer», compuso Calderón su Hija del aire con amor y predilección visibles, infundiéndole de lleno su espíritu cómico-fantástico, dramático y trágico.

De esta suerte, así como aquélla refleja el realismo poético de Tirso, reflejanse el idealismo realístico y el genio calderonianos en el bellísimo tipo de esa Semíramis altiva, soberbia, radiante; que halla estrecha su esfera dilatada y estréllase tristemente contra las lindes férreas de la realidad. A la Doña María de Tirso bástanle y sóbranle las de su hogar: a la Semíramis no le bastan las del mundo.

22. Tampoco le bastan a Calderón. Ni los del mundo fantástico le bastan: necesita del mundo de los espíritus, de Dios, su reino y su gloria. De aquí el sinnúmero de sus autos sacramentales en que empleó con preferencia su talento, después de ingresar en el sacerdocio; en los que desplegó con mayor esplendidez su inagotable inventiva y fantasía; los que miró con afecto singular. Pues, no contento con escribirlos con particular esmero, accedió también a publicarlos en correcta edición. Lo cual desgraciadamente no hizo con sus otros dramas, que poseemos llenos de errores tipográficos, alteraciones substanciales, lagunas, y lo que es harto más lamentable, plagados — según parece y él mismo lo indica — de interpolaciones.

Por donde se ve que en los autos hay que estudiar con especialidad al poeta, si se quiere aquilatar toda la extensión y poder de su estro.

Ciertamente que Lope, con aquel genio que creó el teatro nacional, y creara el teatro mismo, a no haberlo hecho los griegos, había ya creado el auto, elevándolo de informes comienzos escénicos a la altura del drama. Pero a Calderón cúpole perfeccionarlo, engrandecerlo y dilatarlo. Arrojóse, tras Lope, a un campo cruzado de abismos: el de la alegoría y del dogma, esencialmente antidramáticos; adonde solos ellos pudieron arrojarse sin perecer y del cual hará bien en guardarse todo el que no sea tan fuerte como ellos.

Arrojóse con todo el poderío de su numen, con toda la valentía de su fe, con todo el ardor de su piedad; y recorriólo con pie casi tan firme y veloz como los otros campos escénicos; por más que al lado de sus dramas tengan que palidecer sus autos, pagando tributo a la flaqueza del linaje.

Perfeccionó el auto cuanto es dable; engrandeciólo hasta los cielos; dilatólo por todos los ámbitos de la creación.

No neguemos que a las veces se distrae, mirando a los reyes de la tierra y lisonjeándolos. Pero al punto vuelve de nuevo los ojos a donde tiene puesto el corazón entero: al ara santa, al pan de los ángeles, al rey de los reyes, a la maravilla de las maravillas, al encanto de los encantos. Y ¡cómo se extasía ante él! ¡Cómo vuela en alas del éxtasis a coger cuantas flores germina la tierra, cuantos rayos de luz brota el cielo, cuanta ternura nace del alma para deponerlo todo ante el ara, cantando enajenado de júbilo!

Dote princ.: *arte* y *grandilocuencia*.
Def. princ.: *culteranismo hiperbólico*.
Edic.: 9 t., Madrid 1682; 4 t., ib. 1872.

PARALELO ENTRE CALDERÓN Y LOPE.

No hay con quién comparar a Calderón si no es con Lope de Vega.

Ambos, en efecto, son los grandes poetas católicos, tan grandes y acaso mayores que el Dante mismo, menos teólogos que él, pero de más amplia doctrina y piedad. Grandes católicos entrambos; aunque más Calderón que Lope.

Entrambos grandes dramaturgos, nada inferiores a Shakespeare, y, mirado en todas sus fases el talento dramático, superiores a él.

Entrambos grandes, pero de grandeza muy diversa. Grande es Lope por la índole; por el arte, Calderón. Éste, por tanto, es más admirable; más amable aquél. Aquél un arroyo manso, parlero y cristalino; éste un sonoro e impetuoso torrente henchido por lluvias de tormenta. Enfático-hiperbólico el uno; natural y sencillo el otro. Uno busca el efecto; el otro huye de él. El uno es esencialmente idílico; lírico, el otro. Calderón, en el drama, es aun más poeta que dramático; Lope, más dramático que poeta. Atlético éste, pero de estatura y proporciones delicadas; de titánicas, aquél; majestuosos entrambos; entrambos soberanos, por nacimiento el uno, por conquista el otro.

CAPÍTULO V.

MÍSTICA[1].

§ 1. Observaciones generales.

Después de las que acerca de la mística en la ojeada general sobre la literatura española hicimos, cábenos, antes de entrar a mirarla detalladamente, añadir aquí otras dos.

Primera: Peca esta mística, la ascética sobre todo, de poco crítica en lo histórico y anecdótico. Peca de poco teológica, y muy a menudo, de muy poco exegética, amoldando el texto bíblico a su intento y a placer, torciéndolo, desfigurándolo.

Vicios éstos de los más capitales; que, si — como de hecho acontece — no anulan el valor de muchas obras místicas, y apenas distraen y perturban, demuestran una vez más su exuberante é indestructible vitalidad.

Segunda: Al par que la riqueza y excelencia, asombra el crecido número de los que, cuál más cuál menos, han sobresalido en el género. Cerca de trescientos son los místicos hispanos; cuyos escritos forman una vasta biblioteca, donde todas las ramas literarias están con brillo representadas.

Venero abundoso e inagotable de ciencia divina y aun humana, y el más augusto monumento alzado a la prosa más opulenta, más varia, más gentil del mundo.

[1] Esta voz se extiende de la ciencia del amor divino, que es el objeto propio de la mística, a la *ascética* (o ciencia de la purificación del alma) y la literatura sagrada en general.

§ 2. Fray Luis de Granada.

(1504, Granada, —1588, Lisboa; grab. 10.)

1. Creó la mística española y la moderna fray Luis de Granada. **Luis Sarriá** — que éste es su verdadero nombre — nació en Granada. Quedó huérfano en su primera niñez, y su madre tan pobre que como lavandera de los dominicos granadinos ganaba su pan y el de su familia; pan que de limosna le daban los Padres cuando el trabajo le faltaba.

2. Como un día luchase el niño Luis con un compañero a par de la Alhambra y desde ella los reprendiese el conde de Tendilla, se justificó Luis con tanto despejo y tan buenas razones que, prendado el conde del ingenio del niño, se encargó de su educación.



Grab. 10. Fray Luis de Granada.

3. A los diecinueve años de edad entró en la orden de Santo Domingo; donde resplandeció por sus grandes talentos y virtudes.

Llevóle su celo a la predicación, y durante cuarenta años avasalló dondequiera con el irresistible poder de su elocuencia a sus numerosos y selectos auditorios, haciendo fruto copiosísimo en las almas.

4. Más son homilías improvisadas, que no oraciones propiamente dichas, los discursos sagrados que de él conservamos. Sembrados están, empero, de rasgos elocuentes y llenos de unción.

5. Llamado a Portugal por el cardenal infante Don Enrique, fué elegido, en 1557, provincial de su orden, e hízole confesor suyo y consejero la reina Catalina, mujer de Juan III. La que, a pesar de las más vivas instancias, no pudo determinarle a aceptar el arzobispado de Braga. Aceptó, sí, gustoso su encargo de designar al nuevo arzobispo.

6. Terminado su período, retiróse a su amada soledad, ocupado en meditar, practicar y enseñar de viva voz y por escrito aquellas verdades divinas y eternas, tan severas como suaves, tan sencillas y luminosas como profundas y sublimes, que atraían y llenaban su espíritu y que han atraído y llenado en la gentilidad misma a todos los espíritus superiores.

Apacible y santa fué su vida; apacible y santa su muerte.

7. Testimonios de respetuosa admiración como ya en vida él los recibió, muy pocos santos y sabios los han recibido después de muertos.

Santa Teresa, la insigne maestra de la vida espiritual, le escribe: «De las muchas personas que aman a V. P. en el Señor, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a su Majestad por haberla dado a V. P. para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una.»

San Carlos Borromeo escribe al papa Gregorio XIII, pidiéndole aliente en sus piadosas tareas a Fray Luis, por «no haber visto él a ninguno que haya escrito libros ni en mayor número ni más escogidos y provechosos que el P. Fray Luis de Granada».

A lo cual contesta el papa dirigiendo al humilde fraile uno de los breves más honrosos que nunca haya dirigido a persona particular el supremo jerarca de la Iglesia. En el cual le dice: «Mucho has predicado, y publicado muchos libros henchidos de doctrina y piedad; y esto mismo continúas haciendo sin cesar. . . . Nos regocijamos de este tan excelente bien y fruto así ajeno como tuyo propio. Pues cuantos han aprovechado con tus sermones y escritos — y cierto es que muy muchos han aprovechado y aprovechan todos los días —, otros tantos hijos has engendrado para Cristo; y les has hecho un bien mucho mayor que si, ciegos, les impetraras de Dios la vista, y, muertos, la vida . . . y para ti mismo has ganado de Dios muchísimas coronas . . .»

«Príncipe de los escritores místicos», llámale San Francisco de Sales.

Testimonio elocuente en su pro, entre los infinitos, a cual más elocuentes, es también el del Duque de Alba, que tanto admiraba las obras de Granada, que costeó una soberbia edición, en 14 volúmenes, por las renombradas prensas de Plantino.

8. Publicada su celebérrima *Guía de pecadores*, en 1556, donde enseña a huir de la culpa y practicar la virtud, sucedieron a ésta rápidamente sus otras grandes obras místicas: *De la oración y*

consideración, el *Memorial de la vida cristiana* con las *Adiciones al Memorial,* etc., complementarias; libros en que traza todo el camino de la perfección cristiana; y finalmente, el tratado dogmático-místico *De la introducción del símbolo de la fe.*

Aparte de estas obras capitales, compuso muchos sermones, y en latín siete tomos de obras predicables; una *Retórica eclesiástica,* una colección de sentencias filosófico-morales de autores antiguos; un tratado *Del oficio y costumbres de los obispos,* totalmente perdido (escritas igualmente en latín estas tres obras); una *Institución y regla de bien vivir;* un *Compendio de la doctrina cristiana,* en portugués, etc.

9. Más que suficiente es esta sola enumeración de sus obras para comprender la flexibilidad, la fecundidad inagotable, la ilustración superior de Granada. Apenas basta la vida de un hombre para escribir, no diré, bien, sino meramente para escribir lo que él escribió.

Increíble parecerá esta labor si se advierte que gastó cuarenta años en predicación continua, que era muy contemplativo, que ejercía sin cesar el ministerio, que fué provincial de su orden, confesor de la reina de Portugal, consejero suyo en los negocios más graves de Estado.

10. ¿De dónde, pues, todo el tiempo para tanto escribir? ¿De dónde el reposo y la calma? ¿de dónde tan vasta erudición teológica y universal como resplandece en todos sus escritos? ¿de dónde esa suma elocuencia? ¿De dónde, sobre todo, y ésta es una maravilla donde su ingenio confina con el de Lope; ¿de dónde todo aquel atildamiento, aquella elegancia, aquella armonía arrebatadora y rotundidad de su período, siempre varia, siempre nueva, siempre admirable?

¿Cómo descifrar este enigma, sino por el don de un ingenio muy semejante al del Fénix de los ingenios? ¿por un don portentoso para la prosa cual lo tuvo Cicerón, cual aquél lo tuvo para el verso?

En hecho de verdad, no hay con quién compararle, si no es con estos dos maestros incomparables de la forma.

Fluido, natural, armonioso le resulta siempre a Lope el verso, ora lo medite, lo haga y rehaga, lo lime y relime, como a las veces lo hace; ora lo escriba, como casi siempre, con la velocidad taquigráfica que puede volar la pluma.

Así escribe Cicerón, y así Granada. Si de esta suerte no escribiera, imposible sería de conciliar la extensión enorme de sus

obras principales con el tiempo de que pudo disponer y la perfección insuperable que las caracteriza.

Es sin disputa el mayor místico, el Cicerón cristiano, el primer prosador moderno, todo un genio.

Cual. princ.: *elocuencia, unción, elegancia.*

Edic.: *Obras,* 19 t., Madrid 1786/89; 6 t., 1788—1800; Bibl. de aut. esp. t. VI. VIII. XI.

§ 3. Fray Luis de León.

1. Hemos visto a Fray Luis de León poeta[1]; veámosle ya místico.

Grave, solemne, sonora, elocuente; rica, más de lengua que de estilo, más de fuerza que de gracia; camina su prosa lenta, raras veces rápida, nunca precipitada; no muy expedita; segura, derecha, infatigable, y sin embargo algún tanto fatigosa y fatigadora;

2. hasta en los *Nombres de Cristo*, su obra principal, donde explica los dictados bíblicos del Salvador, en innumerables páginas hermosas; hermosísimas no pocas, algunas sublimes; un tanto fatigosa, aunque no fatigadora, en su mejor obra *La perfecta casada:* fatigosa y fatigadora en sus demás escritos: los *Comentarios de Job*, los *del Cantar*, en donde hay, no obstante, mucho bueno, mucho bello.

Cual. princ.: *grandilocuencia.*

Def. princ.: *falsa exégesis, monotonía.*

Edic. princ.: 6 t., Madrid 1804—1816; Bibl. de aut. esp. t. XXXVII.

PARALELO ENTRE LEÓN Y GRANADA.

La antítesis precisa de Granada es León.

Cuando a éste le falta la exégesis — lo que a menudo acontece —, deja de interesar y no se le perdonan tales yerros. Cuando le falta a aquél — lo que no sucede a menudo —, interesa siempre y sin querer se le perdona; se le perdona en la misma *Introducción del símbolo*, en que el atraso de las ciencias naturales tanto le daña.

Perdónasele e interesa, porque es todo sentimiento, unción, espontaneidad, elegancia, todo soltura de lengua y estilo; todo elocuencia vehemente y suave a la vez.

León, en cambio, es todo gravedad, fuerza, vehemencia enérgica, todo frase meditada; todo reflexión.

[1] Pág. 12.

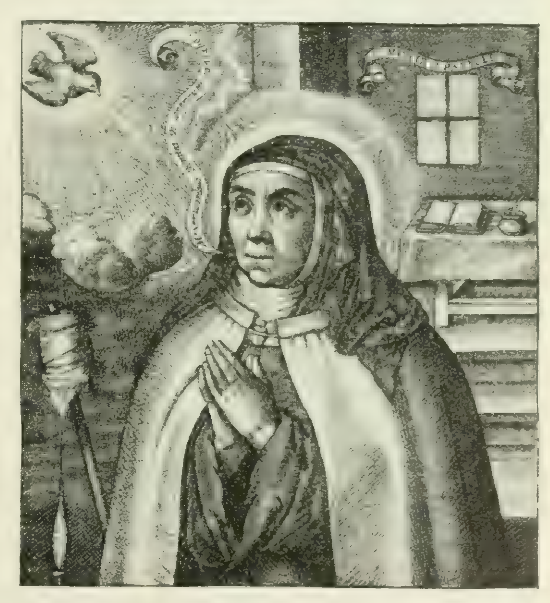
Éste llega muchas veces a dominar al lector, pero como por fuerza. Aquél domínale siempre con la blandura del amor. El uno es esencialmente maestro; el otro esencialmente amigo. Al uno se le respeta; al otro se le ama. Uno razona, teologiza; el otro diserta como cantando.

Y, sin embargo, más ciencia sagrada tiene el cantor que el teólogo. Éste parece más sabio de lo que es; aquél es más sabio de lo que parece.

§ 4. Santa Teresa.

(1515, Ávila, —1582, Alba de Tormes; grab. 11.)

1. Muy diferente de los dos Luises, ni grave, cual el uno, ni elocuente, cual el otro, compite aún con ellos en ciencia propiamente mística **Santa Teresa de Jesús** (Teresa de Cepeda y Ahumada).



Grab. 11. Santa Teresa de Jesús.

2. Sus hechos, sus virtudes, talentos y escritos hacen de ella una de las más levantadas figuras femeniles, no sólo dentro, sino también fuera de la Iglesia.

Pocas santas preséntanse más amables a cualesquiera ojos que la miren y sean cuales fueren con los que se la mire y por lejos que de ella se esté.

3. Alianza misteriosa es Teresa y deliciosísima de las más diversas y aun opuestas condiciones: corazón de mujer y carácter e inteligencia de hombre: corazón muy blando, agradecido, afectuoso; pero que señorea del todo sus humanas, aunque inocentísimas ternuras, después que el

Señor de la belleza y de la gloria con larga y visible presencia por entero la avasalla.

4. Aventajado, fino, observador y frío entendimiento; carácter enérgico y emprendedor, que, ayudado del cielo, realiza una obra humanamente irrealizable: la fundación o reforma de las carmelitas descalzas y luego de los descalzos y la erección de no pocos conventos de unas y otros, a despecho de innumerables y enormes dificultades, oposiciones tenaces y encarnizadas persecuciones.

5. No pretendo yo ni nadie pretenda calificar de obras artísticas las suyas. El arte supone trabajo y reflexión; supone, por espontaneo que sea, estudio y conocimiento de la tradición artística; supone imaginativa fuerte y no poco talento plástico. Nada de esto había ni pudo haber en un alma como la suya, que tenía una misión tan laboriosa y ardua que cumplir.

6. Mas, si no son propiamente obras del arte literario como tantas otras producciones místicas españolas, hay esparcidas por ellas muchísimas piedras muy buenas para la mejor fábrica de arte, poco labradas si se quiere, pero de primera calidad, de granito excelente y de mármol pario de la más delicada veta.

7. Sus mismas frecuentes incorrecciones gramaticales, desaliños o incoherencias, están en cierto modo compensadas con la pasmosa naturalidad de su estilo, con lo castizo de su lenguaje, la propiedad de la expresión y las frases felices y gráficas, de que, sin quererlo ni advertirlo, va sembrando sus páginas.

8. Miremos sus obras como de ciencia: de la difícil y altísima ciencia mística, que lo son, y las admiraremos sin poder menos de admirarlas.

Admiraremos su candorosa *Vida;* que es la autobiografía que la obediencia la obligó a escribir, obra magistral, de la que es complemento la *Historia de las fundaciones.*

Admiraremos sus *Relaciones*, o relatos de su vida interior.

Admiraremos sus mejores tratados: *Camino de la perfección, Conceptos del amor de Dios* y *El castillo interior o las Moradas*, a que el alma se va remontando en alas de la oración.

Admiraremos, por fin, sus hermosas *Exclamaciones;* sus llanísimas e improvisadas poesías; sus escritos sueltos y su vasta correspondencia epistolar, tan importante para la historia como deleitable.

9. Luminosa, llana y risueñamente enseña la grande y amable maestra, como inspirada de lo alto, los secretos de la más sublime de las ciencias, la planta virginal firme siempre y fija en la tierra, la mirada y el corazón en el cielo.

§ 5. El beato Juan de Ávila.

(¿1500? Almodóvar del Campo, —1569, Montilla; grab. 12.)

1. Tan renombrado como predicador y director de almas, que mereció ser llamado el «apóstol de Andalucía», no descuella menos por la pluma el beato Juan de Ávila.

2. Sus muchas cartas espirituales, algunas de ellas extensísimas, forman sendos tratados ascético-místicos, tan completos y vastos como amenos, de la más íntima unción y de gallarda elocuencia.



Grab. 12. Beato Juan de Avila.

Todas ellas son perlas finas de la prosa castellana.

§ 6. San Juan de la Cruz.

(1543, Toledo, —1591, Úbeda.)

1. Reformó, juntamente con Santa Teresa, el orden del Carmelo. De altísima ciencia mística, ostentan rica prosa, no desprovista de imaginación, sus escritos: *Subida del monte Carmelo; Noche obscura del alma; Declaración del cántico espiritual; Llama de amor viva.*

2. Prescíndase de la parte estrictamente exegética del Cantar salomónico; la cual ocasiona sus bellas disertaciones sobre el amor divino; considérense ellas solas, desprendidas de esta especie de corteza, y se verá que son primorosísimas.

§ 7. Otros místicos.

1. Sobresale no poco entre los místicos de segunda clase el jesuita **Juan Eusebio Nieremberg** (1595—1658), de sólido y a menudo profundo pensar, de no escaso sentir, de decir muy galano; sobre todo en su obra príncipe: *De la hermosura de Dios.*

2. Chispas frecuentes de ingenio gasta en su *Tratado de la Magdalena* el agustino **Pedro Malón de Chaide** (¿1530—?), insufrible gongorino.

3. En muchos otros místicos, literariamente inferiores a los dichos, hállanse a cada paso, fuera de la castiza forma, pensamientos y rasgos de notorio talento, páginas nutridas de arte, dignas de lucir en cualquiera buena antología.

CAPÍTULO VI.

EPISTOLARIO.

1. Bien merecido tiene un asiento, y no el último, en las letras peninsulares y las extranjeras el epistolario español. En él campea, con amable desaliño, pero asaz gracioso, el donaire de la raza, vestido de opulenta prosa; que luce con una flexibilidad serpentina, ora en giro veloz, ora en sinuoso repliegue, o en lento y prolongado tenderse y avanzar, aparecer y reaparecer entre variadas y floridas hierbas; entre incesantes solaces, en busca de insectillos que devorar o tal vez en maligno y envenenado morder a algún atrevido pie.

2. Así muerde, serpenteando, caprichosamente, por en medio del cesped más rico, aquel grande carteador **Antonio de Guevara**[1], prosista de la más noble cepa, genio quisquilloso, irritable, chispeante más que el fósforo.

Cada una de sus innumerables cartas compite con lo mejor de su genero. Insipidas resultan al lado de ellas las de Madama de Sévigné.

Cada una es autofotográfica, en que el autor se retrata en diversa actitud, diverso ropaje, diversa y siempre original expresión.

3. Aunque ninguna es acabada; que, largas en exceso, ventilan cuestiones a menudo nimias, pesadamente eruditas. Pero las cuestiones vienen bien prologadas; y en estos prólogos es en donde se espacia y retrata, bromeando, divirtiendo, fustigando a sus molestos cuestionadores el insignísimo cartero.

4. Cartea también a lo Cicerón y es perfectísimo en el ramo Antonio Pérez[2]; que suele allí satirizar al mundo y filosofar sobre él con alguna acrimonia, reflejo de sus propios infortunios.

5. Donairosa con su habitual y fino donaire, cartea a menudo acerca del cielo, desde la tierra, **Teresa de Jesús**[3].

6. Y acerca del mismo, pero no desde el suelo, sino encima de él, con grave, castiza y elocuentísima pluma el beato **Juan de Avila**. Cuyo inmenso repertorio epistolar es, más que cartas, un

[1] Véase pág. 86. [2] Véase pág. 86. [3] Véase pág. 79.

vasto y muy completo tratado ascético-místico; por lo que es su propio lugar la mística.

7. En suma: a partir del ingenuo, punzante y nervioso **Fernán Gómez de Cibdarreal** y su *Centón epistolario* hasta las salpimentadas *Cartas marruecas* de **Cadalso**, ha sabido manejar en todo tiempo el ingenio ibérico habilísimamente la péñola escribiendo esta especie de menudas hojas volantes, humildes al par que preciosas, retratos vivos de sus autores y de la época; hojas al parecer tan fáciles y en realidad tan difíciles de escribir; las que, bellamente escritas, son de irresistibles e imperecederos atractivos

CAPÍTULO VII.

HISTORIA.

1. En medio de tanta plenitud de riqueza y gallardía, resalta en nuestras letras clásicas un vacío: el de la historia.

El único, afortunadamente. Porque, si bien, como vimos, ni la épica ni la lírica puras, consideradas como ramas literarias, suben ni con mucho a la altura de los demás géneros; con todo suben hasta allá mezcladas, sobre todo con el drama.

2. ¿El porqué de tan raro fenómeno?

¿Falta de espíritu investigador crítico en los españoles?

— ¡Pero, si en ninguna otra parte les falta!

¿Incapacidad para la pacienzuda labor científica?

— Pero en las ciencias de pura especulación, antes que faltarles, sóbrales.

¿Poco amor a la historia?

— Y, ¿cómo tanto a la novela?

¿Escaso patriotismo? ¿Escaso entusiasmo por las grandezas, las hazañas, las glorias, el inmenso poder de la nación?

— Huelga la respuesta.

¿Pobreza de talento y de talentos?

— De nuevo huelga.

¿Carencia de dotes narrativas, descriptivas?

— Fulgentes las ostenta la novela, incomparables el drama.

¿De dónde, pues, que no produjera España grandes, ni siquiera buenos historiadores, ni siquiera nacionales en la edad de oro, en que todas las letras iberas eran oro puro, de los más subidos quilates?

La causa principal, por no decir única, paréceme que no puede ser sino la falta de orientación histórica, de mentores, de modelos.

Sin ellos, dificilísimo, imposible digamos, es que dé con la senda hasta el mayor ingenio. Que ingenio es menester para ello; ingenio tan grande como de lo alto lo recibieron los griegos.

A haberlo tenido los españoles para la historia, cual lo tuvieron para la dramática, hubiéranles probablemente bastado para aquélla modelos tan insuficientes como les bastaron para ésta.

3. No conociendo, desgraciadamente, a los inmortales historiadores helénicos, y prescindiendo del inmortal César, imitaron, plagiaron, copiaron, remedaron a los demás latinos; a Salustio, en primer término. Plagiaron, remedaron la concisión salustiana, la afectación salustiana, la frase salustiana; a despecho de la tanto o más hermosa frase española, a despecho del español mismo. Lo imitaron de los romanos todo, menos lo que imitar debieran: el interés, la animación, el afecto, lo dramático, el reflejar al vivo, en su estilo, la índole de su pueblo, la índole de su idioma.



Grab. 13. — Diego Hurtado de Mendoza

4. Tal latiniza violenta y pesadamente el sabio jesuita **Juan de Mariana** (1536 a 1623) en su *Historia general de España.*

5. Latiniza, pedantea, novela, en su *Historia de la conquista de Méjico,* el sacerdote y cronista de Indias **Antonio de Solís y Rivadeneyra** (1610—1686).

6. Latiniza torpemente **Diego Hurtado de Mendoza** (grab. 13) en su *Historia de la guerra de los moriscos de Granada.*

7. Algo más expedito camina el conde de Osuna y virrey de Flandes **Francisco de Moncada** (1586—1635) en su *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.*

8. **Luis del Mármol Carvajal,** en su *Rebelión y castigo de los moriscos de Granada,* y el militar y diplomático **Francisco Manuel de Melo,** en su *Historia de los movimientos de separación y guerra*

de Cataluña, en tiempo de Felipe IV, escriben ya con cierta libertad.

9. Todos — cosa peregrina — escriben con descarnado, desabrido estilo, a guisa, no de hijos del sol meridional, sino de sabios septentrionales, minuciosos, exactísimos, impasibles, adustos; jueces severos, que no atinan a descender nunca de las alturas de una gravedad natural, majestuosa; que no conversan jamás; que no abren paréntesis alguno familiar en su seria tarea; que no miran en torno de sí; que no ven la naturaleza; para quien no luce el sol ni las estrellas, ni estalla la tormenta; que no sonríen nunca; mudos y sordos al mundo entero; absortos en lo que narran. Sabios, en una palabra, muy sabios, aunque faltos de criterio histórico; cronistas respetabilísimos; enteramente inhábiles como narradores, como dramatizadores de los hechos, como artistas; amontonadores insignes de materiales históricos, más bien que historiógrafos.

CAPÍTULO VIII.

POLÍTICA. SÁTIRA. MORALISMO.

§ 1. Política.

1. La prosa de los escritores políticos fluctúa entre la histórica y la mística; inclinándose más a ésta. En cierta afectada concisión y frasear alatinado aseméjase a aquélla; a ésta en la abundancia del estilo, en el habla gallarda.

2. De giro brevísimo, original, elegantemente lapidaria a las veces, otras lata, facunda, majestuosa, pliégase íntima al pensamiento la forma, hasta identificarse en alguna manera con él.

3. Pensadores, opulentos, altos y profundos pensadores muéstranse aquí, sobre todo aquí, los españoles.

Sólo una supina y lastimosa ignorancia puede calificarlos de superficiales, al mismo tiempo que proclama raza de pensadores a la teutónica. Ésta hasta cierto punto acreedora es al elogio; pero tanto o más que ella lo es la española.

4. Sin querer, atestígualo irrecusablemente Schopenhauer, el filósofo del moderno pesimismo e incredulidad. Lo atestigua con su admiración ferviente hacia el P. Gracían, al cual en España apenas de nombre se le conoce, y que entre los ingenios peninsulares realmente no ocupa ni merece ocupar un puesto preeminente.

5. Cultivaron otros el género con mejor estilo.

En el *Reloj de los príncipes* o *Marco Aurelio* razona grave y juicioso uno de los grandes y más antiguos prosadores: el francis-

cano Antonio de Guevara (¿1490?—1545)[1], cuando joven, cronista de Carlos V y más tarde obispo de Mondoñedo.

6. Grave y sesudo reflexiona sobre la república, en sus *Relaciones*, el célebre político **Antonio Pérez** (1539—1611)[2], ya de veinticinco años ministro omnipotente de Felipe II y tan hábil en el manejo de los negocios y de la intriga como en el de la péñola.

7. Político asimismo notable, pero de limpia conducta, embajador en Ratisbona y Munster, fué **Diego Saavedra y Fajardo** (1584—1648), la mejor pluma política de España y una de las mejores del mundo.

Obra magistral es su *Idea de un príncipe cristiano*, nutridísima de doctrina, de estilo conciso, epigramático, elegantísimo; curiosa y nada despreciable su *República literaria*, una historia crítica de las letras. Para distraer sus ocios embajadoriles y como ensayo escribió la *Corona gótica*: de poco mérito histórico, pero de buen estilo, animado, y por lo fluido, casi opuesto al lapidario de la «Idea».

Edic. princ.: Münster 1640; Bibl. de aut. esp. t. XXV.

§ 2. Sátira.

Francisco Gómez de Quevedo y Villegas.

(1580, Madrid — 1645, Villanueva de los Infantes; grab. 14.)

1. Pedro Gómez, secretario de la reina Ana de Austria, fué su padre. Huérfano en temprana edad, creció Quevedo en la corte; donde mujeres desenvueltas estragaron su corazón, el cual jamás acabó de sanar ni de sus heridas ni de cierta misoginia, que se reflejan en sus obras.

De precoz y flexibilísimo talento, brilló en todas las facultades de Alcalá; graduóse de teólogo a los quince años de edad y a los veintitrés era ya todo un sabio, que se carteaba con hombres como Justo Lipsio.

2. Destierros y prisiones le acarreó su genio altivo y caballeroso. Injuriando un día en una iglesia cierto caballero a una dama, que ni conocía Quevedo, retó en el acto a duelo al ofensor y le mató en la puerta del templo. Fugitivo por esta causa desde 1611, volvió a Madrid; y fué de 1613 hasta 1619 secretario y confidente del duque de Osuna. Desde 1623 gozó de la confianza del conde-duque de Olivares. En 1632 fué secretario del rey.

[1] Véase pág. 82. [2] Véase pág. 82.

3. En 1639 atribuyéronle dos epigramas tan mordaces cuanto verdaderos, dignos de su ingenio y lanzados contra Felipe IV, a quien empezaban a adular con el dictado de *el grande,* en el que sobre manera se complacía el inepto rey.

En uno de estos epigramas comparábasele a un barranco *tanto más grande cuanto más tierra le quitan.* Decía el otro así:

No nos queda otra señal
De nuestro rey soberano,
Que en nada pone la mano
Que no le suceda mal.

El atribuirse ellos a Quevedo bastó al despotismo real para detenerle por dos años en húmeda mazmorra, que para siempre quebrantó su salud.



Grab. 14. Francisco Gómez de Quevedo.

4. Pero de todas las vicisitudes triunfó la indomable valentía de su espíritu.

Así halló siempre calma y tiempo para componer los más variados libros; ya de grave y profunda especulación, como *La política de Dios; La vida de Marco Bruto,* y la *de San Pablo;* ya de humor y de sátira.

5. Empero muy diversos son éstos de aquéllos. Allí camina torpe y pesadamente, y a pesar de ser enemigo declarado del culteranismo — que combatió en *La culta latiniparla* — inficiónase más de él que en sus restantes obras. Aquí, en cambio, vuela alado sin tropezar nunca, sin cansarse nunca, bullendo y rebulléndose maligno y risueño por la región del verso; por toda la de la prosa: en la *Historia de la vida del Buscón,* la mejor novela picaresca; en las *Cartas del caballero de la Tenaza;* en *Cuento de Cuentos, Perinola,* y en sus famosos y doquiera conocidos y admirados *Sueños,* la mejor obra de la pluma de este incansable polígrafo.

6. Con elevado criterio moral, desde el alto punto de mira de la eternidad y la fe, zahiere y fustiga desapiadadamente las ridiculeces, ruindades y vicios humanos en esta serie de sueños y visiones:

En El *sueño de las calaveras* traza una chistosísima escena del juicio final; la que particulariza en *El alguacil alguacilado*, vapulando a la administración de justicia.

En *Las zahurdas de Plutón* — que es el más flojo de los sueños y, generalmente, monotono — pinta los diversos tipos de los condenados.

En *El mundo por de dentro* alza otra vez el vuelo y aun llega a la altura de gravísima sátira filosófica.

Decae nuevamente en *La visita de los chistes*, una especie de comedia, algo insípida en el conjunto.

Casa de locos de amor termina con felicidad estos cuadros fantasticos, donde campean rica la imaginativa y riquísima la sátira.

Estas juegan prodigiosas en sus romances y jácaras. Bien provista de toda suerte de flechas, tiene siempre la aljaba el flechero, llena de saetas; de oro y de plata, muchísimas; de acero, las mas; muchas envenenadas; algunas también vedadas y de mala ley. Pero siempre las dispara honrada, caballerosamente, y nunca a la inocencia. ¡Y con qué destreza y rapidez tira! En tanta muchedumbre de malvados, en el no pequeño número de necios, no hay uno solo a quien no le clave en parte sensible y vital la que merece: al malo matadora, sanativa al necio. Si se le quiere ver tirar, veanse esos lindos prólogos de los *sueños*.

7. Muy bello es su estilo: muy conciso, preciso, original, personal, enteramente diverso del de los demás clásicos españoles; sobre todo por la brevedad de la frase y el corte del período.

Brevísima vuela su expresión, violenta a menudo, siempre feliz y energica. Breves atropellanse los períodos; muchas veces rotos, dislocados, materialmente: logicamente, muy unidos. Casi lapidaria es su frase, que recuerda — más acaso que la de los escritores modernos mas concisos — aquella brevedad encantadora, aunque algo afectada, de Tácito.

Por más que los franceses se lo arroguen, el estilo cortado moderno es creación de Quevedo. Quien sobresale doquiera como gran prosista, buen poeta, uno de los mayores satíricos; un verdadero y genial humorista; que zahiere sin odio, sin saña, sin misantropía, con mal contenida risa y ojos luminosos.

Mér. princ.: *ingenio, concisión.*
Def. princ.: *afectación.*

Edic.: 3 t., Madrid 1858; Bibl. de aut. esp. t. LXIX.

§ 3. Moralismo.

Cierra esta serie de penetrantes pensadores y severos estilistas una inteligencia tan penetrante como ellos, pero de perverso gusto: el jesuita **Baltasar Gracián** (1601—1658), rector del colegio de Zaragoza. En el *Héroe* enseña el heroísmo; la cortesanía, en el *Discreto;* la vida práctica, en el *Oráculo manual.* En el *Criticón*, novela alegórico-didáctica, pinta la vida humana.

Edic. princ.: 2 t., Madrid 1664 . . .; 1900 ib.

CAPÍTULO IX.

NOVELA.

§ 1. Observaciones generales.

1. Después del drama, en nada se ha ejercitado el genio hispano con tanta fortuna y brillantez como en la novela, ni en nada ha probado tanto su fuerza creadora, su conocimiento del mundo y del alma, sus facultades analíticas, descriptivas y narrativas, su elasticidad, calma, placidez, donaire, audacia.

2. *Fuerza creadora.* Pues ¿quién creó la novela moderna, casi podríamos decir: la novela, sino él?

Antes de él ¿qué era la novela? ¿Qué la antigua: la bizantina? Nada más que un pequeño y estrecho tejido de aventuras eróticas, falto de universalidad, de pintura del hombre, de pintura del mundo.

¿Qué produjo ni qué podía producir tal novelística?

Cierto que era un germen. Pero ese germen, para desenvolverse, florecer, fructificar, necesitaba de hábil mano cultivadora, suelo muy feraz, mucha lluvia, muchísimo sol. Y ¿dónde hallar todo esto en el mundo moderno fuera de España?

¿Qué era la novela francesa, la italiana? ¿Eran otra cosa que cuentos, ya frívolos, ya lascivos, insubstanciales siempre?

¿Cómo edificar con tan pobres, endebles e inconsistentes materiales?

Menester eran otros; que no existían. De profunda y misteriosa mina extrájolos el genio español.

Creó, con potentísima, inagotable inventiva, argumentos sobre argumentos: argumentos eróticos y no eróticos, históricos y fantásticos, ideales y reales. Con inagotable, potentísima inventiva, creó caracteres sobre caracteres: caracteres humildes y sublimes, cómicos, dramáticos, trágicos, mortales e inmortales.

3. *Conocimiento del mundo.* Cabal, profundamente conócele el genio español; no solo al mundo de España, que ya era por cierto un mundo, sino al orbe entero. ¿Dónde, en qué hemisferio, continente, zona, no imperaba entonces la reina de la tierra y del mar, España? ¿Dónde no enriquecían, dilataban, acrisolaban el caudal de la experiencia sus ingenios? De penetrante entendimiento y de viva fantasía, notan, estampan y graban en su interior el mundo externo, para retratarle directa, vívida, fúlgidamente en la novela, animada, iluminada, transfigurada por el arte.

4. *Conocimiento del alma.* Por los dilatados ámbitos de este otro mundo, el del alma, mil veces más grande, más interesante aún y más maravilloso que el mundo visible y el visible agitarse de los hombres, se espacia fácil y seguro el genio novelador hispánico, y seguro y fácil escudriña su fondo, desciende a sus honduras y mide sus abismos.

Novelas españolas hay en apariencia muy reñidas con lo psíquico, pero que atesoran en llanas y ásperas hojas más psicología que tanta novela psicológica moderna, ostentosa, escrita sobre seda y artificialmente perfumada.

5. *Facultades analíticas.* Y así, modesta y, con frecuencia, traviesa y desenfadadamente hablando, suele el genio español derramar en la novela no poca ciencia psíquica, y analizar luego, con el mayor tino y finura, pasiones, inclinaciones, afectos, sentimientos, toda suerte de fenómenos del alma.

Analizar, no con el grave ademán y el aparato científico de los analizadores de hoy, ni con sus lentes, microscopios, escalpelos; sino con los instrumentos naturales de un sano juicio, de un ojo sano, agudo, experto, que entre las densas brumas del mar de las pasiones suele ver más que los mejores anteojos, y hallar menudencias y finuras del corazón, que los instrumentos científicos abultan muchas veces en demasía, desfigurándolas y presentándolas al ojo de forma que el juicio se extravía y sueña que ve un monte donde no hay sino un grano de arena, un monstruo donde no se extiende sino una delicada fibra.

6. *Facultades descriptivas.* Mas hábiles todavía que en el análisis o descripción interior manifiéstanse en la exterior nuestros novelistas, habilísimos en todo linaje de descripciones.

Y ¿qué no es descriptible?

Cuanto tiene forma o se concibe dotado o capaz de ella: lo sujeto a los sentidos, como sujeto a ellos; lo sujeto a la razón como enlazado con ellos: todo se puede describir y pintar; y todo lo describe y pinta la novela española con sus propios colores; al vivo, muy al vivo; a veces demasiado al vivo, mas siempre con interés, con fuerza. Gózase en trasladar los colores aéreos, vaporosos, las tintas delicadas; pero aun mucho más se goza en las ricas, luminosas, resaltantes; en las sombrías también de tarde en tarde. Plácele la luna: encántale el sol: la tormenta no le desplace.

7. *Facultades narrativas.* Advierte, con todo, el talento novelístico ibero que lo descriptivo no es esencial a la novela, sino sólo de adorno, y que los adornos, cualesquiera que fueren su importancia, valor, gusto, oportunidad, han de ser, necesariamente, parcos, pequeños, sencillos. Advierte que en la novela prepondera lo narrativo: el hecho, el interés del hecho, la mejor y más interesante exposición del hecho.

A ella encamina, de consiguiente, sus esfuerzos: en ella gasta su energía; en ella derrocha la habilidad inexhausta de su ingenio narrativo. Y tanto la derrocha, que parece a cada paso agotarla.

Pero siendo el genio español esencialmente dramático, imposible es que agote su venero narrativo: agotaríase a sí mismo; que sin arte narrativo, expositivo, no hay arte dramático.

Riquísimo en situaciones, expone, desenvuelve, interrumpe y anuda el argumento con la mayor naturalidad y la más perfecta reflexión.

No gusta de intrigas embrolladas e inextricables, ni de situaciones atormentadoras; cosas entrambas tan extrañas al arte como propias de la medianía.

Sencillo enlaza y sencillo desenlaza; sencillo empieza y sencillo termina. No busca lo extraordinario, lo raro, lo aparatoso. Todo esto lo buscan los intrusos y falsos noveladores. Los verdaderos artistas desprécianlo y míranlo como indigno de sí.

8. *Calma.* Tienen los artistas por primera ley del arte la verdad; por fin primero el levantar la mente de los demás, mediante el inefable goce artístico que les ofrecen.

Por eso el genio novelístico hispano procede siempre con la profunda calma que constituye una de sus más preciosas condiciones.

Calma, no impasibilidad; imperio sobre sí propio, no apatía.

Calma, que es fruto del poder de su espíritu, no efecto de natural indolencia.

Calma que domina las olas del corazón, no que de ellas carece. Pues, careciendo de ellas, no fuera calma, sino insensibilidad; y la insensibilidad no es vida, sino muerte. Y el arte es vida, la total negación de la muerte.

La calma del ingenio es la del mar después de la tempestad: dominadas están las olas, calladas están; pero el suave y majestuoso vaivén con que sube y baja la inmensa planicie, atestigua, recuerda y retrata la magnitud y los terrores de la pasada tormenta.

Así refleja el ingenio las pasiones. Así las doma. No sucumbe a ellas, ni hace presa de ellas al lector, atormentándole; sino que le conmueve dulcemente, excitándoselas con los afectos que bullen en sus invenciones. La novela extranjera, de ordinario, desagrada y aflige con el desenfreno de la pasión, cuando no divierte malamente con la lubricidad o hastía con el artificio y con la aridez. Siente el novelista, mas no sabe templar su sentimiento; arde, mas no sabe aplacar sus llamas: abrásanle tristemente a él y queman a cuantos se le acercan.

9. *Placidez.* Tanta calma reina en la novela española, tanto sosiego de espíritu y de corazón, que por ella se extiende cierta suave tranquilidad; que doquiera se sonríe, olvidada del mundo y de sus miserias y tristezas. Feliz olvido, semejante al del niño que juega y juega en todas partes y siempre, ante la muerte misma, sobre la tumba, al borde del abismo.

Olvido que, al par de la calma, procede de la fuerza del ingenio. Que solo el ingenio puede trasportar al hombre a un como asilo extraterreno, donde ríe la alegría perpetua en inmarcesible primavera.

10. *Donaire.* Tan conocido y célebre es en el mundo entero el donaire de las letras españolas y en particular de su novela, que casi no necesito señalarlo.

¿Quién no le conoce? ¿Quién no le celebra? ¿Quién no le debe horas del más puro, más íntimo solaz?

¿Quién no le llama privativo de España? ¿no se lo envidia? ¿no le juzga inimitable, sin par ni semejante en las letras del mundo?

De tal manera se impone el esplendor de la gracia española en la novela, que nadie se ha atrevido a desconocerle, a negarle

su admiración, ni los que, ciegos y fanáticos, se afanan por menoscabar sus innúmeras e imperecederas glorias.

11. *Elasticidad.* ¿Qué ingenio novelador más flexible, elástico, universal? ¿Adónde no ha ido, no ha trepado, volado? ¿Adónde no ha descendido?

De loco a sabio, de fregona rufianesca a pudorosa doncella, de gran capitán a bandido, de granuja a rey: ¿qué tipo novelesco no ha inventado?

¿Quién creó la novela picaril? ¿Quién la satírica? ¿Quién la histórica? ¿la de costumbres? la realista, naturalista, ¿quién? ¿Los franceses, los ingleses del siglo XIX? ¿Éstos la histórica, aquéllos la realista?

Tres siglos antes había Pérez de Hita inventado la novela histórica; tres siglos antes existía en España la novela picaril, crudamente realista.

12. *Audacia.* Y aquí es de maravillar la increíble audacia de su ingenio.

¿O no raya con lo inverosímil mudar en héroes de novela a unos harapientos, en asunto de novela sus mezquinas aventuras, mudar en oro de arte tan vil metal?

Y mudado está en oro; no ciertamente macizo ni de muchos quilates, mas en oro, al fin.

Mientras la pocilga del realismo y naturalismo franceses no muestra ni un grano de oro: a lo sumo algún trozo de hierro enmohecido, de cobre oxidado, venenosísimo. Pues allí falta del todo lo que en España sobra, esto es: la vara mágica del ingenio, que mejora, trasforma, finge, obra todo linaje de maravillas.

§ 2. Novela primitiva: pastoril, fantástica. Cuentos.

1. De los límites de cierta continuación de la novela erótica pastoril bizantina no sale la análoga española, fundada por **Jorge de Montemayor** (1520—1561), militar; de vida medio novelesca, muerto en un duelo.

2. Famosísima se hizo en toda Europa y fué traducida e imitada por dondequiera su *Diana*, novela pastoril, un tanto autobiográfica, en que celebra a una dama valenciana homónima, muy célebre por su belleza; que a los setenta años conservaba aun todo su esplendor.

Aunque es lánguida y retórica la «Diana», atesora no pequeñas ni escasas hermosuras de sentimiento, fantasía y forma.

3. Pero su mayor mérito está en las pinturas autobiográficas e históricas, que le dan originalidad, dilatan las angostas lindes pastoriles y crean un género dentro del género.

4. Incompleta la obra, fué ingeniosamente continuada, hasta el matrimonio de la heroína, por el profesor valenciano **Gil Polo** (1510—1572).

5. A esta misma época de la primitiva novela pertenecen:
la *Cárcel de amor*, de **Diego de San Pedro**;
la *Cuestión de amor de dos enamorados*;
el *Diálogo que trata de las transformaciones de Pitágoras*, de **Cristóbal de Villalón**;
el *Crotaldo*, de **Cristóphoro Gnósopho**;
el *Pastor de Fílida*, de **Luis Gálvez de Montalvo**; y
los *Coloquios satíricos*, de **Antonio de Torquemada.**

6. Tras de estos tempranos gérmenes brotó luego una lozana vegetación, que produjo cuentos, novelitas y novelas, de pesada forma todavía y sin arte, pero de inventiva notoria y, a veces, de buena narración.

Esta es la segunda etapa de la novela antecervantina.

Donde son dignas de notarse:

Los *Amores de Clareo y Florisea*, de **Alfonso Núñez de Reinoso**; y la *Selva de aventuras*, de **Jerónimo de Contreras**; selvas, ambas, impenetrables; de todo linaje de malezas y zarzales, con unos pocos árboles de provecho.

Al lado de tales marañas hay, en cambio, algunos pequeños prados de cierta amenidad. Son ellos el *Patrañuelo* y *Sobremesa* y *Alivio de caminantes* de **Juan de Timoneda**; y *Doce cuentos* de **Juan Aragonés.** Timoneda manifiesta mucha invención en su Patrañuelo, que contiene 22 patrañas o novelitas; en las que hay no poco novelable y dramatizable. — Schiller transformó no muy felizmente la patraña 17 en su célebre «Ida a la fundición».

No les falta sal tampoco a muchos de los 88 cuentos de la primera y de los 73 de la segunda parte de la Sobremesa.

§ 3. Novela picaresca.

1. A tientas ha andado hasta ahora el genio novelador hispano, orientándose.

Ha intentado avanzar por la senda conocida de la erótica pastoril en la esperanza de descubrir alguna región nueva afortunada.

Pero muy presto se ha desengañado; que la senda desemboca en estéril desierto.

Luego se ha aventurado por los caminos peligrosos y sombríos de las aventuras fantásticas y por las ciegas y estrechas callejuelas de los cuentos, y convencídose asimismo de que por allí no se llega a término venturoso.

Reflexiona, y penetrase de la importancia, del incomparable interés, de los argumentos infinitos que ofrece al arte la vida real.

Penétrase de ello, y como para probar toda la verdad de su reflexión y el alcance de sus propias fuerzas, húndese atrevidísimo en la más tangible, resaltante, pero también más deforme de cuantas realidades presenta el bajo suelo, para ver si hasta en ella hay hermosura; si hasta en ella puede el arte sacarla de la honda ciénaga, hasta hacerla florecer sobre su haz, ramificarse y ocultar la hondura; al modo que, sobre estanque de aguas pútridas, suele hacerlo el nenúfar.

2. Y ¡caso extraño! Un magnate y diplomático, embajador de Carlos V en Inglaterra, plenipotenciario suyo en el concilio tridentino, **Diego Hurtado de Mendoza** (¿1503? Granada, —1575, Madrid)[1], fué quien con el *Lazarillo de Tormes* dió tan atrevido paso hasta la esfera social diametralmente opuesta a la suya; creó la novela picaril: la más realista de las composiciones literarias; abrió desconocidos horizontes y la era de la novela moderna.

En España y en Europa fué muy celebrado el Lazarillo. Lástima que su autor abandonase la novela por la historia y la poesía; para las cuales no había nacido.

Pero esa pequeña novela escrita al correr de la pluma, sin ufanía ni jactancia, y en hora de buen humor, ha bastado para inmortalizarle.

Obra juvenil, estudiantil, travesea y satiriza divertidamente, en forma agradable, cautivadora a veces.

Edic. princ.: 1610, Madrid . . . 1877, 1881, ib.

3. Plugo sobre manera el género; y hasta agotarlo, ya que no es muy rico, siguen cultivándole.

¿Imitando?

No; sino yendo al mismo punto, pero por diverso camino, tan diverso que, quien va con los otros, ni se acuerda de la diminuta senda por donde fué Lázaro.

Distinto, muy distinto derrotero lleva el *Guzmán de Alfarache*, de **Mateo Alemán** (1547, Sevilla, —1610), empleado público, que murió en Méjico; adonde huyó por peculados.

Derrotero el del Guzmán no muy llano, ni muy expedito, ni muy limpio, sin hermosas perspectivas; antes trillado, desmesuradamente largo, lleno de populacho, de canalla, de bestias; pero también de cosas curiosísimas y de cuantas gentes alumbra el sol.

Cual. princ.: *pintura del mundo.*

Def. princ.: *monotonía, vulgaridad, inmoralismo.*

Edic. princ.: 1599 . . . 1846, Madrid.

---

[1] Véase pág. 84.

4. Diferente fue la vía del *Buscón* de **Quevedo**[1]: mucho más breve, más entretenida; aunque no mucho más aseada.

5. Mucho más pulcro, empero, que sus congéneres y más bello en la forma que ellos, y harto más ameno que el Guzman es el *Escudero Marcos de Obregón* de **Vicente Espinel** (1544, Ronda, —1634, Madrid; grab. 15), sacerdote, músico notable y maestro de Lope de Vega.

Ayudando a aquilatar un original el compararle con una copia famosa, comparemos el Marcos de Obregón con su trasunto: el «Gil Blas» de Lesage.



Grab. 15. Vicente Espinel.

Léese la novela francesa gracias a lo bien hilado de la fábula, al tono, a los episodios capitales: todo prestado, por no decir robado, de España, sobre todo del «Escudero».

Compárese la aventura del barberillo de éste con la de Gil Blas, y se podrá comparar obra con obra.

No mejora el Gil Blas lo que toma de España; antes lo desmejora. Su inventiva es nula; su originalidad, aun la relativa, la artística: la de aprovechar y combinar y pulir bien materiales ajenos, escasísima.

Si el Escudero se lee con fatiga, y casi sin ella el Gil Blas, es únicamente por el mucho y largo moralizar de aquél.

Un moralizar que, por lo demás, es uno de sus principales atractivos: ¡qué belleza y novedad de pensamiento! ¡qué concisión, galanura y elocuencia!

6. Dos libros pueden formarse de él; que en realidad hay en él dos libros, cada uno perfectísimo: uno de máximas y discursos morales, que resultaría bello, en su línea, como

[1] Véase pág. 87.

pocos; y otro, de lo novelístico, bellísimo también y de lo más sabroso.

Para cotejar entrambas novelas, póngase el antólogo más optimista a coger algo del Gil Blas: algún episodio, alguna narración, detalle, sentencia, frase notable y feliz; y a buen seguro que, por más que busque y rebusque, no hallará, y asombrado se quedará de la increíble medianía del libro y de la total falta de lo dramático, de pensamiento, de estilo y aun de lenguaje.

Abra, en cambio, el más rígido y pesimista antólogo el Marcos de Obregón, y no hallará casi página que no transcribir íntegra: tan henchidas están todas de sal, de ideas, de frases gráficas, de la más linda y pulida lengua.

Cual. princ.: *moralismo.*

Def. princ.: *extensión; impertinencia de las reflexiones.*

Edic. princ.: 1618—1891, Barcelona.

7. Pobres imitaciones de las precedentes son las otras novelas picariles: la *Pícara Justina;* la *Garduña de Sevilla;* el *Siglo pitagórico,* obra de algún ingenio; etc.

§ 4. Novela híbrida.

Cuádrale tal nombre a una especie de novela revuelta dialogada: el *Viaje entretenido,* del aventurero madrileño Agustín de Rojas (¿1577? ¿—?).

Amasijo de loas compuestas por el propio Rojas y que él mismo va recitando a tres amigos en un viaje; loas casi todas malas, detestables muchas; no carece de vida el Viaje, ni de alguna novedad su plan.

En medio de indigestísima erudición, hay esparcidos verdaderos diamantes poéticos: la comedieta entre Rojas y María y la inconclusa novela de Leonardo y Camila; donde a ésta canta aquél un idilio todo primores.

Primores de estilo atesora el libro entero.

Cual. princ.: *estilo.*

Def. princ.: *heterogeneidad, pedantería.*

Edic. princ.: . . . 1901, Madrid.

§ 5. Novela histórica.
Ginés Pérez de Hita.

Esto, es decir, su nombre, y nada más, sabríamos de la vida de tan esclarecido escritor, si él mismo, en la segunda parte de

su obra, no nos dijese incidentalmente haber militado más de tres años con el marqués de los Vélez contra la insurrección morisca de las Alpujarras; donde, en la horrorosa matanza que en Félix hicieron alzados los de Lorca, salvó la vida a varios inocentes y desvalidos.

Esta encarnizada guerra (1568—1570), con sus muchas y notables peripecias, concluída por Don Juan de Austria y rematada con la impolítica, aunque no arbitraria, expulsión de los moriscos, es la que, con fácil y ameno estilo, narra en la segunda parte de su *Historia de las guerras civiles de Granada.*

Facilidad y amenidad caracterizan igualmente a la primera; la cual, en lo demás, difiere muchísimo de aquélla. Aquélla es historia novelesca, tanto que le cuadra el nombre de novela histórica; ésta es historia ribeteada de novela. Por tanto, ni la una ni la otra son lo que debieran ser: ésta puramente historia, aquélla puramente novela.

2. Por lo mismo, no tiene la segunda sino cierto valor histórico y el de la narración; aquélla, en cambio, fuera de haber abierto brecha, iniciando con toda felicidad el género, preséntase como un libro sobre manera cautivador, lleno de animación y de lozana vida, con vivísimos colores, con tonos casi siempre nuevos y delicados, con exuberante riqueza artística.

Quien guste — ¿y quién no gusta? — de torneos, a cuál más brillantes, de escaramuzas, y escaramuzas a cuál más porfiadas y atrevidas, referido todo con la llaneza y mesura del historiador; lea la primera parte de las Guerras civiles, y quedará embelesado; embelesado con aquella pompa de fiestas granadinas, de las damas, de sus levantados amores; embelesado con aquella sultana, mujer del rey Chico, vilmente calumniada por los zegríes, vindicada gloriosamente con las armas de la flor de los caballeros cristianos; esa sultana que de suyo descuella tanto en el libro y entre los acontecimientos, que debiera ser la protagonista de la obra; con lo cual tendría ésta la unidad que le falta.

Embelesado quedará con la nobleza y valentía de los abencerrajes, dignas de las de aquellos insignes caballeros cristianos, aquellos maestres de Calatrava y de Santiago; embelesado con esos campeones tan valerosos y osados como humanos y generosos, con sus tan verosímiles como desaforados combates singulares.

Suspenso y aterrado quedará ante las terribles facciones granadinas, la lucha mortal suscitada entre abencerrajes y zegríes por

la mortal envidia de éstos a aquéllos y que hundió en la sangre y en el abismo a entrambos partidos y con ello a la desventurada y poderosísima ciudad.

Efectos y afectos todos que produce con irresistible fuerza este libro en el ánimo más indiferente; prueba clarísima de su valía.

Es una como epopeya caballeresca, muy superior a sus congéneres de otras partes. Los bellos romances solos, que suelen resumir bellamente las escenas principales, valen harto más que esa enorme bufonada del Orlando Furioso, de todos los Orlandos y parentela francesa y germánica.

En pueblo menos rico de literatura que el español y más reconocido que él con sus ingenios, monumentos tendría Pérez de Hita, y le celebrarían como a un gran novelista; lo que sobrado merece. En España apenas se le conoce; el extranjero le ignora: injusticia lamentable y que reclama pronta y entera reparación.

Cual. princ.: *Inventiva y colorido.*

Def. princ.: *Falta de unidad.*

Edic.: Zaragoza 1595 . . .; Madrid 1833.

§. 6. Novela satírica.

Miguel de Cervantes Saavedra.

(1547, Alcalá de Henares, — 1616, Madrid; véase frontispicio.)

1. Escasísimas, como las de casi todos los ingenios españoles, son las noticias biográficas acerca de Cervantes.

Irreparable mal, y descuido lamentable, ante todo, de sus compatriotas y suyo propio también. Pues, por poco que a sí mismo se conozca un talento eminente, debe escribir su autobiografía o dejar al menos copiosos apuntes relativos a su vida, su formación intelectual, la idea de sus obras, a no hacerlo sus coetáneos, partiendo de datos y secretos por él suministrados.

2. Pero demasiado indolentes eran aquellas generaciones no bastante admiradoras de lo bello; asaz modestos los ingenios, asaz desconfiados de su inmortalidad.

Hombres vulgarísimos, muertos en vida, escriben hoy sus memorias; entonces no le ocurría tal ni a un Cervantes.

A falta de ellas y de biografías completas, hay que reconstruir, por el estudio de sus escritos, laboriosamente su retrato y vida.

Apuntemos los pocos datos biográficos de sus primeros años, los ya no tan pocos de su edad madura; y por sus obras conjeturemos lo demás.

3. Con decir que nació en Alcalá de Henares, el 9 de octubre de 1547; que su padre fué Rodrigo de Cervantes, su madre Doña Leonor de Cortinas, nobles pero pobres; que tuvo a un sacerdote por maestro y que fué desde su más temprana edad aficionado a la poesía; está dicho lo que sabemos de los primeros veintiún años de su vida.

4. Luego empiezan los azares; que hacen casi novelesca su historia.

Escribe en 1568 unos malos versos necrológicos en los funerales de Isabel de Valois, mujer de Felipe II; y llévale de paje a Italia el juvenil Julio Aquaviva, mecenas de los letrados y cardenal a los 24 años de edad.

Ya en 1571 le ha arrastrado a las armas su espíritu ardoroso, y sirve en los famosos tercios, gloria de España y terror de Europa; con ellos en poderosa escuadra vuela contra la formidable de los turcos. Don Juan de Austria el 7 de octubre del mismo año cae sobre ella en la rada de Lepanto, donde se dió aquella sangrienta batalla, la más memorable acaso del mundo y que, al par de sus naves, hundió en el abismo la omnipotencia aterradora de la Media Luna.

5. Postrado con violenta fiebre yacía en cama Cervantes. Pero, a vista de la grandeza de la jornada y en alas de su alma enérgica, levantóse atropellando las instancias de superiores y compañeros diciendo: «Más vale pelear en servicio de Dios e de Su Majestad e morir por ellos, que no bajarme so cubierta»; exigió el puesto de mayor peligro y peleó en él al frente de doce soldados hasta recibir tres balas: dos en el pecho y una que le mancó de la mano izquierda.

El ilustre vencedor mismo le atendió y dió el parabién por su heroica bravura.

Después de larga convalecencia, y volviendo a España, cae en poder de corsarios berberiscos, bárbaros e inhumanos.

6. Aquí toma su vida las apariencias de novela, aquí empieza el esclavo a tocar cuantos resortes ingeniarse pueden para recobrar la libertad. A durísima servidumbre y tormento se le sujeta; pues las cartas de recomendación, hasta de Don Juan de Austria, que se encuentran en su poder, hacen se le considere persona muy principal y capaz de pagar opimo rescate.

Logra evadirse; pero, en mitad de la fuga, abandónale el guía y tiene que volver al cautiverio; cuyos rigores se doblan.

Vende su pobre familia cuanto puede vender e impónese toda suerte de privaciones por rescatarle a él y a su hermano. Mas el rescate sólo alcanza para éste, quien, libre ya, envía por el cautivo un bajel.

Dispone y dirige Cervantes con habilidad suma la evasión propia y la de sus compañeros.

Aparece la nave libertadora. Ocúltanse ellos en una cueva para embarcarse. Pero son de nuevo traicionados. Conducidos ante el cruel rey, échase, intrépido e hidalgo, Cervantes a sí mismo toda la culpa de la fuga.

7. Continúan novelescas por lo varias y atrevidas las tentativas: tan atrevidas que proyectó nada menos que una insurrección general de los innúmeros cautivos cristianos de Argel.

Por fin, hace en pro de él la caridad cristiana de los frailes trinitarios lo que una y cien veces debió hacer su mal agradecida patria: redímenle; prestando a la república de las letras acaso el mayor servicio que se le haya prestado en el transcurso de los siglos.

8. Después de estos cinco años de cautiverio vuelve a las armas y sirve en tres campañas; hasta que finalmente, tras de quince años de trabajos y desventuras, se casa con Doña Catalina de Salazar, y dedícase ya a las letras, aunque sin obtener nunca, no obstante todos sus esfuerzos, méritos y servicios, ni una posición medianamente holgada y libre; y lidiando siempre con la pobreza y miseria, entre empleíllos por demás tristes, como el de recaudar impuestos. El cual, amén de los sinsabores a él anexos y de sus míseros emolumentos, le acarrea, para colmo de males, una larga cuanto injusta prisión, por un pequeño déficit en las cuentas.

9. Pero, lidiando sin cesar contra la adversidad, jamás fué de ella vencido; antes vencióla siempre y tan completamente, que en vez de rendirse o al menos abatirse a sus rigores, como por lo regular acontece hasta a los pechos más acerados, y sin desahogarse en quejas y lamentos, cual acaece a todos los que ella acosa como a Cervantes; parece que la contraria fortuna no hizo sino serenar más a su alma, dilatar más su corazón, alegrar y encender su fantasía, esforzar y afinar la perpetua y naturalísima sonrisa, que es el distintivo de su ingenio; y ponerle acaso en el camino de la inmortalidad y empujarle blanda y vigorosamente por él.

10. A no mediar este cúmulo de reveses y de esperanzas frustradas, de servicios desconocidos, de todo género de amargas decepciones; a no haberse visto lanzado de la carrera militar, más que por las balas, por las injusticias humanas; a no haber palpado tanto el vil egoísmo y sentido tanto, en medio de él y a vista de él, la propia hidalguía y generosidad de corazón; ¿hubiera puesto, hubiera podido poner en escena, cual lo hizo, a ésta y a aquél? ¿hubiera, refugiado en el apacible asilo de su grande alma, podido pintar, cual lo hizo, cual solo él lo ha hecho, ese regocijo sublime del espíritu que señorea todas las iniquidades, bajezas y pequeñeces humanas? ¿hubiera, para pintar tal regocijo y en alas de él, creado su fantasía tan regocijada y grandiosa urdimbre de fábulas como las creó la suya? ¿Tendríamos, en suma, el Quijote? Difícilmente.

11. A no estar agobiado por la miseria, ¿abandonara la comedia, para la cual no había nacido y en la cual emuló, no obstante, a Lope de Vega, tanto que, a despecho de su carácter, se dejó arrastrar a la malquerencia, siendo éste uno de los poquísimos lunares de su vida? ¿renunciara a la poesía, de la que, según propia confesión, estaba tan perdidamente enamorado que «siempre trabajó y se desveló por parecer que tenía de poeta la gracia que no quiso darle el cielo»? (Viaje al Parnaso I.) ¿Renunciara a tan malaventurado amor si sus comedias le hubiesen producido con qué vivir? ¿si su mujer, su hija natural, su hermana y las otras mujeres de su casa, no hubiesen tenido que sufragar con sus labores los gastos domésticos? ¿Si un librero, negándose a comprarle sus comedias, no le asegurara «haberle dicho un hombre de ingenio que de su prosa podía esperarse mucho, de su verso, nada»?

12. Afortunadamente para las letras y su gloria, la indigencia, la necesidad de ganarse el pan cotidiano fuéle llevando a la prosa. En ésta anduvo todavía por algún tiempo a tientas, como en busca del camino para llegar a tierra llana, propia y de exuberante vegetación.

Así, después de escribir en su juventud malas poesías líricas, y probablemente sus malos romances; después de pasar en 1583 a la antigua novela pastoril en su indigestísima, ramplona, revuelta y amazacotada *Galatea*, que, con mostrar ingenio, es su peor obra en prosa; después de componer en los años siguientes una veintena o treintena de pésimas comedias, de las que sólo se conservan los *Tratos de Argel* y la *Numancia*; siguió, finalmente, su temperamento satírico en la prosa; aunque no sin extraviarse de

nuevo tal vez en alguna novela seria; no sin volver, aun en 1614, al para él enteramente vedado terreno poético, con el pesadísimo *Viaje al Parnaso*, poema sobre la literatura española coetánea, tan destituído de criterio como de belleza; no sin terminar su vida con la grave, desgraciada, inverosímil e incoherente novela erótica *Los trabajos de Pérsiles y Segismunda*; de bello y pulido lenguaje, y de no escasa inventiva; dotes que paralogizaron de tal suerte a su autor y hasta a algunos contemporáneos, que la llegaron a considerar como superior al Quijote.

Todo lo cual manifiesta que Cervantes nunca tuvo conciencia clara ni de su talento ni de los dominios propios de él ni de sus límites. Lamentable desgracia para las letras; porque, dada su inagotable imaginación y su humor no menos inagotable, que, en vez de declinar, crecían con los años y la ancianidad, si en lugar de malgastar sin provecho para la literatura tantos años en esas voluminosas obras, los empleara en el género ligero, escribiendo novelas, cuadros de costumbres, o tal vez comedias en prosa, enriqueciera enormemente más a las buenas letras.

Pero contentémonos y juzguémonos felices con lo que hizo, pues basta y sobra para su gloria propia y para la de España; y sigámosle en esta su senda, gloriosa, es verdad, pero llena también de desilusiones y amarguras.

13. Por los años de 1600 tenía acabada la primera parte del *Quijote*, y buscaba a algún magnate a cuya sombra publicarla. Dirigióse para ello al duque de Béjar, protector de las letras, quien se negó desde luego a que se la dedicase. Pero Cervantes le suplicó se dignara oir un capítulo de la obra. Leyóselo; y fue tanto lo que agradó a todos los presentes, que hubo de leerles íntegro el libro.

Publicóse éste en 1605, y fué recibido con tal entusiasmo por el público, que en ese mismo año se hicieron de él cuatro ediciones.

14. No faltaron, sin embargo, escritores que murmuraran de él, entre ellos Góngora, ni bastó su popularidad a sacar de la miseria al autor.

15. No bastaron tampoco las que por su moralidad llamó *Novelas ejemplares*, narraciones acabadas, de la más rica inventiva; que había ido escribiendo poco a poco y publicó después del Quijote; en el que, para sondar al público, insertó inoportunamente una de las más hermosas de ellas: la del «Curioso impertinente».

Forman la serie de las «ejemplares»: la *Gitanilla*, la *Fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, la *Española inglesa*, el *Amante liberal*, el *Licenciado Vidriera*, el *Celoso extremeño*, las *Dos doncellas*, la *Ilustre fregona*, la *Señora Cornelia*, el *Casamiento engañoso*, el *Coloquio de los perros* y la *Tía fingida*.

16. A pesar de hallarse en suelo tan propio y tan feraz, cedió nuevamente a la malhadada tentación de versificar y compuso ocho comedias pobrísimas; cuyos entremeses tienen, con todo, algún valor.

17. Por suerte pronto volvió a su Quijote, que estaba inconcluso; y si no volviera, hubiérale obligado a volver el malintencionado y malaventurado Avellaneda con su segunda parte de él.

Iba Cervantes en el capítulo 59 de la suya, cuando se publicó esa otra obra. Detúvose un momento; rióse donosamente de ella y siguió su tranquilo y raudo vuelo hasta terminar el libro, impreso en 1615.

18. En 1616, pocos meses después, murió. Murió grande y cristiano como había vivido, risueño ante la muerte: murió pobre, ignorado y solitario como vivió; silenciosamente fué conducido a su humilde tumba y en la triste fosa común se han perdido sus despojos.

Tardía, muy tardía, ha venido para él la justicia, la recompensa, el reconocimiento.

19. ¿Cómo conciliar la admiración pública de la obra con la indiferencia, la dureza para con el autor? ¿Cómo explicar que un grande e inteligente pueblo, entusiasta y amante del arte, un pueblo que enriqueció y divinizó a un Lope de Vega, dejase perecer en la pobreza a un Cervantes? ¿Sería sólo porque lo poético es de suyo más propio para hacerse admirar, porque una fecundidad como la de Lope es un portento, y un portento lo comprenden todos y a todos se impone? ¿No sería una extravagancia popular comparable a la de los atenienses, que se extasiaban ante las obras de arte y consideraban como a simples artesanos a los artistas? ¿una extravagancia explicable en cierto modo por el temperamento esencialmente artístico del pueblo, donde cada cual se sentía artista y capaz de obras eminentes? ¿explicable tal vez también en cierto modo en el pueblo español, quinta esencia del humor y donaire?

20. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que esta quinta esencia del carácter nacional ha encontrado su más completa, más

perfecta y más rara expresión en el Quijote; así como la ha encontrado generalmente el carácter de la nación en los imperecederos tipos de Don Quijote y Sancho Panza; tipos de tan potente originalidad, tan prototipos de su especie y aun del universo linaje humano, que parecen más idealizados y menos palpables que los del teatro francés, y son, con todo, tan perfectamente reales, tan de carne y hueso, tan vivos que dondequiera nos imaginamos verlos, encontrando, naturalmente, por cada Quijote cien Sanchos (grab. 16).

¡Y qué de Sanchos vería Cervantes! ¡Y qué de Quijotes, y en su propia casa, aun antes de darles cuerpo e infundirles un espíritu inmortal!

21. Figúraseme así, sobre poco más o menos, la idea del Quijote en la mente del autor.

Pensaría:

¿Cómo acabar con estos disparatados libros caballerescos? Para darles el golpe de gracia, no hay sino pintar cómo trastornan el seso a uno de sus lectores furibundos y las aventuras que, una vez trastornado, corre por realizar las desatinadas pero nobles hazañas de los andantes caballeros.



Grab. 16. Una ilustración del Quijote, por Gustavo Doré (libro 1, cap. 7).

He aquí a mi Quijote.

Mas tales aventuras serían monótonas y menos cómicas sin un carácter que contraste fuertemente con el loco. A un hombre que se pierde por las regiones lunares fuerza es oponerle doquiera otro que no se levante un palmo de la tierra; que contemple tranquilo y con ingenua y socarrona sonrisa las embestidas aéreas y los consiguientes porrazos y estropeaduras y las rechiflas de los espectadores. Fuerza es oponer, asociar a un Quijote un Sancho Panza; dar a tal caballero tal escudero.

Y de esta clase de Sanchos ¿no está lleno el mundo? ¿No son ellos los que, conocedores de la gran ciencia de la holganza y del buen comer y vivir, medran, señorean y gobiernan al mundo?

Y esos Quijotes, esos ilusos, no menos nobles que fatuos, no menos risibles que respetables ¿no los hay también? ¿No soy yo uno de ellos? Mis elevadas aspiraciones, mis heridas y sangre vertida por la patria y por mi rey, tantas fatigas y desventuras sobrellevadas en su servicio, tantos años, los mejores de mi vida, en él perdidos ¿qué me han valido? ¿No estoy pereciendo de hambre?

Pero ¡lejos estas reflexiones, amarguras y tristezas! ¡Me reiré de todo! ¡Me reiré de mí mismo! No odio, ni puedo odiar a nadie; los amo a todos, a todos esos rechonchos y venturosos Panzas. Su ventura, como todo lo de acá, es breve, y la felicidad verdadera comienza donde los trabajos de la vida acaban, donde los Quijotes gozarán, y gozará también mi Sancho.

Entre tanto, sigamos cabalgando, descuidados y olvidados de todo esto, él en su bien comido rucio, yo en mi pobre y escuálido Rocinante; cabalgando siempre risueños hasta el fin de la jornada; risueños entre palos y molimientos, entre desaires y desprecios; risueños ante el umbral de la muerte y aun más risueños al pasarlo.

22. Lo pensó, sintió y cumplió a la letra Cervantes. Sin pretenderlo infundió al Quijote toda su alma e hizo de sus aventuras el fiel trasunto de su vida.

Pero ¡qué infusión y qué trasunto! ¡qué monumento se ha erigido Cervantes a sí propio en su obra y con su obra!

23. ¿Qué es, con él, el «Fausto» de Gœthe? ¿Qué sino el triste, bien que fiel, retrato de un espíritu triste y digno de compasión? Éste, mitad sabio y mitad embrollado soñador, mitad titán y mitad enano, más semeja caricatura interesante que verdadero retrato; aquél es copia perfecta de un alma entera y superior. Don Quijote es caballero intachable, «soberbio con los soberbios, humilde con los humildes»; el Fausto dista mucho de serlo. El uno es amparador intrépido de doncellas perseguidas; el otro, perseguidor de doncellas. El uno, hijo sumiso de la Iglesia católica, lleno de fe, siempre sereno, siempre derramando en torno suyo serenidad y alegría; el otro, hijo de la protesta, de la duda, de la soberbia, y, por tanto, del desasosiego, de la nostalgia, del tedio, de la desesperación.

¡Qué apología del dogma católico y de la estética en él fundada no entraña semejante parangón!

24. Pero volvamos al monumento incomparable que Cervantes se ha levantado en su Quijote; y considerémoslo en la otra de sus figuras principales y en su conjunto.

Ahí está su escudero; ahí, ese contraste insuperable, que es lo más magistral en un libro donde nada hay que no lo sea: desde los caracteres principales hasta los más subalternos; desde el diálogo que, por su naturalidad y viveza, es una maravilla dramática estupenda, hasta aquel lenguaje inimitable; hasta los defectillos mismos: descuidos y olvidos que se suelen achacar y atribuir a la precipitación con que escribía, y que yo atribuyo a la altura artística desde la cual miraba su obra. — Que se perdió, por ejemplo, el asno y a vuelta de esquina aparece Sancho cabalgando bonitamente otra vez en él. — «¿Qué se me da a mí de eso? dice Cervantes. «Yo necesito que parta Sancho luego. Pues que suba en su rucio.» ¡Qué menudencias de buscar y hallar al asno! Muy mal haría en hacer caso de bagatelas. . . . Fuera como lo de la correa mal hecha en la sandalia de la Minerva de Fidias.

25. He dicho que el contraste de los caracteres constituye el mayor triunfo artístico del Quijote.

26. ¿Prueba?

Si los contrastes son — como no pueden menos de serlo — una de las fuentes más ricas e inagotables de la belleza artística, y quién sabe si la primera de todas; cual lo es en la naturaleza, donde el mayor de los contrastes, el del día y de la noche, de la luz y de las tinieblas, es también la mayor y más sublime de sus infinitas, grandes y sublimes hermosuras; — si esto es así, ¿dónde hallar, en el mundo literario ni en el artístico, un contraste tan nuevo, tan natural, tan profundo, tan soberbio, inexhaustamente rico y de tan gigantesca extensión como el de los protagonistas del Quijote? ¿Qué son, a su lado, los más intensos y extensos contrastes shakesperianos sino pequeñísimos y fugaces? ¿Qué es una pieza escénica, qué la más vasta trilogía al lado de aquella inmensa comedia cervantesca? ¿Qué sino una miniatura al lado de un coloso?

27. La mayor y más visible de las bellezas del Quijote es la de los contrastes. Pero fuera de ésta y las ya citadas, tiene todavía otras de inapreciable valor.

¿O no será inapreciable ese don celestial suyo de agradar y alegrar? ¡Qué horas y cuántas del más puro e íntimo placer hace pasar! ¿Quién ha gozado más o tanto, leyendo el mejor, el más

divertido, bello, elevado de los libros como leyéndole a él? Y ¿no vendrá del cielo, no es el fin de nuestra vida el regocijo puro? ¿No es él nuestro perpetuo anhelar?

28. ¿Que libro hay en el mundo que regocije como el Don Quijote?

Ríese con él, con el alma entera, el niño; ríese el joven; ríese el anciano, la doncella, la matrona, el ignorante, el sabio, el triste.

La causa principal de este gozo es siempre la misma: ese donaire único, sublime entre lo más sublime creado por el ingenio del hombre. Idéntica es siempre la causa; el efecto, en cambio, enteramente diverso. Todos ríen leyéndole, pero todos de distinta manera. No parece sino una especie de maná intelectual, purísimo, diferente de los demás manjares humanos. A cada cual le sabe a lo que quiere. Le sabe todavía cuando casi todo otro libro ha dejado de saber. Todos los otros, dado que alguno de ellos no canse y que convide a releerle, no se pueden leer en cualquiera edad, estado y condición de la vida ni releer indefinidamente con el mismo, y mil veces menos, con mayor placer.

Solo el Quijote se lee y se relee; nunca fatiga; embelesa siempre, cada vez más.

29. ¿Citas antológicas?

Único cual es el libro, haré con él también una excepción única: la de no copiar nada de él, en la Antología.

¿Por qué?

Huelga la respuesta: necesitaría para ello más de 800 páginas; tendría que trascribirlo íntegro; renglón por renglón.

30. Obras iguales hay muy pocas; en lo moderno, ninguna; superior, ninguna en ningún tiempo.

Puede — hasta será probable — que la Ilíada primitiva, genuina, fuera superior. La tan interpolada que ha llegado a nosotros, no lo es; es acaso inferior. No tiene la perfecta unidad que el Quijote. No pinta al hombre entero como el Quijote: al hombre ideal y al hombre real; al de altísimos vuelos, al de bajísimos instintos; al de espíritu, al de carne.

Ni satisface la Iliada, como el Quijote, aquella ansia y ley de nuestra alma: el querer siempre gozar; llorar y reir a la vez de entusiasmo y arrobamiento intelectual.

Inmortales son entrambas obras; y tan inmortales que comunican su inmortalidad a sus idiomas. El griego no perecerá, por-

que no puede perecer la Ilíada; ni el español perecerá, porque no puede perecer el Quijote.

La Ilíada es el libro de los sabios; el Quijote, el libro de todos. La Ilíada, el libro de la grande y eterna Hélade; el Quijote, el libro del mundo.

§ 7. Novelistas posteriores a Cervantes.

1. Débil, flaquísimo, sin carácter, sin vida, debe el *Quijote de Avellaneda* (de Luis de Aliaga O. Pr.?) la supervivencia únicamente a su grande original; que remeda del modo más lastimoso.

2. Inventiva, caracteres y materiales nada malos de una buena novela ofrece el madrileño **Gonzalo de Céspedes y Meneses** en el *Español Gerardo* y en el *Soldado Píndaro;* mejor éste que aquél.

3. En buen lenguaje y rasgos de interés abunda la por lo demás monótona novela dialogada, el *Donado hablador,* del médico segoviano **Jerónimo de Alcalá** (1563—1632).

4. Semblanzas de costumbres, satírico-novelísticas, nerviosas de estilo y agudas traza **Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo** en el *Curioso y sabio Alejandro.*

5. Sobresaliente dramático, de más ingenio que gusto, **Luis Vélez de Guevara** (1570—1644), ujier de Felipe IV, sobresale todavía más en la novela satírica, el *Diablo cojuelo.* En el cual lleva a un estudiante y le asoma a todas las alcobas a presenciar la infinita maldad y necedad humanas.

Libro de los más originales, vigoroso, tan breve de razones como largo de sátira y chiste.

Edic.: 1641 . . .; Bibl. de aut. esp. t. XLV.

TERCER CICLO. DECADENCIA. NEOCLASICISMO.

(Siglo XVIII.)

CAPÍTULO I.

OBSERVACIONES GENERALES.

§ 1. Postración.

1. Asombrosa había sido la fecundidad literaria de España; asombrosa fué su repentina esterilidad de más de setenta años.

Y aun después de ellos, sólo lentamente se empezó a recobrar de su larguísima postración.

2. ¿Las causas del hecho?

¿Se impondría el genio calderoniano en tales términos a las inteligencias, que, medrosas del gigante, callaran y se acogieran a la sombra?

Y ¿cómo no callaron ni se acogieron a ella ante aquel titán mucho mayor, mucho más inimitable que Calderón: Lope? ¿Cómo, no sólo nada tímidas delante de él, sino, muy por el contrario, más valerosas y audaces cantaban y dramatizaban a porfía, sin que él con toda su grandeza las oprimiera, las eclipsara?

3. El ingenio es una fuerza natural e irresistible que aspira a la publicidad con más vehemencia que la belleza, que la planta a la luz; de suerte que no tiembla a veces del peligro ni de la muerte; cual acontece a los satíricos, que no se amedrentan ni ante los tiranos y desafían sus furores.

4. Si pues la musa española enmudeció y permaneció muda, sería sólo porque no hallaba ni qué cantar ni qué decir.

¿Por qué no hallaba?

¿Quién puede saberlo sino Dios; quien parece que envía el talento a la tierra, como a ella envía la hermosura, cuando, como y donde le place? Porque suyos son; porque es bueno.

5. Déjese, una vez por todas, aquella gastada y absurda teoría del influjo decisivo, o principalmente causal, de la política en las letras.

¿En el apogeo de Roma florecieron las latinas?

En su decadencia, en la época de sus más sangrientas perturbaciones internas, en tiempo del despotismo, entonces florecieron.

Las inglesas ¿cuándo tuvieron su edad de oro? ¿Tuviéronla en el siglo XIX, el de toda la grandeza política de Inglaterra?

¿Cuándo rayaron a mayor altura las alemanas? ¿No fué cuando yacía postrada Alemania?

Grecia misma, España misma, Italia, bien miradas, en vez de confirmar dicha teoría, la desmienten.

Puede sin duda mucho la grandeza, muchísimo la libertad; mucho los mecenas. Pero, ni todas las grandezas y libertades juntas, ni todos los mecenas juntos, pueden, no diré ya crear, ni criar siquiera un solo genio, un solo talento ni mediano; y si se empeñan en criarle y formarle, criarán, no un genio ni un talento, sino un pedante, corruptor de las letras.

§ 2. Renacimiento.

1. Con estas reflexiones, y no otras, que serían menos acertadas y más desconsoladoras, es menester atravesar ese gran pá-

ramo de la literatura nacional, de 1681 a 1758, o sea, desde la muerte de Calderón hasta el «Fray Gerundio».

Gran páramo; donde no crece planta literaria alguna.

Que no lo son las míseras composiciones de Ignacio de **Luzán** (1702, Zaragoza, —1754, Madrid) ni las insípidas de Fray **Jerónimo de Feijoó** (1701—1764).

2. A mediados del siglo XVIII resucita lentamente el ingenio. Este renacer fué, sin género de duda, impedido por el predominio del espíritu francés en Europa y, particularmente, en España, con el advenimiento de los Borbones al trono.

El estrecho convencionalismo literario transpirenaico empezó a tenerse por la expresión de la naturaleza y del buen gusto. Y, midiendo con tan falsa, tan mala y tan corta medida las creaciones gigantescas de la literatura patria, y en primer lugar, de la escena, comenzaron los noveles críticos y legisladores del parnaso español a mirar como toscas y bárbaras las grandiosas y deslumbradoras fábricas del genio ibérico; condenando por tosco y descomunal lo grandioso, que eran incapaces de comprender; por bárbaro e insólito, lo deslumbrador, que no soportaba la enfermiza y creciente debilidad de sus ojos.

3. Tal pensaban y tal legislaban con perfecta candidez y gravedad aquellos pigmeos — entre ellos los Moratín, el hijo sobre todo; y hasta el juicioso Jovellanos — que se imaginaban reformadores de la literatura nacional; para quienes Lope y los otros genios no existían ni habían existido; para quienes Calderón era un coplero; todos, unos bufones; y el genio grande, el predilecto de Talía, el primer cómico del mundo: Molière.

Sigamos en sus hombres y fases más salientes el nuevo movimiento.

CAPÍTULO II.

NOVELA. ENSAYO.

§ 1. José Francisco de Isla.

(1703, Vallavidanes, —1781, Bolonia.)

1. Extraño a esta reacción (pues su claro juicio y criterio literario lo repugnaban), permaneció el jesuita **José Francisco de Isla**, de inocentes costumbres, acrisolada virtud, ameno trato, a quien sorprendió dolorosísimamente la supresión de la orden; que enfermo

como estaba, quiso compartir con sus hermanos las penalidades y estrecheces del destierro y que murió en Bolonia[1].

2. Campeón del buen gusto, salió denodado a su defensa en su *Famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, ridiculizando y zahiriendo implacablemente el gongorismo del púlpito, hasta acabar con él; y zahiriéndose en cierto modo a sí mismo; porque sus sermones son también bastante gongorinos.

3. Novela de mucho ingenio, harta sal, buen estilo, interés vivo en muchos capítulos, fatiga, sin embargo, por ser asaz larga y sembrada de muy largas y tal vez muy impertinentes e indigeribles disertaciones.

Además tiene el gravísimo defecto de quedar enteramente inconclusa, un verdadero torso; pues — fuera de ser el fin un recurso gastado y bien pobre — termina cuando Fray Gerundio apenas empieza su carrera oratoria.

La conclusión natural y lógica habría sido una de estas dos (menos feliz la primera que la segunda): o el predicador se convierte a la razón y buen gusto, o muere impenitente.

Todo lo cual no quita que la obra sea muy notable, muy nueva, muy digna de leerse y no poco gustosa.

4. Erizadas de sátira ingeniosa también están sus *Cartas de Juan de la Encina* y el *Día grande de Navarra*.

5. Belleza y sentimiento no poco muestra su correspondencia familiar; primeramente, la que tiene con su hermana.

Cual. princ.: *ingenio, sátira.*

Def. princ.: *extensión* e *inconclusión* del Fray Gerundio.

Edic.: Fray Gerundio, Madrid 1758; Leipzig 1885; Bibl. de aut. esp. t. XV (Obras).

§ 2. Gaspar Melchor de Jovellanos.

(1744, Gijón, —1811, Vega; grab. 17.)

1. Más fácil, más elegante, más clásico que Isla, resucita la prosa castellana de los mejores tiempos el ilustre prócer astur Gaspar Melchor de Jovellanos — Jove-Llanos —, alternativamente alto magistrado, y honra de la magistratura; ministro benemérito de la patria y del bienestar del pueblo, levantando con poderoso impulso la agricultura y la industria; perseguido más tarde injusta-

[1] Allí aguardan sus cenizas a que España agradecida las repatríe; como noblemente lo ha hecho con las de Meléndez Valdés y Leandro Moratín.

mente e injustamente preso (1802—1808), en el Castillo de Bellver, de Mallorca.

Amigo abnegado y generoso, protector decidido de los talentos, inaccesible a la envidia, a ninguna pasión baja ni a nada bajo; todo corría bellamente parejas en él: corazón, alma, inteligencia, hasta figura. Gran carácter, grande estadista, y grande escritor, elocuente como pocos, del más atildado neoaticismo de estilo y habla, uno de los mejores modelos de la prosa moderna genuinamente castellana.

2. Modelo es su *Memoria del castillo de Bellver:* modelo su obra capital, el luminoso y elocuente *Informe sobre la ley agraria;* modelos sus discursos (el *Elogio de las bellas artes;* el *de Carlos III,* por ejemplo); modelos, sus cartas familiares (v. g., las *Romerías* de Asturias); idílica su *epístola a Batilo* (Meléndez Valdés); sentida su *elegía a Anfriso;* grave y punzante su primera *sátira a Arnesto;* cáustica su segunda al mismo; — muy mediocre, en cambio, su comedia *El honrado delincuente*, enfática y falta de nervio.



Grab. 17. Gaspar Melchor de Jovellanos.

No bastan ciertamente sus cortos trabajos poéticos para apellidarle poeta; mas para llamarle uno de los grandes prosadores modernos, sobran sus innumerables obras en prosa, a cual más elegantes y de una riqueza y gracia en el decir que se extiende hasta a lo más accesorio, a las notas mismas.

Cual. princ.: *elegancia, elocuencia.*

Edic.: 1811, 7 t., Madrid 1830 . . .; Bibl. de aut. esp. t. XLVI y L.

CAPÍTULO III.

LÍRICA.

§ 1. Los Moratín.

1. Introducido el clasicismo francés en España por Luzán, fueron, más en la teoría que en la práctica, sus abanderados, aunque afortunadamente sólo en el teatro, los **Moratines: Nicolás Fernández**, el padre (1737—1780), y **Leandro Fernández** (grab. 18), el hijo (1760—1828).

2. Nicolás F. de Moratín, abogado, profesor de retórica, supo, a despecho de su empleo en la corte, guardar su independencia y natural hidalguía.



Grab. 18. Leandro Fernández de Moratín.

3. Nada vale su comedia *(Petimetra)*, pero hállanse acentos épicos en el canto a *las Naves de Cortés destruídas*; acentos épico-románticos en la magistral balada *Fiesta de toros en Madrid*; acentos no altos ni hondos, pero de cierto sentimiento y de gracioso abandono; particularmente en lo que mejor manejaba: la anacreóntica.

Cual. princ.: *gracia.*

Def. princ.: *poca poesía.*

Edic.: Bibl. de aut. esp. t. II

4. Leandro F. de Moratín. — Perseguido por partidario de los franceses usurpadores; muerto en París, en el destierro; poeta neciamente endiosado por Gómez Hermosilla; fué Moratín joyero poeta y — la asociación de ideas se impone — poeta joyero, fabricante de lindos y acabados versos; miniaturas muy pulcras y a veces de cuanto arte cabe en la miniatura; pero siempre del arte menudo, que no sube a las regiones de la fantasía, que no baja a las profundidades del corazón: que, en suma, no es verdadero arte ni poesía verdadera.

Con sentimiento afectado declama en los *Padres del limbo*, en *Sombra de Nelson*, etc. Desentona de ordinario en la lírica, mas habla suelta y

chistosamente en la sátira, la epístola, el romance, donde muestra talento cómico.

5. No lo muestra en la comedia; ni en *El sí de las niñas,* pieza en que todo es flojo: floja la fábula, flojo el interés, flojo el estilo y el lenguaje; una flojedad sin igual, una comedia cursi. Sus numerosas representaciones en aquella época, si algo prueban, es el gusto enteramente depravado, o más bien perdido, de un público y de unos autores que, teniendo en casa la mayor abundancia del más sabroso pan dramático, iban a mendigar en Francia unos mendrugos y migajas que en el siglo de oro no comieran regalados en España ni los mendigos más hambrientos.

Cual. princ.: *forma.*

Def. princ.: *carencia de poesía.*

Edic.: Madrid 1830 . . .; París 1882; Bibl. de aut. esp. t. II.

§ 2. Juan Meléndez Valdés.

(1754, Ribera del Fresno, —1817, Montpeller; grab. 19.)

1. No eran bastantes los Moratín a levantar la abatida poesía ni menos a traspasar con su fama las fronteras de la patria. Otra fuerza poética, nativamente poética, otro empuje de inspiración eran menester para ello.

Entrambas cosas las tuvo el primer poeta del mundo románico durante el siglo XVIII, **Juan Meléndez Valdés.**

2. Desde temprano mostró muy felices disposiciones para el estudio y la poesía. Fué su maestro Cadalso, y notoria su aplicación a las letras y ciencias.

Ya en 1780, en un certamen poetico de la Real Academia, venció, con su égloga *Batilo,* a Iriarte, quien, en su despecho, fue su primer detractor literario; preludiando a Hermosilla, que, no obstante lo pedantesco y ridículo de su crítica, ha perjudicado sobre manera a la justísima fama de Meléndez.

En 1781 fué profesor en Salamanca. Desde entonces ligóle estrecha amistad personal y literaria con Jovellanos.

En 1784 venció en otra justa con sus *Bodas de Camacho,* drama pastoril de buenos cuadros idílicos, pero dramáticamente malo, escénicamente un fracaso.

De epigramas acribilláronle por ello sus émulos.

Él, en respuesta, publicó el primer tomo de sus poesías; con el que los acalló, señoreando a la opinión pública y dilatando por Europa su nombre.

Fué un gran acontecimiento la publicación.

Mas por su desgracia, aunque para bien de la magistratura, ingresó en la Audiencia de Zaragoza.

Su elevado caracter, su integridad y vasta ilustración legal, la brillantez y facundia de su pluma juridica, grave, elocuente, ciceroniana, dejaron por cierto huellas profundas en la carrera.

En esto sobrevinieron las guerras napoleónicas, y las convulsiones civiles, para las cuales no había nacido ni el poeta ni el jurisconsulto.

Por un momento, sonrióle todavía la fortuna, cuando Jovellanos fue llamado al ministerio. Derribáronle pronto las intrigas de la corte, y con el cayó Meléndez; procesósele luego inicuamente y despojósele de la fiscalía y de su renta.

Para felicidad de las letras, fuele ésta restituída íntegra en 1812, y se le permitió establecerse donde quisiese. Retiróse a Salamanca; donde permaneció seis años, empleados en el cultivo de la poesía.

Luego vino sobre el una nueva tormenta, la más recia de su vida: cediendo a los deseos de Napoleón, fué presidente de la junta de instruccion publica durante la invasión francesa. Después de ella, cogióle la chusma y llegó a tenerle ya atado para fusilarle.

Tristemente murió en el destierro, en Francia. Tarde se le hizo justicia: en 1900 repatrió la nación sus cenizas a Madrid.

3. Su gloria, empañada por tantas nubes y nublados, empieza a desanublarse, e irradiará más de día en día.

A la verdad: para lirico, para gran lírico nada le falta; antes sobrale casi todo lo que, para serlo grande, es menester: fortísima fantasía, más grácil, dúctil, móvil, que alta y reposada; vivo, vivísimo sentimiento de la naturaleza; fuente única y perenne de toda poesía y mucho más que de las otras, de la lírica. La cual es esencialmente subjetiva, psíquica, y por eso misteriosa, impalpable, intraducible, tan rica en movimiento, en toda suerte de accidentes, en sempiterno vaivén como el mar; y tan rica en afectos como pobre en palabras para expresarlos.

Necesita, sobre todo, la lirica de un corazón sensible, delicadísimo, que sienta con intensidad; y necesita de una inteligencia bastante rapida para dar forma al sentimiento antes que decaiga o se enfríe; darle forma en el punto de su mayor fuerza.

En faltando cualquiera de estos requisitos, no habrá lirismo; habrá, a lo sumo, como suele haberla, más o menos hermosa declamación, que alguna vez podrá ser cierta elocuencia; jamás, poesía.

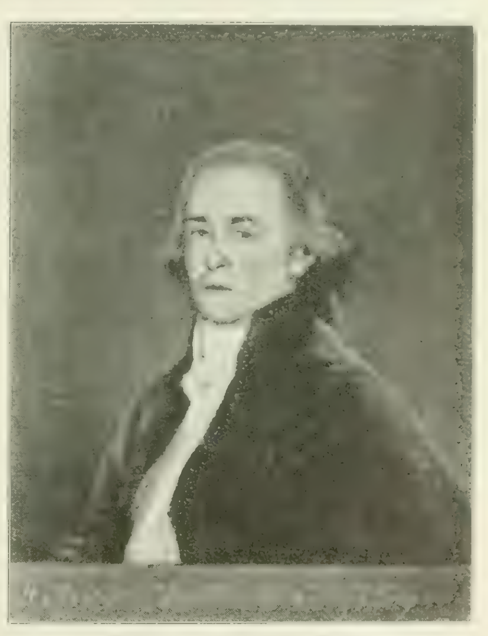
Lo diré sin reticencias: Meléndez también declama. Declama en sus elegías, declama mucho e ineptamente en la *Oda a las artes;*

declama, de cuando en cuando, en otros parajes. Pero sólo de cuando en cuando; que, de ordinario y casi siempre, canta.

4. Canta afinadísimo: *A una fuente; A un ruiseñor; De unas palomas; De mis niñeces; Mis ilusiones; Las penas;* en la Oda sexta: *A Filis; Regalando*, etc.; *A Filis recién casada; El colorín; La vuelta del colorín; La hermosura; A las musas; El zagal del Tormes; Que la felicidad*, etc.; *La noche de invierno; A las estrellas* (desde «Decid, globos»); *El hombre.*

Primorosamente canta en *El canto de la alondra; La corderita; La lluvia; El convite; La mañana; Los aradores; Al céfiro; Durmiendo*, etc.; *Las flores; Que no son flaqueza*, etc.; *A Jovellanos; A un ministro; El filósofo; A Don Antonio Tavira.*

Sones admirables arranca a su lira en: *De Dorila; El céfiro; El jilguero; La incertidumbre; Los segadores; La vuelta al campo; El mediodía.*



Grab. 10. Juan Meléndez Valdés.

5. Dondequiera suenan en Meléndez notas líricas; alguna hasta en sus peores cantos. Dondequiera habla el corazón; mira el poeta con ojo claro y esplendente las hermosuras mágicas de la naturaleza; compenétranse íntima, gratísimamente ambos sentimientos: el del alma, el de la naturaleza; y, compenetrándose, resultan esas armonías embelesadoras de la verdadera lírica: ora como de arpa eólica, indecisas, vagarosas, gemidoras; ya claras, vibrantes, como de lira; ya profundas, melancólicas, cual de cítara; pero siempre viniendo rectas del corazón; y yendo rectas al alma; siempre, ora leve, ora grave, ya risueña o tristemente conmovedoras.

Supera en gracia Meléndez a Anacreonte; y gran bucólico y lírico, el mayor del mundo latino, tañe, entre los grandes tañedores, su cítara de oro con afecto y melodía arrebatadora.

Cual. princ.: *gracia; sentimiento.*

Def. princ.: *declamación* (en parte de sus poesías).

Edic.: 4 t., Madrid 1824 . . .; 3 t., Valencia 1897; Bibl. de aut. esp. t. LXIII.

§ 3. Ramón de la Cruz.

(1731, Madrid, — 1795.)

Contrastan fuertemente con la poesía de Meléndez, y, como caricaturando, señalan la mayor decadencia del teatro clásico, los chabacanos y, ética y estéticamente, groseros sainetes de Ramón de la Cruz, un Zola escénico, un fotógrafo de la canalla.

§ 4. Tomás de Iriarte.

(1750, Orotava, —1791, San Lucas de Barrameda.)

Erudito, no poeta, a pesar de sus muchos versos, ganóse renombre duradero creando un género nuevo: la fábula literaria. La que manejó muy bien: sobria, intencionada, agudamente.

Edic. 6 t., Madrid 1787 . . ; Bibl. de aut. esp. t. LXIII.

§ 5. Cienfuegos. Huerta.

Pedantea el afrancesado lírico **Nicasio Álvarez de Cienfuegos** (1764 a 1809); y, aunque de ingenio, no poetiza el jurado enemigo de la escuela francesa **Vicente García de la Huerta** (1729—1797).

CUARTO CICLO.

REFLORECIMIENTO. SEGUNDO SIGLO DE ORO.

(Siglo XIX.)

CAPÍTULO I.

OBSERVACIONES GENERALES.

1. Menos que cometa: estrella filante, fué la gloria de la revolución francesa y del imperio napoleónico. Cayó ruidosamente, y con ella la influencia perniciosa de las letras francesas en la Península y el mundo.

Las ibéricas continuaron creciendo, pero siempre con lentitud, con planta incierta; no a su propio impulso, que hubiera bastado, ni sostenidas por mano amiga, pronta y ansiosa de socorrerlas, sustentarlas, levantarlas, restituirlas a su antiguo soberbio hogar, a su antiguo soberbio trono. No así quisieron renacer; antes apoyadas en manos extranjeras, que llamaron en su ayuda; en mano inglesa: la de Byron, fría, débil, nerviosa, rígida; en mano francesa, raquítica, afeminada; en mano alemana, caprichosa, violenta.

2. Perniciosísima ha sido, en efecto, la influencia de las literaturas inglesa y alemana en España; pero sobre todo la del poeta del pesimismo, Byron; influencia que alcanza desde Larra hasta Núñez de Arce.

Pues el mal humor connatural a la raza anglosajona pugna con todas las inclinaciones y el instinto mismo de la española, cuyo fondo es la serena alegría: un ánimo siempre jovial y regocijado.

3. Por donde, si la declamación patética, despechada, descreída, hastía por lo violenta, continua, pedantesca, en los extranjeros, con ser en ellos poco menos que segunda naturaleza; ¿qué será en el español, donde lucha con todo su natural?

4. Por esto la atmósfera que reina en esa generación literaria exótica: en Larra, Espronceda, Bécquer, Núñez de Arce, Campoamor, carga y rechaza, de pesada, irrespirable, asfixiadora.

5. Tanto más cuanto que a fuerza de declamar con voz cavernosa, sentimental, henchida de ayes, llegan ellos mismos, por fin, tal cual vez, a impresionarse superficialmente de puro sacudidos y aturdidos por sus propias quejumbres.

6. Y tanto más funestos son estos llorones del lirismo cuanto aquella final y pasajera conmoción, mucho más desagradable que agradable, paréceles a los novicios, a los inexpertos e incautos verdadera pasión, calor, sentimiento y por tanto lírica genuina, digna de imitarse. Y, por lo mismo que es facilísima de imitar, remédanla, de todas suertes y en todos tonos, estos papagayos del lirismo, apostrofando, gimoteando, clamoreando.

Esto cuanto a los secuaces de Byron, a la escuela patético-declamatoria.

7. Que aun peores servicios ha prestado a la literatura patria la otra escuela, fantástico-declamatoria de Quintana. Bien que su influjo, como proveniente de menor poeta y menor poesía, ha prevalecido mucho menos.

8. Tal ha sido, desde Meléndez hasta el día de hoy, la suerte de la lírica.

La dramática recuperó, aunque por desgracia sólo efímeramente su antiguo esplendor, con Tamayo y López de Ayala, para decaer de nuevo y seguir torturada por Echegaray.

9. La novela tomó, con Fernán Caballero, definitivamente diverso rumbo, refloreció, y a despecho de tanto aire y cierzo malsanos prosigue floreciendo.

10. Considerada generalmente esta cuarta edad de las letras hispánicas, se ha de llamarla, sin vacilar, la segunda de oro. No de tanto ni de tan fino, a la verdad, como la primera; pero de mucho, sin embargo, y de muy buena ley.

De mucho, porque son muchos los poetas, muchos los prosadores de esta época, y muchos los géneros que cultivan, con muy buen suceso. Cultivan cuantos cultivaron los antiguos clásicos de España, y aun alguno más, que aquellos o no conocieron o no trataron con superioridad, como la historia, como la crítica, como el ensayo.

Oro de excelente ley tambien el de esta última edad; no obstante la muchísima escoria de la escuela extranjera.

Rico oro, ingenios de oro: ¿O no merecerán ser así llamados un Melendez, un Zorrilla; un Ayala, Tamayo, Fernán, Pereda, Trueba, y otros?

Sobrado lo merecen; que oro mejor no le hay ni le hubo en la redondez de la tierra.

CAPÍTULO II.

PUBLICISMO.

§ 1. Mariano José de Larra.

(1809, Madrid, —1837, ibid.)

1. Empieza la mala simiente de la incredulidad a dar su fruto en el suelo literario de España.

Encabeza el por fortuna no muy numeroso ni lucido grupo un desventurado libertino y suicida: **Mariano José de Larra**, el primer español descastado, reñido con Dios y con los hombres, con la patria y consigo mismo; el primer español que, con tener vivo y penetrante ingenio satírico, no sabe ya reírse, sino hacer muecas sardónicas y contorsiones, que ahora lastiman, ahora ofenden, ya excitan risa ahogada, ahorcada, nunca íntima, cordial, franca, nacida del alma y que se desahoga en las sonoras carcajadas que produce la sátira clásica, nativamente española.

2. En una serie de artículos periodísticos publicados con el seudónimo de «Fígaro» — su único bagaje literario de monta — hace armas contra la propia patria: de la cual se mofa, a la cual zahiere, no por corregirla, mejorarla, ni siquiera por darse a sí mismo el placer de reir, sino únicamente por odio, por odio mortal; que de todo se olvida, hasta del decoro.

Edic.: 3 t., Madrid 1837 . . .; Barcelona 1844.

§ 2. Manuel José Quintana.

(1772, Madrid, —1859, ibid.)

1. Discípulo y amigo de Meléndez Valdés fué Manuel José Quintana. Quien, después de haber sido desterrado político como él, gozó de los más singulares favores de la fortuna en la postrer época de su vida. Pues la reina Isabel II, cuyo maestro había sido, hízole coronar como poeta (1855).

2. Esta coronación distaba, por cierto, inmensamente de merecerla un lírico de pura forma como él; que labra rotundos, sonoros y relumbrantes versos y declama con arte, con alta y a veces soberbia entonación; haciendo tan inauditos esfuerzos por conmoverse y conmover, que muchos le creen inspirado, y él mismo suele conmoverse ligeramente.

3. Más que entre los poetas ha de contársele entre los prosistas; particularmente por sus *cartas políticas a Lord Holland* y por muchos de sus estudios crítico-literarios; donde, entre bastantes inexactitudes y juicios erróneos, corren muchas páginas muy bien y sentidamente trazadas. De su sobria, sobrísima, y elegante prosa desdice mucho la afectación de su verso.

Cual.: *elegancia de la prosa.*

Def.: *afectación de la poesía.*

Edic.: 3 t., 1897, Madrid.

CAPÍTULO III.

NOVELA.

§ 1. Fernán Caballero.

(1796—1877, Sevilla; grab. 20.)

1. No se puede dar mayor contraste que el que hay entre Larra y Fernán Caballero (Cecilia Bœhl de Faber), la creadora de la novela realística de costumbres, la gran noveladora española y la más grande del mundo.

De profunda fe, católica hasta la tela última del corazón, virtuosa, caritativa; modesta, sencilla, a pesar de su alcurnia y singular belleza; alma benevolentísima, alto espíritu, escritora de la mejor raza: atinó a dibujarse, reflejarse en el limpidísimo cristal de sus muchas novelas, a vaciar en ellas su carácter entero, las luces de su entendimiento, los abundosos tesoros de su corazón.

2. Y tanto los derrama, tan sinceramente, tan a manos llenas, que esto mismo, al par que constituye una riqueza y un fuerte atractivo de sus libros; constituye, artísticamente, su unico lunar; que son las frecuentes y prolongadas digresiones: aquellos discursos morales, que interrumpen la narración; que a lo menos

deberian ponerse en boca de los héroes, pues así no interrumpieran tanto; que bien podrian entresacarse, con ganancia y sin el mas mínimo perjuicio para el hilo narrativo, y formarse con ellas un libro bello y provechoso; que por sí solo sustentaría la fama de cualquier buen pendolista, acreditándole de excelente pensador.

3. Andaluza, enamorada, no sin razón, perdidamente del sol de esa tierra y de su ardoroso reflejo en el alma de sus moradores, no se cansa de pintar novelísticamente entrambos; y con ser algo prolija, no cansa al lector.

4. De sol, en verdad, y de luz teje sus libros, e hínchelos de colores vívidos y de la fragancia de los azahares y de las infinitas flores que esmaltan y abruman los huertos y cármenes de aquella privilegiada comarca. Satúralos del riente humor y de la inimitable gracia andaluces.

Así como, ni entre todos los mimos del cariño y los esplendores del opulento hogar hamburgués de su abuela, pudo en la infancia hacerse a las frías brumas del septentrión; así tampoco gusta de ellas en sus obras. Aunque también sábelas sentir y sábelas estampar, cuando quiere, pero sin amarlas.

Sabe asimismo sentir y estampar nubes y tempestades: las nubes y tempestades que obscurecieron el año (1816—1817) que duró su primer enlace; el cual le hizo contraer su madre irreflexiva.

Penas crueles, que describe en su famosa novela autobiográfica, *Clemencia*.

Pero española y andaluza de pura sangre y alma pura, álzase siempre al través de tales nieblas y brumas hasta muy encima de ellas y lanzase recta al sol, donde se cierne tranquila, serena, y desde donde, transfigurado ya el dolor y centelleando las lágrimas a sus rayos, contempla lastimada pero sonriente las pequeñeces, miserias y congojas de la vida.

(Poetizar la realidad sin alterarla), éste es su lema. Fiel a él, retrata en fotografías, muy artísticas y afiligranadas, la realidad, todo género de realidades, pequeñas y grandes, vulgares y aristocráticas, psíquicas y físicas de su querida tierra.

Traslada con pasmosa verdad, con naturalidad pasmosa y con gracia, vida y característica no menos pasmosas.

5. Dotes que no hay novela suya que no las ostente; a partir de *La Gaviota*, sus primicias (1849), hasta las más celebradas, más dignas de celebrarse por su profunda psicológica, su delicado arte:

Elia, Lágrimas, hasta *La familia de Alvareda;* hasta las novelitas *Una en otra* y *Con el mal y con el bien a los tuyos te ten,* tan poco aplaudidas, tan finas, sin embargo; hasta sus cuentos y cuadros de costumbres.

6. Generalmente, en todas partes y de todas maneras, poetiza Fernán Caballero la realidad. Poetízala con rica paleta, con gracia espontánea, con exuberante sentimiento, con sin par nobleza de alma. Porque la ve bien; no opaca, nocturna, subterránea, repulsiva, cual la suelen ver ojos enfermos, nublados, inflamados, sino que la mira al través de una pupila sanísima, rutilante.


Grab. 20. Fernán Caballero.

Siempre la realidad entera, sin la menor alteración, pero poetizada; revestida de la luz del cielo, nadando en la luz del cielo, flotando sobre ella la luz del cielo, como con la suya baña la naturaleza y transfigura maravillosamente las más tristes y flébiles realidades.

Dotes princ.: *sentimiento; realismo poético.*

Def. princ.: *digresiones.*

Edic.: 19 t., Madrid 1856 . . .; 11 t., ibid. 1860.

§ 2. Antonio de Trueba.

(1819, Montellana, —1889, Bilbao; grab. **21**.)

1. De idéntica filiación intelectual, moral, religiosa que Fernan Caballero, pero de un realismo aun más infantil, idílico, risueño, todo alma también y sentimiento, copia iluminados los paisajes, hogares, y corazones de su querido terruño **Antonio de Trueba y la Quintana**, primero comerciante, periodista despues y por

último archivero y cronista de Vizcaya. Agradecida su tierra, le ha levantado un monumento en Bilbao.

2. Y muy bien lo merece, por sólo su *Libro de los cantares*. Donde, es cierto, no hay más obras maestras que *La niña de ojos azules; La niña de ojos negros; La mancha de la mora; Carlos el de lavapiés; La casa donde vivió.*

Hay, en compensación, muchos acentos maestros: sentimentales, como *La romería* (6); *El labrador; Glorias de la mujer* (3, 4); *Amor inmortal:* acentos maestros ligeros y donairosos, como: *La perejilera; La sanjuanada; Corazones partidos; La gorra de pelo; La vida de Juan soldado.*


Grab. 21. Antonio de Trueba.

Acentos ricos en espontánea poesía y de suaves tonalidades brótanle siempre de la fina zampoña a este verdadero trovador del pueblo; quien como nadie ha sentido latir el corazón del pueblo sobre el propio corazón.

3. En sus numerosas series de *Cuentos: de color de rosa* (la mejor), *campesinos, populares, de vivos y muertos,* etc., hay narraciones buenas y malas, óptimas y pésimas; obras maestras, como *La resurrección del alma*, e intolerables sandeces, como *El príncipe desmemoriado*. Feliz cuando toca la cuerda religiosa; muy feliz, cuando lo patriótico regional, no lo es casi nunca en desenvolver sus argumentos; que suelen ser muy buenos, como el de *La cua-[illegible]*. Generalmente dañan a su narración las muchas y muy impertinentes digresiones.

En suma: Trueba inventa poco, pero divierte no poco; narra bien (menos en sus novelas históricas del *Cid*), siente mejor, pinta hermosamente.

Cual. princ.: *colorido; sentimiento.*
Def. princ.: *falta de arte; digresiones.*
Edic.: 1859 . . . ; 1905, Madrid.

§ 3. Benito Pérez Galdós.

(1845, Las Palmas.)

1. Siguen los contrastes; aun más notorios por existir entre dos autores congéneres: entre Fernán y Benito Pérez Galdós, muy leído y renombrado, muy buen explorador de los vientos de la fortuna, muy fecundo.

Que éste de la fecundidad es el único punto de contacto que tiene con Fernán; lo único en que le supera. Pues amén de sus novelas de tesis y guerra: *Gloria, Doña Perfecta*, etc., lleva publicados más de treinta volumenes de *Episodios* nacionales de la primera mitad del siglo XIX.

Pero hay fecundidad y fecundidad. — Fecundidades hay naturales, físicas, que son esterilidades artísticas.

2. Comparemos. — Salvo la fecundidad, todo lo demás es opuesto en los dos: talento, espíritu, finalidad, arte, estilo.

Las novelas de Fernán son creaciones; transformaciones y amalgamas las de Galdós: las de éste imaginadas; sentidas las de aquélla: las de aquélla psicológicamente profundas; las otras superficiales: obra de la virtud y maestras de la virtud, las de Fernán; obra del sectarismo las de Galdós. En éstas subordínase el arte a la tendencia, hasta el punto de ser su víctima: en aquéllas la tendencia sométese de suyo y repliégase al arte, hasta refundirse con él, desaparecer en él.

Fernán medita, selige, corrige, pule; Galdós escribe precipitadamente, desatentadamente, entre serio y truhanesco; entre charlador ameno y charlatán cargante, entre historiógrafo talentoso (como en la pintura de la batalla de Bailén) y novelista churrigueresco, pintor de figurines y figurones; que se llevan la atención, sin fijarla ni retenerla: que divierten, sin aprovechar; que agradan, sin engendrar amor; y que, de ordinario, si algo sugieren, es desprecio, odio.

En conclusión: Galdós escribe para el día, y lo que para el día se escribe, con el día muere.

Dot. princ.: *amenidad.*
Def. princ.: *tendencias* y *forma inartística.*

§ 4. José María de Pereda.

(1834, Polanco, — 1906, Santander; grab. 22.)

1. No para el día, pero no siempre tampoco para la eternidad, novela **José María de Pereda**, diputado carlista, de patriar-

cales costumbres, amigo del retiro y de la naturaleza, enamorado ciegamente de su tierra y la montaña. Que con tanta (hasta un tanto excesiva) predileccion fotografía, pero con el mayor arte, en su magistral *Sotileza*, en *El sabor de la tierruca*, en *Escenas montañesas*, y en tantos otros agradables e ingeniosos libros.

2. No cabe duda: Pereda había nacido para pintar, de preferencia y casi unicamente su tierra. Cuando dibuja otras, no acierta del todo, como en el algo lánguido *Pedro Sánchez*; o desacierta, como en el repulsivo *Buey suelto*; o fracasa, como en la cruda *Montálvez*; todos tres libros, además, pesimistas.



[illegible] José María de Pereda.

3. Para pintar su tierra había nacido; pintarla, no en novelas largas, como *Nubes de estío*, *Peñas arriba*, y otras (donde o por su prurito descriptivo u otras flojedades decae); sino en novelas breves.

4. Porque, más que novelador costumbrino, es costumbrista novelador. No tiene el don (ni importa, y acaso valga más que no lo tenga) de desenvolver latamente sus argumentos, casi todos muy felices y susceptibles de amplio desenvolvimiento; que en otras manos (francesas, verbigracia) dieran materia para volúmenes de volúmenes.

Con demasiado cariño e intensidad fija su mirada hondamente observadora en los caracteres, las costumbres y la naturaleza, para que puedan interesarle gran cosa las peripecias, que excitan y mantienen la curiosidad del lector.

Acabada extension y acabadas proporciones luce toda su novelística costumbrina, o sea, sus inexactamente llamados cuadros de costumbres.

5. Muchas de sus novelas cortas (y no en postrer término la hermosa *Mujer de César*, la patética *Leva*, el trágico *Fin de*

una raza), serían más que suficientes para proclamar a Pereda uno de los mayores novelistas y pintores de costumbres. Tan viva resplandece su verdad; tan pasmosamente naturales aparecen y viven y hablan sus personajes; tantos y tan diversos, y (salvo «El Buey suelto» y «La Montálvez») tan atrayentes son.

Hasta sobre los granujas de ínfima estofa sabe, a manera de Murillo, arrojar un rayo de sol, que los trasfigura. Es el rayo del amor con que los mira, no de aquel amor femenino y tierno de Fernán, sino de un amor poco sensible, pero no poco intenso; mucho menos patético, pero no menos agradable ni artístico que el de la grande andaluza.

6. Quien quiera conocer a fondo, en poco tiempo y del modo más placentero posible, al novelador montañés, lea *Blasones y talegas*. Allí le conocerá, admirará y amará. Excepto el Quijote, nada más perfecto posee la novelística mundial.

Es la lucha y victoria de las talegas sobre los blasones; guerra pintada con un pincel de lo más mágico: parece el libro un pequeño Quijote, pequeño sólo por sus dimensiones; el cual no se avergonzaría de haber escrito el mismo Cervantes y que vivirá lo que el de la Mancha.

Cual. princ.: *vivo realismo.*
Def. princ.: *prolijidad, sobre todo descriptiva.*

§ 5. Luis Coloma.

(1851, Jerez de la Frontera; grab. 23.)

1. Amigo y discípulo de Fernán Caballero, muéstrase el jesuita **Luis Coloma** novelista de mucha originalidad, vuelo, fuerza y fecundidad, a pesar de su complexión sobre manera enfermiza.

Universal y justísima celebridad ha alcanzado su valiente novela de costumbres *Pequeñeces*, valiente como literatura, por su característica enérgica, su vívido colorido y su extraordinaria animación e interés; y valiente asimismo por haberse atrevido el autor con loable entereza a afrontar las iras de la aristocracia madrileña, cuyas miserias y decrepitud traza al natural y al vivo con un pincel como el de Velázquez.

Después de esta gran novela de vida duradera, ha escrito muchas otras interesantes y coloridas, pero ninguna como *Jeromín*

(Don Juan de Austria), un esplendido cuadro histórico en toda su fúlgida luz y sus sombras densísimas.



[illegible] Luis Coloma

2. De caracteres y argumento potentes, cautiva el *Boy*. Pero, sobre todo por sombrío y algún tanto tendencioso, no satisface enteramente.

Cautivadoras también son sus páginas histórico-literarias, *Recuerdos de Fernán Caballero.*

3. El resaltar a veces en Coloma la tendencia con daño del arte, no quita que debamos mirarle como uno de los buenos novelistas de su siglo y la mejor pluma de su orden.

Dot. princ.: *característica.*

Def. princ.: *tendencia.*

PARALELO ENTRE FERNÁN, TRUEBA, PEREDA Y COLOMA.

Todos ellos grandes novelistas de costumbres, pintores de la España moderna; que completándose, de cierto modo, entre sí completan el gigantesco y refulgente cuadro; todos ellos de extraordinaria inventiva y originalidad, de riquísima característica, de los más altos vuelos y del más cristiano sentir; difieren, sin embargo, notablemente entre sí.

Fernán pinta a la España tradicional, caballerosa, cristiana; Trueba a la España campesina, patriarcal; Pereda a la España plebeya; Coloma a la aristocrática.

Dramático es Fernán; Trueba, idílico; Pereda, cómico; trágico, Coloma.

Llora y ríe Fernán; Trueba sonríe y llora; Pereda ríe franco y alegre; Coloma ahoga adusto risas y llantos.

CAPÍTULO IV.

ORATORIA.

§ 1. Observación general.

Siendo elocuente de suyo el español, no hay género literario donde no hable con elocuencia. Y sin embargo, no gusta de discursos propiamente dichos, de piezas oratorias artísticas.

Indudablemente por esto no tiene grandes predicadores, teniendo tanta y tan diserta mística.

Su tribuna tampoco ostenta muchos oradores de fuerza.

§ 2. Emilio Castelar.

(1832, Cádiz, —1899, S. Pedro de Pinatar.)

1. El conocido político republicano Emilio Castelar, con lucir mucha forma retórica, mucha flor y florón, y con ser, de tarde en tarde, también elocuente; está muy lejos de la verdadera oratoria; puesto que le falta calor íntimo; fáltale fuerza de convicción. Y así no pasa de un hábil, verboso, brillantísimo retórico; un orador decadente, grato al oído, que halaga con sus períodos sonorosos; pero frío, campanudo, quemador de luces y fuegos bengalinos, asombro para la niñez y el populacho; lampos curiosos y ruido molesto para gente sensata.

2. No alcanza tampoco a la talla de los verdaderos oradores el diplomático y político **Juan Donoso Cortés** (1807—1853), mucho más pomposo que profundo, mucho más efectista que enérgico; ni exento de fraseología.

§ 3. Juan Vásquez de Mella.

(1862, Cangas de Onis.)

Este gran tradicionalista y católico puede figurar dignamente al lado de los mayores tribunos y parlamentarios modernos, por su facundia extraordinaria, nutrida de sólido y no pocas veces profundo razonamiento y animada de un calor y una grandilocuencia que electriza a amigos y enemigos y domina todos los comicios, asambleas y parlamentos.

CAPÍTULO V.

HISTORIA.

§ 1. Modesto Lafuente.

(1806—1866, Valladolid; grab. 24.)

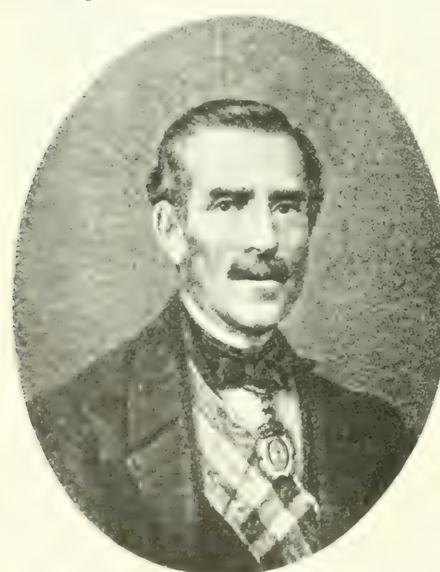
1. Modesto Lafuente, político, periodista y director de archivos y bibliotecas, el único historiógrafo español de elevada talla, supo en su *Historia general de España* investigar los hechos y narrarlos con interés, calor y dramatismo en estilo y lengua neoclásicos; en que sobresale (casi al igual de Jovellanos;

estilo y lengua que, si bien distan de la majestuosa pompa del castellano de la edad áurea (irremediablemente muerto), lo superan en flexibilidad y viveza.

Edic.: 30 t., Madrid 1866...; 6 t., Barcelona 1882, continuada por *Juan Valera.*

§ 2. Consideración.

1. El único historiador de elevada talla he llamado a Lafuente. Porque los antiguos de la edad de oro no suben del nivel de ilegibles, aunque consultables cronistas; y los pocos modernos, antes que historiadores, son monógrafos.



Grab. 24. Modesto Lafuente.

2. ¿De dónde tan lamentable desidia, y en un siglo en que a porfía se cultiva la historia? ¿en que se le da una importancia que sería excesiva, a caber exceso en el culto de la gran maestra, luz y consoladora de la vida?

¿De dónde tanto abandono, y en la tierra nativa de los escritores, de los héroes, de las hazañas, de la más memorable historia? ¿en la tierra donde muchos ingenios superiores dábanse a las disciplinas históricas, cuando en Europa casi nadie se daba aún a ellas?

¿No es humillante para España un abandono tal? ¿No es una humillación el que no sólo no se escriban en ella historias extranjeras, historias universales, como en todas partes se escriben, pero ni siquiera los propios fastos?

¿No humilla el que España tenga que aprenderlos en el extranjero, aprender allí hasta los de sus propias letras, y en fuentes paupérrimas y no muy cristalinas?[1]

3. La causa de tan imperdonable vacío literario es no conocer cuánto vale la historia; cuánta gloria se gana en su cultivo; cuánto ingenio, cuánto arte requiere.

[1] Las Historias de la literatura española de *Ticknor* y la de la dramática española de *Schack* son deficientísimas, y están plagadas de grandes errores históricos y críticos.

¿Remedio del mal?

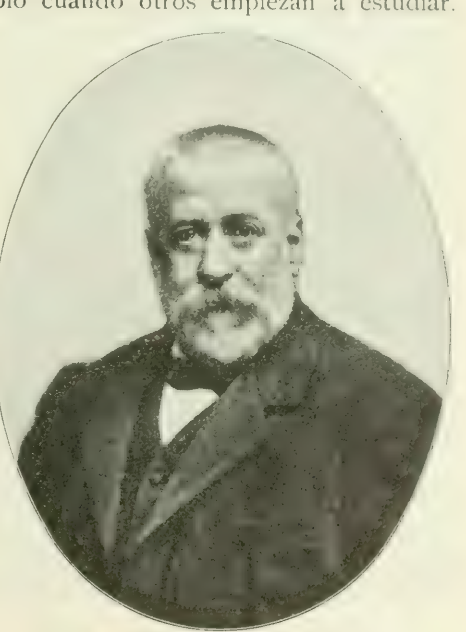
Conocer, enseñar, enaltecer el valor de la historia. Que ingenios nunca han faltado en España ni faltarán.

§ 3. Marcelino Menéndez y Pelayo.

(1856, Santander, —1912, ibid.; grab. 25.)

1. Con potente empuje abre camino a los estudios históricos y críticos **Marcelino Menéndez y Pelayo,** profesor universitario de Madrid; que era ya un sabio cuando otros empiezan a estudiar.

Llamado, como pocos, a entrar y dominar todas las dilatadas regiones de la historia, escribiendo obras de interés general y permanente, que fueran inmortales y marcasen rumbos al espíritu humano; gastó, por desgracia, todo su inmensurable saber, actividad y talentos en asuntos inmensamente inferiores a su ingenio, y, llevado de un patriotismo tan noble como mal entendido, se consagró por entero y con un amor cada vez más pasional y pernicioso para su alto criterio, a explorar antigüedades hispánicas, por la mayor parte de escasa valía, y momias aun menos valiosas; escuálidas muchas (como en la *Historia de los heterodoxos españoles*); muy raquíticas otras (como en *Horacio en España*); unas pocas dignas de un museo; las más, de volver a las sombras de donde salieron y adonde volverán.



Grab. 25. Marcelino Menéndez y Pelayo.

2. Hasta su principal libro, la *Historia de las ideas estéticas en España* (ese enorme e interesantísimo fragmento de una obra punto menos que irrealizable), semeja exhumación y tira a momia.

Y, por ende, ni esta misma Historia, por más de un concepto digna de llamarse grande, está segura de inmortalidad.

Porque milagros como el de resucitar muertos no los puede hacer ni un Menéndez.

3 Portentoso, eso sí, brilla siempre su poder evocador (poder genial, único, lo más saliente en su fisonomía intelectual), y maravillosa fulgura aquella linterna mágica de su fantasía y viveza de estilo, con que irradia tantas y tan opacas figuras y las hace como revivir ante nuestros ojos asombrados.

Dot. princ.: *potencia evocadora literaria.*
Def. princ.: *nimiedad de asuntos; criterio optimista.*

CAPÍTULO VI.

ÉPICA.

§ 1. El Duque de Rivas.

(1791, Córdoba, —1865, Madrid.)

Impulsó el movimiento romántico el Duque de Rivas (**Ángel de Saavedra**), militar y estadista.

Pero, aunque era poeta de talento, faltábale el suficiente para hacerlo triunfar. La selecta forma y los pasos poéticos no logran prevalecer sobre la aridez de su epopeya, *El moro expósito,* de sus dramas y restantes poesías.

§ 2. José Zorrilla.

(1817, Valladolid, —1893, Madrid; grab. 26.)

1 Abierta por Meléndez Valdés una nueva edad de oro a las letras peninsulares, **Zorrilla**, siguiendo las huellas de las nacionales clásicas, volvió los ojos a los gloriosos sucesos históricos de la nación y creó la épica.

2 Educado en el seminario de nobles en Madrid con la superficial cultura escolástica de la época, y llevado de su instinto literario, dióse furtivamente a la lectura de los novelistas coetáneos: Scott, Chateaubriand, Cooper.

3 Después, refractario a la jurisprudencia, huyó a Madrid, donde vivió precariamente del dibujo y la pluma. Reñido con toda política, sociedad, religión, y revolucionario furibundo, no se pudo, con todo, sustraer del irresistible encanto de las musas. Arrastrado por su fuerte fantasía y por la corriente romántica, era uno de sus placeres predilectos vagar por los cementerios entre las tinieblas de la media noche.

4 El primer fruto de sus ideas desquiciadoras, al par que la revelación de su talento, fué una elegía a la muerte de Mariano

José de Larra. Elegía que, falto hasta de tinta y pluma, escribió con un mimbre y la tintura azul de un cestero, con quien vivía en un desván. En el entierro de Larra, íbase ya a retirar la comitiva fúnebre, cuando de pronto la recitó, y con tal emoción que no pudo acabar la lectura; la cual otro terminó por él.

5. Desde aquel día empieza su vida de poeta. Pronto entabló relaciones amistosas con los principales ingenios de la capital y dióse a imitar a Lamartine y Víctor Hugo.

6. Pero la lucidez de su juicio y la fuerza de su talento convenciéronle, a poco, de que era malo y extraviado el camino que llevaba. Volvió a la historia y la religión patrias; y su afición a la leyenda hízole buscar y poetizar las innumerables y bellísimas nacionales, y escribir una crecida cantidad de dramas. Entre éstos fué singularmente aplaudido el *Don Juan Tenorio;* que él mismo, sin embargo, censuró y zahirió toda su vida.



Grab. 26. José Zorrilla.

7. En París y Bruselas escribió (1852) su poema *Granada,* que el público acogió con frialdad.

8. Pesares e infortunios hiciéronle emigrar (en 1855) a Méjico. Allí vivió muy honrado por la nación, pero inactivo, ora en los palacios que se disputaban el honor de albergarle, ora en las chozas de los indios. El postrer año de su estancia en América pasólo en la corte del emperador Maximiliano.

9. En 1866 tornó por fin a España, que le recibió con júbilo como a un príncipe; le inspiró (en 1871) la *Leyenda del Cid:* asignóle pensiones, extensivas a su mujer; y últimamente, en un grandioso desborde de entusiasmo nacional (único en la historia y un monumento para el pueblo y el héroe) le coronó, el 24 de junio de 1889, en la Alhambra granadina, con corona de oro,

entre fiestas magnificentísimas, realzadas por las demostraciones de cariño con que su querida Granada colmó y abrumó al cantor de su hermosura y sus glorias.

10. Merecidísimos homenajes: amor con amor se paga, y poco es una corona de oro para sienes circuídas de inmortal auréola. Y lo están las de Zorrilla, mal que pese a una crítica ciega, que no ve sino los desaciertos y por ellos juzga a los autores.

11. Desaciertos, a no dudarlo, tiene Zorrilla; muchos desaciertos, y grandes.

Desacertado es, generalmente su teatro, y desacertadas son, en parte, sus leyendas. Mas en estas mismas (como en «Azucena silvestre», por ejemplo) acierta mucho y pinta cuadros y escenas de lo más bello.

E insuperables cuadros y escenas (v. g.: Introducción; III, IV; y caracteres originales pinta (v. g.: III, IV) en los *Ecos de las montañas*.

Donde ya sube a las grandes alturas épicas, narrando maestra bien que no muy límpidamente el trágico fin de Genoveva de Aquitania, víctima pura de su primera decepción amorosa.

Epopeya semiclásica, semiromántica, abundosa de primores, los Ecos, a pesar de su desenlace no del todo satisfactorio, arrastran por su peregrina potencia de inspiración.

12. Empero, prescindamos de esta labor poética; aunque ella sola vale más que todo Espronceda, Bécquer, y otros muy renombrados vates; prescindamos de ella y fijemos nuestra atención en sus dos grandes poemas *Granada* y la *Leyenda del Cid*, y preguntemos si dos verdaderas, grandes y soberbias epopeyas no bastan a inmortalizar a un hombre y apellidarle genio.

Genios apellidamos, con razón, a otros que han escrito menos bien y menos que él.

13. Vastas epopeyas entrambas de fortísima inspiración, no dañan considerablemente, ni al «Cid» las intempestivas cuanto prosaicas digresiones morales (en especial la sobre la superstición: 5), ni a «Granada» las introducciones poéticas digresivas de cada libro (cantares líricos, por lo demás, valentísimos casi todos ellos).

14. Epopeyas magistrales entrambas, sólo en lo magistral no difieren: en todo lo restante son opuestas; en el ritmo mismo, unísono en el «Cid»; polimétrico, ricamente polífono en «Granada». La fluidez narrativa del «Cid», su sencilla elegancia, su dramatismo elocuente, son la antítesis del lirismo épico, la magnificencia, la escasa y siempre interrumpida narración de «Granada».

15. Epopeya romancesca el «Cid», y la obra más monumental escrita en romance; clásica, empero, sencillísimamente clásica; romántica, altamente romántica «Granada»; luce cada cual su propia hermosura: griega aquélla, sin otro adorno que su beldad misma; moderna ésta, hija del sol de Andalucía y profusamente engalanada de flores. Ambas a dos encantan; si más ésta, efecto es, no de sus atavíos, sino de su mayor gracia y sensibilidad.

16. La asombrosa, casi descarnada sobriedad narrativa, poética, estilística del «Cid» está muy reñida con la inmensa fantasía de «Granada», que es un perfecto ejemplar de romanticismo; pues se sobrepone a todas las reglas y tradiciones épicas. Salta, al parecer, con frenético capricho acá y allá; aparenta burlarse de todo orden, de toda unidad, de todo arte. Y sin embargo (abstracción hecha del libro final: una especie de epílogo; aunque hermoso, enteramente inútil y casi nocivo al poema), hay perfecta unidad, hay orden dondequiera; dondequiera campea el arte.

17. Su unidad llega a maravillar; porque están refundidos aquí en uno dos poetas y dos hombres del todo diferentes: el árabe y el cristiano. El árabe hace olvidar al cristiano; el cristiano, al árabe. Oriental es el poema, mas no desmiente su índole occidental.

18. La fantasía oriental ha obrado aquí, por fin, un prodigio único: el de aliarse con el gusto más fino y someterse a él. Los ingenios orientales búrlanse de la razón ordenadora y refrenadora. El de Zorrilla cárgase también a veces de esencias que por un momento embriagan. Pero ¿quién se quejará de la embriaguez causada por la exuberancia de flores; sobre todo si por entre ellas bulle siempre el aura fresca, disipadora del exceso de aromas? ¿Quién se quejará de las flores de «Granada», no dejando allí de alentar las brisas de la reflexión moderada, sosegada y serena?

19. Siempre se subordina la fantasía al asunto.

Quiere el poeta celebrar las glorias de la Granada mora y las glorias de sus vencedores. No es su propósito narrar la guerra granadina íntegra, sino sólo reflejada y concentrada admirablemente en dos grandes episodios con que ella comenzó.

20. Ábrese el poema con una fantasía muy patética, dantesca.

Preludia luego y preludia, subiendo y subiendo la mente y el tono; y antes de terminar el preludio, toca ya en los lindes de la sublimidad, en una espléndida autobiografía psíquica, entre sones de cítara, de arpa, de zampoña, de trompeta; que alternan, se confunden, dispersan y reúnen de nuevo en un raudal plácido y poderoso de armonía.

21. Cuenta luego la muy poética leyenda de Alhamar, en un poema introductorio a la epopeya y le pinta con fantasía tan risueña cuanto gigantesca, engrandeciendo a Granada, fabricando la Alhambra; hallando convertidas en perlas las gotas de rocío; soñando afanosamente en glorias, cada vez mayores para la patria amada, y sucumbiendo al pesar que le causan sus nacientes disensiones civiles, precursoras de su próxima ruina.

22. Esta agonía del noble rey forma el núcleo de *Alhamar*. Son visiones que ve como con febril paroxismo, sobre toda ponderación espléndidas: primero la «carrera», cuando la fiebre sube y le abrasan sus ardores; luego las «nieves», cuando declina y viene el frío de la muerte. Dos grandiosas escenas, que llegan, sin traspasarlo un punto, al más lejano límite adonde ha llegado y puede llegar la fantasía: precipitándose ya por entre escarpadas rocas, ya por un lecho de flores, al son de indefinible, sentida y arrebatadora armonía.

23. Tras de una invocación magnífica, ábrese «Granada» en toda la llaneza y vaga majestad épicas.

El episodio de Gonzalo Arias de Saavedra (III, 2), al par que una tragedia esquileana, vale por sí solo toda una epopeya, y su héroe más que ninguno de las otras epopeyas humanas.

24. Con el más delicado tacto ameniza la narración, variando no solo de metro, sino también de estilo y tono. Para dar reposo al espíritu, desciende tal vez de las alturas de la pompa épica hasta el idilio familiar (p. ej., V, 1) y vuelve al punto a encumbrarse.

25. Aunque no eran menester tales sitios de reposo; que la narración camina y vuela muy amena y dramática, relevada por la honda y luminosa antítesis de las dos civilizaciones en lucha: la islámica y la cristiana, personificadas en dos tipos fúlgidamente coloreados: la sultana favorita, Zoraya, e Isabel la Católica.

26. En dilatada galería, empezando por la incomparable figura del ángel Azael, exhibe Zorrilla las fisonomías más varias y opuestas; de bien marcados contornos todas, todas muy propias para atraer la atención y, la mayor parte, el cariño; de capitán a paje; desde la gentil Moraima hasta su muy simpático esclavo: el enano Kael.

27. Al través del poema entero vibra mucho de la espontaneidad y riente gracia ovidianas. De embeleso en embeleso va llevando el poeta al alma, estremeciéndola también de tarde en tarde profundamente, hasta despedirse de ella entre las lágrimas que vierte y hace verter la infortunada Moraima, en el canto final, cuya belleza sube hasta donde puede subir la de la fantasía humana.

28. El sitial de «Granada» no es, en consecuencia, el que ignorante y groseramente suelen asignarle: su sitial es entre los grandes poemas, entre los más radiantes y mágicos de la tierra.

El parnaso español ni parnaso alguno ostenta versos más fáciles, más primorosos, de más cautivadora melodía.

Con las maravillas de la forma corre parejas el fondo.

No es presunción o vanidad poética la virtud de deleitar y consolar que el poeta atribuye a su poema. Que él suaviza, deleita, arrulla, eleva mucho más que otras creaciones profundas, sentimentales, sublimes.

Si tales afectos causa, evidente es que algo de muy profundo, muy patético, muy sublime (por indefinible, por impalpable que sea) alienta en él. Quien lo leyere cual leerse debe, tendrá que sentirlo, como lo sintió el pueblo español, cuando, enajenado de asombro, puso la corona de los reyes en la cabeza del humilde y modesto poeta y esparció ante sus pies todas las flores de la tierra.

Dotes princ.: *fantasía sentimental; melodía.*

Def. de «Granada» y del «Cid»: *digresiones*, *epílogo* de «Granada»; de los poemas menores: *mal gusto.*

Edic.: Granada 1852 . . . Madrid y París . . .; *Obras,* 4 t., Madrid 1905.

CAPÍTULO VII.

LÍRICA.

§ 1. Observación general.

Imitadores, uno más, otro menos, son los líricos del siglo XIX. Malos discípulos de malos maestros, no se limita esta raza de descastados vates a imitar al poeta del pesimismo, Byron; imita asimismo a Gœthe; imita aun al imitador y descarado plagiario del parnaso alemán entero: Heine. Divinizado en Alemania, para baldón de ella, este caricaturista y caricatura de la legítima poesía, la España incrédula o cándida no quiso irle en zaga; y todavía suele sahumar a tan deforme ídolo y admirar todavía a sus discípulos, con desdoro de la crítica y del buen sentido.

§ 2. José Espronceda.

(1810, Almendralejo, —1842, Madrid.)

1. Revolucionario y cínico al igual de su modelo, Byron, aunque mucho menos poeta y sin tener ninguna de las principales dotes de tal, acércase José Espronceda mucho más que Quintana, a la poesía verdadera. Remeda con mayor habilidad el sentimiento; y como le domina el pesimismo, con que no llegó a contagiarse

aquél, y le domina la misantropía, y le tiene el corazón dañado y herido el vicio; está empapado en odio y hastío su énfasis.

2. Desafina a cada momento su lira con disonancias ingratas y chillonas.

Su poema fantástico, el *Diablo mundo,* ganóle mucha fama, a pesar de ser, o mejor dicho: por ser un haz mal atado y quimérico de agudo gongorismo, de imprecaciones un si es no es frenéticas, de casi ninguna poesía.

Menos irregular, menos impoético y mal rimado, si algo vale el *Estudiante de Salamanca,* no consigue salvar los límites de la vulgaridad; ni consigue salvarlos en ninguna parte el poeta, agítese cuanto quiera, haga el ruido que hiciere, admírenle como quieran sus ya escasos y pobres admiradores.

§ 3. Gustavo Adolfo Bécquer.

(1836, Sevilla, —1870, Madrid.)

No le excede en valor Gustavo Adolfo Bécquer, cuyas *Rimas* a lo Heine [illegible] de ellas el gongorismo, las muchísimas tonterías, vaciedades, impiedades, redúcense punto menos que a nada.

§ 4. Gaspar Núñez de Arce.

(1834, Valladolid, —1903, Madrid.)

Político versatil, pero impertérrito byroniano, más original y de más estro que los otros líricos españoles de su tiempo; no ha dejado, con todo, tras sí ninguna obra imperecedera. Algunas puede que vivan una centuria o más. Aunque difícilmente.

Porque luego se apagan acordes elegíacos como los suyos: sombríos, pesimistas, enfáticos más que sentidos: escépticos, no obstante sus celajes de fe.

Acordes tales fatigan, y con toda su sonoridad y armonía tienen que morir.

Los que vivirán más, serán sus poemitas narrativos; donde, como en la *Pesca*, suelen caer, entre las brumas, algunos gratos rayos de sol.

§ 4. Ramón de Campoamor.

(1817, Navia, —1901, Madrid.)

Como Núñez de Arce, es, o por mejor decir, fué, poeta de moda Ramón de Campoamor, y ya se sabe cuánto dura ésta.

Unos pocos epigramas, unas cuantas miniaturas dramáticas de sus *Doloras:* no es otro su caudal poético. Pues sus poemas son joyas falsas, y la mayor parte burdamente falsificadas.

CAPÍTULO VIII.

DRAMÁTICA.

§ 1. Francisco Martínez de la Rosa.

(1789, Granada, —1862, Madrid.)

En vano se esforzó Martínez de la Rosa por conciliar en su insulso *Edipo* y su insulso y decrépito teatro el clasicismo francés con el naciente romanticismo. Era conciliar la esclavitud con la libertad desenfrenada.

§ 2. Manuel Tamayo y Baus.

(1829, Madrid, —1898, Madrid; grab. 27.)

1. De pronto renace la gloria del teatro clásico español, muy atinadamente modernizado por los dos grandes dramaturgos del siglo: Tamayo y López de Ayala.

Sabio, modesto, cristiano, tan amable en su trato como en su dramática, infunde Tamayo a ésta su corazón y personalidad, animados por un ingenio natural y fuertemente escénico. Tan natural y tan fuertemente escénico, que en *Juana de Arco* (una de sus obras juveniles, donde hasta en el triste y antihistórico empequeñecimiento de tan alta figura imita a Schiller), supera, sin embargo, al dramaturgo alemán en viveza dramática y soltura de diálogo.



Grab. 27. Manuel Tamayo y Baus.

2. Distínguenle siempre la originalidad, la fuerza, la sencillez. Originales, fuertes y sencillos son sus argumentos; natural y fuerte es la composición escénica, natural y fuerte el diálogo; fuerte y natural la forma misma: una prosa de acabada hermosura.

3. Salvo la *Lucrecia*, tragedia flojísima, en que se aparta de su habitual llaneza, casi todo su teatro compónese de producciones originales y maestras. Entre ellas hácense vivamente notar la *Locura de amor* y *Un drama nuevo*.

Dotes princ.: *originalidad, sencillez, vigor.*

Edic.: 4 t., Madrid 1898.

§ 3. Adelardo López de Ayala.

(1829, Gradalcanal, —1879, Madrid.)

1. Estadista y ministro de Alfonso XII, no cede a Tamayo en bondad de corazón, ni en altura moral, ni en nativo y cristiano españolismo.

2. En *Un hombre de Estado* traza un profundo, patético y sublime cuadro de la ambición viril que ciega y despeña, así como del amor femenino que se sacrifica; estudiados el hombre y la mujer en los dos protagonistas con analisis maravilloso.

Magistralmente analiza asimismo en *Consuelo*, en *El tejado de vidrio*, el *Tanto por ciento* y doquiera.

Dotes princ.: *inventiva, psicología.*

Edic.: 7 t., Madrid 1887.

PARALELO ENTRE TAMAYO Y AYALA.

1. Dramaturgos ambos a dos de nobles principios y encumbrado vuelo, habla sencilla y galana; prosista consumado Tamayo, versificador insuperable Ayala; continuadores ambos del drama clásico y por antonomasia español; modernos, sin embargo, ambos e intérpretes de su siglo, al par que los antiguos lo fueron del suyo. No difieren sino en el grado de ingenio.

2. En inventiva, potencia dramática, análisis del corazón, vivacidad de diálogo, hermosura formal, excede Ayala a Tamayo, quien en todas estas dotes no deja tampoco de resplandecer intensamente en cada una de sus obras.

3. Señalados maestros del arte, correspóndeles a entrambos, no el puesto secundario que una crítica por demás ciega ha solido darles, sino otro mucho mayor. La crítica verdadera, que proceda con rectitud, ha de colocarlos necesariamente entre Tirso y Alarcón. Sus creaciones aproxímanse mucho a las de aquél y aventajan a las de este, y a las de Rojas y sobre toda ponderación mucho a las de los otros inferiores a ellos.

4. Son más que talentos: su inventiva y poder dramáticos los suben a la categoría de genios.

Con la audacia del genio bajan a las honduras y abismos del alma humana, y con igual audacia remóntanse de allí a las zonas altísimas de la luz inextinguible e inmensa, arrastrando consigo al tardo a una y otra parte con irresistible pujanza, y llevando al animoso con suavidad suma sobre sus potentísimas alas.

§ 4. José de Echegaray.

(1833, Madrid.)

El polígrafo y político José Echegaray y Eisaguirre ha logrado, estudiando hábilmente al público, señorearle con sus dramas, de cierta buena disposición escénica, pero efectistas y horripilantes, de estruendo, crímenes y horrores, de sangre

y de cadáveres, que, al fin, a fuerza de amontonarse en las tablas, y no del todo muertos, paran con frecuencia en comedia.

No hay en el teatro de España cosa peor: ni peor pensada ni peor escrita, que el *Gran Galeoto*. El cual señala el confín postrero de la perversión a que puede tocar el gusto público en la privilegiada tierra del drama.

§ 5. Jacinto Verdaguer.

(1845, Folgarolas, —1902, Valvidrera.)

En catalán escribió este sacerdote un poema lírico-épico, la *Atlántida,* en que canta el hundimiento de este continente. Monstruosa, gongorina, hácese, con todo, admirar la «Atlántida» por lenguaje y verso espléndidos y la esplendidez de los episodios: el «Sueño de Isabel» y el «Coro de las Cícladas».

§ 6. Ojeada sobre la literatura española durante el siglo XIX.

1. Paralelas han caminado durante el siglo XIX y prosiguen aún caminando las dos generaciones enemigas: la incontable, que maldice impía, ríe forzada, y sarcástica, llora de rabia y desesperación: los Larras, Esproncedas, Bécquer, Núñez de Arce, Campoamor; y la generación diminuta, que bendice creyente, que juega y ríe hasta a la faz de la muerte, que, cuando llora, llora sin amargura, y a menudo de dicha: los Fernán, Pereda, Trueba, Coloma, Zorrilla, Tamayo, Ayala, Menéndez.

2. Paralelas van ambas: la creyente, vigorosa, alborozada, coronada de flores; la impía, pálida, demacrada, taciturna, enferma, revelando apenas el común origen en alguna marchita facción, en algún fugitivo relampaguear de la mirada; enfermos, uno de hispanofobia, otro de nostalgia; todos de misantropía, todos de incurable tristeza.

3. Y sin embargo, los pocos escritores de la generación sana y española han sido poderosos para ilustrar a España durante el siglo y para levantar durante él sus letras sobre las de todas las otras naciones.

¿Cuál de ellas, en efecto, puede presentar en el decurso de la centuria simultáneamente cuatro genios: Fernán, Zorrilla, Tamayo, Ayala, y en tan diversos géneros?

4. Allegada la belleza poética producida en el mismo tiempo por los pocos escritores geniales del extranjero: por Chateaubriand, Brentano, Eichendorff, Tolstoi, no alcanza a igualar la

riquísima y centelleante de estos cuatro grandes hijos de la tierra poética por excelencia.

Que por dondequiera hasta en un siglo tan estéril para las letras como el decimonono ha brotado profusión de preciadas plantas y de exquisitas flores.

5 No han desmentido su origen ni su vitalidad literaria las repúblicas hispano-americanas; que no pocos signos y no cortas esperanzas dan de germinacion y pronta florescencia. Muchos ingenios de fuerza ha habido y hay: poetas en Centro-América; periodistas e historiadores en Chile; escritores apreciables en todas partes.

Prosador animado y polemista vigoroso es, en su *Venida del Mesías en gloria y majestad*, el jesuita chileno **Manuel Lacunza**. Es poeta de gran soltura y chispeante, en su original paráfrasis del «Orlando furioso», el sabio venezolano **Andrés Bello**.

Doquiera, a uno y otro lado de los mares, vivo está el genio ibérico y aspira a dominar.

Epílogo.

Trazado está el cuadro de las letras españolas, parte en notas taquigráficas, apuntadas en la lectura de los libros criticados y al volar de la pluma; parte en siluetas y perfiles; alguna parte también en miniaturas fotográficas; todo en obsequio de la sinopsis, para poder contemplar de una ojeada el gran cuadro, el inmenso panorama; todo en obsequio de la brevedad y en interés del lector.

El que toma uno de estos libros, tómalo, no para leerlo al igual que una novela o una narración, sino con el fin de estudiar, de orientarse, de consultar, para dejar el libro en seguida de la mano y volverlo a coger oportunamente.

Rápidas y escritas en estilo de apuntes y casi lapidario, han de ser esta clase de obras, que son para muchos, pues sólo así pueden muchos consultarlas y adquirirlas.

Breves y comprensivas han de ser y presentar la mayor concentración posible, para que de golpe, sin pérdida de tiempo y sin fatiga, se pueda abarcar la desmedida extensión con que se dilata el horizonte de toda una literatura, sobre todo, como la española; que es un mundo, mundo henchido de todo linaje de riquezas y prodigios: un mundo, el más grandioso y soberbio que, después del helénico, han visto y verán los siglos.

He trazado a grandes rasgos el enorme ciclorama. Toca al lector inteligente (que sólo para él he escrito) analizarlo y meditarlo. Hágalo, y verá cómo irán creciendo los objetos, avivándose los colores, aclarándose los contornos, multiplicándose las distancias y perspectivas. Y entonces cada uno de los grandes libros, y luego, el inmenso todo comenzarán a esplender más y más, no con la luz prestada y lánguida de un minucioso análisis, sino con la propia, intensa, inextinguible de la concentración y la síntesis.

El análisis más es para el vulgo y el ocio: la síntesis, para los sabios y la labor. Una síntesis, aunque no sea de primer orden, se vuelve a leer; el mejor análisis, una vez leído, leído está para siempre. El análisis cuadra más a las cosas pequeñas: la síntesis, a las grandes, como las letras helénicas, como las peninsulares. Cosas diminutas, si no se examinan en detalle, si no se ponderan sus excelencias, no se aprecian; las grandes, empero, cuanto con mirada más amplia y general se dominan, tanto más grandes se ven.

De un gentil arbusto se goza mirándolo detallada y prolijamente; de un árbol gigantesco, abarcándolo (en cuanto es dable) de una sola mirada. De aquél se goza una vez; de este, en cambio, siempre.

Y árbol gigante son las letras de España; son el árbol de las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides.

ADVERTENCIA.

Salvo los aun vivos, y Cervantes, cuyo Quijote es tan acabado que casi no se puede señalar lo mejor de él, componen esta Antología los mayores ingenios españoles, representados por algunas de sus más felices y características páginas.

La norma a que ella se ajusta, es elegir lo más propio para caracterizar el talento y la fisonomía literaria de cada autor.

Por tanto no puede (como por lo regular ha de hacerlo la historia) proporcionar a la importancia del escritor la extensión con que le trata; pues hay autores que se pintan, como de cuerpo entero, en una sola página, cuando otros, acaso de menos valer, apenas lo hacen en muchas.

DEL FUERO JUZGO.

VIRTUDES DEL REY.

Así como el sacerdote ye dicho de sacrificar, así del rey ye dicho de regnar piadosamientre; mes aquél non regna piadosamientre, quin non a misericordia. Doncas, faciendo derecho el rey, deve aver nomne de rey, et faciendo torto, pierde nomne de rey. Onde los antiguos dicen tal proverbio: «Rey serás, si fecieres derecho, et si non fecieres derecho, non serás rey.» Onde el rey deve aver duas virtudes en si, mayormientre iusticia et verdat. Mes mais ye loado el rey por piedat, que por cada una destas; ca la iusticia a verdat consigo de so (= suyo).
(I, 2.)

FIRMEZA DE LOS ESPONSALES.

Deste día adelantre establescemos que después que andar el pleyteamiento de las bodas ante testimonias entre aquellos que se quieren desposar, o entre sus padres o entre sus propinquos, e la sortiia fuere dada e recibida por nombre de arras, magüer que otro escripto non sea ende fecho; por nenguna manera el prometimiento non sea crebantado, ni nenguna de las partes non pueda mudar el pleyto, si el otra parte non quisiere; mas las bodas sean fechas, e las arras sean complidas segund cuemo es pleyteado. (III, 1, 3.)

MATRIMONIOS DESIGUALES.

Aquella cosa non puede nascer en paz la cual es fecha por discordia. Ca nos viemos ya algunos que eran engannados por grand

cobdicia que casaban sus fiios tan desordenamientre, que en el casamiento non se acordaban las personas en edad ni en costumbres. (III, 1, 4.)

DE LAS «SIETE PARTIDAS».

Dios es comienzo e medio e acabamiento de todas las cosas, e sin él ninguna cosa puede ser, ca por el su poder son fechas e por el su saber son gouernadas e por la su bondad son mantenidas. Onde todo ome que algun buen fecho quisiere comenzar, primero deue poner e adelantar a Dios en él, rogándole e pidiéndole merced, que le dé saber, e voluntad, e poder, porque lo pueda bien acabar. (Prólogo.)

LEY VII: CUÁLES DEBEN SER LAS LEYES EN SÍ.

Cumplidas han de ser las leyes, e muy cuidadas e catadas, de guisa que sean con razón, e sobre cosa que pueden ser segund natura, e las palabras dellas que sean buenas e llanas e paladinas, de manera que todo ome las pueda entender e retener. E otrosí han de ser sin escatima e sin punto; porque no puedan de el derecho sacar razón torticera por su mal entendimiento, queriendo mostrar la mentira por verdad, o la verdad por mentira; e que no sean contrarias las unas de las otras. (I, 1.)

LEY IX: CUÁL DEBE SER EL FACEDOR DE LAS LEYES.

El facedor de las leyes debe amar a Dios e tenerle ante sus ojos, cuando las ficiere, porque sean derechas e complidas. E otrosí debe amar justicia e procomunal de todos. E debe ser entendido para saber departir el derecho del tuerto, e no debe haber vergüenza en mudar e enmendar sus leyes quando entendiere o le mostraren razón porque lo deba facer; que gran derecho es, que el que a los otros ha de enderezar, e enmendar, que lo sepa hacer a sí mismo quando errare. (I, 1.)

AMADÍS DE GAULA.

NIÑECES DE ESPLANDIÁN.

Habiendo Esplandian cuatro años que naciera, Nasciano el ermitaño envió por él que gelo trujesen, y él vino bien criado de su tiempo; e viólo tan fermoso, que fué maravillado, e santiguándolo, lo llegó a sí, y el niño lo abrazaba como si lo conociera. Entonces hizo volver al ama, e quedando allí un fijo que de la leche criara a Esplandián; y entrambos estos niños andaban jugando cabe la ermita; de que el santo hombre era muy alegre, e daba gracias a Dios porque había querido guardar tal criatura. Pues así acaeció que, siendo Esplandián cansado de jugar, echóse a dormir debajo de un árbol, e la leona — que ya oiste que algunas veces venía al ermitaño, y él le daba de comer, cuando lo había — vió al niño e fuése a él e andovo un poco al derredor olién-

dolo, y después echóse cabe él; y el otro niño fué, llorando, al hombre bueno, diciendo cómo un can grande quería comer a Esplandian. El hombre bueno salió e vió la leona, e fué allá. Mas ella se vino a el, falagándolo; e tomó el niño en sus brazos, que era ya despierto, e como vió la leona, dijo: «Padre, fermoso can es éste. ¿Es nuestro? — No», dijo el hombre bueno, «sino de Dios, cuyas son todas las cosas.» — «Mucho querría, padre, que fuese nuestro. El ermitaño hobo placer e díjole: «Fijo, ¿queréisle dar de comer? — Sí», dijo él. Entonces trajo una pierna de gamo que unos ballesteros le dieran; y el niño dióla a la leona y llegóse a ella e ponîale las manos por las orejas e por la boca. E sabed que de allí adelante siempre la leona venía cada día e aguardábalo, en tanto que fuera de la ermita andaba. E de que más crecido fué, dióle el ermitaño un arco a su medida, e otro a su sobrino; e con aquéllos, después de haber leído, tiraban, e la leona iba con ellos, e, si herían algún ciervo, ella gelo tomaba; e algunas veces venían allí algunos ballesteros, amigos del ermitaño, e íbanse con Esplandián a cazar por amor de la leona, que les alcanzaba la caza, y de entonces aprendió Esplandián a cazar. (III, 8.)

ROMANCES.

I. MORISCOS NOVELESCOS.

MORIANA.

Rodillada está Moriana,
que la quieren degollare,
de sus ojos envendados
non cesando de llorare;
atada de pies y manos,
que era lástima mirare;
los cabellos de oro puro,
que al suelo quieren llegare,
y los pechos descubiertos,
más blancos que non cristale.
De ver el verdugo moro
en ella tanta beldade,
de su amor estando preso,
sin poderlo más celare,
hablóle en algarabía
como a aquella que la sabe:
«Perdónedesme, Moriana;
querádesme perdonare,
que mandado soy, señora,
por el rey moro Galvane.
¡Ojalá viese mi alma
cómo vos poder librare,
para libertar dos vidas,
que las veo aquí penare!»
Moriana dijo: «Moro,
lo que te quiero rogare,
es que cumplas con tu oficio,
sin un punto más tardare.»
Estando los dos en esto,
el esposo fué a asomare
matando y firiendo moros,
que nadie le osa esperare.
Caballero en su caballo,
junto de ella fué a llegare.
El verdugo la desata
y le ayuda a cabalgare:
los tres van de compañía
sin ningún contrario hallare;
en el castillo de Breña
se fueron a posentare.

ABENÁMAR.

Por arrimo su albornoz
y por alfombra su adarga,
la lanza llana en el suelo,
que es mucho allanar su lanza;
colgado el freno al arzón
y con las riendas trabadas
su yegua entre dos linderos,
porque no se pierda y pazca;
mirando un florido almendro
con la flor mustia y quemada

por la inclemencia del cierzo,
a todas flores contraria,
en la vega de Toledo
estaba el fuerte Abenámar,
frontero de los palacios
de la bella Galiana.
Las aves que en las almenas
al aire extienden sus alas,
desde lejos le parecen
almaizares de su dama.
Con esta imaginación,
que fácilmente le engaña,
se recrea el moro ausente,
haciendo de ella esperanzas:
«Galiana, amada mía,
¿quién te puso tantas guardas?
¿Quién ha hecho mentirosa
mi ventura y tu palabra?
Ayer me llamaste tuyo;
hoy me ves y no me hablas.
Al paso de estas desdichas,
¿qué será de mí mañana?
¡Dichoso aquel moro libre
que en mullida o dura cama,
sin desdenes, ni favores
puede dormir hasta el alba!
¡Ay almendro! ¡cómo muestras
que la dicha anticipada
no nació cuando debiera,
y así debe y nunca paga!
Pues eres ejemplo triste
de lo que en mi dicha pasa,
yo prometo de traerte
por divisa de mi adarga;
que abrasado y florecido
aquí como mi esperanza,
bien te cuadrará esta letra:
«Del tiempo ha sido la falta.»
Dijo, y enfrenando el moro
su yegua, mas no sus ansias,
por la ribera del Tajo
se fué camino de Ocaña.

II. CABALLERESCO.

EL INFANTE VENGADOR.

Hélo, hélo por do viene
el infante vengador,
caballero a la jineta
en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador.
Con la punta del venablo
sacaría un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor:
el hierro fué hecho en Francia
y el asta en Aragón.
Perfilándoselo iba
en las alas de su halcón,
iba a buscar a Don Cuadros,
a Don Cuadros, el traidor;
y allá le fuera a hallar
junto del emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba
si le tiraría o no,
y al cabo de las ocho,
el venable le arrojó.
Por dar al dicho Don Cuadros
dado ha al emperador:
pasado le ha manto y sayo,
que era de un tornasol;
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.
Allí le habló el rey;
bien oiréis lo que habló:
«¿Por qué me tiraste, infante?
¿Por qué me tiras, traidor?»
— «Perdóneme la tu Alteza,
que no tiraba a ti, no:
tiraba al traidor de Cuadros,
ese falso engañador,
que de siete hermanos que tenía,
no ha dejado si a mí no.
Por eso delante ti,
buen rey, lo desafío yo.»
Todos fían a Don Cuadros,
y al infante no fían, no;
si no fuera una doncella,
hija es del emperador,
que los tomó por la mano,
y en el campo los metió.
A los primeros encuentros,
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el infante,
la cabeza le cortó,
y tomárala en su lanza,
y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey,
Con su hija le casó.

III. ROMANCES DEL CID.

I.

(El Cid, a los diez años de edad, ejerce el oficio de juez.)

Non me culpedes, si he fecho
mi justicia y mi deber,
magüer que siendo pequeño
me nombrastes por juez.
Entre todos me escogistes
por de más madura sien,
porque ficiese derecho
de lo fecho mal y bien.
Non fagáis desaguisado
si al robador enforqué,
que en homes este delito
no causa ninguna prez.
Como de veras me pago,
de las burlas non curé,
que el que pugna por la honra,
enemigo de ella fué.
Atended que la justicia,
en burlas y en veras, fué
vara tan firme y derecha,
que non se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
como es fija de la fe,
es peña que al agua y viento
para siempre está de un ser.
Miémbraseme que mi abuelo,
(en buen siglo su alma esté),
muchas veces me decía
aquesto que agora oiréis:
«El home en sus mancebías
siempre debiera aprender
a facer siempre derecho,
cuando en más burlas esté.»
Así fice esta vegada,
yo cuido que fice bien,
que sigo un abuelo honrado,
que nadie se quejó dél. —
Esto decía Rodrigo
afinojado ante el rey,
delante los que juzgaba
antes de los años diez.

II.

(Prueba Diego Laínez a sus hijos para saber a cuál fiará la venganza de la afrenta que le hizo el conde Lozano.)

Cuidando Diego Laínez
en la mengua de su casa,
fidalga, rica y antigua
antes que Íñigo Abarca;
y viendo que le fallescen
fuerzas para la venganza,
porque, por sus luengos días,
por sí no puede tomalla,
no puede dormir de noche,
nin gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos,
ni osar salir de su casa,
nin fablar con sus amigos;
antes les niega la fabla,
temiendo que los ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
con estas honrosas bascas,
para usar de esta experiencia,
que no le salió contraria,
mandó llamar a sus hijos,
y sin decilles palabra,
les fué apretando uno a uno
las fidalgas tiernas palmas:
no para mirar en ellas
las quirománticas rayas;
que este fechicero abuso
no era nacido en España.
Mas prestando el honor fuerzas,
a pesar del tiempo y canas,
a la fría sangre y venas,
nervios y arterias heladas,
les apretó de manera
que dijeron: «Señor, basta,
¿qué intentas o qué pretendes?
suéltanos ya, que nos matas.»
Mas, cuando llegó a Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía,
que a do no piensan se halla;
encarnizados los ojos,
cual furiosa tigre hircana,
con mucha furia y denuedo
le dice aquestas palabras:
«Soltedes, padre, en mal hora,
soltedes, en hora mala,
que, a no ser padre, no hiciera
satisfacción de palabras,
antes con la mano mesma
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar el dedo
en vez de puñal o daga.»

Llorando de gozo el viejo
dijo: «Fijo de mi alma,
tu enojo me desenoja,
y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
mostradlos en la demanda
de mi honor, que está perdido,
si en ti no se cobra y gana.»
Contóle su agravio, y dióle
su bendición, y la espada,
con que dió al conde la muerte,
y principio a sus fazañas.

III.

(El Cid se prepara a vengar la afrenta hecha a su padre.)

Pensativo estaba el Cid,
viéndose de pocos años
para vengar a su padre,
matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
del poderoso contrario,
que tenía en las montañas
mil amigos asturianos;
miraba cómo en las Cortes
del rey de León Fernando
era su voto el primero,
y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
respecto de aquel agravio,
el primero que se ha fecho
a la sangre de Laín Calvo.
Al cielo pide justicia,
a la tierra pide campo,
al viejo padre licencia
y a la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez;
que, en naciendo, es costumbrado
a morir por casos de honra
el valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja
de Mudarra el castellano,
que estaba vieja y mohosa
por la muerte de su amo:
y pensando que ella sola
bastaba para el descargo,
antes que se la ciñese,
así le dice turbado:
«Faz cuenta, valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo,
y que con su brazo riñes,
porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
de verte así en la mi mano;
mas no te podrás correr
de volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado;
tan bueno como el primero,
segundo dueño has cobrado,
y cuando alguno te venza,
del torpe fecho enojado
fasta la cruz en mi pecho
te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
de dar al conde Lozano
el castigo que merece
tan infame lengua y mano.»
Determinado va el Cid,
y va tan determinado,
que en espacio de una hora
quedó del conde vengado.

IV.

(Reto del Cid al conde Lozano y muerte de éste.)

«Non es de sesudos homes,
ni de infanzones de pro,
facer denuesto a un fidalgo,
que es tenudo más que vos:
non los fuertes barraganes
del vuestro ardid tan feroz
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor:
no son buenas fechorías,
que los homes de León
fieran en el rostro a un viejo,
y no el pecho a un infanzón.
Cuidarais que era mi padre
de Laín Calvo sucesor,
y que no sufren los tuertos
los que han de buenos blasón.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
a un home, que solo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
con nube de deshonor;
mas yo desfaré la niebla,
que es mi fuerza la del sol;
que la sangre dispercude
mancha que finca en la honor,
y ha de ser, si bien me lembro,
con sangre del malhechor:

la vuesa, conde tirano,
lo será, pues su fervor
os movió a desaguisado
privándovos de razón.
Mano en mi padre pusisteis
delante el rey con furor,
cuidá que lo denostasteis,
y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, conde,
yo vos reto de traidor,
y catad si vos atiendo,
si me causareis pavor.
Diego Laínez me fizo
bien cendrado en su crisol;
probaré en vos mi fiereza,
y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,
pues para vos combatir
traigo mi espada y trotón.»
Aquesto al conde Lozano
dijo el buen Cid Campeador;
que después por sus fazañas
este nombre mereció.
Dióle la muerte, y vengóse,
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinojó.

V.

(Quéjase Jimena al Cid de que la deja por acudir a las batallas.)

Al arma, al arma, sonaban
los pífaros y tambores:
«¡Guerra, fuego, sangre!» dicen
sus espantosos clamores.
El Cid apresta su gente,
todos se ponen en orden,
cuando llorosa y humilde
le dice Jimena Gómez:
«Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿Dónde vas? ¿adónde?

«Que si eres Marte en la guerra,
eres Apolo en la corte,
donde matas bellas damas,
como allá moros feroces
ante tus ojos se postran
y de rodillas se ponen
los reyes moros, las hijas
de reyes cristianos nobles.
Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿Dónde vas? ¿adónde?

«Ya truecan todos las galas
por lucidos morriones,
por arneses de Milán
los blandos paños de Londres:
las calzas por duras grebas,
por mallas guantes de flores;
mas nosotros trocaremos
las almas y corazones.
Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿Dónde vas? ¿adónde?»

Viendo las duras querellas
de su querida consorte,
no puede sufrir el Cid
que no la consuele y llore.
«Enjugad, señora», dice,
«los ojos hasta que torne.»
Ella mirando los suyos
su pena publica a voces:
«Rey de mi alma, y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿Dónde vas? ¿adónde?»

VI.

(Quéjase Jimena de que el Cid acude más a las batallas que no a ella.)

La noble Jimena Gómez,
hija del conde Lozano,
con el Cid, marido suyo,
sobre mesa estaba hablando,
triste, quejosa y corrida
en ver que el Cid haya dado
en despreciar su compaña
por preciarse de soldado.
Sospechaba que el enojo
del muerto conde Lozano
vengaba de nuevo en ella,
aunque estaba bien vengado;
y con este sentimiento,
tiernamente suspirando,
con lágrimas amorosas
así le dijo llorando:
«¡Desdichada la dama cortesana
que casa lo mejor que casar puede,
y dichosa en extremo la aldeana,
pues no hay quien de su bien la deserede!
Pues si amanece sola a la mañana,
no hay sueño por la tarde que la vede
de anochecer al lado de su cuyo,
segura de la ausencia y daño suyo
No la despiertan sueños de pelea,
sino el sediente hijuelo por el pecho;
con dársele y mecerle se recrea,
dejándole dormido y satisfecho;

piensa que todo el mundo está en su aldea,
y debajo un pajizo y pobre techo,
de dorados palacios no se cura,
que no consiste en oro la ventura.
Viene el di-santo, múdase camisa,
y la saya de boda alegremente,
corales y patena por divisa
de gozo y libertad que el alma siente:
vase al solaz, y en él con gozo y risa
a la vecina encuentra o al pariente,
de cuyas rudas pláticas se goza,
y en años de vejez la juzgan moza.»
No quiso el Cid que Jimena
se le aqueje y duela tanto,
y en la cruz de su tizona,
espada que ciñe al lado,
le jura de no volver
más al fronterizo campo,
y vivir gozando de ella
y de su noble condado.

VII.

(Carta de Jimena al rey, quejándose de que, ocupándole en guerras, tiene siempre al Cid apartado de ella: pídele se lo suelte siquiera para que la asista en su próximo parto.)

En los solares de Burgos
a su Rodrigo aguardando,
tan en cinta está Jimena,
que muy cedo aguarda el parto.
Cuando, además dolorida,
una mañana en di-santo,
bañada en lágrimas tiernas,
tomó la pluma en la mano,
y después de haberle escrito
mil quejas a su velado,
bastantes a domeñar
unas entrañas de mármol,
de nuevo tomó la pluma
y de nuevo tornó al llanto;
y de esta guisa le escribe
al noble rey Don Fernando:
«A vos, mi Señor el Rey,
el bueno, el aventurado,
el magno, el conqueridor,
el agradecido, el sabio,
la vuesa sierva Jimena,
fija del conde Lozano,
a quien vos marido disteis
bien así como burlando;
desde Burgos os saluda,
donde vive lacerando:
las vuesas andanzas buenas
llévevoslas Dios al cabo.
Perdonadme, mi Señor,
si no os fablo muy en salvo,
que, si mal talante os tengo,
no puedo disimulallo.
¿Qué ley de Dios vos enseña
que podáis por tiempo tanto,
cuando afincáis en las lides,
descasar a los casados?
¿Qué buena razón consiente
que a un garzón bien domeñado,
falagüeño y homildoso
le mostréis a ser león bravo?
¿y que de noche y de día
le traigáis atraillado
sin soltalle para mí
sino una vez en el año?
Y ésa que me le soltáis,
fasta los pies del caballo,
tan teñido en sangre viene,
que pone pavor mirallo;
y cuando mis brazos toca,
luego se duerme en mis brazos:
en sueños gime y forceja,
que cuida que está lidiando.
Apenas el alba rompe,
cuando lo están acuciando
los esculcas y adalides
para que se vuelva al campo.
Llorando vos lo pedí,
y en mi soledad cuidando
de cobrar padre y marido,
ni uno tengo, ni otro alcanzo;
que como otro bien no tengo,
y me lo habedes quitado,
en guisa le lloro vivo,
cual si estuviera finado.
Si lo facéis por honralle,
mi Rodrigo es tan honrado
que no tiene barba y tiene
cinco reyes por vasallos.
Yo finco, Señor, en cinta,
que en nueve meses he entrado,
y me podrán empecer
las lágrimas que derramo.
Non permitáis se malogren
prendas del mejor vasallo
que tiene cruces bermejas,
ni a rey ha besado mano.
Respondedme en puridad
con letras de vuesa mano,

aunque al vueso mandadero
le pague yo su aguinaldo.
Dad este escrito a las llamas:
non se faga de palacio,
que a malos barruntadores
non me será bien contado.

VIII.

(Respuesta del rey a la carta de Jimena.)

Pidiendo a las diez del día
papel a su secretario,
a la carta de Jimena
responde el rey por su mano.
Después de facer la cruz,
con cuatro puntos y un rasgo,
aquestas palabras finca
a guisa de cortesano:
«A vos, Jimena la noble,
la del marido envidiado,
la homildosa, la discreta
la que cedo espera el parto,
el Rey que nunca vos tuvo
talante desmesurado,
vos envía sus saludes
en fe de quereros tanto.
Decísme que soy mal rey
y que descaso casados,
y que por los mis provechos
non curo de vuesos daños:
que estáis de mí querellosa
decís en vuesos despachos;
que non vos suelto el marido
sino una vez en el año,
y que, cuando vos le suelto,
en lugar de falagaros,
en vuesos brazos se duerme,
como viene tan cansado.
Si supiérades, señora,
que vos quitaba el velado
por mis enamoramientos,
fuera con razón quejaros;
mas si sólo vos lo quito
para lidiar en el campo
con los moros convecinos,
non vos fago mucho agravio.
A non vos tener en cinta,
señora, el vueso velado,
creyera de su dormir
lo que me habedes contado;
pero, si os tiene, señora,
con el brial levantado...
no se ha dormido en el lecho,
si espera en vos mayorazgo.
Y si en el parto primero
un marido os ha faltado,
no importa, que sobra un rey,
que os fará cien mil regalos.
Non le escribades que venga,
porque, aunque esté a vueso lado,
en oyendo el atambor,
será forzoso dejaros.
Si non hubiera yo puesto
las mis huestes a su cargo,
ni vos fuerais más que dueña,
ni él fuera más que un fidalgo
Decís que vueso Rodrigo
Tiene reyes por vasallos:
¡Ojalá, como son cinco
fueran cinco veces cuatro!
Porque teniéndolos él
sujetos a su mandado,
mis castillos y los vuesos
no hubieran tantos contrarios.
Decís que entregue a las llamas
la carta que me habéis dado:
a contener herejías
fuera digna de tal pago;
mas si contiene razones
dignas de los siete sabios,
mejor es para mi archivo
que no para el fuego ingrato:
y porque guardéis la mía
y non la fagáis pedazos,
por ella a lo que parierdes
prometo buen aguinaldo.
Si fijo, prometo dalle
una espada y un caballo,
y dos mil maravedís
para ayuda de su gasto.
Si fija, para su dote
prometo poner en cambio
desde el día que naciere,
de plata cuarenta marcos.
Con esto ceso, señora,
y no de estar suplicando
a la Virgen, vos alumbre
en los peligros del parto.»

IV. ROMANCES ERÓTICOS.

LA HERMOSA PASTORA.

Orillas de un claro río,
cuyas márgenes sagradas
entre una fresca arboleda
diversas flores esmaltan,

gozando de su frescura
estaba cierta mañana,
cuando turbó mi sosiego
una novedad extraña.
Noté en las plantas y flores
maravillosas mudanzas:
cobraban color las flores,
y nuevo fruto las plantas;
el sol eclipsó la luz;
detuvo el río su plata;
el céfiro embelesado
se suspendió entre las ramas.
Y, deseando saber
de tal novedad la causa,
tendí por el prado ameno
la vista medio turbada;
y aunque la perdí del todo,
al resplandor de sus llamas,
vi una pastora divina,
de tales milagros causa.
Eran sus madejas rubias
del oro fino de Arabia,
su frente blanca y hermosa,
como nieve no pisada;
sus cejas graciosos arcos
por donde el amor dispara;
sus ojos tales que el sol
toma de ellos su luz clara.
De divina proporción
era su nariz mediana,
donde nos descubre amor
de su alcázar dos ventanas.
Rubís o finos corales
eran sus labios de grana,
que descubren ricas perlas
entre la color rosada.
Sus mejillas ricas eran
cristal y leche cuajada;
su cuello firme coluna
que este cielo sustentaba.
Sus manos blancas y hermosas,
largas, lisas, torneadas,
son de marfil soberano,
si algún marfil las iguala.
Yo, pues, que la vi salir
de una dichosa cabaña,
quisiera besar el suelo
donde ella puso las plantas.

(Anónimo.)

ABANDONADO.

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas
compasión solías mostrar;
y ahora, ¿de las mortales
no tienes ningún pesar?
¿Cómo acudiste a lo menos
y me faltaste en lo más?
Que en los mayores peligros
se conoce la amistad.
El crisol de las verdades
suele ser la adversidad.
¿En qué memoria ocupada,
tan sorda a mi llanto estás?
Acuérdome bien, si penas
me dejan bien acordar,
que en un tronco de un aliso,
que el Tajo bañando está,
cuando yo era más dichoso
y tu más firme y leal,
escribió tu mano un día:
«Yo te doy mi libertad,
y antes que de ti la mude,
Tajo el curso mudará.»
Río, vuelve atrás las aguas,
pues la fe se vuelve atrás.
Aquesto Tirsi decía,
cantando en su soledad
memorias de su señora
y testigos de su mal.

(Anónimo.)

ABANDONADA.

Una bella pastorcilla
de doce años no cabales,
tierna edad, hermosos ojos,
vivo retrato de un ángel,
herida de un tierno amor,
dejando a su anciano padre,
desgreñada va corriendo
por las riberas del Gange.
El cabello de oro fino,
hebra a hebra, esparce al aire,
que al sol eclipsa sus rayos,
y uno solo alumbra el valle.
Una piel lleva vestida
de un oso, teñida en sangre,
sobre una corta sayuela
de un grueso sayal de herbaje.

Descalza va por la arena,
y estampando el pie, deshace
lo que es tierra, y queda cielo,
si el cielo en la tierra cabe.
Sus ojos bellos, serenos,
hechos los lleva dos mares,
vertiendo divinas perlas
entre arroyos de cristales.
A voces dice: «¡Cruel!
¡por el cielo, que me aguardes!
Óyeme: ¿por qué me ofendes,
pues no me ofende el buscarte?
¿Cómo puedes, di, enemigo
romper el pleito homenaje?
Mas a quien falta la fe,
no es mucho a palabras falte.
Mis suspiros van tras ti:
¡ay que temo no te abrasen!
Mas no, ¡que de hielo eres,
y helado en mi pecho ardes!
Fiera me muestras a ser;
pero ya me enseñas tarde,
pues que, cuando pude, fuí
blanda cera, y tú diamante.»
Corrida de aquesta suerte,
vió del río a la otra parte
su ingrato pastor que huye,
y tras él se arroja al Gange.

Anónimo

FLORA.

Los diamantes de la noche
la blanca aurora cubría
con tornasoles dorados
y con doradas cortinas.
Ya las sombras tenebrosas
tiernas luces esparcían,
enriqueciendo los campos
con aljófar y con risa:
ya los caballos de fuego
luceros de nieve pisan,
y el niño sol, entre sueños,
hacia el oriente los guía:
ya las rosas y jazmines
a saludarse salían:
ellos vestidos de plata,
y ellas de nácar vestidas:
ya sus amorosas quejas
cantaban las avecillas,
porque se duerma la noche
y porque despunte el día:
ya los árboles sus frentes
a la santa luz humillan
y en los espejos del río
se componen y remiran:
ya el Betis al sol sagrado
porque sus márgenes pinta
perlas y piedras preciosas
en fuentes de plata envía:
cuando al Prado sale Flora,
dando luz y nueva vista
a las plantas y a las aves,
al sol y a sus maravillas.
Vióla el pastor que la adora,
dando vida a cuanto pisa,
y porque el sol la envidiase,
esto le cantó en su lira:

(Anónimo.)

Cantarcillo.

«Flora, mucho deben
al sol las flores;
pero más a tus ojos,
que son dos soles.
Da el sol a los campos,
entre flores varias,
mosquetas de nieve
y rosas de grana;
y entre rayos de oro
que los montes bañan,
esparcen sus luces
jazmines de plata.
Plata, grana y nieve
le deben los montes,
pero más a tus ojos
que son dos soles.»

(Anónimo.)

LA CAZADORA.

Ya viene la primavera
y no viene en el abril,
sino en la beldad de Filis,
de la tierra un serafín.
Ya viene de aquellos montes
la cazadora gentil,
dejando viva a la fiera
que tiene dentro de sí.
Los despojos de la caza
está mirando venir:
a sus ojos uno a uno,
a sus manos mil a mil.
Miréla, y con tanto miedo
he quedado de vivir,
que no me atrevo a buscarlos
donde sé que me perdí.

Selvas, si veis a las aves
de nácar y de jazmín,
informadla de mis ansias
con decir que ya la vi.

INÉS.

1.

¿Por qué tan firme os adoro?
Inés, me pregunta amor.
Yo no sé lo que tenéis,
y tenéis el que sé yo.
El no sé qué de las lindas
es un oculto primor
que lo conocen los ojos
y lo ignora la razón.
Toda la razón de amaros
está en agradarme vos;
que los gustos no disputan
la bondad, sino el sabor.
Yo sé, Inés, que sois mi vida,
y no sé por qué lo sois;
que es buscar razón al gusto
muy golosa discreción.

2.

Oh, ¡qué tempestad de flores
viene por tu cara, Inés!
¡Oh, qué nubes de jazmín!
¡Oh, qué rayos de clavel!
¡Bien ha nevado en tu frente!
Si bien, Inesilla, bien,
en dos arroyos tu boca
la nieve partió después.
Una nube es cada mano,
relámpago cada pie,
tan breve que no me ciega,
porque no se deja ver.
¡Ay Dios, y qué de centellas
me has arrojado esta vez!
Luces van, centellas cruzan —
¡y qué centellas! — de Argel.

(Anónimo.)

JUAN DEL ENCINA.

(En su «Égloga» de Carnestolendas, no mal dialogada, unos pastores, temerosos primero de que su amo parta a la guerra de Francia, celebran luego, en hermoso cantar, la nueva de la paz.)

Roguemos a Dios por paz;
pues que dél solo se espera,
qu'él es la paz verdadera.

El que vino desde el cielo,
a ser la paz, a la tierra,
él quiera ser desta guerra
nuestra paz en este suelo;
él nos dé paz y consuelo,
pues que dél solo se espera,
qu'él es la paz verdadera.

Mucha paz nos quiera dar
el que a los cielos da gloria.
Él nos quiera dar victoria,
si es forzado guerrear.
Mas si se puede excusar,
dénos paz muy placentera;
quél es la paz verdadera

Si guerras forzadas son,
él nos dé tanta ganancia,
que a la flor de lis de Francia,
la venza nuestro León.
Mas, por justa petición,
pidámosle paz entera,
quél es la paz verdadera.

EPÍSTOLAS.

FERNÁN GÓMEZ DE CIBDARREAL.

(CENTÓN EPIST. CARTA XXXVI: AL DOCTO VARÓN JUAN DE MENA.)

Desque vine a esta villa de Trojillo no ha sido en mi poder escribiros, maguer que de muy aina lo he tenido en voluntá, para demandar a Vm., si el macho que del Arcipreste comprastes era de pelo pardo, lagrimoso del ojo izquierdo, e cálido de riñones, e si por esto amagaba de meterse en todos los charcos, e tropezador de a cada diez estropiezos trillar una caida: ca si éstas eran sus mañas, el macho vino a poder del Adelantado, e me lo donó para que ficiese el camino a buscar el

Condestable, que mejor me lo pudiera donar para facer el camino del otro siglo; ca tantas son las bacadas que ha dado conmigo, que el cuerpo con magullas, e las piernas con trapajos, han fecho ese coloquio, que os mando para que se lo leades al Rey e al Adelantado: que de sus machos *libera nos Domine.*

1.

Cuerpo.

El colchón e el cabezal
me dan fastidio e reproche,
mal pecado:
tan acuitado es mi mal
que me viene día e noche
adelantado.

2.

Piernas.

¿Quién sois vos, que lamentáis,
como sumido en cavernas,
tristes fastos,
e parlero no acatáis
que yacen aquí unas piernas
con emplastos?

3.

Cuerpo.

Yo soy aquel que bien creo
(que demolido e quebrado)
de no ser;
que en tal miseria me veo
por un macho adelantado
en mal caer.

4.

Piernas.

Desa misma enfermedá,
e por otro macho ruin
adolescemos
unas piernas; e en verdá
cuerpo, que yo e vos un fin
mismo habremos.

5.

Cuerpo.

¿Qué fuera, si por ventura
fuésedes, mis piernas tristes
e quebradas,
que desta cabalgadura
por tantas caídas fuistes
magulladas?

6.

Piernas.

¿Qué fuera, si fueseis vos
por un caso tan bestial
el cuerpo nuestro?
Bien sería para nos;
quel bachiller Cidarreal
en cura es diestro.

7.

Cuerpo.

¡Oh mis piernas muy amadas!

Piernas.

¡Oh mi cuerpo muy querido
e magullado!

Cuerpo.

Contemos estas vegadas
al Rey; porque sea punido
l' Adelantado.

8.

Piernas.

Oh buen Rey, que la iniquicia
non vos face dar contienda
a lo loable,
facednos haber justicia;
e tomad también enmienda,
condestable.

9.

Daquel que fué robador
primeramente, e no el Fraire,
a Juan de Mena
de su bestia, la peor
que nació, e de peor aire
en la Burena.

10.

E después, para matar
al físico que curara
sus achaques,
otra bestia le fué a dar,
que la alma le desterrara
con sus baques.

ANTONIO DE GUEVARA.

EPISTOLA XI: A DON ANTONIO DE LA CUEVA.

Magnífico Señor, y muy particular dilecto: Alonso de Espinel me dió una letra de vuestra Señoría aquí en Toledo, la fecha de la cual

era de 12 de mayo, y son ya 17 de junio; de manera que a vuestra carta ni la podíamos condenar de rancia, ni aun loar de fresca. Muchos de muchas partes me escriben, y a las veces son tales las cartas que de leerlas me importuno, y de responderlas me enojo. Ver una carta mal escrita y peor notada, ni se puede sufrir ni dejar della murmurar. Revéese un labrador en arar derecho y igual una tierra, ¿y no se preciará un hombre de notar y escribir bien una carta? Muchos hombres hay que tan fácilmente toman la péñola para escribir, como la taza para beber, y lo que es peor de todo, que se precian de estar parlando y escribiendo; lo cual se le parece bien a sus cartas; porque la letra es inlegible y el papel borrado, los renglones tuertos y las razones necias. Para conocer un hombre si es cuerdo o loco, mucha parte es mirarle si escribe sobre acuerdo y habla sobre pensado; porque no ha de escribir el hombre lo que le viene a la memoria, sino lo que le dicta la razón. Plutarco dice de Fálaris el tirano, que jamás escribió sino estando solo y retraído, y de su propia mano. De lo cual se le siguió que, aunque blasfemaban todos de sus tiranías, eran por todo el mundo loadas sus cartas. Miento si no me escribió una vez un caballero pariente mío una carta de dos pliegos de papel: y como escribió tan largo y no tornó a leer lo que había escrito, las mismas razones y las mismas palabras que había puesto al principio, tornó a poner en el cabo. De lo cual me enojé tanto, que la carta quemé y a él no respondí. No son por cierto desta calidad vuestras cartas, las cuales son para mí dulces de leer y no pesadas de responder, porque en las burlas son muy jocosas y en las veras son muy prudentes. . . .

EPÍSTOLA LXV: AL CAPITÁN CERECEDA.

Notable Capitán y lastimado Señor: No sé si estos vuestros criados han sido correos o vienen de vos amenazados, o quedan allí enamorados; porque vienen cada vez tan apriesa y danme tanta importunidad por la respuesta, que no me dan lugar a buscar lo que pedís ni aun a responder a lo que me escribís. Es el donaire que, para les dar luego la respuesta, me dan vuestra carta mojada, rota y borrada, de manera que, para haberla de entender, la hube primero de construir. Y pues vuestra carta viene tan mal tratada y yo lo estoy peor de la cuartana, pídoos, Señor, de especial gracia, me tengáis en servicio, no lo que os respondiere, sino lo que os respondo. Ha diez meses que estoy cuartanario y ando con ella tan desabrido y desganado, que ni estoy para matar moro ni que moro me mate a mí. Porque, hablando la verdad, bien se llama ella cuartana, pues a todos los que con ella moran y tratan, cuartea. Aunque quiera, no puedo responder a vuestra carta sino muy breve y aun brevísimo, así por no responder de mi mano, como por no escribir sobre pensado. Lo cual yo no suelo hacer, ni aun a mis amigos aconsejar; porque jamás escribí carta de importancia de que no hiciese primero la minuta. — Escribísme, Señor, que os escriba si he

oído o leído en algún libro de filosofía o en el Arte de medicina que sean las señales más evidentes para atinar en un enfermo peligroso, si ha de vivir o si ha de morir; porque tenéis una hija muy mala, y querríades saber qué será en esta enfermedad della. Para deciros, Señor, la verdad, esta cuestión y demanda era más para el doctor de la Reina y para el Dr. Cartagena, que no para Don Antonio de Guevara; porque yo oí teología y no medicina, y aprendí a predicar y no a medicinar. Lo que en este caso osaré deciros como cristiano y juraros como caballero, es que, si Dios nuestro Señor quisiere, vuestra hija vivirá, y si no es su voluntad que viva, ella morirá: porque no sólo es el que nos da la vida, mas aun es nuestra vida. . . .

BEATO JUAN DE ÁVILA.

LIB. II, CARTA XXV: A UNA DONCELLA ATRIBULADA.

Muy amada Hermana en Jesucristo: El cuidado que me pone Dios de vuestra ánima, tengo por seña de merced. Porque, allende de ser obligado a ello por la ley de la caridad, espero ser participante en el gozo que de su mano os ha de venir, pues me da alguna compasión el desconsuelo que agora tenéis. ¡Dios sea en todo bendito, sus juicios adorados! que, por donde a nosotros parece pérdida, por allí con su alto saber nos gana; y esto para darnos a entender nuestro poco saber e insuficiencia y para que de corazón nos ofrezcamos, llenos de fe, en sus manos, esperando remedio, sin saber el modo por donde ha de venir. Grandes combates tendréis, con los cuales recibirá alguna turbación vuestra ánima, porque, mirando a la vida pasada, pareceros ha que merece castigo, y los consuelos que habéis tenido, también os desmayarán, temiendo el regalo pasado no se os torne en ocasión de castigo, viendo que lo perdistes; y no os faltará escrúpulo que os haga entender que por vuestra culpa; y juntarse ha con esto la tristeza que de presente sentís, y las angustias que de todas partes os cercan, y lo que adelante teméis que os vendrá. Todo esto junto os pondrá en tan grande aprieto que os parezca estar en el angustia que el pueblo de Israel estuvo, cuando saliendo de Egipto se vió cercado por los lados de altísimos montes, y por delante con la mar; y los enemigos que por la espalda venían. Y sentiréis muchas veces lo que dijo David y sintió en sí mismo (Salmo xxx): «Yo dije en el ajenamiento de mi ánima: Desechado soy delante la faz de tus ojos»; y no faltarán demonios que os digan lo que a él: que no tenéis salud en vuestro Dios; veros heis tal que gustéis muchas veces angustias de muerte, y, aunque aquéllas tenéis en poco, atemorizada de la obscura sospecha de pensar que Dios os desama. Y tras esto suele venir dureza y apretura tan grande de corazón, que le parece a la persona participar ya de la obstinación y muerte que en el infierno tienen los que allá están. Y acaeceros ha llamar, y no ser oída; y en lo que buscábades y esperábades remedio, allí

sucederos mayor desconsuelo, no hallando prenda de amor, mas desvíos al parecer desamorados. Y con estas y otras cosas que se suelen sentir en aquesta enfermedad, estaréis tan descontenta de vos, que tomaríades por ganancia la muerte.

Mas entre estas cosas ¿qué os parece que se debe hacer? ¿Perderemos quizá la confianza de nuestro remedio, que tan muchas veces nos mandó tener Cristo? ¿Seguiremos los desmayos que el demonio y nuestra carne nos traen? ¿o la esperanza que podemos cobrar de la benignidad de aquel que, cuando estuviere airado, se acordará de su misericordia? No hay, hermana, en este mundo que deliberar, mas que ejecutar; no hay por qué desmayar, mas por qué esforzar. No os llaméis desdichada por lo que de presente sentís, mas bienaventurada por el amor que Dios os tiene; el cual no sentís. ¿Para qué queréis vivir en arrimo de vuestro sentido, pues es cosa que tan presto es engañado y engaña? No es justificado quien piensa que lo está, ni está fuera de serlo quien sospecha que no lo está. «No me juzgo yo a mí», dijo San Pablo (1 Cor. cap. 4), «mas Dios es el que me juzga.» Y estános bien muchas veces el pensar que no somos amados, o no tan amados; porque es tan grande nuestra locura, que está mejor aprisionada con desabrimientos y tristeza, desmayos y angustias que nos parezcan semejanza de infierno, que no andar sueltos con la libertad y regocijo que suelen traer los regalados de Dios. El cual, como buen padre, esconde el amor que tiene a sus hijos, porque no se hagan flojos y falsamente seguros, mas tengan siempre un poco de recelo con que no se descuiden y pierdan el regalo y herencia que en el cielo les tiene guardado. Y aunque él sabe cuán gran trabajo es para ellos sentir de él que no está sabroso y cuántas tentaciones se les levantan, cuando él parece que vuelve la cara, con todo esto quiere que pasen por estas angustias, y viéndolos y amándolos, disimula el amor que les tiene, y enséñales lo que, aunque les duele, los tiene seguros. Y lo que más es de maravillar, que no sólo los deja padecer persecuciones levantadas por el demonio y otras personas, mas el mismo Padre de las misericordias y verdadero amador de sus hijos sobre cuantos padres hay; — el cual sólo sabe ser padre; en cuya comparación los padres no saben amar ni amparar; y por eso nos mandó que no llamasemos padres sobre la tierra sino a él, unico amparo nuestro, y tan rico en amor y tan vigilante en cuidado de lo que nos cumple, que hinche de lleno en lleno — y aun sobra — todo aquel regalo que el nombre de padre significa; — esté tan cuidadoso de lo que nos cumple, que no sólo ve lo que padecemos de nuestros enemigos y calla, mas él mismo nos levanta los trabajos y nos mete en la guerra.

LIB. III, CARTA X: A UNA SEÑORA DE TÍTULO

(en que la enseña la tierra donde Dios fué aheleado, para ir adonde hay toda dulcedumbre y descanso).

Bien va así, ilustrísima Señora; bien va así. Más vale hiel que miel en la tierra donde Dios fué aheleado. Así van a la tierra que mana

leche y miel; donde Dios será visto faz a faz, y no habrá gemido ni dolor; porque el Señor omnipotente enjugará las lágrimas que acá hizo llorar. Y como supo acá entristecer, nos sabrá allá alegrar. Pase vuestra Señoría con esfuerzo su carrera, no como quien corre de burla, sino los ojos puestos en la joya, enamorada de la hermosura de ella, diga que no son dignas las pasiones de esta vida para la gloria que se descubrirá en nosotros. Y pues ya está avisada que conviene morir a todas las cosas, no quiera ella vivir a lo que Dios quiere que muera, sino viva a aquel que por comprarle su vida y amor perdió él la suya por amor. ¿Qué hay que pensar en esto? Dios se dio por ella y se ha dado a ella: ¿quedarse ha ella consigo alzándose con su corazón y hurtando su amor a quien tan justo se le debe? San Pablo dice (2 Cor. cap. v) que para esto murió Jesucristo: para ser señor de vivos y muertos, para que los que viven, no vivan para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió. Y pues el título de nuestra compra es tan justo, seamos, por amor, de aquel que nos compró, y no, cierto, para matarnos ni maltratarnos, sino para hacernos participantes de él.

¿Dónde mejor podremos estar que en él? ¿Cúyos mejor podremos ser que de él? Él es la bondad y todos los bienes; y si de otros somos, ni aun mantenernos no podremos, cuanto más ser bienaventurados. Mas, quien de él fuere, alégrese; que escrito está (Salmo XXXII): «Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que escogió para heredad suya.» Mire vuestra Señoría, quién tendrá mejor labrada la heredad: Dios o la criatura. Y aunque él dé golpes y meta la reja del arado y rompa la tierra, tierra es, y para que acuda con mucho fruto, lo hace; porque, si le perdonan el hierro, quitarle han la buenaventuranza de la fertilidad. Vuestra Señoría tenga los ojos en el Señor: esté colgada de su contentamiento. Y pues en tan buenas manos está descanse el corazón de ella; que el ánima que en Dios ha puesto su fe y amor, entre los peligros tiene su paz. Él sea esfuerzo de vuestra ilustrísima Señoría y todo su amor.

ANTONIO PÉREZ.

CARTA XXXIII: A MILORD ARRY.

A cargo de vuestra Señoría será el atrevimiento de enviarle ese libro[1]; que me mostró deseo dél; que de otra manera yo no me atreviera, por tratar de mí. Que basta ser tan perseguido para desear no ser conoscido, y porque la envidia me olvide; que, si no es escondiéndome, no me puedo escapar della; que es destino mío.

De donde algunas veces, cierto, viéndome acosado de su persecución, he vuelto y revuelto, para ver qué es lo que hay en mí que le remueva el ánimo esta hormiga, para arrojárselo, y entregárselo, como

[1] Sus «Relaciones».

el castor. Y no hallo que sino que Dios permite que se ejercite aquella bestia en sujeto tan inutil porque aprendan los hombres de meritos a temerla y a no fiarse en sí.

CARTA XXXVI: A UN GENTILHOMBRE VENECIANO.

Si vuestra Señoría no me hubiera conoscido, quizá no me holgara que viera ese libro de Rafael Peregrino[1]. Pero ya que el daño está recibido — como dicen en español —; ya que vuestra Señoría ha conoscido al vivo, o, por mejor decir, al muerto, tan perseguido; que a muertos se acostumbra ya a perseguir el poder humano — mejor dijera: la flaqueza humana debelos de temer, como niños a fantasmas; no importa, ¡vaya con el diablo! que vea mi retrato; que mas imperfecciones habrá descubierto en mi la discreción de vuestra Señoría y la comunicación ordinaria — espía privilegiada — que el ojo y arte de un buen pintor en una persona fea. Ahí se le envío; que no hay pincel que tan bien retrate como la pluma. Y así habrían de temer más las imperfecciones humanas que tienen verguenza, a los historiadores verdaderos, que a los grandes pintores las feas mujeres, que temen ser conoscidas de galanes. Pero, ojo, Señor, tiento en el juzgar, sea por advertimiento a cada uno; porque suelen los pintores retratar, sin que lo piensen, a quien los están mirando y juzgando.

CARTA XXXVII: A OTRO AMIGO FAMILIAR.

Probada tengo la naturaleza de los que aman al descubierto; que, como de caza herida no se cura el cazador; que en las selvas de Venus no huye el herido, como en las de Diana, sino que sigue al matador. A la buena hora vuestra Señoría no me escriba; aunque yo le siga con mis cartas, pues hagole saber que saetas son enherboladas las quejas. Y de ahí debió de venir, porque hiriesen más en lo vivo que se perfeccionen con pluma las saetas. Por ventura dígame V. S., ¿no les lastima la vergüenza del corazón, que no me haya dicho palabra despues de partido? Aquí acabo y dejo lo demás al procurador del amor, que es la vergüenza. Envío a V. S. ese libro para que con melancolía de tal lectura haga la penitencia de tal olvido.

CARTA XXXVIII: A UN PRÍNCIPE MAYOR.

Si los peregrinos y romeros, por privilegio de la naturaleza y de la fortuna, pueden presentar una venera de la mar, bien podré yo atreverme como peregrino a presentar a V. S. ese libro, que concha es desta fortuna. No dije bien; que la concha en otras cosas es lo insensible, y aquí es la que habla, y el cuerpo muerto. Mándesele leer V. S. y oígale, que, aunque la materia es humilde, pues soy yo el sujeto, el monarca es rey grande. Y es bien que V. S. vea que, si los

[1] Seudónimo del autor.

reyes se descuidan de sí y olvidan de su grandeza, se abaten como milanos, poco a poco, a sabandijas y cazas menores, indignas de tanta honra como perseguidos dellos. Que Dios en levantar lo humilde se ocupa y no en perseguirlo ni en deshacerlo. Y aun el rayo, por ser de casta alta y noble, no hiere ni ceba en lo blando y flaco, sino en lo duro y fuerte.

GARCILASO DE LA VEGA.

SIESTA.

Nuestro ganado pace; el viento espira;
filomena sospira en dulce canto
y en amoroso llanto se amancilla;
gime la tortolilla, sobre el olmo.
Preséntanos a colmo el prado flores,
y esmalta en mil colores su verdura;
La fuente clara y pura murmurando
nos está convidando a dulce trato.

(Égloga segunda.)

CARIÑO INFANTIL.

¿No se te acuerda de los dulces juegos
ya de nuestra niñez, que fueron leña
destos dañosos y encendidos fuegos,

Cuando la encina desta espesa breña
de sus bellotas dulces despojaba,
que íbamos a comer sobre esta peña?

¿Quién las castañas tiernas derrocaba
del árbol al subir dificultoso?
¿Quién en su limpia falda las llevaba?

¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso
metí jamás el pie que dél no fuese
cargado a ti de flores y oloroso?

Jurábasme, si ausente yo estuviese,
que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
ni el prado hierba para ti tuviese.

(Égloga segunda.)

SALEN A BORDAR LAS NINFAS.

Cerca del Tajo en soledad amena
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta la altura,
y así la teje arriba y encadena
que el sol no halla paso a la verdura.
El agua baña el prado con sonido
alegrando la hierba y el oído.

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba.
Peinando su cabello de oro fino,
una ninfa del agua do moraba,
la cabeza sacó, y el prado ameno
vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso, el manso viento,
el suave olor de aquel florido suelo.
Las aves en el fresco apartamiento
vió descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entonces el terreno aliento
el sol subido en la mitad del cielo.
En el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
atentamente aquel lugar sombrío,
somorgujó de nuevo la cabeza,
y al fondo se dejó calar del río.
A sus hermanas a contar empieza
del verde sitio el agradable frío,
y que vayan las ruega y amonesta
allí con su labor a estar la siesta.

. . . .

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas
escurrieron del agua sus cabellos;
los cuales esparciendo, cobijadas
las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego sacando telas delicadas,
que en delgadeza competían con ellos,
en lo más escondido se metieron
y a su labor atentas se pusieron.

. . . .

Estaba figurada la hermosa
Eurídice, en el blanco pie mordida
de la pequeña sierpe ponzoñosa,
entre la hierba y flores escondida;
descolorida estaba como rosa
que ha sido fuera de sazón cogida,

[illegible]
de la hermosa carne despidiendo.

. . . .

Climene llena de destreza y maña,
del oro y los colores matizando
[illegible]
de robles y de peñas variando;
un puerco entre ellas de braveza extraña
estaba los colmillos aguzando
contra un mozo, no menos animoso
[illegible] que hermoso.

Tras esto el puerco allí se vía herido
de aquel mancebo, por su mal valiente;
y el mozo en tierra estaba ya tendido,
abierto el pecho del rabioso diente;
con el cabello de oro desparcido
barriendo el suelo miserablemente,
las rosas blancas por allí sembradas
tornaba con su sangre coloradas.

. . . .

(Egloga tercera.)

CANTAN SU AMOR DOS PASTORES.

[illegible]

Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno:
si tú respondes, pura y amorosa,
al verdadero amor de tu Tirreno,
a mi majada arribarás primero
que el cielo nos amuestre su lucero.

Alcino.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
amargo al gusto más que la retama,
y de ti despojado yo me vea,
cual queda el tronco de su verde rama,
si más que yo el murciélago desea
la escuridad ni más la luz desama,
por ver el fin de un término tamaño
deste día, para mí mayor que un año.

. . . .

[illegible]

Cual suele, acompañada de su bando,
aparecer la dulce primavera,
cuando Favonio y Céfiro soplando
al campo tornan su beldad primera,
y van artificiosos esmaltando
de rojo, azul y blanco la ribera:
en tal manera a mí, Flérida mía,
viniendo, reverdece mi alegría.

. . . .

Alcino.

¿Ves el furor del animoso viento,
embravecido en la fragosa sierra,
que los antiguos robles ciento a ciento
y los pinos altísimos atierra,
y, de tanto destrozo aun no contento,
al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
a la de Filis, con Alcino airada.

Tirreno.

El blanco trigo multiplica y crece,
produce el campo en abundancia tierno
pasto al ganado; el verde monte ofrece
a las fieras salvajes su gobierno.
A doquiera que miro, me parece
que derrama la copia todo el cuerno;
mas todo se convertirá en abrojos,
si dello aparta Flérida sus ojos.

(Egloga tercera.)

LUIS DE GÓNGORA.

LA CAZADORA Y EL HALCÓN.

Una bella cazadora
cebando estaba un halcón,
cuyo dueño fugitivo
tal oficio le dejó.
De una simple corderilla
le está dando el corazón
y, componiendo las alas,
[illegible]
«¡Cómo te pareces», dice,
«a aquel falso que huyó,
en el comer corazones
y en mudar la fe y amor!
Come de este corazón;
pues el que se fué,
te dejó su condición.
Si tu dueño se te ha ido
y el corazón me robó,
porque tú no le parezcas,
mi corazón no te doy.
Porque tú, por imitalle,
serás segundo ladrón,
y sin corazón o alma,

triste, ¡cuál quedara yo!»
Por consolarse con él
en la mano le tomó,
y regalándole el pico,
le repite esta canción:
«Come de este corazón;
pues el que se fué,
te dejó su condición.
Préstame, amigo, tus alas
para alcanzar al traidor,
tu pico para prenderlo,
tus uñas para prisión.
A pie lleva un escudero
con mis armas y blasón;
que el tiempo que fué mi esclavo
bien pude hermanarle yo.
Come de este corazón;
pues el que se fué,
te dejó su condición.»

Este pájaro es de Tirsi,
admirable cazador,
que en los álamos de Chipre
tiene su nido y nación.

DESENGAÑOS.

Ciego que apuntas y atinas,
caduco dios y rapaz,
vendado que me has vendido
y niño mayor de edad:
por el alma de tu madre
que murió, siendo inmortal,
de envidia de mi señora,
que no me persigas más.
Déjame en paz, amor tirano;
déjame en paz.
Baste el tiempo mal gastado
que he seguido a mi pesar
tus inquïetas banderas,
forajido capitán.
Perdóname, amor, aquí,
pues yo te perdono allá
cuatro escudos de paciencia,
diez de ventaja en amar.
Déjame en paz, amor tirano;
déjame en paz.
Amadores desdichados
que seguís milicia tal,
decidme: ¿Qué buena guía
de un ciego podréis sacar?
de un pájaro ¿qué firmeza?
¿qué esperanza de un rapaz?
¿qué galardón de un desnudo?
de un tirano ¿qué piedad?
Déjame en paz, amor tirano;
déjame en paz.
Diez años desperdicié,
los mejores de mi edad,
en ser labrador de amor,
a costa de mi caudal.
Como aré y sembré, cogí:
aré un alterado mar,
sembré en estéril arena;
cogí vergüenza y afán.
Déjame en paz, amor tirano;
déjame en paz.
Una torre fabriqué
del viento en la vanidad,
mayor que la de Nembrot
y de confusión igual.
Gloria llamaba a la pena,
cárcel a la libertad,
miel dulce al amargo acíbar,
principio al fin, bien al mal.
Déjame en paz, amor tirano;
déjame en paz.

LAS SERRANAS DE CUENCA.

En los pinares de Júcar
vi bailar unas serranas
al son del agua en las piedras
y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas
de las que aposenta el agua
o las que venera el bosque,
seguidoras de Diana:
serranas eran de Cuenca,
honor de aquella montaña,
cuyo pie besan dos ríos,
por besar de ellas las plantas.
Alegres coros tejían,
dándose las manos blancas,
de amistad, quizá temiendo
no la truequen las mudanzas.
¡Qué bien bailan las serranas!
¡qué bien bailan!
El cabello en crespos nudos
luz da al sol, oro a la Arabia,
cuál de flores impedido,
cuál de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
si no son de la esperanza,
palmillas que menosprecian
al zafiro y la esmeralda.
El pie, cuando le permite
la brújula de la falda,

lazos calza, y mirar deja
pedazos de nieve y nácar.
Ellas cuyo movimiento
honestamente levanta
el cristal de la coluna
sobre la pequeña basa;
¡qué bien bailan las serranas!
¡qué bien bailan!

Una, entre los blancos dedos
hiriendo lisas pizarras,
instrumento de marfil,
que las musas lo envidiaran,
las aves enmudeció
y enfrenó el curso del agua:
no se movieron las hojas
por no impedir lo que canta.

Cantan.

Serranas de Cuenca
iban al pinar,
unas por piñones,
otras por bailar.

Bailando y partiendo
las serranas bellas
un piñón por otro,
si ya no es de perlas,
de amor las saetas
huelgan de trocar,
unas por piñones,
otras por bailar.

Entre rama y rama,
cuando el ciego dios
pide al sol los ojos
por verlas mejor,
los ojos del sol
las veréis pisar:
unas por piñones,
otras por bailar.

EL BESO-VENENO.

La dulce boca que a gustar convida
un humor entre perlas destilado
y a no envidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el garzón de Ida,

Amantes, no toquéis, si queréis vida;
porque, entre un labio y otro colorado
amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que al aurora
diréis que, aljofaradas y olorosas,
se le cayeron del purpúreo seno:

Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que después huyen del que incitan hora,
y sólo del amor queda el veneno.

CANCIONES SAGRADAS.

A SANTA TERESA DE JESÚS, EN SU BEATIFICACIÓN.

Engastado en rizos de oro
la bella frente nevada,
descubriendo más tesoro
que cuando sale de oriente
Febo con mayor decoro;
el cuerpo de nieve pura,
que excede toda blancura,
vestido del sol los rayos,
vertiendo abriles y mayos
de la blanca vestidura;

En la diestra refulgente,
que mil aromas derrama,
un dardo resplandeciente,
que lo remata la llama
de un globo de fuego ardiente;
batiendo en ligero vuelo
la pluma que al oro afrenta;
bajó un serafín del cielo,
[illegible]
del Serafín del Carmelo.

Y puesto ante la doncella,
mirando el extremo de ella,
dudara cualquier sentido
si él la excede en lo encendido
o ella le excede en ser bella.
Mas, viendo tanta excelencia
como en ella puso Dios,
pudiera dar por sentencia
que en el amor de los dos
es poca la diferencia.

En su rostro celestial
mezclando el carmín de Tiro
con alabastro y cristal,
en sus ojos el zafiro,
y en sus labios el coral;
y por dar más perfección
a tan angélico intento,
el que bajó de Sión,
con el ardiente instrumento
la atravesó el corazón.

Dejóla el dolor profundo
de aquel fuego sin segundo
con que el corazón le inflama,
y la fuerza de su llama,
viva a Dios y muerta al mundo.
Que para mostrar mejor
cuánto esta prenda le agrada,
el universal Señor
la quiere tener sellada
con el sello de su amor.

Y que es a Francisco igual
de tan gran favor se arguya,
pues el Pastor celestial,
para que entiendan que es suya,
la marca con su señal.
Y así, desde allí adelante,
al serafín semejante
quedó de Teresa el pecho,
y unido con lazo estrecho
al de Dios, si amada ante.

(Cristobalina Fernández de Alarcón.)

SANTA INÉS.

Vuestra soy, mi Dios,
y al fuego estoy sentenciada;
no tengo el morir en nada,
pues doy mi vida por Vos.

Soy tan vuestra, de tal suerte,
que nunca pude ser mía;
viviendo con Vos vivía;
que lo demás todo es muerte.
Toda me tenéis, mi Dios,
de vuestro amor tan llagada,
que el morir no tengo en nada,
pues doy mi vida por Vos.

Mi vida vida no fuera,
si en ley de amor verdadero,
muriendo por mí el Cordero,
no muriera la cordera.
Ya voy a morir, mi Dios;
y en tan gloriosa jornada,
no tengo la vida en nada,
pues doy mi vida por Vos.

El trocar vida por muerte
es de todos tan temido,
que no querría el más subido
le cupiese eso por suerte.
Mas yo estoy tan adornada
con vuestra sangre, mi Dios,
que el morir no tengo en nada,
pues doy mi vida por Vos.

(Úbeda.)

ERCILLA.

ARENGA Y HAZAÑA DE UN ARAUCANO.

Un hijo de un cacique conocido,
que a Valdivia de paje le servía,
acariciado dél y favorido
en su servicio, a la sazón venía.
Del amor de su patria conmovido,
viendo que a más andar se retraía,
comienza a grandes voces a animarla
y con tales razones a incitarla:

«¡Oh ciega gente del temor guiada!
¿a dó volvéis los temerosos pechos?
Que la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy jamás violada
vuestras leyes, los fueros y derechos.
De señores, de libres, de temidos,
quedáis siervos, sujetos y abatidos.

«Mancháis la clara estirpe y descendencia,
y engerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpetuo, ignominioso.
Mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento y el fogoso
latir de los caballos, las ijadas
llenas de sangre, y de sudor bañadas.

«No os desnudéis del hábito y costumbre
que de nuestros abuelos mantenemos,
ni el araucano nombre de la cumbre
a estado tan infame derribemos.
Huid el grave yugo y servidumbre,
al duro hierro osado pecho demos.
¿Por qué mostráis espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?

«Fijad esto que digo en la memoria;
que el ciego y torpe miedo os va turbando:
Dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando.
Volved, no rehuséis tan gran vitoria;
que os está el hado próspero llamando.
A lo menos fijad el pie ligero:
veréis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia, su señor, blandía;

[illegible]
por más los persuadir, arremetía;
y entre el hierro español así se lanza,
como con gran calor en agua fría
se arroja el ciervo en el caliente estío
para templar el sol con algún frío.

De sólo el primer bote uno atraviesa,
otro apunta por medio del costado,
y aunque la dura lanza era muy gruesa,
salió el hierro sangriento al otro lado.
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
y barrenando el muslo a otro soldado,
en él la fuerte pica fué rompida,
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta, luego afierra
del suelo una pesada y dura maza.
Mata, hiere, destronca y echa a tierra,
haciendo en breve espacio larga plaza.
En él se resumió toda la guerra;
cesa el alcance y dan en él la caza.
Mas él aquí y allí va tan liviano,
que hieren, por herirle, el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
ni en antigua escritura se ha leído,
que estando de la parte vitoriosa
se pase a la contraria del vencido?
¿y que sólo valor, y no otra cosa,
de un bárbaro muchacho haya podido
arrebatar por fuerza a los cristianos
una tan gran vitoria de las manos?

(La Araucana III, 34—[illegible])

UNA APARICIÓN.

La tempestad cesó, y el raso cielo
vistió el húmido campo de alegría,
cuando con claro y presuroso vuelo
en una nube una mujer venía,
cubierta de un hermoso y limpio velo,
con tanto resplandor, que al mediodía
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada,
a todos confortó en su venida.
Venía de un viejo cano acompañada,
al parecer de grave y santa vida.
Con una blanda voz y delicada
les dice: «¿Dónde andáis, gente perdida?
Volved, volved el paso a vuestra tierra;
no vais a la Imperial a mover guerra.

«Que Dios quiere ayudar a sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia;
pues ingratos, rebeldes, inhumanos,
así le habéis negado la obediencia.
Mirad, no vais allá; porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.»
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la visión gloriosa,
de aquel velo blanquísimo cubierta,
siguen con vista fija y codiciosa,
casi sin alentar, la boca abierta.
Ya que despareció, fué extraña cosa
que, como quien atónito despierta,
los unos a los otros se miraban
y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazón y pensamiento,
sin esperar mandato ni otro ruego,
como si solo aquél fuera su intento,
el camino de Arauco toman luego.
Van sin orden, ligeros, como el viento,
paréceles que, de un sensible fuego
por detrás las espaldas se encendían,
y así con mayor ímpetu corrían.

Heme, señor, de muchos informado,
porque con más autoridad se cuente:
a veintitrés de abril—que hoy es mediado—
hará cuatro años cierta y justamente
que el caso milagroso aquí contado,
aconteció, un ejército presente;
el año de quinientos y cincuenta
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

(IX, 13—1[illegible])

ARRIBO A PENCO.

En esto, la cerrada niebla escura
por el furioso viento derramada,
descubrimos al este la Herradura,
y al sur la isla de Talca levantada.
Reconocida ya nuestra ventura
y la araucana tierra deseada,
viendo el morro de Penco descubierto,
arribamos a popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta,
que resiste al furor del norte airado,
y los continuos golpes de mareta
que le baten furiosos de aquel lado.
La corva y larga punta una caleta
hace y seno tranquilo y sosegado,
do las cansadas naves, como digo,
hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
surgió al alto reparo de una sierra,
en gruesa amarra y áncora afirmada,
que con tenace diente aferró tierra.

Apenas la alta vela fué amainada,
cuando el alegre estruendo de la guerra
nos extendió, tocando en los oídos,
los ánimos y niervos encogidos.
La isleta es habitada de una gente
esforzada, robusta y belicosa;
la cual, viendo una nave solamente
venida allí por suerte venturosa,
gritando: «¡Guerra, guerra!» alegremente
toma las fieras armas, y furiosa,
con gran rebato y priesa repentina,
corre en tropel confuso a la marina.
En la falda de un áspero recuesto
en formado escuadrón se representa;
y nosotros con ánimo dispuesto
a cualquiera peligro y grande afrenta,
arremetimos a las armas presto;
que el trabajo pasado y la tormenta
nos hizo a todos estimar en nada
cualquiera otro peligro y gran jornada.

[illegible]

LOPE DE VEGA.

AMOR Y OLVIDO.

En una peña sentado,
que el mar con soberbia furia
convertir pensaba en agua
y la descubrió más dura,
Fabio miraba en las olas
cómo la playa les hurta
a las que vienen, la plata,
a las que se van, la espuma.
Contemplando está las penas
de amor y de olvido juntas:
el olvido, en las que mueren,
y el amor, en las que duran.
Verdades de largo amor
no hay olvido que las cubra,
ni diligencias humanas
a desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
las deidades importunan,
porque se ríen los cielos
de los amantes que juran.
Desea amor olvidar
y no quiere que se cumpla,
porque nunca está más firme
que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
de discretas hermosuras;
pero, cuando son tiranas,
no se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento
y dijo a las peñas mudas
sus locuras en sus cuerdas,
porque pareciesen suyas.

LA BARQUILLA.

(A la muerte de su mujer.)

¡Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola!
¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.
Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.
Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.
Segura navegabas,
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dices que muchas barcas,
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan;
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.

Para los altos mares
no llevas cautelosa
ni velas de mentiras
ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
que presumir de nave
fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿qué ricas banderolas
azote son del viento
y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
del árbol alta copa,
la tierra en perspectiva
del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda,
cuando, perdido el rumbo,
erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿qué sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?
Laureles de la orilla
solamente coronan
navíos de alto bordo
que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea
por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros
que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos
cuando, lamiendo rosas,
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que salpicando estrellas,
del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas,
abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo — ¿qué importa? —
Cuando de rojo nácar
se afeitaba la aurora,
más peces te llenaban
que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña
la cama de sus hojas.
Esposo me llamaba;
yo la llamaba esposa,
parándose de envidia
la celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia:
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!
¡Quedad sobre la arena,
inútiles escotas,
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.
Si con eternas plantas
las fijas luces doras,
oh dueño de mi barca,
y en dulce paz reposas,
merezca que le pidas
al Bien que eterno gozas,
que adonde estás, me lleve,
más pura y más hermosa.
Mi honesto amor te obligue;
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.
Mas ¡ay que no me escuchas! —
Pero la vida es corta:
viviendo todo falta;
muriendo todo sobra.

AGUINALDO.

(Égloga.)

Bato, Ergasto y el *Rústico.*

Ergasto. Mientras el alba de sus blancos nácares
aljófar vierte, dad silencio, dríades,
entre estas flores y olorosos búcares.

Rústico. Parad las hojas verdes, hamadríades,
en tanto que hoy mostramos Bato y Rústico
a qué pueden llegar sacras tespíades.

Bato. De la playa de Tiro al mar ligústico,
haré sonar en canto dialogístico,
el dulce son de mi instrumento rústico.
Rústico. Filósofo no soy, no soy sofístico,
ni entiendo lo que llaman alegórico
ni sé qué es literal sentido o místico.
Bato. Cantaba en esta selva un sabio histórico
que a Dios agrada un simple ingenio tépido
más que las elocuencias del retórico.
Rústico. Tal vez mostraba Job ánimo intrépido,
sin perder la paciencia melancólico;
tal vez David cantaba humilde y trépido.
Bato. Cubra el estilo rústico y bucólico
la sacra majestad, digna de crónica;
o el docto y numeroso estilo argólico.
Rústico. La pluma aristotélica y platónica
en esta parte es fábula ridícula,
ni canta a Dios la lira babilónica.
Bato. Hoy a la filosófica matrícula
estos secretos íntimos escóndense:
no entienden una mínima partícula
Rústico. Los hombres y los ángeles respóndense;
que, aunque en naturaleza son disímiles,
en la parte del alma correspóndense.
Bato. ¿Quién tuviera por cosas verisímiles
un hombre y Dios, a no lo ver tocándolo,
y la virginidad y el parto símiles?
Rústico. ¿Quién lo puede dudar, si está mirándolo,
si no es alguna fiera vista, incrédula,
del cielo maldición, del mundo escándalo?
Bato. La que es piadosa, el alma pura y crédula,
adora en esa Madre al Hijo, a título
de que él de Dios es firma, y ella es cédula.
Rústico. Díganos Isaías su capítulo,
y verás con qué espíritu profético
de Dios y redentor le escribe el título.
Bato. Él trujo a Adán salud, que enfermo y hético
se halló con tantos males, y tan tísico
que no los cuenta número arismético.
Rústico. Nació en Belén su antídoto y el físico
bien de su mal, de su veneno cáustico
(hablando con estilo metafísico).
Bato. Mezcla lo pastoril y lo escolástico;
la cuna alaba deste rey pacífico,
que afrenta los palacios del fantástico.
Rústico. Canta con plectro espléndido y mirífico,
que de Belén y las remotas hélices
venga el rudo pastor y el rey científico.
Bato. ¡Oh virgen planta que con ramas félices
hiciste a María fuente salutífera,
y dulces nuestras lágrimas infélices!
Rústico. Alta, florida vara, que odorífera
llegaste al cielo y al impíreo cúmulo,
paloma bella, cándida, olivífera.

[illegible] ¡Oh más que el ave que en florido túmulo
nace otra vez, hermosa Virgen única,
de gracias llena, de virtudes cúmulo!

[illegible] ¡Quién te llevara una purpúrea túnica,
y al Niño un cesto de camuesa pálida,
idúmeo dátil y granada púnica!

[illegible] Yo un limpio tarro de la leche cálida
de mis ovejas, que ando previniéndola;
que, con la voluntad, no hay prenda inválida.

[illegible] Yo un nido de una pájara, en cogiéndola,
que estuve en unos olmos acechándola,
y, si no es ruiseñor, será oropéndola.

Bato. Llevaréle una cuna, en acabándola,
de leña de ciprés del monte Ménalo,
que espira olor, moviéndola y dejándola.

Rústico. Coge aquel potro, aunque cerril, y enfrénalo,
y de presentes, aunque pobres, cúbrele
y encima de jazmín y rosa enllénalo.

[illegible] ¿No ves aquél garlito? Pues descúbrele;
verás los peces, ya del agua tántalos,
y, si no hay muchos, otra vez encúbrele.

Rústico. Tú conoces los juncos, tú levántalos;
no me digas después, que soy selvático;
pues es tuyo el garlito, Bato, espántalos.

[illegible] Todas las aguas son de humor lunático;
auméntanse en sus rayos o resuélvense;
soy pescador, de sus mudanzas prático.

Rústico. Con la luna las aguas vanse y vuélvense;
no sé si peces hay, pero presúmolo,
que en estas ovas frágiles envuélvense.

Bato. Pesco este arroyo, Rústico, y consúmolo,
que nace de este monte, y no es canópico;
que todo en una red tal vez resúmolo.

Rústico. Bebérselo pudiera algún hidrópico;
perdóname, si en esto voy satírico,
y de tu arroyo soy el lobo esópico.

Bato. Tú curas mi ignorancia, sabio empírico;
tus burlas mezclas con el vano apólogo;
pues compite conmigo en verso lírico.

Rústico. Si fueras trismegístico teólogo,
no respetara tu furor colérico,
aunque comienzas con soberbio prólogo.

Bato. Pues ¿quién me iguala en todo el orbe esférico?
Di, Rústico, tus versos — y convídanos —
famosos del Jordán al Tajo ibérico.

Rústico. Apolo, entre estos árboles olvídanos;
que, según la hinchazón de aquestos lógicos,
para tantos faetontes no hay erídanos.

Bato. Yo no escribo mis versos tropológicos,
ni me precio de máquinas versátiles,
ni vivo de aforismos astrológicos.

Ergasto. Pastores, de tratar cosas portátiles,
como cándida leche y verdes pámpanos,
grana a la Virgen, y al Dios-hombre dátiles,

no es bien hecho reñir. Tú, Bato, estámpanos
tus versos; pues los pintas beneméritos,
y de tu furia y tempestad escámpanos.
Tú, Rústico, también, pues tienes méritos,
copia los tuyos; funda tu propósito;
que de la eternidad no sois inméritos.
Yo dejaré dos toros en depósito
para quien deste Niño y Dios santísimo
mejor cantare, el uno al otro opósito.
Yo, cuando canto dél, soy humildísimo,
respétole, venérole y adórole,
y júzgome, pastores, indignísimo;
con apacibles versos enamórole,
y más que piedras y tesoros tíbares
en mis propias entrañas atesórole.
La envidia en el cantar baña de acíbares
las cuerdas y la voz; pero el buen ánimo
en ambrosía, en néctares y almíbares.
Es el vengarse de hombre pusilánimo;
es el odio noctívago murciélago,
y el justo amor un sol, un rey magnánimo.
Este divino Niño es archipiélago
de gracias, que cantéis con beneplácito
de aquella Virgen, de virtudes piélago.
Quedad, pues, juntos en silencio tácito.

DE «EL MEJOR ALCALDE EL REY».

ACTO III. ESCENA XII.

Conde. Con menos información
pudieras tener por cierto
que no te ha engañado Sancho;
porque la inocencia déstos
es la prueba más bastante
Rey (aparte a Nuño). Haced traer de secreto
un clérigo y un verdugo.

ESCENA XIII.

Sancho, Nuño, Pelayo, Juana, [illegible], Brito, Fileno.

Nuño. Sancho . . . (aparte a él)
Sancho. Señor . . .
Nuño. Yo no entiendo
este modo de jüez:
sin cabeza de proceso,
pide clérigo y verdugo.
Sancho. Nuño, yo no sé su intento.
Nuño. Con un escuadrón armado
aun no pudiera prendello;
cuanto más con dos personas.
Sancho. Démosle a comer; que luego
se sabrá si puede o no.
Nuño. ¿Comerán juntos?
Sancho. Yo creo
que el jüez comerá solo,
y después comerán ellos.
Nuño. Escribano y alguacil
deben de ser.
Sancho. Eso pienso.
(Vase.)
Nuño. Juana . . .
Juana. Señor . . .
Nuño. Adereza
ropa limpia, y al momento
matarás cuatro gallinas
y asarás un buen torrezno.
Y, pues estaba pelado,
pon aquel pavillo nuevo
a que se ase también,
mientras que baja Fileno
a la bodega por vino.
Pelayo. ¡Voto al sol, Nuño, que tengo
de comer hoy con el juez!
Nuño. Este ya no tiene seso.
(Vase.)
Pelayo. Sólo es desdicha en los reyes
comer solos, y por eso
tienen siempre al rededor
los bufones y los perros.

(Patio en la quinta de [illegible] verja en el fondo.)

ESCENA XIV.

Elvira, huyendo de [illegible] deteniéndole.

Elvira. ¡Favor, cielo soberano!
pues en la tierra no espero
remedio.
(Vase.)

Don Tello. Matarla quiero.
Feliciana. Detén la furiosa mano.
Don Tello. Mira que te he de perder
el respeto, Feliciana.
Feliciana. Merezca, por ser tu hermana,
lo que no por ser mujer.
Don Tello. ¡Pese a la loca villana!
¿Que por un villano amor
no respete a su señor,
de puro soberbia y vana?
Pues no se canse en pensar
que se podrá resistir;
que la tengo de rendir
o la tengo de matar.

ESCENA XV.

Celio. Feliciana.

Celio. No sé si es vano temor,
señora, el que me ha engañado:
a Nuño he visto en cuidado
de huéspedes de valor.
Sancho ha venido a la villa,
todos andan con recato;
con algún fingido trato
le han despachado en Castilla.
No los he visto jamás
andar con tanto secreto.
Feliciana. No fuiste, Celio, discreto,
si en esa sospecha estás;
que ocasión no te faltara
para entrar y ver lo que es.
Celio. Temí que Nuño, después
de verme entrar, se enojara;
que a todos nos quiere mal.
Feliciana. Quiero avisar a mi hermano;
porque tiene este villano
bravo ingenio y natural.
Tú, Celio, quédate aquí
para ver si alguno viene.
(Vase.)
Celio. Siempre la conciencia tiene
este temor contra sí;
demás, que tanta crueldad
al cielo pide castigo.

ESCENA XVI.

[illegible] que
aparecen al otro lado de la verja. — *Celio.*
Rey. Entrad y haced lo que digo.
Celio. ¿Qué gente es ésta?
Rey. Llamad.
(Llaman; abre un criado y pasan al patio el Rey, el Conde, Don Enrique y Sancho.)

Sancho. Éste, señor, es criado
de Don Tello.
Rey. ¡Ah, hidalgo! Oíd.
Celio. ¿Qué me queréis?
Rey. Advertid
a Don Tello que he llegado
de Castilla, y quiero hablalle.
Celio. Y ¿quién diré que sois?
Rey. Yo.
Celio. ¿No tenéis más nombre?
Rey. No.
Celio. ¡*Yo* no más; y con buen talle!
Puéstome habéis en cuidado.
Yo voy a decir que *Yo*
está en la puerta.
(Vase.)
Enrique. Ya entró.
Conde. Temo que responda airado,
y era mejor declararte.
Rey. No era; porque su miedo
le dirá que solo puedo
llamarme *Yo* en esta parte.
(Vuelve Celio.)
Celio. A Don Tello, mi señor,
dije cómo *Yo* os llamáis,
y me dice que os volváis;
que él solo es *Yo* por rigor;
que, quien dijo *Yo* por ley
justa del cielo y del suelo,
es solo Dios en el cielo
y en el suelo solo el rey.
Rey. Pues un alcalde, decid,
de su casa y corte.
Celio (túrbase). Iré,
y ese nombre le diré.
Rey. En lo que os digo advertid.
(Vase Celio.)
Conde. Parece que el escudero
se ha turbado.
Enrique. El nombre ha sido
la causa.
Sancho. Nuño ha venido.
Licencia, señor, espero
para que llegue, si es gusto
vuestro.
Rey. Llegue, porque sea
en todo lo que desea
parte, de lo que es tan justo,
como del pesar lo ha sido.

ESCENA XVII.

Nuño, Pelayo, Juana y villanos fuera de la verja. — *El Rey, el Conde, Don Enrique, Sancho.*

Sancho. Llegad, Nuño, y desde afuera
mirad.

Nuño. Sólo ver me altera
la casa deste atrevido.
Estad todos con silencio.
Juana. Hable Pelayo, que es loco.
Pelayo. Vosotros veréis cuán poco
de un mármol me diferencio.
Nuño. ¡Que con dos hombres no más
viniese! ¡Extraño valor!

ESCENA XVIII.

Don Tello, Feliciana, criados. Dichos.

Feliciana. Mira lo que haces, señor . . .
Tente, hermano: ¿dónde vas?
Don Tello (al rey):
¿Sois, por dicha, hidalgo, vos
el alcalde de Castilla
que me busca?
Rey. ¿Es maravilla?
Don Tello. ¡Y no pequeña, por Dios!
Si sabéis quién soy aquí.
Rey. Pues ¿qué diferencia tiene
del rey quien en nombre viene
suyo?
Don Tello. Mucha contra mí.
Y vos ¿adónde traéis
la vara?
Rey. En la vaina está,
de donde presto saldrá,
y lo que pasa, veréis.
Don Tello. ¿Vara en la vaina? ¡Oh, qué bien!
No debéis de conocerme.
Si el rey no viene a prenderme,
no hay en todo el mundo quién.
Rey. Pues yo soy el rey, villano.
Pelayo. ¡Santo Domingo de Silos!
Don Tello. Pues, señor ¿tales estilos
tiene el poder castellano?
¡Vos mismo! ¡Vos en persona¡
Que me perdonéis os ruego.
Rey. Quitadle las armas luego.
(Desarman a Don Tello, pasan la veria Nuño
y los villanos.)
Villano, ¡por mi corona!
que os he de hacer respetar
las cartas del rey.
Feliciana. Señor,
que cese tanto rigor
os ruego.
Rey. No hay que rogar.
Venga luego la mujer
deste pobre labrador.
(Vase un criado.)
Don Tello. No fué su mujer, señor.
Rey. Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí,
que ante mí se ha querellado?
Don Tello (aparte).
Mi justa muerte ha llegado.
A Dios y al rey ofendí.

ESCENA XIX.

Elvira, sueltos los cabellos. Dichos.

Elvira. Luego que tu nombre
oyeron mis quejas,
castellano Alfonso,
que a España gobiernas,
salí de la cárcel,
donde estaba presa,
a pedir justicia
a tu real clemencia.
Hija soy de Nuño
de Aibar, cuyas prendas
son bien conocidas
por toda esta tierra.
Amor me tenía
Sancho de Roelas.
Súpolo mi padre,
casarnos intenta.
Sancho que servía
a Tello de Neira,
para hacer la boda
le pidió licencia;
vino con su hermana;
los padrinos eran.
Vióme y codicióme;
la traición concierta.
Difiere la boda
y viene a mi puerta
con hombres armados
y máscaras negras.
Llevóme a su casa,
donde con promesas
derribar pretende
mi casta firmeza.
Y desde su casa
a un bosque me lleva,
cerca de una quinta,
un cuarto de legua;
allí, donde sólo
la arboleda espesa,
que al sol no dejaba
que testigo fuera,
escuchar podía
mis tristes endechas.
Digan mis cabellos
— pues saben las hierbas
que dejé en sus hojas
infinitas hebras —
qué defensas hice
contra sus ofensas.
Y mis ojos digan,
qué lágrimas tiernas,

[illegible]
ablandar pudieran.
Viviré llorando,
[illegible]
contento ni gusto
quien sin honra queda.
Sólo soy dichosa
en que pedir pueda
al mejor alcalde,
que gobierna y reina,
justicia y piedad
de maldad tan fiera.
Esta pido, Alfonso,
a tus pies, que besan
mis humildes labios.
Ansí libres vean
descendientes tuyos
las partes sujetas
de los fieros moros,
con felice guerra.
Que si no te alaba
mi turbada lengua,
famas hay y historias
que la harán eterna.
Rey. Pésame de llegar tarde:
llegar a tiempo quisiera
que pudiera remediar
de Sancho y Nuño las quejas;
pero puedo hacer justicia,
cortándole la cabeza
a Tello. Venga el verdugo.
Feliciana. Señor, tu real clemencia
tenga piedad de mi hermano.
Rey. Cuando esta causa no hubiera,
el desprecio de mi carta,
mi firma, mi propia letra,
¿no era bastante delito?
Hoy veré yo tu soberbia,
Don Tello, puesta a mis pies
Don Tello. Cuando hubiera mayor pena
invictísimo señor,
que la muerte que me espera,
confieso que la merezco.
Don Enrique.
Si puedo en presencia vuestra ..
Conde. Señor, muévaos a piedad
que os crié en aquesta tierra.
Feliciana. Señor, el conde Don Pedro
de vos por merced merezca
la vida de Tello.
[illegible] El conde
merece que yo le tenga
por padre; pero también
es justo que el conde advierta
que ha de estar a mi justicia
obligado de manera
que no me ha de replicar.
Conde. Pues, la piedad ¿es bajeza?
Rey. Cuando pierde de su punto
la justicia, no se acierta
en admitir la piedad.
Divinas y humanas letras
dan ejemplos: es traidor
todo hombre que no respeta
a su rey y que habla mal
de su persona en ausencia.
Da, Tello, a Elvira la mano
para que pagues la ofensa
con ser su esposo; y después
que te corten la cabeza,
podrá casarse con Sancho,
con la mitad de tu hacienda
en dote. — Y vos, Feliciana,
seréis dama de la reina,
en tanto que os doy marido
conforme a vuestra nobleza.
Nuño. Temblando estoy.
Pelayo. ¡Bravo rey!

DE «LA BOBA PARA LOS OTROS Y DISCRETA PARA SI».

ACTO I. ESCENA I.

[illegible]

Pues ¿tú de amores conmigo,
ignorante labrador?
Dirás — que yo no lo digo —
que el amor, en cuanto amor,
nunca mereció castigo.
No porque es mi rustiqueza
tanta, que ignore el grosero
estilo de mi rudeza
que amor fué el hijo primero
que tuvo naturaleza.
Deste amor han procedido
cuantos son, cuantos han sido
Pero no me persüado
a tenerle en bajo estado
a ningún hombre nacido.
Aquí destas peñas vivas
quisiera romper las hiedras,
no porque trepan altivas,
mas porque abrazan sus piedras,
amorosas y lascivas;
y aquí, con violentos brazos,
los enredos destas parras,
los embustes de sus lazos,
que de pámpanos bizarros,
dan a los olmos abrazos.
Si de celos o de antojos

canta a la primera luz
algún ave sus enojos,
quisiera ser arcabuz
o matalla con los ojos.
Y tú, grosero villano,
¿vienes a decir amores
a quien por el aire vano
un nido de ruiseñores
derribó con diestra mano?
Tú, ni el de más brío y talle,
no me habléis; que si en el valle,
donde más lejos se esconde,
sólo el eco me responde,
le suelo decir que calle.
No os fiéis en que esta aldea
me dió padre labrador;
que el alma que se pasea
por mi pecho, y el valor,
me dice que no lo crea.
Tengo tan altos intentos,
que si pudieran con arte
subir trepando elementos,
pasaran de la otra parte
del cielo mis pensamientos.
¿Es posible que yo fuí
parto de un monte y nací
de un rudo y tosco villano?
¿Un alma tan grande en vano
deposita el cielo en mí?
Son tales mis presunciones
y discursos naturales,
que en todas las ocasiones
aborrezco mis iguales
y aspiro a ilustres acciones.
Ayer — aunque no es fiel
intérprete la osadía —
tuve un sueño y vi que en él
un águila me ponía
sobre la frente un laurel.
Con esto tan vana estoy,
que pienso, por más que voy
reprendiendo mi bajeza,
que se erró naturaleza,
o soy más de lo que soy.
Aires, corred más aprisa;
no bulliciosos peinéis
las hierbas que el alba pisa.
Fuentes, no me murmuréis:
tened un poco la risa.
Y si un alto pensamiento
en bajo sujeto os calma,
parad con advertimiento;
que son narcisos del alma
los locos de entendimiento.
Porque, si posible fuera,
que el autor del cielo diera
al entendimiento cara,
loca de verle quedara,
si en vuestro cristal le viera.

. . . .

DE LA ESCENA III.

Diana (aparte).
¡Oh ingenio! aquí me ayuda:
fingirme quiero simplemente ruda,
que es el mejor camino a un grande
intento.

. . . .

ESCENA VI.

Diana, Camilo, Liseno Teodora, Julio.

Camilo (a Diana).
¿No le agrada a vuestra
alteza la ciudad?
Diana. Es linda pieza;
mas ¡recibirme con truenos!
Camilo. Aquélla es artillería,
que os hace la salva así.
Diana. Con los relámpagos vi
estrellas a mediodía.
En tocando las campanas
en mi tierra el sacristán,
como los nublos se van,
vuelvén a cantar las ranas.
Camilo (aparte). ¡A propósito!
Liseno (aparte). En mi vida
vi cosa tan ignorante.
Diana. Esta casa relumbrante,
de blanco mármol vestida,
¿qué contiene?
Camilo. Es el palacio
de vuestra Alteza.
Diana. El lugar
puede todo aposentar
su grande y vistoso espacio,
con ovejas y borricos.
Camilo. Veréis aposentos llenos
de pintura, en que es lo menos
telas y brocados ricos.
Diana. ¿Qué es aquello que está allí?
Camilo. El reloj.
Diana. ¡Válame Dios!
Camilo. Allí señala las dos.
Diana. ¡Bueno! ¿A Teodora y a mí?
Camilo. ¡Brava respuesta!
Liseno. Gallarda.
Diana. Y ¿quién es, Camilo, aquel
que está en aquel chapitel?
Camilo. Es el ángel de la guarda.
Diana. Bien le habemos menester.
Pero es grave desvarío

tenerle al calor y al frío,
si nos ha de defender.

[illegible]

No la entiendo.

[illegible]

Teodora. Mil veces venga en buen hora
a su casa vuestra Alteza.

Diana. Señora, ya yo decía
que en mi borrico andador
pudiera venir mejor
y llegar a mediodía.
Pero por esas veredas,
con mucho polvo y ruïdo,
arrastrando me han traído
en una casa con ruedas.
Echad acá vuesa mano,
que vos la quiero besar.

Teodora (aparte a él).
¿Qué es esto, Camilo?

Camilo. Hablar
en el estilo aldeano.
No os espantéis; que ninguno
nace enseñado.

Teodora. Es ansí —
¿Qué dices, Julio? (Aparte a él.)

Julio. Que aquí
alma y cuerpo todo es uno,
y que no hay que tener pena
del tratado pensamiento;
pues su mismo entendimiento
en el pleito la condena,
o a lo menos será eterno,
pues no es justicia, Teodora,
que den a Urbino señora
inhábil para el gobierno.

Teodora (aparte). Hoy mi esperanza nació.

Diana. Muy linda está su mercé,
y dígame, ¿no tendré
uno como aqueste yo?

Teodora. Agora, Señora mía,
vuestras damas os darán
galas y joyas.

Diana. No harán.

Teodora (aparte). ¡Qué notable bobería!
Ahora bien, venid, Diana,
a tomar la posesión
de vuestra casa.
(Aparte a Julio). El mesón
le diera de mejor gana.

Julio. Y yo la caballeriza.

Camilo (bajo). ¡Corrido estoy!

Julio (aparte). ¡Yo turbado!

ACTO II. ESCENA X.

Diana y *Teodora.*

Diana. ¿Qué es celos?

Teodora. Sospechas
de que hay diferente dueño.

Diana. ¿Y si le hay?

Teodora. Es agravio;
que los celos, sólo celos,
son una sombra de noche,
que del propio movimiento
de la persona se causa
Son una pintura en lejos,
que finge montañas altas
los que son rasgos pequeños.
¿No has pasado alguna vez
por un espejo de presto,
que eres tú, y piensas que es otro?
Pues eso mismo son celos.

Diana. ¿Que son celos tantas cosas?

Teodora. Líbrete Dios de tenerlos.

. . . .

ESCENA XI.

Diana (sola). Dulces empeños de amor,
¿quién os mandó ser empeños
de prendas no conocidas?
Fié de Fabio el secreto
de buscarme un defensor;
y cuando tenerle pienso,
hallo que todo es engaño,
traiciones y atrevimientos.
Determinéme a querer
a tan noble caballero
como Alejandro, y, corrida
de mi engaño, me arrepiento.
¿Quién sino yo pudo hallar
la desdicha en el remedio?
¡Quién sino yo ser pudiera
dichosa para no serlo?
¡Ay, mi querida aldea!
¡Ay, campo ameno!
¡Quien me trujo a la corte,
muera de celos!
¡Ay, mis dulces soledades,
donde escuchaba requiebros
de las aves en sus flores,
de las aguas en los hielos!
No allí lisonjas, no engaños,
no traiciones, no desprecios,
adonde teme la vida,
si no la espada, el veneno.
Nunca yo supe en mi aldea
de qué color era el miedo:
agora a mi sombra misma
por cualquiera parte temo.

Allá todos eran simples;
aquí todos son discretos;
achaque es de la mentira
por ser más los que son menos.

[illegible]
¡Ay, campo ameno!
¡Quien me trujo a la corte,
muera de celos!

DE «LO QUE HA DE SER».

ACTO I. ESCENA XVI.

Música.

Salió la niña en cabello
a coger flores de azahar;
y ella y el aurora a un tiempo
mirando las flores van.
Siguiéndola viene amor,
que tras de un verde arrayán,
contemplando su hermosura,
codició su libertad.
En el nácar de una rosa
iba a poner su cristal,
cuando, viéndola amor, dijo,
para enamorarla más:
«Ofendido me tienen
tus ojos bellos,
pues me ponen la culpa
que tienen ellos.
Toma el arco, la niña,
que yo no quiero
ser amor, pues que matas
a amor con ellos.»

DEL «DUQUE DE VISEO».

ACTO III. ESCENA XX.

Viseo. ¡Ay noche! nunca te vi
tan negra. Mas para mí
¿cuándo tu luz no lo fué?
Luna, si escondes tu cara
para que el rey no me vea,
sal, porque este papel lea,
y máteme tu luz clara.
Una cruz pienso que está
en aquella esquina, y creo
que tiene lumbre: deseo,
vamos caminando allá. —
No me engañé: ya se ven
los rayos trémulos de ella. —
Lámpara más clara y bella
que el sol, albricias os den
con alabanzas ahora
mis ya despiertos sentidos,
como suelen en sus nidos
los pájaros al aurora.
Leer quiero, oh luz, con vos
el papel. . . . Divina cruz,
no se ofenda vuestra luz,
que esto es servicio de Dios.
Casarme quiero, cruz santa,
y a vos os hago testigo
que algún traidor, falso amigo,
que yo lo soy, me levanta.
Por el divino Señor
que en vos sus espaldas puso,
que adoro al rey:
(Suena dentro ruido de cadenas y una trompeta bronca, y espántase el duque.)
¡Qué confuso,
qué ronco y triste rumor!
No acierto a leer. . . . ¿Qué haré?
Temblando estoy. Cruz que adoro,
yo os ofrezco cubrir de oro,
si pediros la luz fué
ofender vuestro valor. . . .
Allí cantan. . . . ¡Ay de mí!
¿Si es mujer? Pienso que sí,
que está haciendo su labor.

ESCENA XXI.

(Una voz canta dentro tristemente.)

Voz. Don Juan, rey de Portugal,
ése que llaman el Bravo,
quejoso vive en Lisboa
de sus deudos y vasallos.
Con su fuerte condición
piensa que quieren matarlo
los portugueses famosos,
cuatro inocentes hermanos.
Al condestable destierra;
también al conde de Faro
y a Don Alvaro el menor;
que la envidia puede tanto.
Viseo. Y, ¡cómo, si envidias pueden
hacer un hombre pedazos,
desde los cercos del sol
hasta el mar de sus agravios!
Voz (dentro). Al duque de Guimarans
mandó en público teatro
cortar la honrada cabeza,
digna de roble y de lauro.»
Viseo. Temblando estoy, y esta cruz
me pone mayor espanto.
Irme quisiera, y no puedo.
Su luz me parece un rayo.

Voz (dentro). Del buen duque de Viseo,
mancebo fuerte y gallardo,
tiene mil quejas el rey,
con ser su primo y cuñado.
Guárdate, duque inocente;
guárdate, Abel desdichado;
que malas informaciones
ensangrientan nobles manos.
Viseo. ¿Que me guarde yo? ¿Por qué?
¿Por qué he de guardarme, estando
inocente como estoy?

ESCENA XXII.

El Duque de Guimarans, difunto, con manto blanco y la cruz de la orden de Cristo, pasa por delante del *Duque de Viseo*.

Guimarans. Duque . . .
Viseo. ¡Ay cielos soberanos!
Guimarans. Duque . . .
Viseo. ¿Qué es esto que veo?
Guimarans. Duque . . .
Viseo. Todo estoy temblando.
Guimarans. Guárdate del rey.
Viseo. ¿Qué dices?
Guimarans. Que te guardes.
(Desaparécese.)
Viseo. ¡Cielo santo,
dad favor a un inocente!
([illegible] en la espada la media
defuera.)

ESCENA XXIII.

Brito, Viseo, caído en el suelo.

Brito. ¡Con qué temerosos pasos
busqué la luz, que más presto
dará el día hermoso y claro,
porque ya por el oriente
se miran celajes blancos!
Aquí está el duque. — ¡Ay de mí! —
¿Señor, estás desmayado?
¿Qué tienes, señor? Responde;
vuelve en ti, mira tu daño.
Mira que se acerca el día.
¿Has caído?
Viseo. ¡Ay, Brito! Vamos;
vamos a la mar.
Brito. ¿Qué tienes?
Viseo. Allá lo sabrás de espacio.
(Vanse.)

ESCENA XXIV.
(Orillas del mar.)

Viseo. Brito.

Brito. Por esta calle se ve,
señor, la orilla del mar.
Viseo. ¡Ay, Brito! no puedo andar.
Brito. ¿Cómo caíste?
Viseo. No sé . . .
Pero si ocasión no fué
el ver lo que entonces vi
para estar fuera de mí,
en mi vida tendré pena.
Brito. Noche de tinieblas llena,
¿qué peligros no hay en ti?
¡Qué bien de tus confusiones
los escarmientos dijeron
que tus tinieblas se hicieron
para amantes y ladrones!
¡Oh luz divina que pones
gobierno y paz en el suelo!
¡Oh luz, divino consuelo!
tú dices tu valor mismo.
Noche eterna es el abismo
y luz inmortal el cielo.
Si la luz no te faltara,
por la escuridad cruel,
para leer el papel,
nunca de ti me apartara.
Fuí por luz hermosa y clara,
y cuando con luz volví
tan desmayado te vi,
que aun ahora estás sin seso.
Viseo. ¿A quién tan triste suceso
no le sacará de sí?
En aquella encrucijada,
donde me dejaste, Brito,
tiene todo aquel distrito
una lámpara colgada
a la imagen venerada
de la santísima cruz.
Quise leer en su luz
el papel; y cuando llego
sale de ella un trueno y fuego,
como si fuera arcabuz.
Luego . . — que apenas resisto
las lágrimas y el espanto. . .
veo con el blanco manto
y la roja cruz de Cristo
el que de mis ojos visto
fué en palacio degollado,
aquel duque desdichado
de Guimarans. Mas al punto
él fué el vivo, yo el difunto. . . .
Todo el cabello erizado,
pálido el rostro y sangriento
«¡ay!» dijo no más, turbada
la voz Yo entonces la espada
con manos de hielo tiento;
y, aunque con atrevimiento
tal vez el cuello ha cortado
del toro en Duero criado,
o del africano moro,

allí cayó mi decoro
por la tierra desmayado.
Brito. Todo el cabello me erizas
y como un alambre pones. . . .
Pero son estas visiones
quimeras antojadizas.
Como tanto sutilizas,
tu pensamiento del viento
hace visiones.
Viseo. Yo siento
que no es sin gran ocasión;
aunque las visiones son
sombra que hace el pensamiento.

TIRSO DE MOLINA.

DE «LA PRUDENCIA EN LA MUJER».

ACTO I. ESCENA I.

El Infante Don Enrique, el Infante Don Juan, Don Diego de Haro.

Don Enrique.
Será la viuda reina esposa mía
y daráme Castilla su corona;
o España volverá a llorar el día
que al conde Don Julián traidor pregona.
¿Con quién puede casar Doña María,
si de valor y hazañas se aficiona,
como conmigo, sin hacerme agravio?
Enrique soy; mi hermano, Alfonso el Sabio.
Don Juan.
La reina y la corona pertenece
a Don Juan, de Don Sancho el Bravo hermano.
Mientras el niño rey Fernando crece,
yo he de regir el cetro castellano.
Pruebe, si algún traidor se desvanece,
a quitarme la espada de la mano;
que, mientras gobernare su cuchilla,
sólo Don Juan gobernará a Castilla.
Don Diego. Está vivo Don Diego López de Haro,
que vuestras pretensiones tendrá a raya,
y, dando al tierno rey seguro amparo,
casará con su madre; y cuando vaya
algún traidor contra el derecho claro
que defiendo, señor soy de Vizcaya:
minas son las entrañas de sus cerros,
que hierro dan con que castigue yerros.
Don Enrique.
¿Qué es esto, infante? ¿Vos osáis conmigo
oponeros al reino? ¿Y vos, Don Diego,
conmigo competís, y sois mi amigo?
Don Juan.
Yo de mi parte la justicia alego.
Don Diego.
De mi lealtad a España haré testigo.
Don Enrique. A la reina pretendo.
Don Juan. De su fuego
soy mariposa.
Don Diego. Yo del sol que miro
hierba amorosa que a sus rayos giro.
Don Enrique.
Tío, Don Juan, soy vuestro, y de Fernando
el Santo, que ganó a Sevilla, hijo.
Don Juan.
Yo nieto suyo; Alfonso me está dando
sangre y valor con que reinar colijo.
Don Diego.
Primo soy del rey muerto; pero cuando
no alegue el árbol real con que prolijo
el coronista mi ascendencia pinta,
alegaré el acero de la cinta.
Don Enrique.
Vos, caballero pobre, cuyo Estado
cuatro silvestres son, toscos y rudos,
montes de hierro, para el vil arado,
hidalgos por Adán, como él desnudos,
adonde, en vez de Baco sazonado,
manzanos llenos de groseros ñudos
dan mosto insulso, siendo silla rica,
en vez de trono, el árbol de Garnica;
¿intentáis de la reina ser consorte,
sabiendo que pretende Don Enrique
casar con ella, ennoblecer su corte,
y que por rey España le publique?
Don Juan.
Cuando su intento loco no reporte
y edificios quiméricos fabrique,
mientras el reino gozo y su hermosura,
se podrá desposar con su locura.
Don Diego.
Infantes, de mi Estado la aspereza
conserva limpia la primera gloria
que la dió, en vez del rey, naturaleza,
sin que sus rayas pase la vitoria.
Un nieto de Noé la dió nobleza;
que su hidalguía no es de ejecutoria,
ni mezcla con su sangre, lengua o traje,
mosaica infamia que la suya ultraje.

Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
[illegible] pudo,
que sin armas, sin muros, sin caballos,
libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que a estimallos,
[illegible] mudo,
a sus miras guardárades decoro;
pues, por su hierro, España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
aranzadas a Baco, hazas a Ceres,
es porque Venus huya, que, lasciva,
hipoteca en sus frutos sus placeres.
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
teje coronas para sus mujeres,
que, aunque diversas en el sexo y nombres,
en guerra y paz se igualan a sus hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
la antigüedad que ilustra a sus señores,
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni haga sombra a confesos ni a traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
nobles, puesto que pobres electores
tan sólo un señor juran, cuyas leyes
libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del rey tío,
leal en defendelle, y pretendiente
de su madre, a quien dar la mano fío,
aunque la deslealtad su ofensa intente.
Infantes, si a la lengua iguala el brío,
intérprete es la espada del valiente;
vizcaíno es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.

ESCENA II.

La Reina Doña María, de viuda. — *Don Enrique, Don Juan, Don Diego.*

Reina. ¿Qué es aquesto, caballeros,
defensa y valor de España,
espejos de lealtad,
gloria y luz de las hazañas?
Cuando, muerto el rey Don Sancho,
mi esposo y señor, las galas
truecan León y Castilla
por jergas negras y bastas;
cuando el moro granadino
moriscos pendones saca
contra el reino sin cabeza,
y las fronteras asalta
por la lealtad defendidas,
y abriéndose su *Granada*,
por las católicas vegas
blasfemos granos derrama;
¡en civiles competencias,
pretensiones mal fundadas,
bandos que la paz destruyen,
ambiciosas arrogancias,
cubrís de temor los reinos,
tiranizáis vuestra patria,
dando en vuestra ofensa lenguas
a las naciones contrarias!
¡Ser mis esposos queréis,
y como mujer ganada
en buena guerra, al derecho
me reducís de las armas!
¡Casarme intentáis por fuerza,
e ilustrándoos sangre hidalga,
la libertad de mi gusto
hacéis pechera y villana!
¿Qué veis en mí, ricos hombres?
¿Qué liviandad en mí mancha
la conyugal continencia
que ha inmortalizado a tantas?
¿Tan poco amor tuve al rey?
¿Viví con él mal casada?
¿Quise bien a otro, doncella?
¿A quién, viuda, di palabra?
Ayer murió el rey mi esposo,
aun no está su sangre helada
de suerte que no conserve
reliquias vivas del alma.
Pues cuando en viudez llorosa
la mujer más ordinaria
al más ingrato marido
respeto un año le guarda;
cuando apenas el monjil
adornan las tocas blancas,
y juntan con la tristeza
la gloria de vivir casta;
yo que soy reina, y no menos
al rey Don Sancho obligada,
que Artemisa a su Mauseolo,
que a su Pericles Aspasia,
¿queréis, grandes de Castilla,
que desde el túmulo vaya
al tálamo incontinente?
¿de la virtud a la infamia?
¿Conocéisme, ricos hombres?
¿Sabéis que el mundo me llama
la reina Doña María?
¿que soy legítima rama
del tronco real de León
y como tal, si me agravian,
seré leona ofendida,
que, muerto su esposo, brama?
Ya yo sé que no el amor,
sino la codicia avara
del reino que pretendéis,
os da bárbara esperanza
de que he de ser vuestra esposa;

que al ver la corona sacra
sobre las sienes pueriles
de un niño, a quien su rey llama
Castilla, y en quien Don Sancho
su valor cifra y retrata;
aunque yo su madre sea,
me tendréis por tan liviana,
que al torpe amor reducida,
en fe de una infame hazaña,
dalle la muerte consienta
porque reinéis con su falta.
Engañáisos, caballeros,
que no está desamparada
destos reinos la corona,
ni del rey la tierna infancia.
Don Sancho el Bravo aun no es muerto;
que como me entregó el alma,
en mi pecho se conservan
fieles y amorosas llamas.
Si, porque es el rey un niño
y una mujer quien le ampara,
os atrevéis ambiciosos
contra la fe castellana;
tres almas viven en mí:
la de Sancho, que Dios haya,
la de mi hijo, que habita
en mis maternas entrañas,
y la mía, en quien se suman
esotras dos: ved si basta
a la defensa de un reino
una mujer con tres almas.
Intentad guerras civiles,
sacad gentes en campaña;
vuestra deslealtad pregonen
contra vuestro rey las cajas;
que aunque mujer, yo sabré,
en vez de las tocas largas
y el negro monjil, vestirme
el arnés y la celada.
Infanta soy de León;
salgan traidores a caza
del hijo de una leona,
que el reino ha puesto en su guarda;
veréis si en vez de la aguja
sabré ejercitar la espada,
y abatir lienzos de muros
quien labra lienzos de Holanda.
(Descúbrese sobre un trono el rey Don Fernando, niño y coronado.)

ESCENA III.

El Rey Don Fernando, Acompañamiento. — La reina, Don Enrique, Don Juan, Don Diego.

Reina. Vuestro natural señor
es éste, y la semejanza
de Don Sancho de Castilla;
Fernando cuarto se llama.
Al sello real obedecen,
sólo por tener sus armas,
los que su lealtad estiman,
con ser un poco de plata;
el que veis es sello vivo
en quien su ser mismo graba
vuestro rey, que es padre suyo:
su sangre las armas labran.
Respetalde, aunque es pequeño;
que el sello nunca se iguala
al dueño en la cantidad;
que tenga su forma basta.
Forma es suya el niño rey:
llegue el traidor a borralla,
rompa el desleal el sello,
conspire la envidia ingrata.
Ea, lobos ambiciosos,
un cordero simple bala;
haced presa en su inocencia,
probad en él vuestra rabia,
despedazad el vellón
con que le ha cubierto España,
y privalde de la vida,
si a esquilmar venís su lana;
pues cuando vivan Caínes,
al cielo la sangre clama
de Abeles a traición muertos,
que apresuran su venganza.
Si muere, morirá rey;
y yo con él abrazada,
sin ofender las cenizas
de mi esposo, siempre casta,
daré la vida contenta,
antes que el mundo en mi infamia
diga que otro que Don Sancho
esposa suya me llama.

Don Juan. Infanta, ya no reina, la licencia
que de mujer tenéis os da seguro
para hablar arrogante y sin prudencia,
de donde vuestro daño conjeturo.
Quise casar con vos, porque la herencia
del reino me compete; que procuro,
dispensándolo el Papa, de mi hermano
el llanto consolar, que hacéis en vano.
Pero pues despreciáis la buena suerte
con que mi amor vuestra hermosura estima,
guardad vuestra viudez; llorad su muerte;
que es loable el respeto que os anima.
Pero advertid también que el reino advierte

que, siendo vos del rey Don Sancho prima
y sin dispensación con él casada,
perdéis la acción del reino deseada.
Vuestro hijo el infante no le hereda,
de matrimonio ilícito nacido;
que la Iglesia hasta el cuarto grado veda
el título amoroso de marido.
No siendo pues legítimo, ya queda
Fernando de la acción real excluído,
y yo amparado en ella, como hermano
del rey Don Sancho en deudo más cercano.
Del reino desistid, si es que sois cuerda;
que yo le daré Estados en que viva,
como hacen los infantes de la Cerda,
aunque su acción en más derecho estriba;
y no intente que aquí la vida pierda
en tiernos años, la ambición que os priva
de la razón, ni pretendáis que afrente
la sangre mi valor de un inocente.

Reina. Muera; que no será el Abel primero
que al cielo contra vos venganza pida
Id a Tarifa; que el Guzmán cordero
ofrece a la lealtad la cara vida.
Si el padre noble os arrojó el acero
con que a la hazaña bárbara os convida
que hicistes en favor del sarraceno,
dando a Guzmán el título de Bueno;
honrándoos con el título de malo,
dad muerte a vuestro rey tierno y sencillo;
que yo, que a su español valor me igualo,
arrojaros también sabré el cuchillo,
mas no la libertad con que señalo
el alma que a mi muerto esposo humillo,
pues no he de dar la mano a quien la toma
contra Dios en ayuda de Mahoma.
Legítimo es mi hijo, y ya dispensa
el Papa, vice-Dios, en el prohibido
grado: si en él fundáis vuestra defensa,
a mi poder las bulas han venido.
Traidor y desleal es el que piensa,
por verse rey, llamarse mi marido.
Sed todos contra aquesta intención casta;
que como Dios me ampare, el solo basta.

Don Juan. Alto, pues, la justicia que me esfuerza,
a Castilla conquiste, pues la heredo;
que mi esposa seréis de grado o fuerza,
y lo que amor no hizo lo hará el miedo.
Yo haré que vuestra voluntad se tuerza,
cuando veáis la vega de Toledo
llena de moros, y en mi ayuda todos
asentarme en la silla de los godos.
(Vase.)

Don Enrique. El rey de Portugal es mi sobrino;
el derecho que tengo al reino ampara.
Pues que juzgáis mi amor a desatino
cuando creí que cuerda os obligara,
enarbolar las quinas determino,
triunfando en ellas mi justicia clara,
aunque fueran sus muros de diamantes,
contra tu alcázar real y San Cervantes.
(Vase.)

Don Diego. Reina, Aragón mi intento favorece,
Vizcaya es mía, y de Navarra espero
ayuda cierta: si mi amor merece
la mano hermosa que adoré primero,
favor seguro al niño rey ofrece
contra Enrique, Don Juan, y el mundo entero.
Despacio consultad vuestro cuidado,
mientras por la respuesta vuelvo armado.
(Vase.)

ESCENA IV.

La Reina, el Rey, Acompañamiento.

Reina. Ea, vasallos, una mujer sola,
y un niño rey que apenas hablar sabe,
hoy prueban la lealtad en que acrisola
el oro del valor con que os alabe.
La traición sus banderas enarbola.
Si amor de ley en vuestros pechos cabe,
volved por los peligros que amenazan
a un cordero que lobos despedazan.
Si la memoria de Fernando el Santo
os obliga a amparar a su biznieto,
Fernando como él; si puede tanto
de un Sabio Alfonso el natural respeto;
si un rey Don Sancho os mueve, si mi llanto,

si un ángel tierno a vuestro amor sujeto;
conservalde leales en su silla.

(Gritan dentro.)

Unos. ¡Viva Enrique!
Otros. ¡Don Juan, rey de Castilla!
Reina. Por Don Enrique y por Don Juan pregona
la deslealtad el reino alborotado.
Rey. Madre, infinito pesa esta corona.
Abájeme de aquí, que estoy cansado.

(La reina le baja.)

Reina. ¿Pesa, hijo? Decís bien, pues ocasiona
su peso la lealtad, que os ha negado
el interés que a la razón cautiva,

(Dentro.)

Unos. ¡Castilla por Don Juan!
Otros. ¡Enrique viva!
Rey. Diga, madre, ¿qué voces serán éstas?
¿Está mi corte acaso alborotada?
Reina. Sí, mi Fernando.
Rey. Haránme todos fiestas,
porque ven mi cabeza coronada.
Reina. Traidores contra vos las dan molestas.
Rey. ¿Traidores contra mí? Déme una espada.
Por vida de quien soy . . .
Reina. ¡Ay hijo mío!
De vuestro padre el Rey es ese brío.

ESCENA V.

El Criado primero. — Dichos.

Criado pr. ¿Qué aguarda, gran señor, ya vuestra Alteza?
Del alcázar Don Juan se ha apoderado,
y Don Enrique de la fortaleza
de San Cervantes, y han determinado
prenderos.
Rey. Cortaréles la cabeza,
¡por vida de mi padre!
Reina. ¡Ay, hijo amado!
Huyamos a León, que es patria mía.
Rey. Pagármelo han, traidores, algún día.

(Vanse.)

ACTO II. ESCENA VI.

La Reina, Don Juan, Benavides, Don Pedro, el Mayordomo

Reina. El rey piensa
de Aragón que no ha de haber
castigo para su ofensa.
Partid, Benavides, vos;
que si descercáis a Soria,
dando salud al Rey Dios,
yo os seguiré, y la vitoria
vendrá a correr por los dos.
Dineros me pediréis
con que se pague la gente.
Benavides. Mientras con villas me veis
que empeñe o venda . . .
Reina. El prudente
valor mostráis que tenéis.
Rico os quiero ver y honrado;
de vuestra lealtad me fío;
no es bien que estéis empeñado.
Aunque vendí el dote mío,
joyas, Don Juan, me han quedado:
llévense a la platería.
Benavides. Muy mal, gran señora, trata
vuestra Alteza la fe mía.
Reina. Con sólo un vaso de plata
he de quedarme este día.
Vajillas de Talavera
son limpias, y cuestan poco.
Mientras la codicia fiera
vuelve a algún vasallo loco,

(mira al infante Don Juan)

pasaré desta manera.
Haceldas todas dinero,
y a Benavides lo dad,
mayordomo.
Mayordomo. Voy.
Benavides. Primero
que eso a Vuestra Majestad
consienta, venderme quiero.
Reina. Nunca la prudencia yerra.
Haced esto, mayordomo;
que mientras dure la guerra,
si en platos de tierra como,
no se destruirá mi tierra.
Procurad partiros luego,
y id con Dios.
Benavides. Iré corrido,
pues tan poco a valer llego,
que aun el ser agradecido
me niegan.
Reina. Don Juan, no niego.
Aumentad vuestro caudal,
que sois vasallo de ley,
y no me estará a mi mal,
si es depósito del rey
la hacienda del que es leal.

(Vanse Benavides y el mayordomo.)

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
el más pobre estado es rico.
Sed su sobrestante vos
del templo que a Dios dedico.
[illegible]
contenta si por vos medra;
que Dios, que el reino me dió,
sobre un Pedro, en vez de piedra,
nuestra Iglesia edificó.
Id luego, y daréis señal
del valor que en vos se encierra,
y que cristiano y leal
mostráis en la paz y guerra
la sangre Caravajal.

(Vase Don Pedro.)

ESCENA VIII.

[illegible]

Reina. ¿Falta más?
Don Juan. Señora, sí.
La gente de Extremadura,
que da Portugal por mí,
y la frontera asegura
de su rey, me escribe aquí
que ha un año que no recibe
pagas, y la desampara;
que sin dineros no vive
el soldado. . . .
Reina. Es cosa clara.
Razón pide el que os escribe.
Ya no tengo que vender:
sólo un vaso me ha quedado
de plata para beber.
Mi patrimonio he empeñado;
mas buscadme un mercader,
que sobre una sola prenda
que me queda supla agora
esta falta con su hacienda.
Mercader. Cuanto yo tengo, señora,
aunque mujer y hijos venda,
está a serviros dispuesto.
Reina. ¿Sois mercader?
Mercader. Segoviano.
Mi hacienda os doy, no os la presto;
que vuestro valor cristiano
es bien que me obligue a esto.
Reina. En Segovia ya yo sé
que hay mercaderes leales,
de tanto caudal y fe,
que hacen edificios reales,
como en sus templos se ve.
Vuestras limosnas la han dado
una catedral iglesia,
que el nombre y fama ha borrado
con que la máquina efesia
su memoria ha celebrado.
Y siendo esto ansí, no hay duda
que quien a su Dios y ley
con tanta largueza ayuda,
al servicio de su rey
y honra de su patria acuda.
No quiero yo que me deis
de gracia ninguna cosa,
pues harto me serviréis
que sobre una prenda honrosa
cuento y medio me prestéis.
Estas tocas os empeño,

([illegible])

si es que estimáis el valor
que reciben de su dueño.
Mercader. El tesoro que hay mayor
para tal joya es pequeño.
Gran señora, no provoque
vuestra Alteza mi humildad,
ni su cabeza destoque,
que no es mi felicidad
digna que tal prenda toque.
Porque si Segovia alcanza
que a sus tocas el respeto
perdió mi poca confianza,
por avaro y indiscreto,
de mí tomará venganza.
No me afrente vuestra Alteza
cuando puede darme ser;
que una reina no es nobleza
que hable con un mercader,
descubierta la cabeza.
Reina. Capitán, he leído yo,
que para pagar su gente,
cuando sin joyas se vió,
cortó la barba prudente
y a un mercader la empeñó.
Las tocas son, en efeto,
como la barba en el hombre,
de autoridad y respeto;
y ansí no es bien que os asombre
lo que veis, si sois discreto,
ni que murmuren las bocas
extranjeras, si lastiman
con lenguas libres y locas
a capitanes que estiman

([illegible] infante Don Juan.)

más sus barbas que mis tocas.
Tomad, y a mi tesorero
daréis esa cantidad.
Mercader. Como reliquias las quiero
guardar de la santidad
de tal reina. (Vase.)

ESCENA IX.

La Reina, Don Juan.

Don Juan (aparte). Alegre espero
del Rey la agradable muerte.
¿Si habrá el veneno mortal
asegurado mi suerte?
¡Oh corona! ¡oh trono real!
¿cuándo tengo de poseerte?
Reina. Primo.
Don Juan. Señora.
Reina. Bien sé
que desde que os redujistes
a vuestro rey, y volvistes
por vuestra lealtad y fe,
a saber que algún rico hombre
a su corona aspirara
y darle muerte intentara
a costa de un traidor nombre,
que pusiérades por él
vida y hacienda.
Don Juan. Es ansí.
(Aparte.) (¿Si dice aquesto por mí?)
Creed de mi pecho fiel,
gran señora, que prefiero
la vida, el ser y el honor
por el Rey nuestro señor.
Pero el propósito espero
a que me habláis desa suerte.
Reina. Solos estamos los dos:
fiarme quiero de vos.
Don Juan (aparte).
Angustias siento de muerte.
Reina. Sabed que un grande, y tan grande
como vos... ¿De qué os turbáis?
Don Juan. Témome que ocasionáis
que algún traidor se desmande
contra mí, y descomponerme
con vuestra Alteza procure.
Reina. No hay contra vos quien murmure,
que el leal seguro duerme.
Digo, pues, que un grande intenta
(y por su honra el nombre callo)
subir a rey de vasallo,
y sus culpas acrecienta.
Quisiérale reducir
por algún medio discreto,
y porque tendréis secreto,
con vos le intento escribir;
que por querelle bien vos
mejor le reduciréis.
Don Juan. ¿Yo bien?
Reina. Tan bien le queréis
como a vos mismo.
Don Juan. Por Dios,
que el corazón me sacara
a mí mismo, si supiera
que en él tal traición cupiera.
Reina. Eso, primo, es cosa clara;
que a no teneros por tal,
no os descubriera su pecho.
El mío está satisfecho
de si sois o no leal.
Aquí hay recado: escribid.
Don Juan (aparte).
¿Qué enigmas, cielos, son éstas?
¡Ay, reino, lo que me cuestas!
Reina. Tomad la pluma.
Don Juan. Decid.
Reina. — *Infante*...
Don Juan. Señora...
Reina. Digo
que así, *Infante,* escribáis.
Don Juan. Si por *Infante* empezáis,
claro está que habláis conmigo;
pues si Don Enrique no,
no hay en Castilla otro infante.
Algún privado arrogante
mi nobleza desdoró;
y mentira el desleal
que me impute tal traición.
Reina. ¿No hay infantes de Aragón,
de Navarra y Portugal?
¿De qué escribiros servía
estando juntos los dos?
Haced más caso de vos.
Don Juan (aparte).
¡Qué traidor no desconfía!
(Paseándose la reina, va dictando, y Don Juan escribe.)
Reina. — *Infante: como un rey* [illegible]
dos ángeles en su guarda,
poco en saber quién es tarda
el que a hacelle traición viene.
Vuestra ambición se refrene;
que se acabará algún día
la noble paciencia mía;
y os cortará mi aspereza
esperanzas y cabeza. —
La reina Doña María.
Leedme agora el papel;
que no es de importancia poca,
y por la parte que os toca,
advertid, infante, en él.
(Léele Don Juan.)
Cerralde y dalde después.
Don Juan. ¿A quién? Que sabello intento.
Reina. El que está en ese aposento
os dirá para quién es.
(Vase.)

ESCENA X.

[illegible]

¡El que está en ese aposento
os dirá para quién es!»
Misterios me habla, después
que matar al Rey intento.
¡Escribe el papel conmigo,
y remite a otro el decirme
para quién es! Prevenirme
intenta con el castigo.
¿Si hay aquí gente cerrada,
para matarme en secreto?
Ea, temor indiscreto,
averiguad con la espada
la verdad desta sospecha.
([illegible] mano.)
¡Ay cielos! mi daño es cierto;
el doctor está aquí muerto
y la esperanza deshecha
que en su veneno estribó.
Todo la reina lo sabe;
que en un vil pecho no cabe
el secreto. Él le contó
la determinación loca
de mi intento depravado.
El veneno que ha quedado
he de aplicar a la boca. (Toma el vaso.)
Pagaré ansí mi delito,
pues que colijo de aquí
que sois, papel, para mí,
siendo un muerto el sobrescrito.
Si deste vano interés
duda vuestro pensamiento,
«El que está en este aposento,
os dirá para quién es.»
Mudo dice que yo soy;
muerto está por desleal.
¡Quién fué en la traición igual,
séalo en la muerte hoy!
Que por no ver la presencia
de quien ofendí otra vez,
a un tiempo verdugo y juez
he de ser de mi sentencia.
(Quiere beber, sale la reina, y quítale el vaso.)

ESCENA XI.

[illegible] *Juan.*

Reina. Primo, Infante, ¿estáis en vos?
Tened la bárbara mano.
¿Vos sois noble? ¿vos cristiano?
Don Juan, ¿vos teméis a Dios?
¿Qué frenesí, qué locura
os mueve a desesperaros?
Don Juan. Si no hay para aseguraros
satisfacción más segura
sino es con que muerto quede,
quiero ponerlo por obra;
que quien mala fama cobra,
tarde restauralla puede.
Reina. Vos no la perdéis conmigo;
ni aunque desleal os llame
un hebreo vil e infame,
que no vale por testigo,
le he de dar crédito yo.
Él fué quien dar muerte quiso
al Rey. Tuve dello aviso,
y aunque la culpa os echó,
ni sus engaños creí,
ni a vos, Don Juan, noble primo,
menos que antes os estimo.
El papel que os escribí,
es para daros noticia
de que en cualquier yerro o falta
ve mucho, por ser tan alta,
la vara de la justicia;
y lo que su honra daña
quien fieles amigos deja,
con traidores se aconseja,
y a ruïnes acompaña.
De la amistad de un judío
¿qué podía resultaros,
sino es, infante, imputaros
tal traición, tal desvarío?
Escarmentad, primo, en él,
mientras que seguro os dejo;
y si estimáis mi consejo,
guardad mucho ese papel,
porque contra la ambición
sirva, si acaso os inquieta,
a la lealtad de receta,
de epítima al corazón;
que siendo contra el honor
la traición mortal veneno,
no hay antídoto tan bueno,
Infante, como el temor.
Don Juan. No tengo lengua, señora,
para ensalzar al presente
la prudencia que en vos...
Reina. Gente
viene: dejad eso agora.

ACTO III. ESCENA I.

El Rey Don Fernando (ya mancebo), *la Reina.*

Reina. Pues los deseados días,
hijo y señor, se han llegado
en que el cielo os ha sacado
hoy de las tutelas mías,
y, de diez y siete años,

a vuestro cargo tomáis
el gobierno, y libre estáis
de peligros y de daños
(que no pocos han querido
ofender vuestra niñez,
aunque mi amor cada vez
cual madre os ha defendido);
haciendo una suma breve
del estado en que os le dejo,
con el último consejo
que dar una madre debe,
me despediré de vos,
y del reino que os desea,
y siglos largos os vea
ensanchar la ley de Dios.
Cuando el rey Don Sancho el Bravo,
vuestro padre y mi señor,
dejó por otro mejor
el reino (que aquí es esclavo
de sus vasallos quien reina),
y en Castilla, que aun le llora,
por el de gobernadora
el nombre troqué de reina;
de solamente tres años
comenzastes a reinar,
y juntamente a probar
trabajos y desengaños,
cual veréis por tiempos largos
que los reinos interesan;
pues por lo mucho que pesan,
les dieron nombre de cargos.
Un solo palmo de tierra
no hallé a vuestra devoción:
alzóse Castilla y León,
Portugal os hizo guerra,
el granadino se arroja
por extender su alcorán,
Aragón corre a Almazán,
el navarro la Rioja;
pero lo que el reino abrasa,
hijo, es la guerra interior;
que no hay contrario mayor
que el enemigo de casa.
Todos fueron contra vos;
y aunque por tan varios modos
os hicieron guerra todos,
fué de nuestra parte Dios,
a cuyo decreto sumo,
Babeles de confusión,
que levantó la ambición,
se resolvieron en humo.
Pues en el tiempo presente,
porque al cielo gracias deis
del reino que le debéis,
le hallaréis tan diferente,
que parias el moro os paga;
el Navarro, el de Aragón,
hijo, amigos vuestros son;
y para que os satisfaga
Portugal, si lo admitís,
a Doña Constanza hermosa
os ofrece por esposa
su padre el rey Don Dionís.
No hay guerra que el reino inquiete,
insulto con que se estrague,
villa que no os peche y pague,
vasallo que no os respete:
de que salgo tan contenta
cuanto pobre; pues, por vos,
de treinta no tengo dos
villas que me paguen renta.
Pero bien rica he quedado,
pues tanta mi dicha ha sido,
que el reino que hallé perdido,
hoy os le vuelvo ganado.

Rey. Él y yo, madre y señora,
con desamparo y tristeza
quedamos si vuestra Alteza
se ausenta y nos deja agora.
Porque del gobierno mío,
¿cómo se puede esperar
que mozo llegue a llenar,
ausente vos, tal vacío?
Vuestra Alteza no permita
dejarme en esta ocasión.

Reina. Ya es, hijo y señor, razón
que la viudez, que limita
del gobierno la inquietud,
halle en mí la autoridad
que pide la soledad
y ejercita la virtud.
Cerca tengo de Palencia
a Becerril, pueblo mío.
Mientras de vos me desvío,
porque no sintáis mi ausencia,
si la consideración
pasáis por el arancel
que os deja mi amor, por él
verá España un Salomón
contra lisonjas y engaños
que traen los vicios en peso;
pues las canas en el seso
consisten más que en los años.
El culto de vuestra ley,
Fernando, encargaros quiero;
que éste es el móvil primero
que ha de llevar tras sí al rey;
y guiándoos por él vos,
vivid, hijo, sin cuidado,
porque no hay razón de Estado
como es el servir a Dios.
Nunca os dejéis gobernar

[illegible]
que salgáis de vuestra esfera,
ni les lleguéis tanto a dar,
que se arrojen de tal modo
al cebo del interés,
que os fuercen, hijo, después
a que se lo quitéis todo.
Con todos los grandes sed
tan igual y generoso,
que nadie quede quejoso
de que a otro hacéis más merced:
tan apacible y discreto,
que a todos seáis amable;
mas no tan comunicable
que os pierdan, hijo, el respeto.
Alegrad vuestros vasallos,
saliendo en público a vellos;
que no os estimarán ellos,
si no os preciáis de estimallos.
Cobraréis de amable fama
con quien vuestra vista goce;
que lo que no se conoce,
aunque se teme, no se ama.
De juglares lisonjeros,
si no podéis excusaros,
no uséis para aconsejaros,
sino para entreteneros.
Sea por vos estimada
la milicia en vuestra tierra,
porque más vence en la guerra
el amor que no la espada.
Recebid médicos sabios,
hidalgos y bien nacidos,
de solares conocidos,
sin raza, nota o resabios
de ajena y contraria ley;
que si no hace confianza
de quien nobleza no alcanza,
cuando un castillo da, el Rey,
¡cuánta más solicitud
poner en esto es razón,
pues que los médicos son
alcaides de la salud!
Hablo en esto de experiencia,
y sé en cualquier facultad
que suele la cristiandad
alcanzar más que la ciencia.
A Don Juan, señor, debéis,
de Benavides, la silla
en que os corona Castilla.
Y es bien que se la paguéis.
A los dos Caravajales
con el mismo cargo os dejo,
tan cuerdos en dar consejo,
como en serviros leales.
Ejercitad su prudencia,
conoceréis su valor;
y con esto, hijo y señor,
dadme brazos y licencia.

(Abrázanse.)

Rey. Vamos; acompañaré
a vuestra Alteza.
Reina. Asistid
a las Cortes de Madrid;
que es de importancia que esté
en ellas vuestra presencia;
que en mi compañía irán
los dos hermanos, Don Juan
y Don Pedro, hasta Palencia;
y en acabándose iréis
a ver al de Portugal,
porque con amor igual
la mano a la Infanta deis,
que con su padre os espera
cerca de Ciudad-Rodrigo.
Quedaos.
Rey. Vuestro gusto sigo,
aunque más gusto tuviera
en iros acompañando.
Reina. Hágaos tan dichoso el cielo
como a vuestro bisabuelo,
y tan santo, mi Fernando.
Rey. Como yo os imite a vos,
no habrá bien que no me cuadre.
Servid los dos a mi madre.
Reina. Adiós.
Rey. Gran señora, adiós.
(Vase la Reina con Don Alonso y Don Pedro.)

EPIGRAMAS.

1.

Dad al diablo la mujer
que viste galas sin suma,
porque ave de mucha pluma
tiene poco que comer.

2.

Dos días tienen de gusto
las mujeres — si no yerran
los que sus acciones tasan —
y son el en que se casan
y el que a su marido entierran.

CANCIÓN.

Al molino del amor
alegre la niña va,
a moler sus esperanzas;
quiera Dios que vuelva en paz.

En la rueda de los celos
el amor muele su pan,
que desmenuzan la harina
y la sacan candeal.
Ríos son sus pensamientos,
que unos vienen y otros van;
y apenas llegó a su orilla,
cuando ansí escuchó cantar:
«Borbollicos hacen las aguas,
cuando ven a mi bien pasar;
cantan, brincan, bullen y corren
entre conchas de coral.
Y los pájaros dejan sus nidos
y en las ramas del arrayán
vuelan, cruzan, saltan y pican
toronjil, murta y azahar.»
Los bueyes de las sospechas
el río agotando van;
que, donde ellas se confirman,
pocas esperanzas hay.
Y viendo que a falta de agua,
parado el molino está,
de esta suerte le pregunta
la niña que empieza a amar:
«Molinico, ¿por qué no mueles?»
«Porque me beben el agua los bueyes.
Vió al amor lleno de harina
moliendo la libertad
de las almas que atormenta,
y ansí le cantó al llegar:
«Molinero sois, amor,
y sois moledor.»
«Si lo soy, apartesé,
que le enharinaré.»

(De «Don Gil de las calzas verdes».)

CELOS CURADOS.

Sancho. Acercaos a mí, Tirrena.

Tirrena. ¡Qué vida tan enfadosa!
¿Siempre he de estar junto a ti?

Sancho. Sois mi mujer, y con todas
habían de ser maridos
ella el cuerpo y él la sombra.
Si no lo sabéis, Tirrena,
sabed que *la mujer propia
siempre ha de andar en el pecho,
como la ajena en la bolsa.*

Tirrena. Tu necia desconfianza,
Sancho, me tiene quejosa;
tu cuidado me da pena,
y tus recelos me enojan.
En estos campos desiertos
habito una pobre choza,
cubierta de humildes pajas
entre cuatro peñas solas.
La música de las aves,
que me despierta a la aurora,
a quien ayudan las fuentes
y el aire en aquellas hojas
de aquellos copudos olmos,
ni me llama ni enamora,
porque no entiendo la letra,
por más que las voces oiga.
Estos árboles que viste
el cielo de verdes ropas,
son galanes solamente
de la primavera hermosa,
y a mí jamás me dijeron
amores, con verme sola
mil veces dormir la siesta
sobre esta pintada alfombra.
Por estos montes paseo,
no en las calles espaciosas
de la corte, que a los ojos
tantas veces ocasionan.
Si estás triste, no me alegro;
lo que te enoja, me enoja;
contigo gozo los bienes;
conmigo mis males lloras.
Sancho, Sancho, necios celos
poco excusan la deshonra
del marido desdichado
que escogió liviana esposa.
De la mano de Dios viene
la buena, y a poca costa
de cuidados asegura
a su dueño por sí sola.
Esto advierto, Sancho mío;
y ven a segar ahora,
que se va pasando el día;
que, al paso que tú las cortas,
cogeré yo las espigas,
para que en mis brazos cojas
el fruto de tus amores,
libres de penas celosas.

Sancho. Ponlos, Tirrena, en mi cuello;
que tus palabras de alcorza
me han azucarado el alma.
Vamos, y esta mano toma
de que no me verás más
pedir celos desde ahora.

Tirrena. ¡Qué necedad es pedirlos!

Sancho. Y darlos ¡qué mala cosa!

RUIZ DE ALARCÓN.

DE «LAS PAREDES OYEN».

DEL ACTO I, ESCENA XVII.

Don Mendo. Ésta es la Calle Mayor.
Don Juan. Las Indias de nuestro polo.
Don Mendo. Si hay Indias de empobrecer,
yo también Indias la nombro.
Don Juan. Es gran tercera de gustos.
Don Mendo. Y gran corsaria de tontos.
Don Juan. Aquí compran las mujeres.
Don Mendo. Y nos venden a nosotros.
Duque. ¿Quién habita en estas casas?
Don Juan. Don Lope de Lara, un mozo
muy rico, pero más noble.
Don Mendo. Y menos noble que tonto.
(Hacen dentro ruido de baile.)
Duque. Tened, que bailan allí.
Don Juan. San Juan es fiesta de todos.
Don Mendo. Yo aseguro que van éstos
más alegres que devotos.
Duque. ¿Quién vive aquí?
Don Juan. Una viuda,
muy honrada y de buen rostro.
Don Mendo. Casta es la que no es rogada;
alegres tiene los ojos.
Beltrán (ap.). ¡Bien haya tan buena lengua!
¡Vive Cristo, que es un Momo!
Don Juan. Esta imagen puso aquí
un extranjero devoto.
Don Mendo. Y entre aquestas devociones
no le sabe mal un logro.
Don Juan. Un regidor desta villa
hizo este hospital famoso.
Don Mendo. Y primero hizo los pobres.
Beltrán (ap.). Por Dios que lo arrasa todo.

DEL ACTO II, ESCENA IV.

Doña Ana. No pienses que está ya en mí
tan poderoso y entero
el gigante amor primero
a quien tanto me rendí;
desde la noche que oí
mis agravios, la memoria
en tan afrentosa historia
tan rabiosamente piensa,
que entre el amor y la ofensa
dudaba ya la vitoria.
Pero con tan gran pujanza
la nueva injuria ha venido,
que del todo se ha rendido
el amor a la venganza.
Celia. ¿Serás firme en la mudanza?
Doña Ana. O el cielo mi mal aumente.
Celia. Tus venturas acreciente,
como contento me ha dado
tu pensamiento, mudado
de un hombre tan maldiciente.
Que desde que estando un día
viéndote por una reja,
la cerré, y me llamó vieja,
sin pensar que yo lo oía,
tal cual soy, no lo querría
si él fuese del mundo Adán.
Doña Ana. Que eran botes mi Jordán
dijo de mí: ¿qué te altera
que a tus años se atreviera?
Celia. ¡Cuán diferente es Don Juan!
ofendido y despreciado,
es honrar su condición,
cuando el lengua de escorpión
ofende siendo estimado.
Una vez desesperado
Don Juan se quejaba así:
«¿Qué delito cometí
en quererte, ingrata fiera?
¡Quiera Dios!... Pero no quiera;
que te quiero más que a mí.»
¡Si vieras la cortesía
y humildad con que me habló,
cuando licencia pidió
para verte el otro día!
¡Si vieras lo que decía
en mi defensa a un criado,
que porfiaba arrojado
que si yo dificultaba
la visita, lo causaba
ser él pobre y desdichado!
¡Si vieras!... Pero ¿qué vieras
que igualase a lo que viste,
cuando del traidor le oiste
defenderte tan de veras?
Ya te ablandaras, si fueras
formada de pedernal.
Doña Ana. ¿Qué te obliga a que tan mal
te parezca mi desdén?
Celia. Tener a quien habla bien
inclinación natural;
y sin ella, me obligara
la razón a que lo hiciera.
Doña Ana. Celia, ¡si Don Juan tuviera
mejor talle y mejor cara!...
Celia. Pues ¡cómo! ¿en eso repara
una tan cuerda mujer?
En el hombre no has de ver
la hermosura o gentileza;

su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.
Lo visible es el tesoro
de mozas faltas de seso,
y las más veces por eso
topan con un asno de oro.
Por eso no tiene el moro
ventanas: y es cosa clara
que, aunque al principio repara
la vista, con la costumbre
pierde el gusto o pesadumbre
de la buena o mala cara.

DEL ACTO III, ESCENA V.

Don Beltrán. Si ella es salsa, es muy costosa,
señora; que bien mirado
ni hay más inútil pecado
ni salsa más peligrosa.
Después que uno ha dicho mal,
¿saca de hacerlo algún bien?
Los que le escuchan más bien,
ésos le quieren más mal;
que cada cual entre sí
dice, oyendo al maldiciente:
«Éste, cuando yo me ausente,
lo mismo dirá de mí.»
Pues si aquel de quien murmura
lo sabe, que es fácil cosa,
¿qué mesa tiene gustosa?
¿qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos
que no aborrece la gente;
y sólo del maldiciente
huyen con cuidado todos.
Del malo más pertinaz
lastima la desventura;
solamente al que murmura
lleva el diablo en haz y en paz.

DE «LOS FAVORES DEL MUNDO».

ACTO I. ESCENA IX.

García. La daga y brazo levanto,
que ardiente furia gobierna;
y él [1], viendo que ya en el suelo
ningún remedio le queda,
«¡Válgame la Virgen!» dice.
«Valga», digo; y la sentencia
revoco en el mismo instante
que al golpe empezado resta.
Este es el caso: Don Juan,
pues he hablado en su presencia,
me puede enmendar agora
lo que mi memoria yerra.
Don Juan. Este, señor, es el caso.
Príncipe. Garci-Ruïz de Alarcón,
claras vuestras obras son:
desde el oriente al ocaso
da envidia vuestra opinión.
Las más ilustres historias
en vuestras altas vitorias
el *non plus ultra* han tenido;
mas la que hoy ganáis, ha sido
plus ultra de humanas glorias.
Vuestra dicha es tan extraña,
que quisiera, vive Dios,
más haber hecho la hazaña
que hoy, García, hicistes vos,
que ser príncipe de España.
Porque Alejandro decía
(¡ved cuánto lo encarecía!)
que más ufano quedaba
si un rendido perdonaba,
que si un imperio rendía.
Que en los pechos valerosos,
bastantes por sí a emprender
los casos dificultosos,
en alcanzar y vencer
consiste el ser venturosos;
mas en que un hombre perdone,
viéndose ya vencedor,
a quien le quitó el honor,
nada la fortuna pone;
todo se debe al valor.
Si vos de matar, García,
tanta costumbre tenéis,
matar ¿qué hazaña sería?
Vuestra mayor valencía
viene a ser que no matéis.
En vencer está la gloria,
no en matar; que es vil acción
seguir la airada pasión,
y deslustra la vitoria
la villana ejecución.
Quien venció, pudo dar muerte;
pero quien mató, no es cierto
que pudo vencer; que es suerte
que le sucede al más fuerte,
sin ser vencido, ser muerto.
Y así no os puede negar,
quien más pretenda morder,
que más honra os vino a dar
el vencer y no matar,
que el matar y no vencer.

[1] Don Juan.

Dar la muerte al enemigo,
de temello es argumento;
despreciallo es más castigo,
pues que vive a ser testigo
contra sí del vencimiento.
La vitoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar, la hace mayor,
pues mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor.
Y más donde a cobardía
no puede la emulación
interpretar el perdón,
pues tiene el mundo, García,
de vos tal satisfacción.
Dadme los brazos.
García. Señor,
con que a vuestros pies me abaje
premiáis mi hazaña mayor.
Príncipe. Esos pide el vasallaje,
y esotros debo al valor.
García. Como rey sabéis honrar.
Príncipe. Alzad, Alarcón, del suelo;
que en el suelo no ha de estar
quien ha sabido obligar
la misma Reina del cielo.
Y que pago considero
por libranza suya a vos
las honras que daros quiero;
que es el rey un tesorero
que tiene en la tierra Dios.
(Abrázale.)
Libre de ser derribado
ahora me juzgo yo;
que bien seré sustentado
de un brazo a quien, levantado,
tal furia no derribó.
Y así, en mi casa, García,
os quedad: desde este día
andemos juntos los dos;
que quiero aprender de vos
la piedad y valentía.
Gentilhombre de mi boca
os hago.
García. Dadme esos pies.
Príncipe. El servirme de vos es
para vos merced muy poca,
porque es mi propio interés.
Y yo no pretendo hacer
desto premio o beneficio;
porque el cargo ni el oficio
no premia al que ha menester
el rey para su servicio.
El un hábito escoged
de los tres.
García. ¿Cuándo, señor,
serviré tanta merced?
(Arrodíllase Don Juan.)
Príncipe. Aquesto a vuestro valor,
y no a mí, lo agradeced.
Lo mucho que habéis servido,
el hábito manifiesta.
Pues ¿qué merced habrá sido
la que a mí nada me cuesta,
y vos habéis merecido? —
¿Por qué estás, Don Juan, así?
Don Juan. Estas honras que le das
a Garci-Ruiz, por mí
agradezco.
Príncipe. Debo más
a quien hoy me ha dado a ti.
A pagarle me apercibo
esta vida con que vivo,
en la que hoy, Don Juan, te dió.
que eres, amigo, otro yo,
y en ti la vida recibo.
Don Juan. A todos sabes honrar.

CALDERÓN DE LA BARCA.

DE «LA HIJA DEL AIRE».

Parte I, Jornada II.

ESCENA VII.

[illegible]

Digo, señor, que en el centro
hallé de una obscura cueva
bruto el más bello diamante,
bastarda la mejor perla,
tibio el más ardiente rayo,
y la más viva luz muerta.
Estaba de toscas pieles
vestida, para que hicieran
lo inculto y florido a un tiempo
armonía más perfecta;
bien como un bello jardín
en una rústica selva:
más bello está cuanto está
de la oposición más cerca.
Suelto el cabello tenía,
que en dos bien partidas crenchas,
golfo de rayos, al cuello
inundaba; y de manera

con la libertad vivía
tanta república de hebras
ufana, que inobediente
a la mano que las peina,
daba a entender que el precepto
a la hermosura no aumenta,
pues todo aquel pueblo estaba
hermoso sin obediencia.
Ni bien rubio ni bien negro
su variado color era,
sino un medio entre los dos:
como en la estación primera
del día luces y sombras
confusamente se mezclan,
que ni bien sombras ni luces
se distinguen; así, hecha
del azabache y del oro
una mal distinta mezcla,
crepúsculo era el cabello,
siendo sus neutrales trenzas,
para ser negras, muy rubias,
para ser rubias, muy negras.
No de espaciosa te alabo
la frente; que antes en esta
parte sólo anduvo avara
la siempre liberal maestra;
y fué sin duda porque,
queriendo, señor, hacerla
de una nieve que hubo acaso,
la hubo de dejar pequeña,
porque no le fué posible
que entre la más pura y tersa
se hallase ya un poco más
de una nieve como aquélla.
Usurpábale el cabello
su imperio a la frente, y era
que a las cejas acechaba,
como diciendo: «Estas cejas
hijas son de mi color,
y quiero bajar por ellas,
porque el amor no se alabe
de que las llevó por muestra.»
Los ojos negros tenía:
¿Quién pensara, quién creyera
que reinasen en los Alpes
los etíopes? Pues piensa
que allí se vió, pues se vieron
de tanta nevada esfera
reyes dos negros bozales,
y tan bozales, que apenas
política conocían.
Su barbaridad se muestra
en que mataban no más
que por matar, sin que fuera
por rencor, sino por uso
de sus disparadas flechas.
Para que no se abrasasen
los dos en civiles guerras,
su jurisdicción partía,
proporcionada y bien hecha,
una valla de cristal,
sin que zozobrase en ella
la perfección, siendo así
que la nariz más perfecta,
en el mar de las facciones,
escollo es, donde las velas
del bajel de la hermosura
corren la mayor tormenta.
De sus mejillas la tez
era otra unión de diversas
colores. ¿Viste la rosa
más encendida y sangrienta
en la púrpura de Adonis?
¿La azucena viste en ella
con el candor de la aurora?
Pues tú allá te considera
esa azucena, esa rosa,
ajadas entre sí mesmas,
y sus mejillas verás
al mismo instante que veas
a la rosa desteñida,
o teñida la azucena.
La boca, corte del alma,
donde la hermosura reina,
ya severamente grave,
ya dulcemente risueña,
era, no digo una joya
de corales y de perlas
(que esta alabanza común
ya es particular ofensa),
sino un archivo de todo
cuanto la naturaleza
pudo atesorar; y así
grande hubo de ser por fuerza.
El cuello, blanca columna
que este edificio sustenta,
era de marfil al torno:
de cuya hermosa materia
sobró para hacer las manos,
a emulación de sí mesma.
Este, pues, monstruo divino,
Venus mandó que estuviera
oculto, porque Diana
le amenazó con tragedias.
Nació de una ninfa suya;
y entregándola a las fieras,
la defendieron las aves,
de quien el nombre conserva.
Pues Semíramis se llama,
que quiere en la siria lengua
decir, la hija del aire.
Éste es su nombre y sus señas.

Parte II, Jornada I.

ESCENA III.

[illegible]

No sé cómo mi valor
ha tenido sufrimiento
hoy para haberte escuchado
tan locos delirios necios,
sin que su cólera ardiente
haya abortado el incendio
que en derramadas cenizas
te esparciese por el viento.
Pero ya que esta vez sola
templada me he visto, quiero
ir, no por ti, mas por mí,
a esos cargos respondiendo.
Dices que ignoras si fué,
aquel eclipse sangriento
del día que me juraron,
o favorable o adverso;
y bien la causa pudieras
inferir por los efectos,
pues no agüero, vaticinio
sería, el que dió sucesos
tan favorables a Siria
desde que yo en ella reino.
Díganlo tantas victorias
como he ganado en el tiempo
que esposa de Nino he sido,
sus ejércitos rigiendo,
Belona suya; pues cuando
la Siria se alteró, vieron
las castigados rebeldes
en mi espada su escarmiento.
Sobre los muros de Caria,
cuando estaba puesto el cerco,
¿quién fué la primera que
la plaza escaló, poniendo
el estandarte de Siria
en su homenaje soberbio,
sino yo? ¿Quién esguazó
el Nilo (ese monstruo horrendo
que es con siete bocas hidra
de cristal) en seguimiento
de la rota que le di
al gitano Tolomeo?
En la paz, ¿quién las dió más
esplendor, lustre y aumento
a las políticas doctas
con leyes y con preceptos?
Pues cuando Marte dormía
en el regazo de Venus,
velaba yo en cómo hacer
más dilatado mi imperio.
Babilonia, esta ciudad
que desde el primer cimiento
fabriqué, lo diga; hablen
sus muros de quien pendiendo
jardines están, a quien
llaman pensiles por eso.
Sus altas torres que son
columnas del firmamento,
también lo digan, en tanto
número, que el sol saliendo,
por no rasgarse la luz,
va de sus puntas huyendo.
Pero ¿para qué me canso,
cuando mis obras refiero,
si ellas mismas de sí mismas
son las corónicas? Luego
recibirme a mí con salva,
al jurarme, todo el cielo;
padecer de asombro el sol
y de horror los elementos,
pues siguieron favorables
a esta causa los efectos;
bien claro está que serían
vaticinios, y no agüeros.
Decir que Menón lo diga,
es otro blasón, si advierto
que ninguno pudo ser
mayor; pues ¿qué más trofeo
que morir desesperado
de mi amor y de sus celos?
En cuanto a que di a mi esposo
muerte, ¿no es vano argumento
decir que, porque me dió
antes de morir el reino
por seis días, le maté?
¿No alega en mi favor eso
más que en mi daño? Sí; pues
si vivía tan sujeto,
tan amante y tan rendido
Nino a mi amor, ¿a qué efecto
había de reinar matando,
si ya reinaba viviendo?
Y cuánto le adoré vivo
como a rey, esposo y dueño,
¿no lo dice un mausoleo
que hice a sus cenizas muerto?
Decir que a Ninias mi hijo
de mí retirado tengo,
y que, siendo mi retrato,
parece que le aborrezco,
es verdad lo uno y lo otro;
que, como has dicho tú mesmo,
no me parece en el alma
y me parece en el cuerpo.
Y aunque tú, que en lo mejor
me parece, has dicho, es cierto

que en lo peor me parece,
pues sería más perfecto
si hubiera de mi imitado
lo animoso que lo bello.
Es Ninias, según me dicen,
temeroso por extremo,
cobarde y afeminado;
porque no hizo sólo un yerro
naturaleza en los dos
(si es que lo es el parecernos),
sino dos yerros: el uno
trocarse con su concepto,
y el otro, habernos trocado
tan totalmente el afecto,
que yo mujer y él varón,
yo con valor y él con miedo,
yo animosa y él cobarde,
yo con brío, él sin esfuerzo,
vienen a estar en los dos
violentados ambos sexos.
Ésta es la causa por que
de mí apartado le tengo,
y porque del reino suyo
no le doy corona y cetro
hasta que, disciplinado
en el militar manejo
de las armas y en las leyes
políticas del gobierno,
capaz esté de reinar. —
Mas ya que murmuran eso,
(a uno del acompañamiento:)
parte, Licio, y di a Lisías,
ayo suyo, que al momento
Ninias venga a Babilonia:
verán su ignorancia, viendo
que es próvido en esta parte,
y no tirano, mi intento.
Y ahora a la conclusión
de tus discursos volviendo,
de que vienes destos cargos,
Lidoro, a ponerme pleito,
ya que no me dé a prisión;
sólo responderte quiero
que eches bien de ver que aquí
has entrado a hablarme a tiempo
que estaba con mis mujeres
consultando en ese espejo
mi hermosura, lisonjeada
de voces y de instrumentos;
y así en esta misma acción
has de dejarme, volviendo
las espaldas; pues aqueste
peine, que en la mano tengo,
no ha de acabar de regir
el vulgo de mi cabello,
antes que en esa campaña,
o quedes rendido o muerto.
Laurel de aquesta victoria
ha de ser; porque no quiero
que corone mi cabeza
hoy más acerado yelmo
que este dentado penacho,
que es femenil instrumento;
y así me le dejo en ella,
entre tanto que te venzo.
Y aunque pudiera esperar,
fiada en aquesos inmensos
muros, el asalto, no
me consiente el ardimiento
de mi cólera que apele
a lo prolijo del cerco.
A la campaña saldré
a buscarte; pues es cierto
que, cuando no hubiera tanto
número de gentes dentro
de Babilonia, ni en ella
por Atlante de su peso
estuviesen Friso y Licas,
hermanos en el aliento
como en la sangre, y los dos
generales por sus hechos
de mar y tierra; yo sola
hoy con mis mujeres creo
que te diera la batalla,
porque un instante, un momento
sitiada no me tuvieras.
Y así, véte, véte presto
a formar tus escuadrones;
que si te detienes, temo
que la ley de embajador
su inmunidad pierda, haciendo
que vuelvas por ese muro
tan breves pedazos hecho,
que seas materia ociosa
de los átomos del viento.

Lidoro. Pues si a la batalla intentas
salir, en ella te espero.

Licas. Y en ella verás que tiene
vasallos cuyos esfuerzos
sus laureles aseguran.

Lidoro. En el campo lo veremos.

Friso. Sí verás, tan a tu costa,
que llores, Lidoro, el verlo.

Lidoro. Quien menos habla, obra más.

Licas. Pues ¡a obrar más!

Friso. A hablar menos.

Lidoro. Toca al arma.

Licas. Al arma toca.

Semíramis. Dadme ese bruñido acero;
seguidme todos, y tú,
Licas, ostenta hoy tu esfuerzo.

Mira que anda por hacerte
dichoso un atrevimiento.

Licas. No entiendo a qué fin persuades
a mi valor, conociendo
ya mi valor.

Semíramis. No te admires;
que yo tampoco lo entiendo.
Tocad al arma, y en tanto
vosotras tenedme puesto
mientras salgo a la campaña,
el tocador y el espejo,
porque, en dando la batalla,
al punto a tocarme vuelvo.
(Vanse.)

Campos de Babilonia.

ESCENA IV.

Soldados; después *Lidoro.*

(Óyense cajas, trompetas y ruido de armas.)

Unos (dentro). ¡Arma, arma!

Otros (dentro). ¡Guerra, Guerra!

Unos (dentro). ¡Viva Semíramis!

Otros (dentro). ¡Viva!

Otros (dentro). ¡Viva Lidoro, y reciba
la posesión de esta tierra!
(Salen Lidoro y soldados.)

Soldado prim. Ya de los muros salieron
diversas tropas, y ya
tu gente dispuesta está.

Lidoro. ¿Adónde, cielos, cupieron
tantas gentes? ¿Qué ciudad
tener pudo, sin espanto,
en sus entrañas, a tanto
número capacidad?
Cuerpos tomaron sutiles,
sin duda, a tantos combates
las arenas del Eufrates,
las hojas de los pensiles.
Del sol el nuevo arrebol
las luces mira deshechas;
que las nubes de sus flechas
son noche alada del sol.

Soldados (dentro). ¡Guerra, guerra!

Lidoro. Ya hacia allí
trabada la lid se ve.
A morir matando iré.
(Entrase y dase la batalla.)

ESCENA V.

Licas, Lidoro y soldados; Friso y Semíramis.

Licas (dentro). ¿Dónde estás, Lidoro?

Lidoro (dentro). Aquí
me hallarás; que nunca yo,
aunque me siga la suerte,
la espalda volví a la muerte.

Soldado pr. (dentro). El rey en la lid entró;
seguidle, no le dejéis.

(Sale Lidoro herido cayendo, y tras él Licas y Friso; y por otra parte sale Semíramis.)

Friso. Mía será esta victoria.

Licas. Mía ha de ser esta gloria.

Semíramis. Esperad, no le matéis.

Friso. ¿Tú le defiendes?

Semíramis. Sí, que hoy,
más que verle muerto, quiero
de mis armas prisionero.

Lidoro. Rendido a tus pies estoy,
ya que mis desdichas son
tales, y ya que ninguna
vez se puso la fortuna
de parte de la razón.

Semíramis. Haced que de la batalla
el alcance no se siga.

Friso. Apenas de la enemiga
hueste en el campo se halla
más que ruina; que, en sumas
tragedias, ya del Eufrates
las arenas son granates,
y corales las espumas;
y huyendo por los desiertos
de tus rigores esquivos,
los que han escapado vivos,
van tropezando en los muertos.

Semíramis. Que yo me diese a prisión,
fué su intento; y siendo así,
será prenderte yo a ti
debida satisfacción.
Fiera ingrata me llamaste
hoy, cuando a ti can leal:
luego si con nombre tal
me ofendiste y te ilustraste,
tiranías no serán
que yo en esta parte quiera,
procediendo como fiera,
tratarte a ti como can.
De mi palacio al umbral
atado te he de tener:
allí has de estar; que he de ver
si me le guardas leal
y vigilante desde hoy;
que si del can es empeño
el ser leal con su dueño,
desde aquí tu dueño soy.

Parte II, Jornada III.

ESCENA IV.

Sale, *Semíramis,* sangriento el rostro, y con flechas en el cuerpo, cayendo. *Chato.*

Semíramis. ¡Valedme, cielos!

Chato (aparte). Y así acuda yo a esconderme,
y él a morirse.

Semíramis. ¡Ah! ¡qué presto
has acabado, fortuna!
con mi vida y con mis hechos.
Chato (aparte). La voz quiero conocer,
aunque es verdad que no quiero.
Semíramis. En fin, Diana, has podido,
más que la deidad de Venus,
pues sólo me diste vida
hasta cumplir los severos
hados que me amenazaron
con prodigios, con portentos,
a ser tirana, cruel,
homicida y de soberbio
espíritu, hasta morir
despeñada de alto puesto.
Chato (ap.). Tanto miedo tengo, que aun
para huir valor no tengo.
(Tocan cajas dentro.)

ESCENA XV.

Soldados, Lidoro. Semíramis, Chato.

Soldados (dentro). ¡Viva Lidia!
Lidoro (dentro). La victoria
Seguid, que hoy es el día nuestro.
Semíramis.
¿Qué es vivir? Aunque no es mucho
que ella viva, si yo muero;
mas lo poco que me queda
de vida, lograrlo pienso;
que a costa de muchas muertes
morir bien vengada intento.
Chato (aparte). No tropiece con la mía.
(Suena la cadena de Chato.)
Semíramis. ¿Qué triste, ronco y funesto
son de prisiones se mezcla
con los marciales estruendos?
Chato (aparte). Es la cadena de un galgo,
que anda por aquesos cerros
a caza de liebres, y es
el galgo y la liebre a un tiempo.
Semíramis. ¿Qué quieres, Menón, de mí,
de sangre el rostro cubierto?
¿Qué quieres, Nino, el semblante
tan pálido y macilento?
¿Qué quieres, Ninias, que vienes
a afligirme triste y preso?
Chato (aparte). Sin duda que ve fantasmas
éste que se está muriendo. (Vase.)
Semíramis. Yo no te saqué los ojos,
yo no te di aquel veneno;
yo, si el reino te quité,
ya te restituyo el reino.
Dejadme, no me aflijáis:
vengados estáis, pues muero,
pedazos del corazón
arrancándome del pecho.
Hijá fuí del aire, ya
en él hoy me desvanezco. (Muere.

DE LA «MEDEA».

Medea. ¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!
Por la boca y por los ojos,
áspid soy: ponzoña vierto;
Etna soy: llamas arrojo.
Astrea. Poca ocasión has tenido
para el despecho que noto.
Sirene. ¿Qué importa que a Marte ofrezca
ese sagrado despojo?
Medea. Si soy, bellísima Astrea,
si soy, Sirene divina,
yo la singular Medea,
y en la esfera cristalina
no hay deidad que mayor sea,
¿por qué ha de llegar aquí
tan errado peregrino,
que no me consagre a mí
el dorado vellocino
y a Marte tremendo sí?
¿No le supiera ayudar
yo, mejor que él, en la guerra?
¿No le supiera librar
de las tormentas del mar
y los riesgos de la tierra?
Libia. Si fué voto que ofreció
cuando no te conoció. . . .
Medea. ¡Que nunca el voto cumpliera,
pues Marte no le ofendiera,
cuando le amparara yo!
Astrea. No desprecies con rigor
la deidad de Marte fuerte,
que castigará tu error.
Sirene. Que en Marte ofendes advierte
a Marte, Venus y Amor.
Medea. Ni Marte con su poder,
ni con su hermosura pura
Venus, ni Amor con su ser,
han de humillar ni vencer
mi ser, poder y hermosura.
¿Qué hará Marte?
Astrea. Ver postrada
tu fuerza.
Medea. ¿Y Venus?
Sirene. Hacer
tu hermosura desdichada.
Medea. ¿Y amor?
Libia. Que llegues a ver
tu altivez enamorada.

Música. Pues muestre Marte el furor,
Venus y Amor el rigor,
que no hayas miedo que tuerza
mi altivez, beldad y fuerza
por Marte, Venus ni Amor.

DE «ECO Y NARCISO».

Jornada II.

Liríope. Mil veces infeliz fuí.
Febo. Oye.
Sileno. Aguarda.
Eco. Escucha.
Silvio. Espera.
Nise. Mira.
Anteo. Advierte
Sirene. Considera.
Liríope. No hay consuelo para mí,
habiéndome sucedido
una desdicha tan nueva,
pues Narciso de la cueva
falta. Jamás ha salido
della, sino sólo hoy,
y ya su muerte recelo. —
¡Narciso! ¡Narciso! Al cielo
en vano estas voces doy.
Sin duda el haber tardado
tanto en venir aquí yo,
de la cueva le sacó.
¡Oh! máteme mi cuidado.
Anteo. No te aflijas, que, pues él
en este monte ha de estar,
yo te le sabré buscar.
Todos. Todos iremos
Liríope. Cruel
fortuna ha sido la mía;
¡Narciso¡ yo estoy mortal.
Sileno. ¡Ay dioses! ¿cuándo cabal
sucederá una alegría?
Silvio. Discurriendo el monte vamos,
llamándole, pues será
cierto el responder.
Liríope. No hará;
porque si así le buscamos,
el que nunca gente vió,
más es fuerza que se esconda,
que no a las voces responda.
Mas oid lo que pensó
mi ingenio: para que venga
buscándonos, ha de haber
una industria.
Todos. ¿Qué ha de ser?
Liríope. No hay cosa que con él tenga
más fuerza, para atraelle,
que oir música; y siendo así,
divididos desde aquí,
cantando para movelle,
todos id.
Febo. Con Laura esta
falda al monte correré.
Silvio. Y yo con Sirene iré
penetrando esa floresta.
Anteo. Yo con Libia hasta la cumbre
deste monte he de subir.
Sileno. Yo con Eco he de medir
su más alta pesadumbre.
Bato. Y yo con Nise también
he de entrar a ese jaral,
y si cantaremos mal,
por Eco aullaremos bien.
Liríope. Yo sin ley y sin aviso,
por todas partes iré.
Cada uno cante lo que
sepa. — ¡Narciso! ¡Narciso!
Laura (canta). Pues del monte la falda
tocó a mis voces,
díganme de Narciso
fuentes y flores.
Nise (canta). Pues a mí de la selva,
tocó lo alegre,
de Narciso me digan
flores y fuentes.
Sirene (canta). Pues le tocó a mi acento
medir la cumbre,
díganme de Narciso
sombras y luces.
Eco (canta). Y pues a mis acentos
los riscos tocan,
de Narciso me digan
luces y sombras.
Laura. A la falda.
Nise. A la selva.
Sirene. A la cumbre.
Eco. Al risco.
Liríope. Oiga a todos y todas
decir. . . .
Ella, Música y *todos.* ¡Narciso!
A la falda, a la selva
a la cumbre, al risco.
(Vanse, y sale Narciso.)
Narciso. Aunque la suave voz
de mi madre me parece
que oigo, sombra es que me ofrece
sin cuerpo el aire veloz,
pues hallarla no he podido,
por más que al monte he bajado.
Ya el aliento me ha faltado.

Aquí moriré rendido
al cansancio, aunque no es
él lo que más me fatiga,
sino la sed; y así siga
de aquella agua el ruido, pues
para darme alivio,
diciendo corre. . . .

Laura y *Música* (dentro).
Díganme de Narciso
fuentes y flores.

Narciso. Pero ¿qué voz es ésta
que me suspende?

Nise (dentro). Díganme de Narciso
flores y fuentes.

Narciso. Como ya en dos partes
quiere que escuche. . . .

Sirene (dentro). De Narciso me digan
sombras y luces.

Narciso. Y aun en tres, supuesto
que dice estotra. . . .

Eco (dentro). Díganme de Narciso
luces y sombras.

Narciso. Por seguir a todas,
ninguna sigo.

Toda la Música (dentro).
A la falda, a la selva,
a la cumbre, al risco.

Liríope (dentro). Oiga a todos y todas
decir. . . .

Ella y toda la Música (dentro).
¡Narciso!

Narciso. ¿Cómo, si a mí me llamáis,
sonoras, hermosas voces,
volvéis huyendo veloces,
y no sólo no le dais
un alivio a mi sentido,
mas trocándole en agravio,
me embarazáis el del labio
por irme tras del oído?
Y pues de vosotras mal
puedo percibir las señas,
el ruido que entre estas peñas,
no menos dulce, el cristal
hace, su aliento me dé,
siendo la primer vez ésta
que afán el llegar me cuesta
al agua; pues no dejé
nunca la cueva hasta hoy,
donde un alcornoque era
taza menos lisonjera,
que la que mirando estoy,
guarnecida de hierbas
y ramos donde. . . .

Laura (dentro cantando).
Díganme de Narciso
fuentes y flores.

Narciso. Mas la voz a pararme
diciendo vuelve. . . .

Nise (dentro). De Narciso me digan
flores y fuentes.

Narciso. Si es que a mí me buscas,
¿Por qué me huyes?

Sirene (dentro). Díganme de Narciso
sombras y luces.

Narciso. Puesto que no me alivias,
¿por qué me estorbas?

Eco (dentro). Díganme de Narciso
luces y sombras.

Liríope (dentro). Repitiendo a un tiempo
tonos distintos,
oiga a todos y todas
decir. . . .

Ella, Música y *todos* (dentro). ¡Narciso!

Narciso. Pues a todos escucho,
y a nadie veo,
vuelvo al agua. Mas ¿cómo?
¿si oigo este acento?

Laura. Es el engaño traidor,
y el desengaño leal,
el uno dolor sin mal,
y el otro mal sin dolor.

Narciso. Sólo aquella voz pudiera
ser rémora de un sediento,
segûir quiero de su acento
la música lisonjera.

Nise (dentro). Si acaso mis desvaríos
llegaren a tus umbrales,
la lástima de ser males
quite el horror de ser míos.

Narciso. Pero más cerca ésta suena,
aunque una y otra me encanta;
si aquélla tan dulce canta,
mas estotra me enajena
de mí mismo, porque tiene
más agrado y más dulzura.
Por esta verde espesura
el buscarla me conviene.

Sirene (dentro). Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva a dar la vida.

Narciso. En lo alto de aquellas peñas
otra dulce voz sonó,
que nuevamente borró
de las pasadas las señas.

Eco (dentro). Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento,
y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Narciso. ¡Válgame el cielo! Esta sí
que es reina de todas ellas;
que aunque por dulces y bellas,

juzgué las que hasta ahora oí,
con más fuerza ha suspendido
ésta, con mayor empeño.
¡Qué hermoso será su dueño,
pues vence por el oído
dos afectos, que en rigor
son con fuerza desigual. . . .

Laura (dentro). El uno dolor sin mal
y el otro mal sin dolor.

Narciso. Vos, que postrando mis bríos,
mis males creces mortales. . .

Nise (dentro). La lástima de ser males
quite el horrror de ser míos.

Narciso. No quisiera ver rendida
la vida a tanto sentir. . . .

Sirene (dentro). Porque el placer del morir
no me vuelva a dar la vida.

Narciso. Lo que siento, mal me obligo
a que lo diga mi aliento. . . .

Eco (dentro). Y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Narciso. En mil partes divididos
mis cuidados son despojos
del viento. Ved algo, ojos,
o no escuchéis tanto, oídos.

(Vuelve a cantar cada una su copla y sale Eco.)

Eco. Hacia aquesta parte yo
he de penetrar lo ameno
destas intrincadas breñas,
una y otra vez diciendo. . . .
(Canta:) Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento,
y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Narciso. Pájaro destas montañas,
que con suaves acentos
tan sonoramente eres
dulce confusión del viento:
si entre el oído y el labio
dudoso, absorto y suspenso
me vi, sin saber quién es
mi más poderoso afecto,
pues al oir el cristal,
que me llamaba sediento,
sediento también me llama
el aire que a beber vuelvo;
¿cómo de una sed y otra
tanto has trocado el afecto,
que en vez que labios y oídos
beban agua y aire, has hecho
que beban fuego los ojos,
y tan venenoso fuego,
que para explicarle es fuerza
pensar que en tu estilo mesmo. . .

El y Eco (cantan). Sólo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento.

Eco. Bruto diamante, que mal
pulido dese grosero
tosco traje, brillar dejas
el alma que ocultas dentro,
no menos suspensa yo
quedé al mirarte, supuesto
que absorta, helada y confusa,
sólo a responderte acierto
con lo mismo que cantaba. . . .
(canta:) Y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Narciso. Parecidas, según eso,
son nuestras dos suspensiones,
tanto que los dos diremos,
tú, por si a mí me respondes,
yo, por si a ti me parezco. . . .

Los dos (cantan:) Sólo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento.

Narciso. ¿Quién eres?

Eco. Una mujer.

Narciso. La segunda eres que veo,
y aun la primera pudiera
decir, pues a lo que entiendo
no era mujer para mí
la primera que vi, puesto
que en mi pecho no encendió
nunca tan activo fuego,
como tu voz y tu vista
han encendido en mi pecho.
¿Adónde vas por aquí?

Eco. A sólo buscarte vengo,
y con desear hallarte,
estimara, a lo que entiendo,
no haberte hallado, porque
hoy en ti más que hallo, pierdo.

Narciso. ¿Conocíasme?

Eco. Yo no.

Narciso. Pues ¿cómo en este desierto
a quien no conoces, buscas?
¿Úsase en el mundo eso
de que busquen las mujeres
a quien no conocen?

Eco. Presto
la causa que me ha traído
sabrás.

Narciso. Dila pues.

Eco (llamando). ¡Sileno!

Narciso. ¿A quién llamas? ¿Qué pretendes?

Eco. ¡Febo, Bato, Silvio, Anteo!

Narciso. Tú quieres matarme, como
si ya no me hubieras muerto.

Eco. ¡Sirene, Liríope, Nise!
venid todos a este puesto,
que ya he llegado a Narciso.

(Salen todos.)

Silvio. Llamado de tu voz vengo.

Anteo. De tu voz vengo traído.
Sileno. Alas me ha dado tu acento.
Febo. Aquí Eco hermosa llamaba.
Bato y Sirene. Pues todos llegan, lleguemos.
Narciso. ¿Tanta gente hay en el mundo?
Liríope. ¡Felice yo que te veo!
Narciso. ¿Pues, cómo, madre, a buscarme
vienes con todos aquestos?
Sileno. Pedazos del corazón,
dadme los brazos.
Narciso. Teneos,
y si me ha de abrazar alguien,
sea aquella que estoy viendo.

FRAY LUIS DE GRANADA[1].

DE LA «GUÍA DE PECADORES».

REMEDIOS CONTRA LA AVARICIA.

Considera . . . que donde hay muchas riquezas, también hay muchos que las consuman: muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten.

¿Qué tiene el más rico del mundo de sus riquezas más que lo necesario para la vida? Pues desto te podrías descuidar si pusieses tu esperanza en Dios y te encomendases a su providencia; porque nunca desampara a los que esperan en él. Porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre. ¿Cómo puede ser que, manteniendo Dios a los pajaricos y vistiendo los lirios, desampare al hombre; mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad?

La vida es breve, y la muerte se apresura a más andar: ¿qué necesidad tienes de tanta provisión para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas menos tuvieres tanto más libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá menos bien si llegares pobre, que a los ricos que llegaren más cargados; sino que, acabado el camino, te quedará menos que sentir lo que dejas y menos de que dar cuenta a Dios; como quiera que los muy ricos, al fin de la jornada, no sin grande angustia dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

Considera otrosí, ¡oh avariento! para quién amontonas tantas riquezas; pues es cierto que, así como viniste a este mundo desnudo, así también has de salir dél. Pobre naciste en esta vida: pobre la dejarás. Esto debrías pensar muchas veces; porque, como dice San Hierónimo, fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda de que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales y llevarás contigo solamente las obras que hiciste, buenas o malas: donde perderás todos los bienes celestiales, si, teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entonces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará a los gusanos; y el ánima a los demonios; y los bienes temporales a los

[1] Siendo conocidísimas las obras de los grandes místicos españoles, será suficiente poner aquí una página que caracterice a cada uno de ellos.

herederos; que por ventura serán desagradecidos o pródigos o malos. Pues luego mejor será, según el consejo del Salvador, distribuirlos a los pobres, que te los lleven delante (como hacen los grandes señores cuando caminan, que envían delante sus tesoros). Porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes adonde nunca tornarás y no enviarlos a donde para siempre vivirás? (II, 5.)

SOBRE EL NO DEBER.

Précíate de no deber nada a nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno a tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas ni gastes más de lo que tienes; y desta manera, midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nacen de nuestros apetitos, y la moderación destos vale más que muchos cuentos de renta. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el Apóstol: piedad y contentamiento con la suerte que Dios te dió. Si los hombres no quisiesen ser más de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirían en paz. Mas, cuando quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso; porque nunca tiene buen suceso lo que se hace contra la divina voluntad. (Ibid.)

DE LA «INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO».

FE Y RAZÓN HERMANADAS.

La fe nos esfuerza con su firmeza, y la razón alegra con su claridad. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razón hace que con alegría lo creamos. Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenan las conciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos y hácennos abrazar esta soberana verdad. (P. I, 3: De la existencia de Dios.)

FRAY LUIS DE LEÓN.

DE LOS «NOMBRES DE CRISTO».

LA PAZ.

«El risco», dice el salmo, «es refugio de los conejos.» Y en ti, oh verdadera guarida de los pobrecitos amedrentados, Cristo Jesús, y en ti, oh amparo dulce y seguro, oh acogida llena de fidelidad, los afligidos y acosados del mundo nos escondemos. Si vertieren agua las nubes y se abrieren los canales del cielo, y saliendo la mar de madre se anegaren las tierras y sobrepujaren, como en el diluvio, sobre los montes las aguas; en este monte que se asienta sobre la cumbre de todos los montes, no las tememos. Y si los montes, como dice David, trastornados de sus lugares, cayeren en el corazón de la mar, en este monte no mutable enriscados carecemos de miedo.

(Viene el día: escóndense las fieras y sale el hombre a su labor. Así el desenfrenamiento fiero del cuerpo y la rebeldía alborotada de sus movimientos, que, cuando estaba en la noche de su miseria la voluntad nuestra caída, discurrían con libertad y lo metían todo a sangre y a fuego; en comenzando a lucir el rayo del buen amor y en mostrándose el día del bien, vuelve luego el pie atrás y se esconde en su cueva, y deja que lo que es hombre en nosotros salga a luz; y haga su oficio sosegada y pacíficamente, y de sol a sol.

Porque, a la verdad, ¿qué es lo que hay en el cuerpo que sea poderoso para desasosegar a quien es regido por una voluntad y razón semejante? ¿Por ventura el deseo de los bienes de esta vida le solicitará, o el temor de los males de ella le romperá su reposo? ¿Alterarse ha con ambición de honras o con amor de riquezas? ¿o, con la afición de los ponzoñosos deleites desalentado, saldrá de sí mismo? ¿Cómo le turbará la pobreza al que desta vida no quiere más de una estrecha pasada? ¿Cómo le inquietará con su hambre el grado alto de dignidades y honras al que huella sobre todo lo que se desprecia en el suelo? ¿Cómo la adversidad, la contradicción, las mudanzas diferentes y los golpes de la fortuna le podrán hacer mella al que a todos sus bienes los tiene seguros y en sí?

Ni el bien le azozobra, ni el mal le amedrenta, ni el alegría lo engríe, ni el temor le encoge, ni las promesas lo llevan, ni las amenazas le desquician, ni es tal que lo próspero o lo adverso le mude. Si se pierde la hacienda, alégrase, como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene a Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el odio o si la envidia arma los corazones ajenos contra él, como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme; en las mudanzas está quedo y entre los espantos seguro, y cuando todo a la redonda de él se arruine, él permanece más firme, y como dijo aquel grande elocuente, «luce en las tinieblas, y empellido de su lugar, no se mueve».

A la verdad, los que sin esta paz viven, por más bien afortunados que vivan, no comen lo apurado del pan. Salvados son sus manjares; el desecho del bien es aquello por quien andan golosos; su gusto y su mantenimiento es lo grosero, y lo moreno, y lo feo, y sin duda las escorias de lo que es substancia y verdad; y aun eso mismo, tal cual es y en la manera que es, no se les da con hartura. El pacífico sólo es el que come con abundancia y el que come lo apurado del bien; para él nace el día bueno, y el sol claro; él es el que solamente le ve. En la vida, en la muerte, en lo adverso, en lo próspero, en todo halla su gusto, y el manjar de los ángeles es su perpetuo manjar, y goza del alegre y sin miedo que nadie le robe. Y, sin enemigo que le pueda ser enemigo, vive en dulcísima y abundosísima paz. ¡Divino bien y excelente merced hecha a los hombres solamente por Cristo!

Por lo cual, tornando a lo primero del salmo (CXXVI, 4), le debemos celebrar con continuos y soberanos loores, porque él salió a

nuestra causa perdida, y tomó sobre sí nuestra guerra, y puso nuestro desconcierto en su orden, y nos amistó con el cielo, y encarceló a nuestro enemigo, el demonio, y nos libertó de la codicia y del miedo, y nos aquietó y pacificó cuanto hay de enemigo y de adverso en la tierra; y el gozo y el reposo, y el deleite de su divina y riquísima paz él nos le dió; el cual es la fuente y el manantial de donde nace, y su autor único; por donde con justísima razón es llamado su príncipe.

(Lib. II, § 3.)

SANTA TERESA.

Acaecióme con algun confesor, que siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma: como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre donde mi voluntad más se emplea; y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia; ellos, como temerosos y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera y me atase a quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia. Esto era despues que yo estaba tan sujeta a obedecerlos; que antes no los cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuán engañados estaban; aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba a nadie, como lo tenía en mí, mas asegurábalos; y tratándome más, conocían lo que debía al Señor; que estas sospechas que traían de mí, siempre eran a los principios. Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan contina. Vía que, aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres; que entiende nuestra miserable compostura sujeta a muchas caídas, por el primer pecado, que él había venido a reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas, ha de haber hora de hablar, y señaladas personas que les hable: si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo. ¡Oh, que si es con el rey! Aquí no hay tocar gente pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados; y a buen seguro que no sean personas que tengan al mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades, que no temen ni deben; no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos.

¡Oh Rey de gloria y Señor de todos los reyes! ¡Cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para vos! Con mirar vuestra persona, se ve luego que sois solo el qué merecéis que os llamen Señor. Según la majestad mostráis, no es menester gente de acompañamiento ni de guarda, para que conozcan que sois rey; porque acá un rey solo, mal se conocerá por sí, aunque el más quiera ser conocido por rey, no le creerán, que

no tiene más que los otros; es menester que se vea por qué lo creer. Y ansí es razón tenga estas autoridades postizas; porque si no las tuviese, no le ternían en nada, porque no sale de sí el parecer poderoso: de otros le ha de venir la autoridad. ¡Oh, Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¿Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis? Es imposible dejar de ver que sois grande emperador en vos mesmo, que espanta mirar esta majestad: más, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo.

(Vida, cap. XXXVII.)

SAAVEDRA Y FAJARDO.

IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO CRISTIANO.

CONTRA LA AFEMINACIÓN.

Con la asistencia de una mano delicada, solícita en los regalos del riego y en los reparos de las ofensas del sol y del viento, crece la rosa, y suelto el nudo del botón, extiende por el aire la pompa de sus hojas. Hermosa flor, reina de las demás, pero solamente lisonja de los ojos, y tan achacosa que peligra en su delicadez. El mismo sol que la vió nacer, la ve morir, sin más fruto que la ostentación de su belleza, dejando burlada la fatiga de muchos meses y aun lastimada tal vez la misma mano que la crió; porque tan lasciva cultura no podía dejar de producir espinas.

No sucede así al coral, nacido entre los trabajos, que tales son las aguas, y combatido de las olas y tempestades, porque en ellas hace más robusta su hermosura; la cual, endurecida después con el viento, queda a prueba de los elementos para ilustres y preciosos usos del hombre.

Tales efectos contrarios entre sí nacen del nacimiento y crecimiento deste árbol y de aquella flor, por lo mórbido o duro en que se criaron; y tales se ven en la educación de los príncipes, los cuales, si se crían entre los armiños y las delicias, que ni los visite el sol ni el viento, ni sienten otra aura que la de los perfumes, salen achacosos e inútiles para el gobierno; como, al contrario, robusto y hábil quien se entrega a las fatigas y trabajos.

Con éstos se alarga la vida: con los deleites se abrevia. A un vaso de vidrio formado a soplos, un soplo lo rompe: el de oro, hecho a martillo, resiste al martillo. Quien ociosamente ha de pasear sobre el mundo, poco importa que sea delicado; el que le ha de sustentar sobre sus hombros, conviene que los críe robustos. No ha menester la república a un príncipe entre viriles, sino entre el polvo y las armas. Por castigo da Dios a los vasallos un rey afeminado. (Empresa 3.)

CONTRA LA ADULACIÓN.

¡Qué prevenidos están los príncipes contra los enemigos externos! ¡Qué desarmados contra los domésticos! Entre las cuchillas de la guarda

les acompañan, y no reparan en ellos. Éstos son los aduladores y lisonjeros, no menos peligrosos sus halagos que las armas de los enemigos. A mas principes ha destruido la lisonja que la fuerza. ¡Qué purpura real no roe esta polilla! ¡Qué cetro no barrena esta carcoma! En el mas levantado cedro se introduce, y poco a poco le taladra el corazón, y da con él en tierra. Daño es que se descubre con la misma ruina; primero se ve su efecto que su causa: disimulado gusano que habita en los artesones dorados de los palacios. (Empresa 48.)

SEMBLANZA DE FERNANDO EL CATÓLICO.

Las niñeces deste gran rey fueron adultas y varoniles. Lo que en él no pudo perfeccionar el arte y el estudio, perfeccionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Su ociosidad era negocio, y su divertimiento, atención. Fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció de Dios su grandeza y su gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar más por oficio que por sucesión. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia. Levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la afirmó con la religión y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio; y la dejó perpetua con fundamentos e institutos verdaderamente políticos. Fué tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan ecónomo en él como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con la justicia. Amenazó con el castigo de pocos a muchos, y con el premio de algunos cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas a la persona, pero no a la dignidad real. Vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre dellos. Antes aventuró el estado que el decoro. Ni le ensoberbeció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa. En aquélla se prevenía para ésta, y en ésta se industriaba para volver a aquélla. Sirvióse del tiempo, no el tiempo dél. Obedeció a la necesidad y se valió della, reduciéndola a su conveniencia. Se hizo amar y temer. Fué fácil en las audiencias. Oía para saber y preguntaba para ser informado. No se fiaba de sus enemigos y se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia; su parentesco razón de estado; su confianza cuidadosa; su difidencia advertida; su cautela conocimiento; su recelo circunspección; su malicia defensa; y su disimulación reparo. No engañaba; pero se engañaban otros en lo equívoco de sus palabras y tratados; haciéndolos de suerte (cuando convenía vencer la malicia con la advertencia) que pudiese desempeñarse sin faltar a la fe publica. Ni a su majestad se atrevió la mentira, ni a su conocimiento propio la linsonja. Se valió, sin valimiento, de sus ministros. Dellos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí, no fiaba de otros. Consultaba despacio y ejecutaba de

prisa. En sus resoluciones antes se veían los efectos que las causas. Encubría a sus embajadores sus designios, cuando quería que, engañados, persuadiesen mejor lo contrario. Supo gobernar a medias con la reina y obedecer a su yerno. Impuso tributos para la necesidad, no para la codicia o el lujo. Lo que quitó a las iglesias obligado de la necesidad, restituyó cuando se vió sin ella. Respetó la jurisdicción eclesiástica y conservó la real. No tuvo corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templanza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Ni afectó ésta, ni rehusó aquella. Lo que ocupó el pie, mantuvo el brazo y el ingenio, quedando mas poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas. Lo que pudo vencer con el arte, no remitió a la espada. Ponía en ésta la ostentación de su grandeza, y su gala en lo feroz de los escuadrones. En las guerras dentro de su reino se halló siempre presente. Obraba lo mismo que ordenaba. Se confederaba para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos y murió para sí, quedando presente en la memoria de los hombres, para ejemplo de los príncipes, y eterno en el deseo de sus reinos. (Empresa 101.)

QUEVEDO.

DE LOS «SUEÑOS».

EXPECTACIÓN DEL JUICIO.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos y enojado para los otros; el sol y las estrellas colgando de su boca; el viento tullido y mudo; el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos los hombres. Algunos amenazaban al que les enseñó, con su mal ejemplo, peores costumbres. Todos, en general, pensativos: los piadosos, en qué gracias le darían, cómo rogarían por sí; y los malos en dar disculpas. (Sueño de las calaveras.)

EL AVARO DISCULPÁNDOSE.

Llegó un avariento a la puerta y fué preguntado qué quería, diciendole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los había guardado; y él dijo que, en cosas de guardar, era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: «Amar a Dios sobre todas las cosas» y dijo que él solo aguardaba a tenerlas todas, para amar a Dios sobre ellas. «No jurar» — dijo que, aun jurando falsamente, siempre había sido por muy grande interés; y que así no había sido en vano. «Guardar las fiestas» — éstas y aun los días de trabajo, guardaba y escondía. «Honrar padre y madre» — siempre les quité el sombrero. «No matar» — por guardar esto, no comía, por ser matar la hambre comer. «De mujeres» — en cosas que cuestan dineros, ya está dicho. «No

levantar falso testimonio». «Aquí», dijo un verdugo, «es el negocio, avariento: que, si confiesas haberle levantado, te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás a ti mismo.» Enfadóse el avariento y dijo: «Si no he de entrar, no gastemos tiempo» — que hasta aquello rehusó de gastar. Convencióse con su vida, y fue llevado adonde merecía. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fue de manera el ánimo que tomaron los escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Judas — viendo salvar ladrones — que entraron de golpe a ser sentenciados; de que les tomó a los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron a esforzarse y a llamar abogados. . . .

Estaba engordando la mentira a puros enredos; y vi a Judas y a Mahoma y a Lutero recatar desta vecindad: el uno la bolsa y el otro el zancarrón. Lutero decía: «Lo mismo hago yo escribiendo.» . . .

En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma y Martín Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Judas; Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto que dijo en altas voces: «Señor, yo soy Judas, y bien conocéis vos que soy mucho mejor que éstos, porque si os vendí, remedié al mundo, y éstos, vendiéndose a sí y a vos, lo han destruído todo.»

(Ibid.)

EL ALGUACIL-DIABLO.

Se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana. Por lo cual, si queréis acertarme, debéis llamarme a mí demonio enalguacilado, y no a éste alguacil endemoniado; y avenísos mejor los hombres con nosotros que con ellos; si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio; pues, bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran al parecer con más ahinco, porque ellos lo han menester para su sustento y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal a hombres como ellos y a los de su genero, y nosotros no. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser como Dios, y los alguaciles son alguaciles por querer ser menos que todos. Persuádete que alguaciles y nosotros somos de una profesión: sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes, y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno. — Admiráronme las sutilezas del diablo; enojóse Calabrés, revolvió sus conjuros, quísole enmudecer, y no pudo, y al echarle agua bendita, comenzó a huir y a dar voces diciendo: «Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua: no hay cosa que tanto aborrezca.» (El alguacil alguacilado.)

LA JUSTICIA DESTERRADA.

«¿Luego algunos jueces hay allá?»

«¡Pues no!» dijo el espíritu. «Los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados y la simiente que más provecho y fruto nos da a los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales, de cada oficial treinta alguaciles, de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro.»

«¿También querrás decir que no hay justicia en la tierra, rebelde a los dioses?»

«Y ¡cómo que no hay justicia! Pues ¿no has sabido lo de Astrea, que es la justicia, cuando huyendo de la tierra se subió al cielo? Pues, por si no lo sabes, te lo quiero contar.

«Vinieron la verdad y la justicia a la tierra. La una no halló comodidad, por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

«La justicia, desacomodada, anduvo por la tierra, rogando a todos, y viendo que no hacían caso della y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse huyendo al cielo. Salióse de las grandes ciudades y cortes, y fuése a las aldeas de villanos, donde por algunos días, escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad, hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entonces de todo punto y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era; y ella, que no sabe mentir, decía que la justicia. Respondíanle todos: 'Justicia, y no por mi casa: vaya por otra.' Y así no entraba en ninguna. Subióse al cielo y apenas dejó acá pisadas.» (Ibid.)

NO VAN LOS POBRES AL INFIERNO.

«Querría saber si hay en el infierno muchos pobres.» — «¿Qué es pobres?» replicó. — «El hombre», dije yo, «que no tiene nada de cuanto tiene el mundo.» — «Hablara yo para mañana», dijo el diablo: «si lo que condena a los hombres, es lo que tienen del mundo, y ésos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espantéis, porque aun diablos les faltan a los pobres; y a veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulador, como un envidioso, como un amigo falso y como una mala compañía? Pues todos éstos le faltan al pobre; que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo ni bueno, ni le acompaña nadie. ¡Éstos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor!» (Ibid.)

ABORRECEN LOS DIABLOS A LOS ALGUACILES.

«Y los alguaciles malos ¿no estan en el infierno?» — «Ninguno esta en el infierno», dijo el demonio. — «¿Cómo puede ser, si se condenan algunos malos entre muchos buenos que hay?» — «Dígoos que no estan en el infierno porque en cada alguacil malo, aun en vida, esta todo el infierno en el.» Santigüéme y dije: «¡Brava cosa es lo mal que los queréis los diablos a los alguaciles!» — «¿No los habemos de querer mal, pues, segun son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir a hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios y que ha de venir Lucifer a ahorrarse de diablos y despedirnos a nosotros por recibirlos a ellos?» (Las zahurdas.)

FUGACIDAD DEL TIEMPO.

¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejas pasar hurtado de la hora, que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué, volverá, cuando lo hayas menester, si lo llamares? Dime: ¿has visto algunas pisadas de los días? No por cierto; que ellos sólo vuelven la cabeza a reirse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábete que la muerte y ellos están eslabonados y en una cadena; y que, cuando más caminan los dias que van delante de ti, tiran hacia ti y te acercan a la muerte; que quizá la aguardas y es ya llegada, y, según vives, antes será pasada que creída. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo della como si no la hubiese; que éste la viene a temer, cuando la padece, y, embarazado con el temor, ni halla remedio a la vida ni consuelo a su fin. Cuerdo es solo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir. (Mundo por de dentro.)

VENECIA MALVADA.

«Dime: ¿hay todavía Venecia en el mundo?» — «Sí, la hay», dije yo: «no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.» — «¡Oh! doila al diablo», dijo el nigromántico, «por vengarme del mismo diablo; que no sé que pueda darla a nadie sino por hacerle mal. Es república ésa que, mientras que no tuviere conciencia, durará; porque si restituye lo ajeno, no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la honestidad en el fuego; y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra. El turco los permite por hacer mal a los cristianos; los cristianos por hacer mal a los turcos; y ellos, por poder hacer mal a unos y otros, no son moros ni cristianos. Y así dijo uno dellos mis-

mos en una ocasión de guerra, para animar a los suyos contra los cristianos: Ea, que antes fuisteis venecianos que cristianos.»

(Visita de los chistes.)

EL MANICOMIO. DIVERSOS TIPOS DE EROTÓMANOS.

Vi en medio del prado un maravilloso edificio, con una gran portada de fábrica dórica y de excelente artífice labrada. En los pedestales, en las basas, columnas, cornisas, capiteles, arquitrabes, frisos y demás partes de que se componía la fachada, estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos hacían historia y ornato, y representaban misterio.

Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veían con letras de oro tallados estos versos:

Casa de locos de amor,
do al que más sabe de amar,
se le da mejor lugar.

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componía, la hacían vistosa mucho. Era bien capaz y estaban sus puertas abiertas siempre a todos los que por ellas querían entrar, que eran infinitos. Hacía oficio de portero una mujer de rara hermosura. Su rostro era celestial y hechizo de los hombres; su talle airoso, y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosísimas telas y joyas. Tal, al fin, era toda, que convidaba a amar, y decía su nombre, que era Belleza. A ninguno negaba el paso, ni la pedía ninguno más licencia que mirarla.

Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia, me entré también al primer patio, donde hallé infinidad de gente, y a todos tan trocados de lo que antes fueron — y a mí con ellos — que apenas unos a otros se conocían: los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados, pensativos y amarillos.

Allí no se guardaba fe a los amigos, lealtad a los señores ni respeto a los parientes. Las primas se hacían terceras y éstas primas; las criadas señoras, y los señores, criados. . . .

Esto estaba yo contemplando, cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oídos y al parecer astuto. Porque no me ganara por la mano, le quise preguntar primero yo quién era y qué hacía allí. A ambas cosas me respondió así: «Mi nombre es Celos, y muy bien me conocéis vos, porque, a no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero y sirvo de castigarlos, no de curarlos; que antes suelo acrecentarles el mal. Si queréis saber más de las cosas desta casa, no me lo preguntéis a mí, que, por milagro, digo verdad; porque dejo de ser quien soy, en diciéndola. Soy gran invencionero y contaros he mil mentiras. . . .

No estaban los locos en cuartos diferentes, porque las acciones de cada uno decían, a quien atentamente los mirase, su inclinación, su tema y su locura. ¡Cuántos vi muy galanes y sin camisa! ¡Cuántos con caballos para pasear y sin un cuarto para comer! ¡Cuántos que no tenían pan, y los tentaba la carne! Uno iba a un discreto a que le notase los papeles, y otro le notaba que era un gran majadero. Otro quería enamorar por lindo, muy preciado de tufos y guedejas, manos blancas y pies chicos, siendo un lucifer en la cara y un escuerzo en el talle, sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. Otro, por lo valiente — gran personaje del trago y de la tabaquera —; no considerando que las más son medrosas. Unos vi que salían de noche a no más que a salir de noche, y otros que se enamoraban porque veían a otros enamorados. Éste iba a todas las fiestas a enamorarse, haciéndolas días de trabajo, y aquél andaba de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder coger nunca la dama. Unos decían más que sentían, y otros sentían y no decían palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima y les aconsejara yo que se enamoraran de unos adivinos; mas, como los locos nunca oyen, no les dije nada. Los desvanecidos se enamoraban de personas tan altas que nunca las alcanzaban. Destos hay muchos en palacio, galanes obligados a enamorar las mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles y cual o cual faltilla personal que se les ve a tiro de arcabuz. Los desconfiados — gente de juicio y seso y por la mayor parte necesitados — se pagaban de mujeres tan bajas que los dejaban alcanzados.

(Casa de locos de amor.)

Romances.

DICHA DE ADÁN.

Padre Adán, no lloréis duelos,
Dejad, buen viejo, el llorar,
pues que fuisteis en la tierra
el más dichoso mortal.
De la variedad del mundo
entrastes vos a gozar,
sin sastres ni mercaderes,
plaga que trajo otra edad.
Para daros compañía
quiso el Señor aguardar
hasta que llegó la hora
que sentistes soledad.
Costóos la mujer que os dieron
una costilla, y acá
todos los huesos nos cuestan,
aunque ellas nos ponen más.
Dormistes, y una mujer
hallastes al despertar;
y hoy, en durmiendo un marido,
halla a su lado otro Adán.
Un higo sólo os vedaron,
sea manzana, si gustáis;
que yo, para comer una,
Dios me lo había de mandar.
Tuvistes mujer sin madre:
¡Grande suerte y de envidiar!
Gozastes mundo sin viejas,
ni suegrecita inmortal.
Si os quejáis de la serpiente,
que os hizo a entrambos mascar,
¡cuánto es mejor la culebra
que la suegra, preguntad!
La culebra, por lo menos,
os da a los dos que comáis;
si suegra fuera, os comiera
a los dos, y más y más.
Si Eva tuviera madre,
como tuvo a Satanás,
comiérase el paraíso,
no de un pero la mitad.

Las culebras mucho saben;
mas una suegra infernal
más sabe que las culebras:
así lo dice el refrán.
Llegaos a que aconsejara
suegra de este temporal
comer un bocado solo,
aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
que anda en ayunas lo más;
que las suegras, de un almuerzo
la tierra engullen y el mar.

¡Señor Adán! menos quejas
y dejad el lamentar;
sabé estimar la culebra
y no la tratéis tan mal.
Y si gustáis de trocarla
a suegras, de este lugar,
ved lo que queréis encima;
que mil os la tomarán. —
Esto dijo un ensuegrado
llevándole a conjurar,
para salir de la suegra,
un cura y un sacristán.

EL CARACOL.

Riéndose está el ratón
en el umbral de su cueva,
del caracol ganapán,
que va con su casa a cuestas.
Y viendo cómo arrastrando,
por su corcova la lleva,
muy camello de poquito,
le dijo de esta manera:
«Dime, cornudo, vecino
de un cuerno, en que te hospedas,
¿qué callo de pie trazó
una alcoba tan estrecha?
Tú vives emparedado
sin castigo o penitencia,
y hecho chirrión de tu casa,
la mudas y la trasiegas.
Vestirse de un edificio
invención de sastre es nueva:
tú, albañil enjerto en sastre,
te vistes y te aposentas.
El vivir un lobanillo,
es de podre y de materia;
y nunca salir de casa,
de persona muy enferma.
Verruga andante pareces
que ha producido la tierra,
muy preciado de que solo
tú todo un palacio llevas.
Si te viniese algún huésped,
¿qué aposento le aparejas,
tú, que en la mano de un gato,
por no admitirle, te encierras?
Yo te llevaré a la corte [1],
en donde no te defienda
de tercera parte o huésped
tu casilla tan estrecha.

¿No te fuera más descanso
andarte por estas selvas
y en estos agujerillos
tener tu cama y tu mesa?
Riéndose están de ti
los lagartos en las peñas,
los pájaros en los nidos,
las ranas en las acequias.
Si esa casa es tu mortaja,
¡de buena cosa te precias,
pues vives en ataúd,
donde es forzoso que mueras!
De una fábrica presumes
que Vitruvio no la entienda;
y si vale un caracol [2],
en dos ninguno la precia.
Y citar puedo a Vitruvio,
porque soy ratón de letras,
que en casa de un arquitecto
comí a Vignola una nesga.
Sacar los cuernos al sol
ningún marido lo aprueba,
aunque de ellos coma, y tú
muy en ayunas los muestras.
Dirás que me caza el gato
con todas estas arengas;
y ¿a ti no te echan la uña
los viernes y las cuaresmas?
¿No te guisan y te comen
entre abadejo y lentejas?
¿Y hay, después de estar guisado,
alfiler que no te prenda? [3]
Pero de matraca baste,
que yo espero gran respuesta;
y aunque soy más cortesano,
me he de correr más apriesa.»

---

[1] Madrid. Ofrecieron los propietarios madrileños sus casas a ciertos empleados de palacio a fin de conseguir se trasladase la corte a su ciudad.
[2] = comino.
[3] Para sacarlos de la concha.

HURTADO DE MENDOZA.

DEL «LAZARILLO DE TORMES».

TRATADO V.

Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.

En el quinto por mi ventura di, que fué un buldero el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamás yo vi, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sutiles invenciones. En entrando en los lugares do habían de presentar la bulla, primero presentaba a los clérigos o curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana si era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses a tomar la bulla; ofreciéndosele a él las gracias, informábase de la suficiencia dellos; si decían que entendían, no hablaba palabra en latín por no dar tropezón, mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, hacíase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latín, a lo menos que lo parecía aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bullas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo. Y otras veces con mañosos artificios, y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos o tres días haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bulla, ni a mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana despedir la bulla. Y esa noche, después de cenar, pusiéronse a jugar la colación él y el alguacil, y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladrón, y el otro a él falsario: sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano a su espada que en la cinta tenía: al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar; mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo a mi amo que era falsario, y las bullas que predicaba eran falsas; finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada a otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado, y después

que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué a la iglesia, y mandó tañer a misa y al sermón para despedir la bulla. Y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bullas diciendo, como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo había descubierto. De manera que atrás que tenían mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermón, y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien y indulgencia como la santa bulla traía. Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la iglesia el alguacil, y desque hizo oración, levantóse, y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó a decir: «Buenos hombres, oidme una palabra, que después oiréis a quien quisierdes. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia, y agora visto el daño que haría a mi conciencia y a vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bullas que predica son falsas, y que no le creáis ni las toméis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo; y si en algún tiempo éste fuese castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos, como yo no soy con él, ni le doy a ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad.» Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar al alguacil fuera de la iglesia por evitar escándalo; mas mi amo fué a la mano y mandó a todos que so pena de excomunión no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese: y así él también tuvo silencio mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho. Como calló, mi amo le preguntó que si quería decir más que lo dijese. El alguacil dijo: «Harto más hay que decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta.» El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo, dijo así: «Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible, tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado; en lo que mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones; no mires aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a ti hecha, te suplico, y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí, que tal vez pensó tomar aquesta santa bulla, dando crédito a las falsas palabras de aquel hombre lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea desta manera: que si es verdad lo que aquél dice, y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo, y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquél, persuadido del demonio (por quitar y privar a los que están presentes de tan gran bien), dice maldad, también sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó a bramar y echar espumajos por la boca, y torcella y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo a una parte y a otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos a otros; algunos estaban espantados y temerosos; unos decían: El Señor le socorra y valga; otros: Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio. Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin harto temor, se llegaron y trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas a los que cerca dél estaban; otros le tiraban por las piernas, y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase. Y así le tuvieron un gran rato, porque más de quince hombres estaban sobre él, y a todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos. A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que él plantó, y ruido y voces que en la iglesia había no eran parte para apartalle de su divina contemplación. Aquellos buenos hombres llegaron a él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer a aquel pobre, que estaba muriendo, y que no mirase a las cosas pasadas, ni a sus dichos malos, pues ya dellos tenía el pago; mas si en algo podía aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el Señor no alargó el castigo. El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y a todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo: «Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y su Majestad perdone a este que le ofendió poniendo en su santa fe obstáculo; vamos todos a suplicalle.» Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen a nuestro Señor tuviese por bien perdonar a aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si su Majestad había permitido que por su pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban a cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos que casi nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar a toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasión de predicador y auditorio devoto, suplicando a nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la

muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados; y esto hecho mandó traer la bulla, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco a poco a estar mejor y a tornar en sí, y desque fue bien vuelto en su acuerdo, echóse a los pies del señor comisario, y demandándole perdón, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer a él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bulla. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos, y a tomar la bulla hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella, marido y mujer, y hijos, y hijas, mozos y mozas. Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando a ellos llegábamos no era menester sermón ni ir a la iglesia, que a la posada la venían a tomar como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que en diez o doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bullas sin predicar sermón.

Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado, que también fui dello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso y inventivo de mi amo, y aunque muchacho cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: «¡Cuántas déstas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!» Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas.

VICENTE ESPINEL.

DEL «ESCUDERO MARCOS DE OBREGÓN».

MARCOS A DOÑA MERGELINA.

Yo le decía: «Mire, señora, que, ya que no responda bien, a lo menos tiene obligación de callar como mujer principal; que en el silencio no puede haber que notar.» — «No soy yo mujer», decía ella, «a quien nadie ha de perder el respeto.» Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía: «Y él hermoso majadero.» Díjole un día un mozalbillo no de mal talle: «Así se me tornen las pulgas en la cama.» Al cual muy de propósito respondió: «Debe dormir en alguna zahurda el lechón.»

Era tan descortés y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis reprensiones. A cierto clérigo de San Andrés, pequeño de cuerpo y grande de ánimo, conocido mío, que yendo muy pulido con una sobrepelliz muy blanca, porque le dijo que no se saliese de casa a hacer el oficio de la muerte, le replicó: «¿También habla el escarabajo hinchado?» Que, con aquel sacudimiento, tenía

mucho donaire y gusto en cualquiera materia. Yo, entre muchas veces que la reprendí su vanidad, me arrojé una a decirle todo lo que me pareció, que, aunque ella estaba confiada en su buen parecer, quise ver si podía enmendalla con el mío, y le dije: «Vuesa merced usa de su hermosura lo peor del mundo, porque, pudiendo ser querida y loada de cuantos andan en él, quiere ser aborrecida de todos. Quien dice hermosura, dice apacibilidad, dulzura, suavidad de condición y trato, y mezclándola con soberbia y desapacibilidad, se viene a convertir en odio lo que había de ser amor. Que un don tan excelente como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razón que tenga alguna correspondencia con el ánimo. Que si no parece lo uno a lo otro, arguye mal entendimiento o poco agradecimiento a la merced que Dios hace a quien lo da. Hermosura con mala condición es una fuente clarísima que tiene por guarda una víbora, y es sobrescrito y carta de recomendación que, en abriéndola, tiene un demonio dentro. ¿Hay en el mundo quien quiera ser aborrecido? ¿Hay quien quiera ser estimado en poco? No por cierto. Pues quien tiene consigo porque le amen y estimen, ¿por qué quiere que le aborrezcan y menosprecien? ¿Es por fuerza que la hermosura ha de estar acompañada con vanidad, desdorada con ignorancia y conservada con locura? . . . ¿Qué hermosura se ha visto que no se estrague con el tiempo? ¿Qué vanidad que no venga a dar en mil bajíos? ¿Qué estimación propia que no padezca mil azares? Cierto que fuera bien que, como hay para las mujeres maestros de danzar y bailar, los hubiese también de desengaño. . . . Mire no la castigue su presunción y demasiada estimación de su persona.»

(Relación I, descanso 2.)

MARCOS Y DOÑA MERGELINA.

«¿No queréis que sienta ofensa hecha a un corderillo como éste, a una paloma sin hiel, a un mocito tan humilde y apacible que aun quejarse no sabe de una cosa tan mal hecha? Cierto que quisiera ser hombre en este punto, para vengarle, y luego mujer, para regalarle y acariciarle.»

«Señora», le dije yo, «¿qué novedad es ésta? ¿Qué mudanza de rigor en blandura? ¿De cuándo acá piadosa? ¿De cuándo acá sensible? ¿De cuándo acá blanda y amorosa?»

«Desde que vos», respondió ella, «venisteis a mi casa, que trujisteis este veneno envuelto en una guitarra; desde que me reprendisteis mis desdenes; desde que, viendo mi bronca y áspera condición, quise ver si podía quedar en un medio lícito y honesto, he venido de un extremo a otro: de áspera y desdeñosa a mansa y amorosa; de desamorada y tibia, a tierna de corazón; de sacudida y soberbia, a humilde y apacible; de altiva y desvanecida, a rendida y sujeta.»

«¡Oh pobre de mí!» dije yo, que ahora me quedaba por llevar una carga tan pesada como ésta. «¿Qué culpa puedo yo tener en sus ac-

cidentes de vuesa merced o qué parte en sus inclinaciones? ¿Hay quien sea superior en voluntades ajenas? ¿Hay quien pueda ser profeta en las cosas que han de suceder a los gustos y apetitos? Pero, pues por mí comenzó la culpa, por mí se atajará el daño, porque no venga a ser mayor, con hacer que él no vuelva más a esta casa o irme yo a otra; que, si con la ocasión creció lo que yo no pude pensar, con atajarla tornarán las cosas a su principio.»

«No lo digo», dijo ella, «por tanto, padre de mi alma: que la culpa yo la tengo (si hay culpa en los actos de voluntad). No os enojéis por mis inadvertencias, que estoy en tiempo de hacer y decir muchas. Antes os admirad de las pocas que viéredes y oyéredes en mí. Ni hagáis lo que habéis dicho, si queréis mi vida como queréis mi honra. Porque estoy en tiempo que con poca más contradicción haré algún borrón que tizne mi reputación y la deje más negra que mi ventura. No estoy para que me desamparéis ni para admitir reprensión, sino para pedir socorro y ayuda. Bien me decíades vos que mi presunción y vanidad habían de caer de su trono. Cuanto me podéis repetir y traer a la memoria, yo lo doy por dicho y lo confieso. Favorecedme, y no me desamparéis en esta ocasión, y no me matéis con decir que os iréis de esta casa.»

Y con esto y otras cosas que dijo, lloró tan tiernamente, cubriendo el rostro con un lienzo, que por poco fuera menester quien nos consolara a entrambos. Y si fué grande la reprensión que le dí por soberbia, mayor fué el consuelo que le dí por afligida. Mas, animándome en lo que era más razón, acudiendo a mi obligación, a su consuelo y honra de su casa, le dije con la mayor demostración que pude:

«¿Es posible que en tan extraordinaria condición ha podido caber tanta mudanza, y que por ojos tan llenos de hermosura y desdenes hayan salido tan piadosas lágrimas, y que por mejillas tan recatadas haya corrido un licor tan precioso, que siendo bastante a enternecer las entrañas de Dios, se haya derramado y echado a mal por un miserable hombre; y ya que se había de precipitar, y arrojarse, y desdecir de si propia, no hiciera elección de una persona de muchas partes y merecimientos? Ya que se rinda quien no podía ser rendida, ¿había de ser a una sabandija tan desventurada? Que se rinda la hermosura a la fealdad, la limpieza a la inmundicia y asquerosidad, no sé qué me diga de tal elección y tan abominable gusto.»

«Oh ¡cuán engañados», dijo ella, «están los hombres en pensar que las mujeres se enamoran por elección, ni por gentileza de cuerpo o hermosura de rostro, ni por más o menos partes, grandeza de linaje, soberbia de estado, abundancia de riqueza — trato de lo que verdaderamente es amor. Pues, para que se desengañen, sepan que en las mujeres el amor es una voluntad continuada que de la vista crece y con la comunicación se cría y conserva, sin hacer elección déste ni de aquél. Y la que no se guardare desto, caerá sin duda. Desta

continuación ha nacido mi llama, y con ella se ha criado hasta ser tan grande, que me tiene ciegos los ojos para ver otra cosa, y las orejas cerradas para admitir reprensión, y la voluntad incapaz de recibir otro sello. Y cuanto mas lo deshacéis y aniquiláis, tanto más se enciende la voluntad y el deseo. ¿Por ventura los barberos son de diferente metal que los demas hombres, para que aniquiléis un oficio que tanta merced hace a los hombres en tornallos de viejos, mozos? ¿Llamáisle sarnoso por unas rascadurillas que tiene en las muñecas, que parecen hojas de clavel? ¿No echáis de ver aquella honestidad de rostro, la humildad de sus ojos, la gracia con que mueve aquella voz y garganta? No me le deshagáis, ni reprendais mi gusto, que no está para contradecillo, ni para rechazallo.»

«¡Ojalá», dije yo, «fuera pelota! que yo la chazara y rechazara. — Pero, pues ha llegado a tan estrecho paso, haré con vuesa merced lo que con mis amigos: que es, en la elección, aconsejarles lo mejor que sé y en la determinación, ayudarles lo mejor que puedo.»

Dijele esto por no desconsolarla, hasta que, poco a poco, fuese perdiendo el cariño que pudiera traer la ofensa de Dios. (Descanso 2, fin.)

MARCOS DELANTE DE MÁLAGA.

Habiendo descansado aquella noche lo que parecía que bastaba para los trabajos de mi macho, fuí a rogarle que se animase; y gruñendo alzó la pata, y al mismo tiempo dile un palo con que se le acordó el trabajo pasado. Sosegóse luego, y echéle la silla; caminé a Benamejí, que estaba muy cerca. Y aunque quise pasar sin que me viese el señor de Benamejí, el bellaco del macho se arrojó en su casa, y fué forzoso descansar allí un rato. Al fin, por abreviar el cuento, llegué a Málaga, o, por mejor decir, paréme a vista della en un alto que llaman la cuesta de Zambara. Fué tan grande el consuelo que recibí de la vista della, y la fragancia que traía el viento, regalándose por aquellas maravillosas huertas, llenas de todas especies de naranjos y limones, llenas de azahar todo el año, que me pareció ver un pedazo de paraíso. Porque no hay en toda la redondez de aquel horizonte cosa que no deleite los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista de mar y tierra, llena de tanta diversidad de árboles hermosísimos como se hallan en todas las partes que producen semejantes plantas; con la vista del sitio y edificios, así de casas particulares como de templos excelentísimos, especialmente la iglesia mayor, que no se conoce más alegre templo en todo lo descubierto. A los oídos deleita con grande admiración la abundancia de los pajarillos, que, imitándose unos a otros, no cesan en todo el día y la noche su dulcísima armonía, con un arte sin arte; que como no tienen consonancia ni disonancia, es una confusión dulcísima que mueve a contemplación del universal Hacedor de todas las cosas. Los mantenimientos, abundantes y substanciosos para el gusto y la salud. (Cap. XVII.)

AGUSTÍN DE ROJAS.

DEL «VIAJE ENTRETENIDO».

. . . .

Los campos de Manzanares
saben quién son mis abuelos;
cuya apacible ribera
conoce mi nacimiento.

Las sombras de sus alisos
ni las sombras de sus cedros
no se acuerdan, porque entonces
me vieron dorados techos.

Yo, aunque de la gran nobleza
de mis padres estoy lejos,
cualquiera que me conoce
me dice que los parezco.

No digo que esto es verdad;
mas con ella decir puedo,
si serlo el deseo arguye,
que son nobles mis deseos.

Es oficio de pastor,
pastora hermosa, el que tengo;
el más feliz de la tierra
y el que más parece al cielo.

Tiene el año doce meses,
y el mes treinta días enteros,
veinticuatro horas el día,
que a mi gusto se las cuento.

Levántome de mañana,
y al alba, que está riendo,
la saludo, acompañando
a los pintados jilgueros.

Llamo entonces mi familia,
que, habiendo vencido el sueño,
sin pereza y sin cuidado
deja el apacible lecho.

Después de estar en pie todos
es de mirar el contento
que alrededor de la lumbre
tienen al sol del torrezno.

Y en habiendo reforzado
las fuerzas con el almuerzo,
acuden a su ejercicio
más que los rayos ligeros.

Unos ponen con presteza
al arado el corvo hierro,
otros al buey perezoso
uncen con el compañero.

Van al campo a sus trabajos
a pagar el grave censo
que puso Dios por sus culpas
a nuestros padres primeros.

Y después de haber medido
los campos y los oteros,
vuelven el ganado a casa
con los veladores perros.

El labrador da a sus bueyes
con francas manos el heno;
que aun hasta en los animales
se sigue al trabajo el premio.

Pero el pastor codicioso
coge al tierno corderuelo
y a la madre se le pone,
que bala por darle el pecho.

Y a la cabra, que codicia
el recién nacido hijuelo,
saca el cabrito que en casa
se quedó por ser tan tierno.

Éste es todo su cuidado;
después, de todos ajenos,
más contentos que los reyes
ponen a la mesa cerco.

Para vencer a la hambre,
que es el contrario más recio,
no faltan dulces manjares,
sin envidiar a los cetros.

La manteca regalada
ocupa el primer asiento,
que en vez de azúcar la comen
con panal reciente y fresco.

Y cuando de su dulzura
están harto satisfechos,
tienen, como le desean,
el tierno y grueso carnero.

De los mejores del hato
cogen un cabrito grueso,
y, sin reparar en gastos,
le comen, cuando es su tiempo.

Cuando viene el San Martín,
de los más cebados puercos
rechinan los chicharrones
y trasciende el entrecuesto.

. . . .

Y si para hartar la sed
no bastan los arroyuelos,
en casa del mayoral
no les falta el vino añejo.

Ésta es la vida que paso,
señora, y la que te ofrezco
por víctima y por primicias
de nuestro dulce himeneo.

GINÉS PÉREZ DE HITA.

DE LAS «GUERRAS CIVILES DE GRANADA».

EL MAESTRE DE CALATRAVA.

(Abenámar tiene)
Por arrimo su albornoz
y por alfombra su adarga,
la lanza llana en el suelo,
que es mucho allanar su lanza.
¡Ay Dios! ¡qué buen caballero
es el maestre de Caltrava,
y cuán bien corre los moros
por la vega de Granada
desde la fuente del Pino
hasta la Sierra Nevada;
y en esas puertas de Elvira
mete el puñal y la lanza;
las puertas eran de hierro:
de parte a parte las pasa.

ZAIDE Y ZAIDA.

Por la calle de su dama
paseándose anda Zaide,
aguardando que sea hora
que se asome para hablarle.
Desesperado anda el moro
en ver que tanto se tarde;
que piensa con sólo verla
aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir a un balcón
más bella que cuando sale
la luna en la obscura noche
y el sol en sus tempestades.

ZAIDE A ZAIDA [1].

Lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré a la mar,
pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
mis lágrimas sentimiento,
tanto que de su tormento
dieron unas y otras señas.
Y pues ellas no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré a la mar,
pues que de la mar salieron.

ZAIDA A ZAIDE.

Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle,
ni hables con mis criadas,
ni con mis cautivos trates.
No preguntes en qué entiendo,
ni quien viene a visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber mirado
moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
que hiendes, rajas y partes,
y que has muerto más cristianos
que tienes gotas de sangre.
Que eres gallardo jinete,
que danzas, cantas y tañes,
gentil hombre bien criado
cuanto puede imaginarse.
Blanco y rubio por extremo,
esclarecido en linaje,
el gallo de las bravatas
la gala de los donaires.
Que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte,
y que, si nacieras mudo,
fuera posible adorarte.
Y por este inconveniente
determino de dejarte,
que eres pródigo de lengua
y amargan tus libertades.
Habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte,
un alcázar en el pecho
y en los labios un alcaide.
Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que hiendan y que desgarren.
Y con esto, Zaide amigo,
si algún banquete las haces,
del plato de tus favores
quieres que coman y callen.
Costoso fué el que me hiciste;
venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras,
como supiste obligarme.
Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe,
cuando hiciste de la tuya
y de mi desdicha alarde.
A un morillo mal nacido
me dijeron que enseñaste

[1] A la cual ha conocido en el mar.

la trenza de mis cabellos
que te puse en el turbante.
No pido que me la des,
ni que tampoco la guardes;
mas quiero que entiendas, moro,
que en mi desgracia la traes.
También me certificaron
cómo le desafiaste
por las verdades que dijo;
que nunca fueran verdades.
De mala gana me río:
¡qué donoso disparate!
no guardas tú tu secreto,
¿y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa;
otra vez vuelvo a avisarte:
ésta será la postrera
que me veas y te hable. —
Dijo la discreta mora
al altivo abencerraje,
y al despedirse replica:
Quien tal hace, que tal pague.

ZAIDE A ZAIDA.

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que mire y que calle?
No des crédito a mujeres
ni a mal fundadas verdades.
Que si pregunto en qué entiendes
o quién viene a visitarte,
fiestas son de mi contento
las colores que te salen.
Si dices, son por mi causa,
consuélate con mis males,
que mil veces con mis ojos
tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida
de que Zaide poco sabe,
no supe poco, pues supe
conocerte y adorarte.
Conoces que soy valiente
y tengo otras muchas partes;
no las tengo, pues no puedo
de una mentira vengarme.
Mas, si ha querido mi suerte
que ya en quererme te canses,
no pongas inconvenientes
más de que quieres dejarme.
No entendí que eras mujer
a quien novedad aplace;
mas son tales mis descuidos
que aun en lo imposible hacen.
Yo soy quien pierdo en perderte,
y gano mucho en amarte,
y aunque hables en mi ofensa,
no dejaré de adorarte.
Dices que, si fuera mudo,
fuera posible adorarme;
si en mi daño no lo he sido,
enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Que no te hable me mandas,
para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
de tormentos inmortales;
mi boca la del silencio
que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
es de hombres principales;
mas el hacer disfavores
sólo pertenece a infames.
Zaida cruel, hasme dicho
que no supe conservarte;
mejor supe yo quererte
que tú supiste obligarme.
Mienten los moros y moras
y miente el villano Tarfe,
que, si yo le amenazara,
bastara para matarle.
Ese perro mal nacido
a quien yo mostré el turbante,
no le fío yo secretos,
que en bajo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida
y he de escribir con su sangre
lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hace, que tal pague.

FIESTAS.

Llegado ya el celebrado día de la grandiosa fiesta, mandó el rey (de Granada) traer veinticuatro toros de los mejores que había en la sierra de Ronda, que eran allí muy bravos. Y puesta la plaza de Vivarrambla como verdaderamente convenía para tal fiesta, el rey, acompañado de muchos caballeros, ocupó los miradores reales, que para aquellas fiestas estaban diputados. La reina con muchas damas se puso en otros miradores con la misma orden que el rey.

Todos los ventanajes de las casas de Vivarrambla estaban ocupados de bellísimas damas. Acudió tanta gente, que no había sitio donde estuviesen, y vinieron muchos de fuera del reino, como fué de Toledo y de Sevilla, y la flor de los caballeros desta ciudad se hallaron en Granada a la fama de tan grandes fiestas.

Los caballeros abencerrajes andaban corriendo los toros con tanta gallardía y brío, que daban a todos mucho contento en mirarlos; y, en verlos hacer aquellas gentilezas, les daban mil alabanzas; y particularmente se llevaban tras de sí los ojos de todas las damas, porque eran tan favorecidos dellas que no se tenía por dama quien no amaba abencerraje. Y donde quiera que había caballeros deste linaje, eran tan tenidos, estimados y queridos de todos, que causaban envidia a los otros caballeros. Y con mucha razón eran queridos de las damas, porque todos ellos eran galanes y gentiles hombres, hermosos y dotados de discreción, y muy bien criados y de muchos respetos. Ninguno llegaba a cualquiera dellos con necesidad que no se la remediase, aunque fuese muy a su costa. Eran deshacedores de agravios, aquietadores de la república, padres de huérfanos, amigos por extremo de la conservación y obediencia a sus reyes debida. Eran muy amigos de cristianos, porque ellos mismos iban a las mazmorras a visitar a los cautivos, y los consolaban, daban limosnas y les enviaban de comer. Y por estas y otras muchas causas eran tan queridos de todo el reino. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy arduos. Daban tanto contento con su bizarría y nobleza, que las damas y toda la gente no apartaban su vista dellos. No menos galas llevaban los gallardos alabeces. Procuraron mostrar su valor los zegríes, porque alancearon ocho toros muy bien, sin recibir daño ningún zegrí ni los caballos.

A la una de la tarde ya estaban corridos doce toros, y el rey mandó tocar los clarines y dulzainas; que era señal para que todos los caballeros que habían de jugar, se juntasen en el mirador. Y juntos, muy gozoso el rey les hizo dar colación. Lo mismo hizo la reina a sus damas, las cuales tenían galas y trajes nunca vistos; a que daba más ser la hermosura de quien los tenía puestos. Llevó la reina una rica marlota de brocado, con muy ricas labores de oro y pedrería fina. Tenía un tocado muy costoso y encima de la frente una rosa encarnada y en medio de ella un carbunclo precioso. En volviendo el rostro la reina, era tanto el resplandor y claridad que echaba de sí el carbunclo, que quitaba la vista a quien lo miraba. La bella Daraja salió de azul, la marlota de damasco picada, forrada de tela de plata, que descubría por las picaduras la fineza de la tela; en el tocado dos plumas: una azul y otra blanca, divisa de los abencerrajes. Estábale muy bien la gala, por ser hermosa, que ninguna dama podía competir con ella.

. . . .

Serían las dos de la tarde, cuando los caballeros y damas acabaron de comer las colaciones y soltaron un toro de los más bravos que ha-

bía entre todos; que no seguía hombre a quien no volteaba; ni la ligereza de los caballos ni de las yeguas bastaba a escaparse de sus veloces cornadas. Era tanta su braveza y ligereza, que en breve espacio le desocuparon la plaza todos los de a pie, aunque contra su voluntad. Como vió su braveza el rey, dijo a los caballeros: «Bien será lancear ese toro.» Malique Alabez pidió licencia para hacer algún lance, y el rey se la dió. . . . Bajó de los miradores Alabez . . . dió vuelta a toda la plaza, y llegando al balcón donde estaba su señora Cobayda, hizo que se arrodillase el caballo y él humilló la cabeza, haciendo cortesía a su dama y a todas las demás que estaban allí. La dama enamorada de su Alabez, se levantó y le hizo el acatamiento. Él muy gozoso de haber visto a su querida señora, y tan favorecido, espoleó al caballo y partió más veloz que un rayo. Tanta era la ligereza del caballo que apenas se le veía en la carrera. El rey y los caballeros se holgaron de verle: a los zegríes les pesó, porque era mortal la envidia.

Era tanta la gritería de la gente que ponía grima, y era la causa que el toro había dado vuelta por toda la plaza, habiendo volteado y derribado mucha gente y muerto cinco o seis personas; y venía, como el viento, a donde estaba Alabez. Y como le vió venir, quiso hacer una gentileza, y fué que saltó del caballo y aguardó al toro con ánimo osado, el albornoz en la mano izquierda. Y, cuando bajó el toro la cabeza para hacer su golpe y darle un bote, le echó tan bien el albornoz delante de los ojos que dió gran contento a todos. Y asiéndole de ambos cuernos, le hizo estar quedo a su pesar, porque era grande la fuerza que tenía. El toro procuraba desasirse para matarle, y Alabez se defendía con el valor de su persona, aunque con mucho peligro. Y pareciéndole al valiente moro que duraba mucho aquella pelea, enojado y con cólera que tenía, le torció el pescuezo y con fuerza increíble le derribó en tierra como si fuera muy débil oveja. Y como lo vió en el suelo, se fué poco a poco, con semblante apacible, y sin poner el pie en el estribo saltó en su caballo, dejando al toro molido y tal que no se pudo levantar de allí; quedando todos muy admirados de su esfuerzo, valor y fortaleza invencible, dándole mil loores. El rey llamó a Alabez, y fué como si no hubiera hecho cosa alguna. (Cap. VI.)

JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, ALIAS ZOTES.

CAPÍTULO VI DEL LIBRO I.

En que se parte el capítulo quinto, porque ya va largo.

1. Pues con este cuidado que el maestro tenía de Gerundico, con la aplicación del niño y con su viveza e ingenio, que realmente le tenía, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia

fue, que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos, como el Cojo, que en todas las facultades le enseñaron mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular a todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamás hubo forma de quitársele, y aun que muchas veces encontró con sujetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el decurso de esta puntual historia), nunca fué posible apearle de su capricho: tanta impresión habían hecho en su ánimo los primeros disparates. El Cojo los inventaba cada día mayores; y habiendo leído en un libro que se intitula *Maestro del maestro de niños*, que este debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna, con pureza y con propiedad, por cuanto enseña la experiencia que la incongruidad, barbarismos y solecismos con que la hablan toda la vida muchos nacionales, dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas que se les pegan cuando niños, él hacía grandísimo estudio de enseñarlos a hablar bien la lengua castellana. Pero era el caso que él mismo no la podía hablar peor; porque, como era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir, así como había inventado extravagantísima ortografía, así también se le había puesto en la cabeza que podía inventar una lengua, no menos extravagante.

2. Mientras fué escribiente del notario de San Millán, había notado en varios procesos que se decía así: «cuarto testigo examinado, María Gavilán; octavo testigo examinado, Sebastiana Palomo.» Esto «le chocaba infinitamente»; porque decía que si los hombres eran testigos, las mujeres se habían de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexos y parecía romance de vizcaíno. De la misma manera no podía sufrir que el autor de la *Vida de Santa Catalina* dijese: «Catalina, sujeto de nuestra historia»; pareciéndole que Catalina y sujeto eran mala concordancia, pues venía a ser lo mismo que si dijera: «Catalina, el hombre de nuestra historia», siendo cosa averiguada que solamente los hombres se deben llamar *sujetos*, y las mujeres *sujetas*. — Pues ¿qué, cuando encontraba en un libro: «era una mujer no común, era un gigante»? Entonces perdía los estribos de la paciencia, y decía a sus chicos todo en cólera y furioso: «Ya no falta más sino que nos quiten las barbas y los calzones, y se los pongan a las mujeres. ¿Por qué no se dirá: Era una mujer no comuna, era una giganta?» Y por esta misma regla los enseñaba que nunca dijesen «el alma, el arte, el agua», sino «la alma, la arte, la agua», pues lo contrario era *ridicularia*, como dice el indigesto y docto Barbadiño.

3. Sobre todo estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la lengua castellana que comenzaban con *arre*, como «arrepentirse, arremangarse, arreglarse, arreo, etc., jurando y perjurando que no había de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España; porque era imposible que no los hubiesen introducido en ella algunos arrieros de

los que conducían el bagaje de los godos y de los árabes. Decía a sus niños que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros o de machos a las personas. Y a este propósito les contaba que yendo un Padre Maestro de cierta religión por Salamanca, y llevando por compañero a un frailecito irlandés, recien trasplantado de Irlanda, que aun no entendía bien nuestra lengua, encontraron en la calle del Río muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo: «arre, arre». Preguntó el irlandesillo al Padre Maestro qué quería decir *are,* pronunciando la *r* blandamente, como lo acustumbran los extranjeros. Respondióle el Maestro que aquello quería decir que anduviesen los burros adelante. A poco trecho después encontró el Maestro a un amigo suyo, con quien se paró a parlar en medio de la calle: la conversación iba algo larga; cansábase el irlandés, y no sabiendo otro modo de explicarse, cogió de la manga a su compañero y le dijo con mucha gracia: «Are, Padre Maestro, are»; lo cual se celebró con grande risa en Salamanca. Pues ahora, decía el Cojo hecho un veneno, que el *arre* vaya solo, que vaya con la comitiva o acompañamiento de otras letras, siempre es *arre*, y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía que a los nacionales nos traten de esa manera; y así tenga entendido todo aquel que me arreare las orejas, que yo le he de arrear a él el cu... y acabólo de pronunciar redondamente. A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester a un niño que todavía andaba en sayas: fuése delante de la mesa donde estaba el maestro, puso las manicas y le pidió la caca con grandísima inocencia; pero le dijo que no sabía *arremangarse.* «Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco», le respondió el Cojo enfurecido; y diciendo y haciendo le levantó las faldas y le asentó unos buenos azotes, repitiendo a cada uno de ellos: «Anda, para que otra vez no vengas a arremangarnos los livianos.»

4. Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundico; y como por otra parte en poco más de un año aprendió a leer por libro, por carta y por proceso, y aun a hacer palotes y a escribir de a ocho, el maestro se empeñó en cultivarle mas y más, enseñándole lo más recóndito que él mismo sabía, y con lo que le había lucido en más de dos convites de cofradía, asistiendo a la mesa algunos curas que eran tenidos por los mayores moralistones de toda la comarca; y uno que tenía en la uña todo el Lárraga y era un hombre que se perdía de vista, se quedó embobado habiéndole oído en cierta ocasión.

5. Fué, pues, el caso que, como la fortuna o la mala trampa deparaban al buen Cojo todas las cosas ridículas, y él tenia tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las más discretas, por no saber entenderlas ni aprovecharse de ellas, llegó a sus manos, no se sabe cómo, una comedia castellana intitulada *El villano caballero,* que es copia mal sacada y peor zurcida de otra que escribió en francés el incomparable Molière, casi con el mismo título. En ella se hace una grandísima

burla de aquellos maestros pedantes que pierden el tiempo en enseñar a los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro o al preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentación de voces le enseña cómo se pronuncian las letras vocales y las consonantes. El Cojo de mis pecados tomó de memoria todo aquel chistosísimo pasaje; y como era tan cojo de entendederas como de pies, entendióle con la mayor seriedad del mundo; y la que en realidad no es más que una delicadísima sátira, se le presentó como una lección tan importante, que sin ella no podía haber maestro de niños que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6. Un día, pues, habiendo corregido las planas más aprisa de lo acostumbrado, llamó a Gerundico, hízole poner en pie delante de la mesa, tocó la campanilla a silencio, intimó atención a todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad: «Dime, hijo, ¿cuántas son las letras?» Respondió el niño prontamente: «Señor maestro, yo no lo sé, porque no las he contado.» «Pues has de saber», continuó el Cojo, «que son veinte y cuatro, y si no cuéntalas.» Contólas el niño y dijo con intrepidez: «Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco.» «Eres un tonto», le replicó el maestro, «porque las dos *A a* primeras no son más que una letra con forma o con figura diferente.» Conoció que se había cortado el chico, y para alentarle añadió: «No extraño que siendo tú un niño y no habiendo más que un año que andas a la escuela, no supieses el número de las letras, porque hombres conozco yo que están llenos de canas, y se llaman doctísimos, y se ven en grandes puestos, y no saben cuántas son las letras del abecedario; ¡pero así anda el mundo!» Y al decir esto arrancó un profundísimo suspiro. «La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten para maestros de escuela a unos idiotas que no valían ni aun para monacillos; pero esto no es para vosotros ni para aquí; tiempo vendrá en que sabrá el Rey lo que pasa. Vamos adelante.»

7. «De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *vocales* y otras *consonantes*. Las vocales son cinco: *a, e, i, o, u*; llámanse vocales porque se pronuncian con la boca.» «¿Pues acaso las otras, señor maestro», le interrumpió Gerundico con su natural viveza, «se pronuncian con el cu...?» y díjolo por entero. Los muchachos se rieron mucho: el Cojo se corrió un poco; pero tomándolo a gracia, se contentó con ponerse un poco serio, diciéndole: «No seas intrépido, y déjame acabar lo que iba a decir. Digo, pues, que las vocales se llaman así porque se pronuncian con la boca, y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras vocales. Esto se explica mejor con los ejemplos: *a*, primera vocal, se pronuncia abriendo mucho la boca, *a*.» Luego que oyó esto Gerundico, abrió su boquita, y mirando a todas partes repetía muchas veces: «*a, a, a*; tiene razón el señor maestro.» Y éste pro-

siguió: «La *e* se pronuncia acercando la mandíbula inferior a la superior, esto es, la quijada de abajo a la de arriba, *e*.» — «A ver, a ver cómo lo hago yo, señor maestro», dijo el niño: «*e*, *e*, *e*: *a*, *a*, *a*, *e*: ¡Jesus, y qué cosa tan buena!» — «La *i* se pronuncia acercando más las quijadas una a otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hacia las orejas: *i*, *i*.» — «Deje usted a ver si yo sé hacerlo: *i*, *i*, *i*.» — «Ni más ni menos, hijo mío, y pronuncias la *i* *a perfección*.... La *o* se forma abriendo las quijadas, y después juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hacia fuera y formando la misma figura de ellos, como una cosa redonda que representa una *o*.» Gerundio, con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó a hacer la prueba y a gritar *o*, *o*, *o*. El maestro quiso saber si los demás muchachos habían aprendido también las importantísimas lecciones que los acababa de enseñar, y mandó que todos a un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les había explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusión y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban *a*, *a*; otros *e*, *e*; otros *i*, *i*; otros *o*, *o*. El Cojo andaba de banco en banco, mirando a unos, observando a otros y enmendando a todos: a éste le abría más las mandíbulas, a aquél se las cerraba un poco; a uno le plegaba los labios, a otro se los descosía; y en fin, era tal la gritería, la confusión y la zambra, que parecía la escuela ni más ni menos al coro de la santa iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectación.

8. Bien atestada la cabeza de estas impertinencias, y muy aprovechado en necedades y en extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio a Campazas; porque el maestro había dicho a sus padres que ya era cargo de conciencia tenerle más tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdía de vista, y encargándoles que no dejasen de ponerle luego a la gramática, porque había de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó hizo nuestro escolín ostentación de sus habilidades y de lo mucho que había aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar y de un fraile que iba con obediencia a otro convento; porque de éstos apenas se limpiaba la casa. Gerundico preguntó al cura: «¿A que no sabe usted cuántas son las letras de la cartilla?» El cura se cortó oyendo una pregunta que jamás se la habían hecho, y respondió: «Hijo, yo nunca las he contado.» — «Pues cuéntelas usted», prosiguió el chico; «¿y va un ochavo a que, aun después de haberlas contado, no sabe cuántas son?» Contó el cura veinte y cinco, después de haberse errado dos veces en el *a b c*; y el niño, dando muchas palmadas, decía: «¡Ay, ay! que le cogí, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos *A a* primeras, y no es más que una letra escrita de dos modos diferentes.» Después preguntó al Padre: «¿Vaya otro ochavo a que no me dice usted cómo se escribe *burro*, con *b* pequeña o con *B* grande?» — «Hijo», respondió el buen religioso, «yo siempre lo he visto escrito con *b* pequeña.» — «No señor, no señor», le replicó el muchacho: «si el burro es pequeñito y anda todavía

a la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se escribe con *B* grande: porque dice señor maestro que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de vaca se ha de escribir con una *P* mayor que una pierna de carnero.» A todos les hizo gran fuerza la razón, y no quedaron menos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo; y el buen Padre confesó que aunque había cursado en las dos universidades de Salamanca y Valladolid, jamás había oído en ellas cosa semejante; y vuelto a Antón Zotes y a su mujer, los dijo muy ponderado: «Señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate; porque lo han empleado bien.» Cuando el niño oyó *arrepentirse*, comenzó a hacer grandes aspamientos, y a decir: «¡Jesus, Jesús, qué mala palabra, *arrepentirse*! No señor, no señor, no se dice *arrepentirse*, ni cosa que lleve *arre*, que eso dice señor maestro que es bueno para los burros o para las ruecas. («*Recuas* querrás decir, hijo», le interrumpió Antón Zotes, cayéndosele la baba.): Sí señor, para las recuas, y no para los cristianos, los cuales debemos decir: *enrepentir*, *enremangar*, *enreglar* el papel y cosas semejantes.» El cura estaba aturdido, el religioso se hacía cruces, la buena de la Catanla lloraba de gozo, y Antón Zotes no se pudo contener sin exclamar: «¡Vaya, que es bobada!» que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista ni oída.

9. Como Gerundico vió el aplauso con que se celebraban sus agudezas, quiso echar todos los registros, y volviéndose segunda vez al cura le dijo: «Señor cura, pregúnteme usted de las vocales y de las consonantes.» El cura, que no entendía palabra de lo que el niño quería decir, le respondió: «¿De qué brocales, hijo? ¿Del brocal del pozo del Humilladero y del otro que está junto a la ermita de San Blas?» — «No señor, de las letras consonantes y de las vocales.»

Cortóse el buen cura, confesando que a él nunca le habían enseñado cosas tan hondas. «Pues a mí sí», continuó el niño; y de rabo a oreja, sin faltarle punto ni coma, los encajó la ridícula arenga que había oído al cojo de su maestro sobre las letras vocales y consonantes; y en acabando, para ver si la habían entendido, dijo a su madre: «Madrica, ¿cómo se pronuncia la *a*?» — «Hijo, ¿cómo se ha de pronunciar? Así, *a*, abriendo la boca.» — «No, madre, pero ¿cómo se abre la boca?» «¿Como se ha de abrir, hijo? De esta manera: *a*.» — «Que no es eso, señora: pero cuando usted la abre para pronunciar la *a*, ¿qué es lo que hace?» — «Abrirla, hijo mío», respondió la bonísima Catanla. «¡Abrirla! eso cualquiera lo dice: también se abre para pronunciar la *e*, y para pronunciar *i*, *o*, *u*, y entonces no se pronuncia *a*. Mire usted, para pronunciar *a* se baja una quijada y levanta otra, de esta manera»; y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, la bajaba la inferior y la subía la superior, diciéndola que cuanto más abriese la boca, mayor sería la *a* que pronunciaría. Hizo después que el padre

pronunciase la *e*, el cura la *i*, el fraile la *o*, y él escogió por la más dificultosa de todas la pronunciación de la *u*, encargándoles que todos a un tiempo pronunciasen la letra que tocaba a cada uno, levantando la voz cuanto pudiesen, y observando unos a otros la postura de la boca, para que viesen la puntualidad de las reglas que le había enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente: porque la tía Catanla la tenía hombruna y carraspeña, Antón Zotes clueca y algo aternerada, el cura gangosa y tabacuna, el Padre, que estaba ya aperdigado para vicario de coro, corpulenta y becerril; Gerundico atiplada y de chillido. Comenzó cada uno a representar su papel y a pronunciar su letra, levantando el grito a cual más podía: hundíase el cuarto, atronábase la casa. Era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco a las puertas de la calle. Al estruendo y a la algazara de la casa de Antón Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba o que había sucedido alguna desgracia: entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados, ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que había pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban a atarlos, cuando sucedió una cosa nunca creída ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería y por poco no convirtió la música en responsos. Como la buena de la Catanla abría tanto la boca para pronunciar su *a*, y naturaleza liberal la había proveído de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullía una pera de donguindo hasta el pezón, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago y de la traqui-arteria con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubría hasta los vasos linfáticos donde excretaba la respiración. Cesaron las voces, asustáronse todos, hiciéronse mil diligencias para restituir la mandíbula a su lugar; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió a encajar en su sitio natural, bien que, como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la función; y habiéndose instruído los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabía el niño Gerundio, y todos dijeron a su padre que le diese estudios; porque sin duda había de ser obispo.

JOVELLANOS.

INTRODUCCIÓN A UN ESCRITO PRESENTADO AL TRIBUNAL
en un pleito que se litiga entre Don Mariano Colón y el Duque de Veraguas.

Entre los grandes y tristes ejemplos con que acredita la historia de las naciones cultas cuán mal pagadas han sido siempre las fatigas de los hombres célebres que consagraron su vida y su reposo al bien de

los hermanos, ninguno se presenta tan señalado como el del incomparable Don Cristóbal Colón, primer descubridor y conquistador de las Indias Occidentales. Ora se gradue la importancia de los servicios que hizo a la nación española por el aumento de esplendor y riqueza a que la levantó, ora por la suma de conocimientos y virtudes que desenvolvió en la ejecución de sus maravillosas empresas, su mérito había subido a aquel punto de heroicidad y alteza a que no puede negarse sin escandalo la veneración universal. Tan admirable por la grandeza de los designios que concibió, como por la sabiduría con que los concertó y la constancia con que los llevó al cabo, Colón debió arrancar a sus contemporáneos aquel tributo de respeto y benevolencia, que es la más infalible así como la más sabrosa recompensa del heroísmo.

Mas no fué tal ciertamente la suerte de este primer descubridor de las Indias. Despreciado antes como un soñador en su patria, en la corte de Lisboa, y aun en la de España, que le acogió después arrepentida, si logró al fin conciliarse la protección de esta última, parece que fué sólo para acreditar al mundo la injusticia con que debían ser premiadas sus grandes hazañas. A la vuelta de su famosa expedición, cuando España le vió llegar triunfante de los riesgos del mar y de la envidia, apareció por algun tiempo en ella como un genio bienhechor, destinado por el cielo para labrar su gloria y su felicidad. Entonces, seguido de la admiración y del respeto, y en medio de las aclamaciones de los pueblos, que le rodeaban atónitos, venía modesto y confiado a poner ante el trono español un nuevo y opulento mundo, que había descubierto y sujetado a su imperio. ¡Grande espectáculo por cierto, si se mira a la luz de las ideas que forma el vulgo de las cosas humanas! Pero mucho mayor todavía a los ojos de la filosofía, que al compararle con la serie de injusticias y desprecios que le siguieron, no puede dejar de contemplar en él la inanidad de semejantes aplausos.

Pocos años después que el entusiasmo los había derramado tan pródigamente sobre Colón, empezó a ser objeto de los celos y de la desconfianza de la corte el mismo que lo había sido antes de su admiración y sus caricias, y abierta una vez la puerta a la emulación y a la envidia, ya no tuvieron límite sus amarguras y desgracias. Vendido por sus compañeros, abandonado de sus amigos, censurado de sus émulos, y perseguido de una de aquellas facciones de envidiosos que rara vez dejan de esconderse en los palacios, Colón se vió al fin pesquisado, procesado, preso, conducido a España entre cadenas, despojado de todos sus honores y enteramente privado del fruto de sus grandes trabajos.

¡Qué importa que su constancia le hubiese hecho superior a ellos, si al fin vió la Europa, llena de lástima y asombro, al conquistador del Nuevo Mundo morir desairado y pobre en la capital de la misma nación cuya gloria había tanto ensalzado, y llevar por única recompensa al sepulcro los hierros con que le había infamado la ingratitud y oprimido la calumnia!

Por una circunstancia bien singular se distinguirá siempre en la historia la suerte de Colón de la de todos los hombres grandes que nos presenta. Si es cierto que apenas hay entre ellos uno que no experimentase semejante ingratitud de sus coetáneos, no lo es menos que al fin vino para todos un tiempo en que la posteridad los vengase. Parece que esta imparcial vengadora del mérito, atenta siempre a desagraviarlos, sólo olvidó a Colón en el desempeño de tan piadoso oficio. Los nombres de los héroes aparecen todavía en la historia cubiertos del esplendor de sus hazañas, y sus familias gozan hoy tranquilamente del fruto debido a ellas y a la conservación de su memoria. Pero Colón no ha recibido todavía de su posteridad la justicia ni la recompensa a que se hizo más acreedor que otro alguno.

Apenas había muerto, cuando la suerte empezó a combatir su voluntad y su memoria. Sus testamentos rotos, redargüidos o sepultados en tinieblas, negado a su familia el cumplimiento de las más ricas y solemnes promesas, privada por varios accidentes de la escasa fortuna que le había dejado su heroico fundador, deslucido y aun manchado el lustre de su estirpe, dispersos y obscurecidos sus nietos y descendientes, fué preciso que pasase el largo período de ciento cincuenta años para que lograse reivindicar la pequeña parte de recompensa destinada a tan altas acciones, única señal en que está hoy vinculada la conservación de su memoria.

No fué menos funesta a la gloria de Colón la conducta de sus mismos descendientes. Olvidados unos del gran nombre que debían conservar, dados otros a obscurecerle con una conducta tenebrosa y disipada, y divididos los demás en eternas discordias, sólo atentos a robarse el fruto de los trabajos de aquel grande hombre, apenas pudo alguno disfrutarle con tranquilidad. Multiplicadas demandas, artículos innumerables, recíprocos insultos y recriminaciones, injurias, perjurios, suplantaciones y todo cuanto ha podido inventar la codicia litigiosa y la superchería curial en menoscabo de la verdad, tanto se puso en obra para destruir el orden de una sucesión, tan sabiamente dispuesta y tan claramente señalada por el fundador.

A la muerte de su nieto Don Cristóbal, y cuando apenas se habían enfriado las cenizas del heroico abuelo, ya se quiso poner en duda el derecho de su bisnieto Don Diego, único llevador de tan ilustre nombre. Treinta y seis años de tan reñidos litigios, seguidos con imponderables dispendios en la Audiencia de Santo Domingo y en los supremos Consejos de Castilla e Indias, costó la determinación del juicio posesorio ejecutoriado en favor del número 38; dilación enorme si no estuviera disculpada con tantos ejemplos, pero sobre todo con el del juicio de propiedad, en que fué preciso alterar las fórmulas más solemnes de los juicios, atropellar las leyes que las fijaron, y desairar escandalosamente la autoridad de los tribunales sus depositarios, para prolongar la instancia por espacio de cincuenta y seis años, y cerrarla con la sentencia injusta, cuya revocación se pide.

Temería el señor Don Mariano Colón que se tratase de arrogante esta censura si no la hallase tan claramente confirmada en los autos. La historia del foro no ofrecerá en país alguno de la tierra ejemplo más escandaloso que el que en ellos se registra. Un pleito concluso y visto en 1622, vuelto a ver solemnemente en 1623, prolongado el plazo de indecisión hasta 1627, abierta entonces la puerta a nuevos litigantes y franqueado el paso al intrincado laberinto de nuevas demandas, excepciones, artículos y pruebas, se declaró por fin otra vez concluso en 1651 y se repitió su solemne vista en 1652. Tres años de importunos esfuerzos y de maliciosos e ilegales artículos costó el solo señalamiento del día para la votación, fijando no menos que por sentencias ejecutorias para el primer día hábil después de San Juan de 1655, abriéndose con esta condescendencia a la malicia una ancha avenida, que por fortuna se cerró después para siempre, pues ya no permitirán abrirla de nuevo la ilustración y la inteligencia de nuestro siglo.

Pero la astucia del interés conoce muchos caminos, y cuando halla cerrados los de la justicia, sabe buscar un paso a sus torpes fines por las sendas tenebrosas del favor. En efecto, apuradas ya todas las estratagemas forenses, el duque de Veraguas recurrió a las de la política, y hallándose a la sazón fuera de España, se valió de este accidente para gritar que estaba indefenso, y prolongar la resolución de una instancia cuyo mal suceso le hacía temer la misma debilidad de su derecho. Lograban entonces los parientes del Duque gran influencia con el parcial y prepotente ministro del señor Don Felipe IV, ante quien les fué fácil hacer valer este pretexto, por más despreciable que fuese a los ojos de la razón y de las leyes. A fuerza, pues, de importunidades lograron arrancar en aquel año una real orden, que trasladó la votación del pleito para el 15 de enero de 1656, con calidad de que si entonces no hubiese vuelto el Duque a España, continuase suspensa la votación, por no dejarle indefenso.

Tres años de inacción indujo la monstruosa calidad que contenía esta orden, y aun después de ellos ni el tenor de su letra ni las más vivas instancias de los litigantes lograron verificar la deseada determinación.

Restituído el Duque a España en 1659, una nueva y mal forjada cadena de efugios y de ardides tan indecorosos al litigante que los inventó como al tribunal que tuvo la paciencia de tolerarlos, fué sucesivamente trasladando por medio de artículos, sentencias y ejecutorias los señalamientos para la votación al mayo de 1660, al primer día después de *Cuasimodo* del 1661, al octubre del mismo año, al enero y al abril de 1662, y finalmente, después de otros dos años de maliciosas discusiones, al mayo de 1664, día en que sin nueva vista, sin ninguno de los jueces que asistieron a las dos primeras, las únicas que se pudieron llamar legales y solemnes, y sin concurrencia de ocho de los catorce nombrados para la decisión: seis solos jueces, los dos ausentes y que votaron por es-

crito, y los cuatro restantes que asistieron a pronunciar sus votos, firmaron la injusta sentencia de vista, único y débil testimonio que tiene en su favor el Duque de Veraguas.

¡Cuánta consternación no debió causar esta sentencia en los demás litigantes, en unos litigantes tan surtidos de buen derecho como escasos de influjo y conveniencias para promoverle; en unos litigantes que librando todas sus esperanzas sobre el santo patrocinio de la justicia, tenían el desconsuelo de verle profanado por el favor y la prepotencia! Sin embargo, el primer impulso de su resentimiento les hizo tomar las armas para defenderse, y llevados de él, suplicaron en tiempo oportuno de la sentencia de vista. Pero muy luego el escarmiento de las pasadas angustias y la horrible perspectiva de las inquietudes, dispendios y amarguras con que les amenazaba en la nueva instancia un enemigo tan poderoso y tan protegido, las derribó de sus manos, contentándose todos con dejar preservados sus derechos en aquella reclamación para un tiempo en que la justicia pudiese más libremente asegurarlos.

Este tiempo llegó por fin, bajo de un monarca que dispensa con religiosa igualdad su protección a todos sus súbditos, y en un tribunal ante cuyos íntegros y sabios ministros, siempre atentos a hacer respetable la justicia por medio de la inflexible imparcialidad con que la distribuyen, desaparecen todas las distinciones de la riqueza y el poder. Un siglo entero hubo de pasar para que se formase esta favorable revolución, y tanto fué menester para inspirar aquella justa seguridad, que animó a los legítimos sucesores del gran Colón al uso de sus dormidos derechos.

Este ejemplo de ilustrada firmeza se debió a un magistrado tan respetable por su probidad como por su sabiduría. Don Pedro Colón, sexto nieto del descubridor de las Indias, se presentó en 1765 a seguir la súplica de la sentencia de vista interpuesta un siglo antes. Sin mas apoyo que la protección de unas leyes que tan bien conocía y sabía dispensar, emprendió este largo litigio, sacrificando a la justicia de sus derechos la escasa fortuna que ellos mismos le dieron, y que apenas era suficiente a tanta empresa, aunque aumentada con la recompensa de las fatigas de su honroso ministerio. Cuántos y cuán maliciosos estorbos se le hubiesen opuesto para detenerle desde el primer paso, constan menudamente del memorial ajustado; y si las intrigas forenses no pudieron debilitar su constancia, lograron a lo menos prolongar extraordinariamente la conclusión del nuevo juicio, y robarle el consuelo de asegurar a sus hijos el fruto de los trabajos de tan ilustre abuelo.

Mas al fin, si no pudo dejarles tan rica sucesión, les traspasó en su probidad y constancia una legítima harto más digna de un padre tan virtuoso. Su primogénito, el señor Don Mariano Colón, siguiendo sus huellas y más arrastrado de su ejemplo que del deseo de mendigar del foro un esplendor que el lustre de su cuna y la dignidad de su

ministerio le hacen mirar sin envidia, promovió con más celo que impaciencia la conclusión de la instancia de revista, y al cabo de tantas y tan reñidas contiendas ha logrado por fin colocar sus esperanzas en la augusta balanza de la justicia.

Si hubo un tiempo en que los legítimos sucesores del gran Colón pudieron temer la influencia de aquellos artificios con que se suele obscurecer la verdad o torcer la justicia, el señor Don Mariano, tan ajeno de temor como de presunción, se presenta hoy tranquilo ante el tribunal respetable destinado a desagraviarle. La sabiduría de los magistrados que le componen, la religiosa entereza con que el gobierno protege la libertad de los juicios, la generosa buena fe de los contendedores con quien hoy litiga, y la copia de documentos y raciocinios que han esclarecido la presente discusión, le inspiran la más justa confianza, pero la tiene sobre todo en los robustos e ineluctables fundamentos de su derecho.

Donde quiera que el señor Don Mariano Colón vuelve los ojos, encuentra en su favor la razón y la autoridad. Los hechos que sirven de apoyo a su justicia han llegado al más alto punto de certidumbre legal. El derecho ofrece copiosamente los más claros fundamentos a su intención; y sobre todo la voluntad del fundador, ley suprema, a cuya fuerza todo debe rendirse en esta especie de juicios, le señala la sucesión como con el dedo. Pudiera por lo mismo desentenderse de muchas cuestiones agitadas en las antiguas instancias, que en el día han venido a ser inutiles y reducirse a una sola, la única acaso que puede parecer todavía digna de discusión. Sin embargo, porque no se crea que desprecia las armas con que ha sido combatido, se hará cargo de casi todas ellas, y tendrá la satisfacción de persuadir a sus jueces que no hay punto alguno de cuantos se han puesto en disputa, que no esté concluyentemente demostrado en su favor.

NICOLÁS FERNÁNDEZ MORATÍN.

FIESTA DE TOROS EN MADRID.

Madrid, castillo famoso,
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaida amante,
las ordena celebrar,
por si la puede ablandar
el corazón de diamante.
Pasó, vencida a sus ruegos,
desde Aravaca a Madrid;
hubo pandorgas y fuegos,
con otros nocturnos juegos,
que dispuso el adalid.
Y en adargas y colores,
en las cifras y libreas,
mostraron los amadores,
y en pendones y preseas,
la dicha de sus amores.
Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía,
y de lejos muchas de ellas:
las más apuestas doncellas
que España entonces tenía.
Aja de Jetafe vino,
y Zahara la de Alcorcón,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo el camino
el moraicel de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,
que de la Alcarria en que habita
llevó a asombrar a Madrid
su amante Audalla, adalid
del castillo de Zorita.
De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
dos, cada cual más hermosa,
y Fátima, la preciosa
hija de Alí el alcadí.
El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende a ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.
La bella Zaida ocupó
sus dorados miradores
que el arte afiligranó
y con espejos y flores
y damascos adornó.
Añafiles y atabales,
con militar armonía,
hicieron salva y señales
de mostrar su valentía
los moros más principales.
No en las vegas de Jarama
pacieron la verde grama
nunca animales tan fieros,
junto al puente que se llama,
por sus peces, de Viveros,
Como los que el vulgo vió
ser lidiados aquel día,
y en la fiesta que gozó,
la popular alegría
muchas heridas costó.
Salió un toro del toril,
y a Tarfe tiró por tierra,
y luego a Benalguacil,
después con Hamete cierra
el temerón de Conil.
Traía un ancho listón
con uno y otro matiz,
hecho un lazo por airón,
sobre la inhiesta cerviz
clavado con un arpón
Todo galán pretendía
ofrecerle vencedor
a la dama que servía:
por eso perdió Almanzor
el potro que más quería.
El alcaide muy zambrero
de Guadalajara, huyó
mal herido al golpe fiero,
y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.
Todos miran a Aliatar,
que aunque tres toros ha muerto,
no se quiere aventurar;
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.
Mas viendo se culparía,
va a ponérsele delante:
la fiera le acometía,
y sin que el rejón le plante
le mató una yegua pía.
Otra monta acelerado:
le embiste el toro de un vuelo,
cogiéndole entablerado;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.
Dió vuelta hiriendo y matando
a los de a pie que encontrara,
el circo desocupando;
y emplazándose, se para,
con la vista amenazando.
Nadie se atreve a salir:
la plebe grita indignada,
las damas se quieren ir,
porque la fiesta empezada
no puede ya proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo;
cuando un portero que llega
de la puerta de la Vega,
hincó la rodilla, y dijo:
«Sobre un caballo alazano,
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano.»
Mucho le pesa a Aliatar;
pero Zaida dió respuesta
diciendo que puede entrar;
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.
Suspenso el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero
vieron entrar por la plaza
un bizarro caballero,
Sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
en el yelmo los plumajes
por los visos y celajes
verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
con recamado pendón,
y una cifra a ver se alcanza
que es de desesperación
o a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
ancho escudo reverbera
con blasones de Castilla,
y el mote dice a la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galán,
el bruto más generoso,
de más gallardo ademán:
cabos negros y brioso,
muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña, erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
que da Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto,
ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta alrededor;
los ojos que le veían
lleva prendados de amor:
¡Alah te salve! decían,
¡Déte el Profeta favor!

Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente;
todos quieren que se exima
del riesgo, y él solamente
ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
hacen de ámbar y alcanfor
pebeteros exhalar,
vertiendo pomos de olor,
de jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara,
Y así le dice, y suspira:

«Señora, sueños no son:
así los cielos vencidos
de mi ruego y aflicción,
acerquen a mis oídos
las campanas de León,

Como ese doncel, que ufano
tanto asombro viene a dar
a todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vivar,
el soberbio castellano.»

Sin descubrirle quién es,
la Zaida desde una almena
le habló una noche cortés:
por donde se abrió después
el cubo de la Almudena.

Y supo que fugitivo
de la corte de Fernando,
el cristiano, apenas vivo,
está a Jimena adorando
y en su memoria cautivo.

Tal vez a Madrid se acerca
con frecuentes correrías,
y todo en torno la acerca;
observa sus saetías,
arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido;
que en medio de aclamaciones,
el caballo ha detenido
delante de sus balcones,
y la saluda rendido.

La mora se puso en pie,
y sus doncellas detrás;
el alcaide que lo ve,
enfurecido, además,
muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid.
No habrá mejor caballero,
dicen, en el mundo entero,
y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate crüel;
alza el galope, y al toro
busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
desde que le vió llegar,
de tanta gala asombrado,
y alrededor le ha observado
sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió;
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
segunda vez acomete,
de espuma y sudor bañada,
y segunda vez le mete
sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
con heroico atrevimiento,
el pueblo mudo y atento;
se engalla el toro y altera,
y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido;
el suelo huele y le moja
en ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás,
para que la fuerza sea
mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
de Zaida el rostro alterado,
claramente conociera
cuánto la cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay, que le embiste horrendo
el animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
del Cáucaso cavernoso
se desgaja estrago haciendo,

Ni llama así fulminante
cruza en negra obscuridad
con relámpagos delante,
al estrépito tronante
de sonora tempestad;

Como el bruto se abalanza
en terrible ligereza.
Mas rota con gran pujanza
la alta nuca, la fiereza
y el último aliento lanza.

La confusa vocería
que en tal instante se oyó
fué tanta que parecía
que honda mina reventó,
o el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba;
en su lanza le clavó,
y a los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
le alarga a Zaida, diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo;

Si no os dignáredes ser
con él benigna, advertid
que a mí me basta saber
que no le debo ofrecer
a otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,
dijo, y turbada: «Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor
de tan gentil caballero.»

Y besando el rico don,
para agradar al doncel,
le prende con afición
al lado del corazón,
por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
de envidia ardiendo se ve,
y trémulo y amarillo,
sobre un tremecén rosillo
lozaneándose fué.

Y en ronca voz, «Castellano»,
le dice, «con más decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,
las cabezas del cristiano,

Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra,
al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»

«Así», dijo el de Vivar,
«respondo», y la lanza al ristre
pone, y espera a Aliatar;
mas sin que nadie administre
orden, tocaron a armar.

Ya fiero bando con gritos
su muerte o prisión pedía,
cuando se oyó en los distritos
del monte de Leganitos
del Cid la trompetería

Entre la Monclova y Soto
tercio escogido emboscó,
que viendo como tardó,
se acerca, oyó el alboroto,
y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
por la puerta a su señor
y Zaida a le despedir,
iban la fuerza a embestir:
tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
que en Madrid tenga partido,
se templó disimulando;
y por el parque florido
salió con él razonando.

Y es fama, que a la bajada
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane a Madrid.

LEANDRO FERNANDEZ MORATÍN.

A UN MINISTRO.

Ayer salí de mi casa
muy afeitado y muy puesto,
encaminado a la vuestra,
como de costumbre tengo,
para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
buen remate de diciembre
y buen principio de enero.
Pues, señor, hizo Patillas
que me saliera al encuentro
un hablador de los muchos
que hay por desgracia en el pueblo;
de esos que lo saben todo,
que de todo hacen misterio,
que almuerzan chismes, y viven
de mentiras y embelecos;
infatigable escritor
de arbitrios y de proyectos,
entremetido estadista
y, Dios nos libre, coplero.
Él al verme comenzó
a dar voces desde lejos,
y a correr y a chichear,
y en suma, no hubo remedio,
me abrazó, me refregó
las manos, me dió mil besos,
y entre los dos empezamos
este diálogo molesto:
«Moratín, hombre, ¡qué caro
se vende usted! . . . ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
le trata a usted el invierno.
¿Con que va bien? . . . — Lindamente.
— Sí, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo:
vaya, el barrio es achacoso,
usted un poco travieso . . .
digo, será la andaluza
de ahí abajo. — No por cierto.
— ¿Con que no? . . . — ¡Qué bobería!
Ni la conozco, ni quiero;
ni estoy de humor, ni esta cara
es cara de galanteos.
— Pues, amigo, linda moza.
¡Cáspita! Mucho salero,
alta, colorada, fresca,
boca pequeña, ojos negros,
petimetrona . . . La trajo
de Cádiz Don Hemeterio,
y en un año le ha roído
cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
de plantarle. — Buen provecho;
pero, a más ver, porque ahora
voy de prisa, y hace fresco.
— Hombre, para ir a palacio
es temprano. — Estoy en eso,
pero no voy. — ¿No? Pues qué,
¿nunca va usted? — Yo me entiendo.
— ¡Ah! ya caigo; con que siempre . . .
es muy justo . . . ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor conde
le estima a usted. — A lo menos
me tolera, disimula,
como quien es, mis defectos,
y suple con su bondad
mi escaso merecimiento.
— Sí, yo sé de buena tinta
que a usted le estima. Un sujeto
que va allí mucho? . . Y ¿qué tal?
¿Con que ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh? — No es verdad,
no, señor: si no son buenos,
no los quiere, y hace bien:
si son fáciles, ligeros,
alegres, claros, süaves,
y castizos madrileños,
le gustan mucho. Los míos
suelen tener algo de esto,
y por eso los prefiere
tal vez entre muchos de ellos,
que serán casi divinos,
pero que le agradan menos.
— Ya, ya; pero usted debía
mudar de tono. . . . — En efecto,
escribir disertaciones
sobre puntos de gobierno,
enseñar lo que no sé,
ni he de practicar, ni quiero;
decirle lo que se ha dicho
a todos, darle consejos
que no me pide, y a fuerza
de alambicados conceptos,
en versos flojos y obscuros,
y en lenguaje verdinegro,
entre gótico y francés,
hacerle dormir despierto;
no, señor, yo nunca paso
los límites del respeto,
y entre muchas faltas, sólo
la de ser audaz no tengo.
— Bien está; pero ¿qué diantres
se le ha de decir de nuevo,

que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa? . . . — Una cosa
dicha por modos diversos
pueda agradar, y tal vez
anuncia mayor ingenio,
siempre le diré que admiro
su bondad y su talento;
que no estimo yo las bandas,
los bordados, los empleos;
dones que da la fortuna,
brillan, pero todo es viento;
sus buenas prendas me inclinan,
las aplaudo y las venero,
y con ellas nada pueden
la suerte ciega ni el tiempo.
Y adiós, que es tarde. — Oiga usted.
— Que voy de prisa. — Un momento.
Mire usted . . . yo . . . la verdad . . .
También . . . ya se ve . . . yo tengo
algo de vena; y en fin. . . .
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué? — Digo que a las veces
a mis solas me divierto,
y escribo algunas coplillas
tales cuales. Yo no quiero
darlas a luz, porque . . . — Bien.
¡Admirable pensamiento!
— Aquí traigo unas endechas,
un romance, dos sonetos,
y quiero que usted me diga
en amistad, sin rodeos,
qué tales son. Venga usted
a aquel portal. — Nos veremos.
— Pero un instante. — Otro día.
— Y una canción que he compuesto,
filosófica. — Al diario.
— Y una tragedia que pienso
acabar hoy. — A los Caños.
— Y un arbitrio. — A los infiernos.»
Esto dicho, le dejé,
apresuro el paso y llego,
y llegué tarde, según
el informe del portero.
Renegué del trapalón,
de su prosa y de sus versos,
y de mi estrella, que siempre
me depara majaderos.
¡Ay, señor! entre las dichas
que para vos pido al cielo,
la de no conocer nunca
a este verdugo os deseo;
que si una vez os alcanza,
según es osado y terco,
por no verle la segunda,
os vais a habitar al yermo.

MELÉNDEZ VALDÉS.

DE DORILA.

Al prado fué por flores
la muchacha Dorila,
alegre como el mayo,
como las gracias linda.
Tornó llorando a casa,
turbada y pensativa;
mal trenzado el cabello
y la color perdida,
Pregúntanla qué tiene;
y ella llora afligida:
Háblanla; no responde.
Ríñenla; no replica.
Pues ¿qué mal será el suyo?
Las señales indican
que cuando fué por flores,
perdió la que tenía.

LA INCERTIDUMBRE.

¡Oh! ¡cuán hermosa al piano
te ostentas, Galatea!
¡Cómo a par que el oído
tras ti los ojos llevas!
¡Con qué inefable gracia
al preludiar despliegas
tus manos enarcadas
sobre las albas teclas!
¡Cómo los sueltos dedos
en el marfil se asientan,
y en concertado giro
van, vienen, saltan, ruedan!
Mientras con aire noble
revuelves la cabeza,
y al auditorio absorto
sublime enseñoreas.
En mil donosos rizos
la blonda cabellera,
cual la alba y clara luna
tu frente se despeja.
Los rutilantes ojos
con timidez modesta
parece que sus luces
cobardes escasean.
Mas súbito animada
la celestial hoguera
de sus brillantes rayos,
no hay quien fijarlos pueda.

Tú, afable sobre todas,
de nuevo los rodeas,
como agraciar queriendo
los pechos que sujetas;
Y todos de tal dueño
el yugo dulce anhelan,
y siervos venturosos
adoran sus cadenas.
Una sonrisa grata
sobre tu rostro juega;
y que ya el estro sientes
en tu inquietud se muestra.
Abres en fin el labio;
¡oh quién, mi bien, pudiera
pintar cuál nos sojuzga
su armónica cadencia!
¡Cuánto agitado el pecho
con tu reir se alegra,
con tus suspiros gime,
con tu trinar se eleva!
Muy lejos y eclipsado
con su impresión se queda
cuanto el ingenio un día
fingió de las sirenas.
Extático el oído,
de gloria el alma llena,
y el corazón parado
aun a alentar se niega,
Mientras, ¡oh de tus voces
irresistible fuerza!
cual gustas nos inflamas,
concitas o serenas.
No hay cláusula que un dardo
dulcísimo no sea,
ni afecto, pausa o fuga,
que el seno no conmueva.
El tuyo turbulento
retrata la tormenta
que en lo interior te agita,
y el canto ardiente expresa.
Un débil ¡ay! lo abate,
un trino lo revela,
y otro y otros más vivos
su ondulación aumentan.
La nieve de tu rostro,
la grana en que risueñas
se tiñen tus mejillas,
se inflaman y se alteran.
Tornátil la garganta
reluce muy más bella
del lleno que a su lampo
la firme voz le presta.
Y toda tú pareces
a Clío allá en las mesas
de Jove, en lira de oro
cantando su grandeza.
Galatea adorada,
reina en el piano, reina;
y con tu voz y gracias
cautiva y embelesa.
Reina; que entre una y otras
el alma duda incierta,
cuál en ti es más sublime,
tu labio, o tu belleza.
Te ve, y a la hermosura
la palma le presenta;
te escucha, y a tus trinos
absorta se la entrega.

MI VUELTA AL CAMPO.

Ya vuelvo a ti, pacífico retiro;
altas colinas, valle silencioso,
término a mis deseos,
faustos me recibid; dadme el reposo
por que en vano suspiro
entre el tumulto y tristes devaneos
de la corte engañosa.
Con vuestra sombra amiga
mi inocencia cubrid, y en paz dichosa
dadme esperar el golpe doloroso
de la Parca enemiga,
que lento alcance a mi vejez cansada,
cual de otoño templado
en deleitosa tarde, desmayada
huye su luz del cárdeno occidente
el rubio sol con paso sosegado.
¡Oh, cómo, vegas plácidas, ya siente
vuestro influjo feliz el alma mía!
Os tengo, os gozaré; con libre planta
discurriré por vos; veré la aurora,
bañada en perlas que riendo llora,
purpúrea abrir la puerta al nuevo día,
su dudoso esplendor vago esmaltando
del monte que a las nubes se adelanta
la opuesta negra cumbre;
del sol naciente la benigna lumbre
veré alentar, vivificar el suelo,
que en nublosos vapores
adormeciera de la noche el hielo;
del aura matinal el soplo blando,
de vida henchido y olorosas flores,
aspiraré gozoso;
el himno de alborada bullicioso
oiré a las sueltas aves,
extático en sus cantos süaves;
y mi vista encantada,
libre vagando en inquietud curiosa
por la inmensa llanada,

aquí verá los fértiles sembrados
ceder en ondas fáciles al viento,
de sus plácidas alas regalados;
sobre la esteva honrada
allí cantar al arador contento
en la esperanza de la mies futura;
alegre en su inocencia y su ventura
más allá un pastorcillo
lento guiar sus cándidas corderas
a las frescas praderas,
tañendo el concertado caramillo;
y el río ondisonante,
entre copados árboles torciendo,
engañar en su fuga circulante
los ojos que sus pasos van siguiendo,
lento aquí sobre un lecho de verdura,
allí celando su corriente pura;
cerrando el horizonte
el bosque impenetrable y arduo monte.
¡Oh vida! ¡oh bienhadada
situación! ¡oh mortales
desdeñados y obscuros! ¡oh ignorada
felicidad, alivio de mis males!
¿Cuándo por siempre en vuestro dulce abrigo
los graves hierros, que aherrojada siente,
el alma romperá? ¿cuándo el amigo
de la naturaleza
fijará en medio de ella su morada,
para admirar contino su belleza,
y celebrarla en su entusiasmo ardiente?
Otros gustos entonce, otros cuidados
más gratos llenarán mis faustos días.
De mis rústicas manos cultivados
los campos que labraron mis abuelos,
las esperanzas mías
colmarán y mis próvidos desvelos;
mi huerta abandonada,
que apenas ora del colono siente
en su seno la azada,
de hortaliza sabrosa
verá poblar sus niveladas eras;
mi mano diligente
apoyará oficiosa
ya el vástago a la vid, ya la caída
rama al frutal, que al paladar convida
doblada al peso de doradas peras;
veráme mi ganado
a su salud, a su custodia atento,
solícito contarle cuando lento
torna al redil de su pacer sabroso;
o en ocio afortunado,
mientras su ardiente faz el sol inclina,
solitario filósofo el umbroso,
bosque, en la mano un libro, discurriendo,
llenar mi pecho de tu luz divina,
angélica verdad, las celestiales
sagradas voces respetoso oyendo,
que en himnos inmortales,
en medio de las selvas silenciosas
do segura reposas,
al sencillo mortal para consuelo
tal vez dictaste del lloroso suelo.
De las aves el trino melodioso
allí mi dulce voz despertaría;
y armónica a las suyas se uniría
cantando solo el campo y mi ventura;
allí del campo hablara
con el pobre colono; y en las penas
de su estado afanoso
con blandas voces de consuelo llenas,
humano le alentara;
o bien, sentado a la corriente pura,
viva, fresca esplendente,
del plácido arroyuelo, bullicioso,
que entre guijuelas huye fugitivo,
si del vicio tal vez la imagen fiera
mi memoria afligiera,
el ánimo doliente
se conhortara en su dolor esquivo;
y en sus rápidas linfas contemplando
de la vida fugaz el presto vuelo,
calmara el triste anhelo
de la loca ambición y ciego mando.
Imagen, ¡oh arroyuelo!
del tiempo volador y de la nada
de nuestras mundanales alegrías,
una de otra apremiada,
tus ondas al nacer se desvanecen;
y en raudo curso en el vecino río
tu nombre y tus cristales desparecen.
Así se abisman nuestros breves días
en la noche del tiempo; así la gloria,
el alto poderío,
la ominosa riqueza,
y lumbre de belleza,
do ciega corre juventud liviana,
pasan cual sombra vana,
su dolor dejando en la memoria.
¡Oh, cuántas veces mi azorada mente
en tu margen florida,
contemplando tu rápida corriente,
lloró el destino de mi frágil vida!
¡Cuántas en paz sabrosa
interrumpí tu plácido rüido
con mi voz, ¡oh arroyuelo! dolorosa,
y en dulces pensamientos embebido,
a tu corriente pura
las lágrimas mezclé de mi ternura!
¡Cuántas, cuántas me viste
querer de ti apenado separarme;
y moviendo la planta perezosa,
cien veces revolver la vista triste

hacia ti al alejarme.
oyendo tu murmullo regalado,
y exclamar conmovido
con balbuciente acento:
¡Aquí moran la dicha y el contento!
¡oh campo! ¡oh soledad! ¡oh grato olvido!
¡oh libertad feliz! ¡Oh afortunado
el que por ti de lejos no suspira;
mas trocando tu plácida llaneza
por la odiosa grandeza.
por siempre a tu sagrado se retira!
¡Afortunado el que en humilde choza
mora en los campos, en seguir se goza
los rústicos trabajos, compañeros
de virtud e inocencia;
y salvar logra con feliz prudencia
del mar su barca y huracanes fieros!

FERNÁN CABALLERO.

UNA EN OTRA. (Carta XI.)

CASTA.

«No soy», prosiguió el peruano, «hombre que hace discursos; me gusta venir cuanto antes al grano. Así, sin más preámbulos, señora, sepa Ud. que a lo que vengo es a pedirla su hija para mi muchacho. Ud., esto lo extrañará, pero ¿qué quiere Ud.? el hombre propone y Dios dispone. Tenía otra boda para él a la vista; eran otras mis miras. Pero el señorito dice que no: se ha puesto triste y malo. ¡Qué demonios! Es mi hijo único, y, cuando le veo triste o enfermo, no sé decirle que no.»

Mientras el viejo Miranda pedía de esta manera humillante la mano de Casta, esta se había puesto alternativamente encendida como el sol, y pálida como la luna.

Doña Mónica, fuera de sí de alegría, respondió algunas palabras corteses, mirando a su hija con inquietud. Estaba ésta impasible y sin levantar los ojos de su costura.

No se hallará, quizás, entre las jóvenes españolas criadas en el mundo, esa ciega inocencia, esa temblorosa timidez, esa exagerada circunspección de las jóvenes del norte. Tiene la española el entendimiento demasiado penetrante, el carácter demasiado enérgico, la imaginacion demasiado viva, el alma demasiado vasta para poder quedar en ese capullo de seda. La idea de afectar una sencillez infantil, cuyo atractivo no concibe, la haria encogerse de hombros y se reiría de usarle, como una princesa de ponerse el traje de una pastora de Arcadia.

En lugar de aquel suave velo rosado con que se cubren las vírgenes del norte, tiene ella su orgullo. Con su orgullo la española no se encoge, sino que se alza. Por su orgullo no es coqueta, porque desdeña los homenajes que no halagan su corazón: a su orgullo confía su virtud. Y esto hace que ninguna mujer comprenda como ella la dignidad de la mujer. Así, ella hace de los españoles los hombres más apasionados, mas galantes, más delicados, más respetuosos del mundo.

«Hijo mío», dijo el viejo Miranda, después de haber mirado a Casta, «por lo que toca a la persona, no hay *pero* que ponerle: esto está a la vista. Doña Mónica, me parece que, sin que nos ciegue la parciali-

dad, los nietos nuestros serán bonitos. — ¿Qué está Ud. ahí cosiendo, Castita?»

«Un vestido de guinga», contestó Casta. «Vamos, vamos, suelte Ud. la costura», dijo el suegro futuro; «de aquí en adelante no coserá Ud., no gastará mas vestidos de guingán.»

«¡Ay! sí, señor; los gastaré; es la tela que prefiero.»

«Y si su marido de Ud. no quisiera? ¿Si no quiere sino que gaste Ud. vestidos de seda?»

«No llegará ese caso», dijo Casta con voz firme; «pues no pienso casarme.»

Al oir esta brusca y terminante declaración, el señor Miranda quedó estupefacto; su hijo miró a Casta con angustia, cruzando las manos; la pobre madre palideció, gritando: «¡Casta, Casta! no partas de ligero y piensa antes de decidirte.»

Casta seguía cosiendo tranquilamente y sin levantar la cabeza.

«¿Qué es esto?» exclamó al fin el señor Miranda. «¡Mi hijo es rehusado! ¡Mi hijo, mi hijo! el mejor mozo, el más distinguido de los muchachos de Cádiz, criado en Londres y París, que debe heredar mi caudal; gentilhombre de Su Majestad. . . .»

«Que, por consiguiente», dijo Casta con sonrisita burlona, «gasta una llave de oro con que abre todas las puertas. ¿No es verdad?»

«¡Señorita!» interrumpió el viejo Miranda encendido en cólera, «¿cuáles son vuestras miras? ¿A que aspira Ud.? ¿Al infante Don Francisco o al infante Don Enrique?»

«No aspiro a cosa tan alta», respondió Casta con calma. «No aspiro sino a ser feliz.»

Al oir esta respuesta, el joven Miranda se levantó y dijo con dignidad: «Basta, padre; vámonos.»

TRUEBA.

DEL LIBRO DE LOS CANTARES.

CORAZONES PARTIDOS.

III.

«(La conquisto con cuatro
lisonjas cucas.)
Me da Usted su permiso? . . .»
— «Pase Usted, Lucas.»
— «Salve, hermosa Diana,
lumbre febea,
envidia de la diosa
de Citerea. . . .»
— «¿Por San Juan y San Pedro,
somos paganos?
Hable Usted como se habla
entre cristianos.»
— «Pues bien, usaré símiles
no menos lógicos,
si a Usted son antipáticos
los mitológicos.
La azucena, la rosa,
la clavellina,
la . . nada falta en esa
cara divina,
pues no hay jardín que tantas
flores encierre. . . .»
— «¡Según eso, mi cara
será un *parterre*!» . . .
— «Es el edén, el cielo

por que suspiro. . . .
Ay, como no le alcance,
me pego un tiro.»
— ¡El Señor nos asista!»
— «Los cachorrillos
traigo ya preparados
en los bolsillos,
y éstas no son fanfarrias
de un botarate. . . .»
— «¡Pues a ver si evitamos
que Usted se mate!
¿Conque Usted solicita . . .?
— «Su mano blanca.»
— «A dársela estoy pronta,
que no soy manca;
pero antes necesito
que Usted me diga
si algún lazo con otra
mujer le liga.»
— Ni nunca me ha ligado.
Solo las musas
y Usted han merecido
mis garatusas.
— «¿Y su amor a las musas
es muy de bulto?»
— «Como que día y noche
les rindo culto.»
— «No me atrevo con nueve
competidoras,
pues temo que me arañen
esas señoras;
y un corazón partido
yo no le quiero,
que, cuando doy el mío,
le doy entero.»

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

I.

¡Qué noche! . . . en la chimenea
sopla el viento sin cesar,
y son ríos las canales
y hace un frío que ya, ya!
«Hijos, avivad la lumbre;
más leña . . . aunque sea una haz,
para que así se caliente
y se seque el militar.
Tú, Soledad, entre tanto
baja un pernil del varal,
y haz al militar la cena,
que buena gana tendrá
— «Gracias, patroncita, gracias,
por su infinita bondad.»
— «¡Eh! déjese Usted de gracias;
no hacemos nada de más.
En este mundo, hoy por ti
mañana por mí, y en paz.
Como dice el señor cura,
el que siembra, cogerá,
que mañana u otro día
tal vez mis hijos irán
por esos mundos de Dios
como Usted ahora va,
y Dios les dará patronas
que no me los traten mal. . . .
¡Hijitos de mis entrañas,
Dios los tenga por acá!»
Así dice la patrona;
y el honrado militar,
de negro y largo bigote,
de continente marcial,
de ojos negros, tez morena,
algo rudo en el hablar,
pero de aquellos que llaman
vino al vino y pan al pan;
siente una lágrima tierna
por su mejilla rodar,
aunque el silbo de las balas
no le conmovió jamás.
Y los dos hermosos niños
que ocho o diez años tendrán,
no se cansan de echar leña,
leña seca en el hogar,
ni se cansa de partir
rico jamón Soledad,
que es una chica morena
llena de gracia y de sal;
ni se cansa la patrona
huevos frescos de cascar.

. . . .

«Vendí lo poco que había
y me vine por acá
desengañado del mundo,
buscando . . . la soledad.
Con que, Soledad, si Usted
me quisiera consolar. . . .
— «¡Yo . . . si mi madre quisiera. . . .»
— «¡Pues no he de querer! Con tal
que sea a tu gusto. . . .»
— Diga,
Usted que sí, señor Juan,
que el otro día mi hermana,
y la Saturia, y la Paz,
y la Juana se metieron
en el cuarto para hablar
de novios, y les decía
a las otras Soledad:
'Chicas, yo todas las noches
sueño con el militar.'
— «¡Embustero! ¿yo dije eso?»

— «¡Sí, sí, rabia, rabia! Ya
que no me quieren abrir,
dije, se han de fastidiar,
que he de escuchar lo que dicen.»
— «¡Anda cucharón!»
— «¡Me da
la gana!»
— «Déjale, hija.
Ya lo oye Usted, señor Juan.»
— «Patrona, ¡qué feliz soy!»
. . . .

GLORIAS DE LA MUJER.

III.

¡Oh niña, niña donosa!
¿no consideras, no ves
que está en la unión de dos almas
la fuente de todo bien?
Pues, cuando el amor profundo
une a un ser con otro ser,
es una flor cada espina
y es este mundo un edén,
donde los ojos no vierten
más llanto que el del placer.
¿No anhelas hallar una alma,
espejo límpido y fiel
donde a todas horas puedas
la tuya gozosa ver?
¿una alma noble que tenga
por un mentido oropel
el oro, la gloria, el fausto,
la libertad, el poder,
comparados con la prenda
de tu ilimitada fe?
. . . .

IV.

¡Oh niña, niña donosa!
¿no piensas alguna vez
que tiene la enredadera
necesidad de sostén;
pues si no hay un arbolito
que la sostenga, se ve
derribada en la vereda
donde el pastor y la res
la enlodan y la deshacen
sin compasión con el pie?
¿que, siendo débil como ella,
tú como ella has menester
a tu lado un arbolito
que apoyo y sombra te dé?
¿Y no ves que el dolor carga
tan pesada suele ser,
que si no le compartimos
con un compañero fiel,
podemos en la jornada
desfallecidos caer?
¿No sabes que en este mundo
hasta compartiendo el bien,
encuentran las almas nobles
un santo y dulce placer?
. . . .

EL ADOLESCENTE.

I.

Quince años cumplidos tiene,
y no sé cómo llamarle,
no sé si infante o mancebo,
no sé si mortal o ángel;
pues las pasiones del hombre
comienzan a dominarle,
y aun su corazón perfuma
la inocencia del infante.
Mirad con cuánta ternura
da un dulce beso a su madre,
y mirad cómo sus ojos
buscan, tímidos y amantes,
al mismo tiempo a esa virgen
que asoma entre los rosales.
No sabe lo que ambiciona,
mas la ambición le combate;
no sabe lo que desea,
mas que algo desea sabe. . . .
¡Ay si pudiera volar
como las águilas reales!

II.

Allá abajo en la arboleda
discurre un inquieto enjambre
de niños que en los dos lustros
acaso ninguno raye.
Allí hay fuentes cristalinas,
allí hay flores odorantes,
allí hay pájaros cantores,
allí hay toldos de ramaje,
y desde allí se ve el sol
en occidente ocultarse;
pero los niños enturbian
los cristalinos raudales,
no hacen caso de las flores
que huella su planta errante,
mandan a los pajaritos
con la música a otra parte,
y dejan que el sol se esconda
sin detenerse a mirarle.
Pero el bello adolescente
se despide de su madre

y vaga por la arboleda
con languidez inefable
Fuentes, flores, pajaritos,
ramas, sol, todo le place,
todo lo contempla, todo
tiene para él un lenguaje
que no comprende y le encanta,
que le anima y que le abate,
que le hace ansiar otro mundo
y bendecir éste le hace.

Ved aquí la diferencia
que separa a ambas edades
alma pequeña, la infancia:
la adolescencia, alma grande;
la una sin aspiraciones
indefinibles, constantes:
la otra, quisiera volar
como las águilas reales.
. . . .

LA CASA DONDE VIVIÓ.

I.

En esa casita blanca
oculta en un pabellón
de guindos y de manzanos
donde canta el ruiseñor,
alegre cuando el sol nace,
triste cuando muere el sol;
en esa casita blanca
vivía un tiempo mi amor,
vivía la dulce niña
que amaba mi corazón. . . .
La niña está ya en el cielo,
que era un ángel del Señor,
y para morar con ángeles
tan puros, ¡quién era yo!
Mas vagar en estos sitios
es toda mi diversión,
que me divierte la jaula,
aunque el pájaro voló.

II.

¡Cuántas veces asomados
a aquel airoso balcón,
cubierto de enredaderas,
de enredaderas en flor,
en brazos de la esperanza
nos adormimos los dos!
Me parece que estoy viendo
a la prenda de mi amor
exclamar allí, mostrando
la timidez en su voz,
la ternura en su mirada,
la dicha en su corazón:
«Dichosos, mi dulce amado,
seremos aquí tú y yo,
así que un sagrado vínculo
eternice nuestra unión;
pues esta casita blanca
que mi niñez cobijó,
y ofrece, lejos del mundo,
paz y alegría y amor;
amor y paz y alegría
nos ofrecerá a los dos.»
Como la flor del almendro
nuestra esperanza se heló;
mas vagar en estos sitios
es toda mi diversión:
que me divierte la jaula,
aunque el pájaro voló.

III.

Casita, casita blanca,
donde mi amada vivió,
de rayos, de huracanes
te guarde por siempre Dios;
los guindos y los manzanos,
te den sombra y protección;
nunca se seque la fuente
que te da en julio frescor;
entonen en tu tejado
los pájaros su canción;
enredaderas te adornen,
y flores te den su olor.
Yo vendré cuando el sol nazca,
yo vendré al morir el sol,
a fecundar con mi llanto
los campos de alrededor,
fijos los dolientes ojos
en tu desierto balcón;
que, como fuiste morada,
de la prenda de mi amor,
con la jaula me divierto,
aunque el pájaro voló.

DESDE LA PATRIA AL CIELO.

SU PROGRAMA. TERESA.

— «¿Qué manojito de rosas y de claveles se ha posado en mi hombro?

¡Ah! ¡Es tu cara de pascua florida! ¿Qué hacías tú aquí, amor mío?»

— «Leer por encima de tu hombro lo que vas escribiendo.»

— «¿Y qué tal te parece?»

— «Mal, rematadamente mal.»

— «¡Gracias por la lisonja! ¿Y por qué te parece mal?»

— «Porque no me gusta la ironía.»

— «Sin embargo, bien usada, es un género que . . .»

— «Es un género que hiere, que hace daño, que tú no puedes cultivar.»

— «¿Y por qué no puedo?»

— «Porque no tienes hiel en el alma.»

«En cuanto a eso, poco a poco. Cosas pasan en el mundo que aun en el alma de una blanca paloma engendran hiel, y vinagre, y ajo, y mostaza, y guindilla.»

— «Sí; pero a pesar de eso, el mundo es hermoso, como lo son las rosas a pesar de las espinas.»

— «¡Ah! Sí, tienes razón; el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.

Pasemos por el mundo derramando una bendición sobre cada flor y cada espina que encontremos a nuestro paso.

Cuando, terminado nuestro viaje, tornemos al seno de Dios, las puertas del paraíso nos serán abiertas, si podemos decir: '¡Señor, hemos hecho noblemente nuestra jornada; los moradores de la tierra lloran nuestra ausencia, porque hemos sembrado bendiciones en nuestro camino!'»

Es verdad; la ironía es indigna de las almas que carecen de hiel. —

Lector despreocupado, no quiero dirigirme a ti, porque tú no me comprendes. No quiero escribir para ti, porque soy pobre de espíritu y rico de corazón, y sólo para los pobres de espíritu y ricos de corazón escribo.

Aunque mi corazón sólo sabe amar y mis labios sólo saben bendecir, quisiera tener mil corazones para aborrecerte y mil labios para maldecirte.

¿Ves esa lágrima que ha borrado un amargo «¡te detesto!» que mi pluma acababa de estampar en el papel? Pues ha caído de esos dulces ojos que, posados sobre mi hombro, siguen, arrasados en lágrimas de ternura y de alegría, el vuelo de mi pluma.

Esas lágrimas busco, que no tus aplausos y tus riquezas. Pobre y obscuro quiero seguir mi jornada llevando por compañeros a los pobres de espíritu y ricos de corazón, porque ellos me guiarán al reino de los cielos.

¡Virgen de ojos azules y rostro de azucena y rosa, a ti me dirijo, porque tú me comprendes! Sí, sí, tienes razón: el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.

Has de saber que Teresa, aquella que plantó el rosal en S . . . . ofreciendo a la Virgen regalarle todas las rosas que produjera si se

salvaba su hijo de una grave enfermedad, perdió a su marido Juan, aquel que plantó un árbol en memoria del nacimiento de su hijo Pedro.

Pedro era aun muy niño cuando murió su padre, y la pobre Teresa se encontró sin amparo en el mundo.

Como aquellos pobres aldeanos tienen la costumbre de acogerse al amparo de los moradores del cielo en todas sus tribulaciones, Teresa se acordó de la Madre de Dios cuando se hallaba más desconsolada.

Era una hermosa mañana de mayo; todo cantaba y reía: el sol asomando por oriente, los pájaros en la enramada, las campanas en la torre y las flores en el huerto. Todo cantaba y reía, menos el corazón de la pobre Teresa, que estaba desconsolado.

Teresa se fué al huerto a ver si el rosal tenía rosas para engalanar el altar de la Virgen. Cargadito de ellas estaba, y nunca las había ostentado tan hermosas como aquella mañana. Lo único que les faltaba eran algunas gotas de rocío que abrillantasen sus frescas hojas, reflejando los primeros rayos del sol de Dios que empezaba a bañar el horizonte.

Teresa empezó a coger rosas, llorando mientras las cogía. Hizo con ellas un lindo ramillete, y se encaminó a la iglesia, que el sacristán había dejado abierta, mientras subía a la torre a tocar a misa primera.

El primer rayo del sol penetraba por una ventana del templo y bañaba con su dorada luz el altar de la Madre de Dios.

Teresa colocó en el altar aquel ramo de rosas coronadas de lágrimas, y de repente un resplandor divino deslumbró sus ojos e inundó de luz el templo: el sol, reflejando en las lágrimas que coronaban las rosas, había trocado cada lágrima en un diamante, rico de luz y hermosura.

La pobre aldeana alzó sus atónitos ojos a la Virgen, y creyó ver una sonrisa, llena de amor y gratitud, en los labios de la Reina del cielo.

Poco después salió del templo con el corazón henchido de santa esperanza, y se dirigió presurosa a su casa para hacer partícipe de su alegría al hijo de sus entrañas.

Al pasar junto al palacio del indiano oyó una voz que la llamaba, y alzó los ojos al balcón del palacio.

«Teresa», la dijo el indiano, «sube, que deseo hablar contigo.»

Teresa se apresuró a subir, llena, sin saber por qué, de gratísima esperanza.

«Enjuga tus lágrimas, Teresa», añadió el indiano, «que yo voy a proporcionaros la subsistencia a ti y a tu hijo.»

«¡Hijo de mi alma!» exclamó la aldeana, pensando en la dicha de su hijo antes que en la propia.

SOÑANDO CON MI PAÍS.

Muchas veces, soñando con mi país, que ése es mi sueño perpetuo, me figuro el momento en que Dios me permita tornar al valle en que

nací. Cuando eso suceda, me digo, habrá ya arrugas en mi frente y canas en mi cabeza. Será un día de fiesta aquel en que yo torne a mi valle nativo, y al trasponer la colina desde la cual se descubre por completo, oiré repicar las campanas a misa mayor. ¡Qué dulcemente resonarán en mi oído aquellas campanas que tantas veces me llenaron de alborozo en mi niñez! Penetraré en el valle con el corazón palpitante, la respiración difícil y los ojos arrasados en lágrimas de regocijo. Allí estará, con su blanco y sonoro campanario, la iglesia donde vertieron sobre la frente de mis padres y la mía el agua santa del bautismo; — allí estarán los nogales y los castaños a cuya sombra bailábamos los domingos por la tarde; — allí estará la sebe donde mis hermanos y yo buscábamos nidos de pájaros y hacíamos silbos con la corteza del castaño y del nogal; — allí, sobre las estradas, estarán los manzanos cuya fruta derribábamos a pedradas mis compañeros y yo cuando íbamos a la escuela; — allí estará la casita blanca donde nacimos, mis abuelos, y mi padre, y mis hermanos y yo; — allí estará todo lo que no siente ni respira. Pero ¿dónde estarán, Dios mío, todos aquellos que con lágrimas en los ojos me dieron la despedida tantos años ha? Seguiré por el valle abajo. ¡Conoceré el valle, pero no sus moradores! ¡Ved si habrá entre los dolores un dolor más grande que el mío! Las gentes reunidas en el pórtico de la iglesia esperando el momento de entrar a misa, se asomarán al pretil que da sobre la calzada, y otras gentes se asomarán a las ventanas, todas para ver pasar al forastero. Y ni ellas me conocerán, ni yo las conoceré, que aquellos niños y aquellos mancebos y aquellos ancianos no serán los ancianos ni los mancebos ni los niños que yo dejé en mi valle nativo. Seguiré, seguiré tristemente por el valle abajo. «Todo lo que sentía», exclamaré, «se ha modificado o ha muerto. ¿Qué es lo que conserva aquí puros e inmaculados los sentimientos que yo infundí?» Y entonces alguna aldeana entonará uno de aquellos cantares en que yo encerré los sentimientos más hondos de mi alma, y al oírla, mi corazón querrá saltar del pecho, y caeré de rodillas, y si la emoción y los sollozos no embargan mi voz, exclamaré: «¡Santa, y tres veces santa, bendita, y tres veces bendita, la poesía que inmortaliza el sentimiento humano!

(Del prólogo del «Libro de los cantares».)

PEREDA.

DE «PEDRO SÁNCHEZ».

IMPRESIONES DURANTE UNA MISA.

No me maravilló el templo con sus tres naves góticas, no su coro bajo frente al altar mayor, su suelo de mármoles y sus capillas sombrías; pues, si he de hablar con verdad, cosa más grande y más rica me había imaginado yo para una catedral de población tan renombrada e impor

tante[1]. Pero comenzó la misa, y ya el ir y venir de los canónigos arrastrando las negras colas; el solemne, ostentoso ceremonial del presbiterio; los preludios del órgano; las nubes y el olor de los incensarios agitados por los inquietos monaguillos, vestidos de rojo y blanco, y la templada luz que se descomponía en todos los colores del prisma al atravesar los vidrios de las ojivas, imprimieron un nuevo rumbo a mis ideas, sacándolas de sus ordinarios y naturales cauces. Después, a medida que la misa adelantaba, crecía la fuerza de mi atención, porque nuevas ceremonias y no soñadas impresiones la sorprendían y la cautivaban, sin poder yo darme cuenta todavía de si aquel arrobamiento en que comenzaba a caer, era solamente una inesperada excitación de mis sentimientos religiosos en ocasión y sitio tan señalados; o si en el influía también un exceso de curiosidad. Pero llegó un momento en que a las voces estentóreas de los chantres y a las atipladas de los niños de coro, y al sonar de las campanillas de los monagos, y al cántico trémulo e inseguro del oficiante, se unió el estruendo de toda la trompetería del órgano, formando el conjunto un verdadero torrente de armonías que se desbordaba de las naves del templo, parecía estrellarse en inmensas oleadas contra los fustes, y saltar con ecos resonantes desde los mármoles del pavimento hasta los rosetones de las bóvedas. Entonces sentí un extraño cosquilleo que se deslizaba por todas las fibras de mi cuerpo; perdí la noción racional de cuanto tenía delante y en derredor de mí: hundí la cabeza en el pecho: parecióme que los haces de columnas se alargaban y crecían hasta perderse de vista, diáfanos y aereos, y que la tempestad de sonidos se extendía por todo el espacio hasta llenar los ámbitos del mundo, como la voz terrible de Jehová . . . y le vi; sí, le vi, flotando sobre nubes de incienso y de armonías, entre las disueltas bóvedas del templo; y le sentí en mi corazón y en mi conciencia; y crecieron en ella las más leves faltas hasta la magnitud de enormes culpas: al ardor de la fe, que también crecía en mi pecho, humillé mi cabeza . . . (creo que toqué con la frente el duro mármol en que se hincaban mis rodillas); negóse mi labio trémulo a pronunciar las plegarias que salían de mi corazón; brotaron mudas lágrimas de mis ojos, y, al verme en presencia de juez tan grande y majestuoso, avergonzóme la altura del suelo que me sostenía, y envidié la obscuridad y bajeza del mísero gusano que se arrastra bajo las costras de la tierra. (Cap. II.)

CARMEN.

Oyónos Carmen desde dentro y salió a recibirnos. ¡Qué monísima estaba! Jurara yo que se le enrojecieron un poco las mejillas al encerrarse conmigo. Parece que la estoy viendo todavía: con su cabellera abundosa, un poquito rizada naturalmente; los labios húmedos y rosados; los dientes como la más limpia porcelana: los ojos dulces y

[1] Santander.

rasgados; la nariz un si es no es aguileña; en cada carrillo un hoyuelo, el cutis fino y trasparente, y el cuello como de rosas y azucenas; después una pañoleta azul sobre el seno túrgido, y un vestidito de percal, fresco y almidonado, cuyos pliegues descendían del esbelto talle hasta el suelo, formando cola por detrás, y no tan largos por delante que, al andar, los pisaran unos pies como dos almendras, prisioneros en sendos zapatitos bajos, sobre unas medias como el ampo de la nieve. . . Reíanse de ello, si a leerlo acertaran los libertinos al uso; pero la verdad es que sólo me atreví a tocar ligeramente con la mía, la suavísima y ebúrnea mano que me tendió, un poquillo ruborizada, la hija de Don Serafín. Tal respeto me infundió la irradiación de su fragante y casta hermosura en aquella lóbrega mansión de la pobreza. (Cap. XII.)

ZORRILLA.

(DEL LIBRO DE LAS NIEVES, «LEYENDA DE ALHAMAR».)

AZAEL.

Y he ahí que en este punto,
del fondo transparente
del agua, donde siente
la música sonar,
de un ser resplandeciente
el rostro, que ilumina
la linfa cristalina,
se comenzó a elevar.
Tocó en el haz del agua
su cabellera blonda;
quebró la frágil onda
su frente virginal;
dejó el agua mil hebras
entre sus rizos rotas,
y a unirse volvió en gotas
al limpio manantial.
Aéreo, puro, leve,
cual nube vaporosa
que mansa el aura mueve
y transparente el sol,
ciñendo de oro y rosa
flotante vestidura,
como el del alba pura,
suavísimo arrebol.

La paz en el semblante,
la gloria en la sonrisa,
apareció radiante
el ángel Azael;
y sus mortales ojos
fijando en la improvisa
aparición, de hinojos
cayó Alhamar ante él.
Del agua se alzó fuera
y, al esparcir el viento
su blonda caballera,
el aire perfumó;
dejó escapar su aliento,
y cuanto allí existía
su aliento de ambrosía
con ansia respiró.
Del suelo a la techumbre
el místico palacio
reverberó la lumbre
de su divina faz.
Cuya fulgente aureola
purpúrea tornasola
el aire del espacio
y de las aguas la haz.

DE «GRANADA».

¡Salve, ciudad del sol, Granada bella,
amor de Boabdil, huerto florido,
que entre nieves estériles descuella,
taza de nardos, de palomas nido,
diamante puro que sin luz destella,
edén entre peñascos escondido,
ilusión de esperanza y sueño de oro
que halaga aún al corazón del moro!

¡Salve, verjel en donde el alba nace
y donde el sol poniente se reclina,
donde la niebla en perlas se deshace
y las perlas en plata cristalina;
donde el placer sobre laureles yace
y Dios sonríe y la salud domina!
Divino objeto de mi canto rudo:
yo al empezar mi canto te saludo.

Heme aquí, vuelto hacia ti los ojos,
descubierta al nombrarte la cabeza,
con amoroso afán puesto de hinojos,
rendido adorador de tu belleza,
ofrecerte mis cantos por despojos,
si dignos son de tu inmortal grandeza;
tiéndeme, pues, bellísima Granada,
al elevar mi voz, una mirada.

Y ¡plegue a Dios que mi amoroso acento,
por cima de los montes y los mares,
lleve a tu Alhambra sonoroso viento,
que armonía mejor dé a mis cantares!
Y si te dan a ti contentamiento
y algún premio por ellos me buscares,
dame a tu vez, ¡oh flor de mis amores!
sepultura al morir entre tus flores.

GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA.

I.

¡Tremenda noche! La lluvia,
desgajándose a torrentes
por las quebradas vertientes
de la Sierra, con fragor
a la hondura de sus valles
consigo arrastrando baja
los árboles que descuaja
del vendaval el furor.
¡Tremenda noche! Iracundos
los rebeldes elementos
amagan de sus cimientos
las montañas arrancar.
Y en la cresta de la roca,
donde se halla suspendida,
con ímpetu sacudida
tiembla Zahara sin cesar.
A una aspillera asomado
de su antigua ciudadela,
el buen Arias está en vela,
ocupado en escuchar
los rumores que a su oído
en sus alas trae el viento,
y un fatal presentimiento
no le deja sosegar.
Nada sus tenaces ojos
ven en noche tan cerrada;
no percibe ni oye nada
en la densa lobreguez,
más que el velo tenebroso
y la voz de la tormenta,
cuya furia se acrecienta
con horrible rapidez.
A sus pies reposa Zahara:
sus tejados ve, a la lumbre
del relámpago, en la cumbre
donde el pueblo se fundó.
Mas la roja llamarada
que el relámpago refleja
le deslumbra y no le deja
comprender lo que a ella vió.
Al resplandor instantáneo
con que el pueblo se ilumina,
cree tal vez ver la colina
con el pueblo vacilar;
y a veces, en el instante
de iluminarse de lleno,
cree ver de Zahara en el seno
vagas visiones errar.
Blancos bultos, misteriosas
sombras, móviles reflejos
tras los muros a lo lejos
moverse y lucir cree ver;
cual si, haciendo de ellas vallas,
los espíritus del monte
de sus torres y murallas
se quisieran guarecer.
¡Delirios vanos! ¡quimeras
de su débil fantasía!
Pasa el pobre noche y día
en continua agitación,
y con fe supersticiosa
creyendo en su fatalismo,
recela hasta de sí mismo,
trastornando su razón.
¡Ilusiones! Arias sólo
oye el vendaval que brama,
y el agua que se derrama
por los tejados rodar,
y en los muros del castillo
el rumor acelerado
de los pasos del soldado
que acaban de relevar.
Oye el sordo remolino
con que rueda la tormenta
haciendo girar violenta
las veletas de metal,
y zumbar estremecida
la mal sujeta campana,
y temblar en la ventana
el desprendido cristal.
Todos reposan en Zahara,
la atalaya de Castilla;
sólo se oyen por la villa,
en la densa obscuridad,
el agua de la goteras
y el rumor del vago viento,
que ruge con el acento
de la ronca tempestad.

Sólo en apartada torre
del mal guardado castillo,
con el fulgor amarillo
de una lámpara al morir,
velan algunos soldados,
y se siente desde fuera
el rumor de una quimera
y jurar y maldecir.
Oyense sus carcajadas,
sus apodos insolentes;
pues en esto han tales gentes
contentamiento y placer;
se juntan en borracheras
para acabarlas riñendo,
y vuelven en concluyendo
desde reñir a beber.
Y en el calor de la orgía
y el vapor de los licores,
disertan de sus amores
en obsceno platicar;
pues su lengua irreligiosa,
sin respetos y sin vallas,
sólo de sangre y batallas
o mujeres ha de hablar.
De éstas se miran algunas
con los soldados más mozos
en impúdicos retozos
y deshonesto ademán,
que osadas y decompuestas,
o blasfemando o riñendo,
hasta embriagarse bebiendo
desatinadas están.
La trémula llamarada
de una hoguera agonizante
presta a su rudo semblante
una expresión más feroz;
y, recibiendo la bóveda
la algazara en su ancho hueco,
remeda con largo eco
la desentonada voz.
Harto de vino y de amores,
en dos bancos apoyado,
cantaba un viejo soldado
al son de un roto rabel,
e hiriendo a compás la mesa
con plato, jarra o cuchillo,
aullaban el estribillo
ellos y ellas con él.
Brindaban, y a cada brindis
insensatos blasfemaban,
y reían y danzaban
completando la embriaguez;
y sus sombras, en silencio,
gigantescas, agitadas,
cual fantasmas convidadas
erraban por la pared.

«¡A ellos!» gritaron voces,
y entraron al aposento,
diez a diez y ciento a ciento,
los moros del rey Hasán;
y apenas a las espadas
acudieron los cristianos,
les cercenaron las manos
en donde tan mal están.
Lidiaron acaso algunos;
pero tantos les entraron,
que al fin los acuchillaron
con las hembras a la par.
A los gritos de los moros
los cristianos despertaban;
¡pero los tristes se hallaban
cautivos al despertar!
La soñolienta pupila
prestaba crédito apenas
a las cuerdas y cadenas,
con que atados dos a dos
por los árabes se vieron;
a quienes con lengua y ojos
pedían piedad de hinojos
en el nombre de su Dios.
Las lágrimas de las madres,
de los niños los sollozos,
los esfuerzos de los mozos,
el dolor de la vejez,
son inútil resistencia;
porque a todos, los infieles,
atados como lebreles,
los arrastran a la vez.
En vano lucha la virgen
desesperada con ellos,
que con sus propios cabellos
mordaza o cordel le dan;
en vano niños y enfermos
yacen sin fuerzas postrados,
en tropel como ganados
todos a los hierros van.
Fueron tristísimas horas
las de noche tan sangrienta.
¡A quien de ella pidan cuenta
malas cuentas ha de dar!
Mas no Arias, a quien el mundo
con su fe abandona en Zahara,
porque Dios no desampara
a quien de él se va a amparar.
Corazones como el suyo,
almas cual la que le anima,
Dios tan sólo las estima
en su prístino valor;
aniquilado bien pronto
el cuerpo que les encierra,
vuelve su polvo a la tierra
y su esencia al Criador.

Creyó al fin Gonzalo Arias,
desde la torre en que vela,
sentir en la ciudadela
un verdadero rumor
de voces y de pisadas,
y distinguir en la sombra
muchas gentes agolpadas
a la muralla exterior.
Iba el caracol de piedra
a tomar del muro, cuando
por él su escudero entrando
dijo: «Los moros, señor!»
Asió al punto Arias Saavedra
un hacha y un triple escudo,
que halló a mano, y torvo y mudo
lanzóse hacia el corredor.
Por el caracol torcido
se hundió como una callada
sombra, y la puerta ferrada
de las almenas abrió.
Confuso tropel de moros
llenaba el adarve estrecho;
Gonzalo Arias derecho
a los moros se lanzó.
Tendió del primer hachazo
los dos que halló delanteros,
y al querer tirar del brazo
la mano de otro segó.
A tan repentino ataque
la morisma, acorralada,
abrió círculo espantada
y en el centro le dejó.
Mas Arias, que no veía,
de vergüenza y de ira ciego,
cerróse con ellos luego
con ímpetu asolador;
y al ver el horrendo estrago
que en ellos su brazo hacía,
ninguno se le atrevía,
embargados de pavor.
Pero sobre ellos cargaba
Gonzalo Arias con tal brío,
que adelante les llevaba
sin dejarles revolver;
y uno que frente arrestado
le hizo, entre dos almenas
le derribó atravesado;
y en el foso fué a caer.
Aquel hombre despechado,
de mirada centelleante,
de colérico semblante,
y de fuerzas de titán,
sin más que un broquel y un hacha,
pálido y medio desnudo,
peleando solo y mudo
con desesperado afán;

Aquel hombre aparecido
de repente en medio de ellos,
erizados los cabellos,
cual de un vértigo infernal
poseído, hizo a los moros
concebir honda pavura,
contemplando en su figura
algo sobrenatural.
Un instinto irresistible
de temor supersticioso
de aquel hombre misterioso
en tropel les hizo huir,
cual si vieran, bajo el rostro
de aquel hombre temerario,
un espíritu contrario
de Mahoma combatir.
Abandonó, pues, el muro
todo el pelotón alarbe,
y dejó sobre el adarve
solo a aquel hombre fatal.
Crispado, calenturiento,
a las almenas de piedra
asomóse Arias Saavedra,
presa de angustia mortal.
Allá abajo, en las tinieblas,
por las calles de la villa
en la lengua de Castilla
invocar a Dios oyó.
«¡A Dios (dijo con desprecio),
a Dios invocáis ahora!
¡Miserables! ya no es hora:
sucumbid, pues, como yo.»
Y a largos pasos tomando
del castillo la escalera,
fué a dar como una pantera
en el patio principal.
Un capitán de Granada
allí amarrados tenía
cuantos perdonado había
la cimitarra fatal.
Arias, de un salto, se puso
delante del africano
y, asiendo con una mano
las bridas de su corcel,
le dió en el frontal de acero
tan descomunal hachazo,
que caballo y caballero
vinieron a tierra de él.
Los árabes que más cerca
del capitán se encontraron
sobre Gonzalo cargaron
con gritería infernal;
pero dieron con un hombre;
y el primero que imprudente
se llegó a Arias, en la frente
recibió el golpe mortal.

El capitán, desenvuelto
de su caballo caído,
vino como tigre herido
sobre el alcaide a su vez;
recibió su corvo alfange
el castellano forzudo
dos veces en el escudo
con serena intrepidez.
Y al verle ebrio de coraje,
descargarle el tercer tajo,
metióle el hacha por bajo
y el brazo le cercenó.
Saltó el pedazo partido
con la cimitarra al suelo,
y el moro con un aullido
de dolor se desmayó.
Saltó Arias de él por encima
y, del caballo tendido
quedándose guarecido,
volvió la lid a empezar.
Acométenle los moros;
mas ningún golpe le ofende
por delante, y se defiende
la espalda con un pilar.
Entraba en esto en el patio
el viejo rey de Granada;
mas detúvose a la entrada
a admirar el varonil
aliento de aquel hombre
que sin casco ni armadura
tiene a raya la bravura
de los hijos del Genil.
Estaba Gonzalo Arias,
de sangre y sudor cubierto,
tras del caballo, que muerto
a sus plantas derribó,
anhelante de fatiga,
descolorido y rasgado,
como un espectro evocado
del panteón que le guardó.
Al ver con cuánta destreza
de tantos se defendía,
de tan alta bizarría
pagado el viejo Muley,
«¡Teneos!» gritó a los moros;
y, yéndose al castellano,
le dijo afable: «Cristiano,
ríndete: yo soy el rey.»
No pudo Arias de cansancio
contestar. «Quien quier que fueres
(añadió el rey), valiente eres:
ríndete a mí y salvo irás.»
Arias, ronco de fatiga,
pero con alma serena,
dijo: «Muerto, enhorabuena;
pero rendido, jamás.»
«Cristiano», repuso el moro,
«yo soy Muley, y rendirte
a mí no será desdoro.»
Y Arias dijo: «Y yo, Muley,
soy Gonzalo Arias Saavedra,
y mientras me quede aliento
y en Zahara quede una piedra
la mantendré por mi rey.»
Ahogó la piedad del moro
respuesta tan arrogante,
y, colérico, «¡Adelante,
saeteros!» exclamó.
Atravesado de flechas
hincó Arias una rodilla
gritando «¡Cristo y Castilla
por los Arias!» Y expiró.
Cortáronle la cabeza,
y en el arzón delantero
la ató un negro de Baeza
por trofeo de valor.
Tal fué el fin desventurado
del bravo alcaide de Zahara;
la suerte le negó, avara,
todo, menos el honor.

(III, 2.)

DELIRIO DE MORAIMA.

Más pálida que el mármol de la fuente
donde apoya su brazo nacarino,
más triste que la voz con que doliente
gime en la costa el pájaro marino,
cuando cercano el temporal presiente,
en la ancha pila del jardín vecino
contemplaba Moraima silenciosa
la triste imagen de su faz llorosa.
Suelto el cabello, que a merced del viento
por los desnudos hombros ondulaba,
en el agua, al reflejo amarillento
de una lámpara de oro, se miraba.
Su cuerpo sin acción, sin movimiento,
sus enclavados ojos, semejaba
su blanca y melancólica figura
añadida a la fuente una escultura.
A la luz que su lámpara destella
su rostro con asombro contemplaron
Aixa y Kaleb, y con callada huella
a la infeliz Moraima se acercaron
solícitos; mas ¡ay! inmóvil ella
ni les vió ni sintió cuando llegaron:
«Duerme», dijo Aixa, que tenaz la mira
«No duerme», dijo el árabe, «delira.»

Delirando, Moraima el ojo atento
de la taza de mármol no quitaba,
la imagen de su rostro macilento
contemplando que el agua reflejaba;
y al fin con un suspiro y con acento
cuya tristeza el alma traspasaba,
con el mirar en ella siempre fijo
así a su imagen transparente dijo:

«¿Quién eres tú, que pálida me miras
debajo de la trémula corriente?
¿Quién eres tú, que como yo suspiras
con triste faz y en ademán doliente?
¿Eres algún espíritu que giras
por los senos del agua transparente,
en pos del bien a quien perdido lloras
y que el lugar en que se oculta ignoras?

«¡Ay! no le busques, sombra enamorada;
no te fatigues más, alma perdida.
Véte, sombra: ya amor no hay en Granada;
alma, véte: en Granada ya no hay vida.
Mira: yo estoy también abandonada
como tú, y en el alma estoy herida:
¡Ay! yo busco también a los que adoro
y el sitio en donde están como tú ignoro.

«Mas ¿por ventura buscas a tu esposo?
¿A tu padre tal vez? Los dos se han ido.
El cielo estaba obscuro y tempestuoso,
rugía el huracán cuando han partido.
Iban a pelear: era forzoso;
la tempestad allá les ha cogido. . .
¿Padres y esposo buscas? ¡insensata!
Míralos . . . el Genil les arrebata.

«Véte pues: aun no han vuelto de Lucena.
Mas ¿por qué así me miras, sombra vana?
No me mires así: me causa pena.
¿Quién eres? ... mas ¿te ríes? ¡Ah villana!
¡Tú eres alguna esclava nazarena.
Sí, sí: tú eres la pérfida cristiana,
que me le hechiza el corazón ahora
con su infernal amor! . . . toma, traidora.»

Dijo y tiró la lámpara a la fuente;
con hueco son al sumergirse en ella,
el agua helada salpicó su frente.
Quedó en tinieblas el jardín; la bella
y enamorada aparición doliente
se disipó, sintiéndose su huella
primero del jardín entre las flores,
y luego en los sombríos corredores.

(VIII, 10.)

TAMAYO Y BAUS.

DE «LOCURA DE AMOR».

ACTO IV. ESCENA X.

La Reina y *Doña Elvira.*

Reina. No me había engañado: mira la carta de esa mujer. Derecha fuí a donde estaba.

Doña Elvira. ¿Será posible?

Reina. He querido leerla. Mis ojos se han clavado en ella, pero nada han visto.

Doña Elvira. No la leáis.

Reina. ¿Que no la lea? ¡Dios mío! Tú no has amado, nunca; nunca has estado celosa; no tienes corazón. ¿Que no la lea? ¿Para qué la he buscado entonces? Mira, mira cómo te obedezco. (Leyendo:) «Señor: que yo sería dama de la reina, en cuanto os lo pidiese, me fué concedido por vos. Quien del palacio, buscándome solícito, descendió a la posada, súbame hoy de la posada al palacio. La dama del mesón.» Y el rey contestó . . . Y esa mujer está aquí. . . . Y porque ella está ahora a mi lado, estaba ahora siempre a mi lado Felipe. . . . ¿Lo entiendes ya? No; no lo creo . . . No lo quiero creer.

Doña Elvira. Sosegaos, señora.

Reina. Parece que no sabes decir más que eso. ¿No oyes que está aquí? ¿No oyes que me la ha traído a mi propia casa? Por fuerza ese hombre ha olvidado que yo aquí soy la reina; que ni él mismo se librará de mi furor. ¡Y supuse que me amaba, que tenía celos de mí! ¿Hay simpleza como la de una mujer enamorada? ¡Qué bien se habrá reído a mi costa! De ambos debo tomar venganza. ¿Por cuál empezaré? . . . Una venganza que no desmerezca del agravio. Corre; llama al rey. . . . No: escucha . . . (Deteniéndola.) Antes conviene . . . Vamos, vamos . . ., si no me tranquilizo, no haremos cosa de provecho. Maldito corazón que jamás ha de obedecer. . . . Sí; ya estoy tranquila . . . Conviene . . . ¿Qué te decía yo? . . .

Doña Elvira. (Acabarán con su razón y con su vida.)

Reina. Conviene . . . ¡Ah! (Como recordando.) Conviene descubrir cuál de mis damas es la amiga del rey. Casi todas aquí en Burgos han entrado a servirme. Esta carta me pone en camino de dar con ella. Haciendo que todas escriban delante de mí . . ., cotejando las letras . . . Ya ves que aun puedo discurrir. Anda, corre; que al punto vengan a esta cámara, al punto. . . . Dime (deteniéndola otra vez): lo que esa mujer ha hecho es un crimen. Debe haber alguna ley que castigue estos delitos; debe haberla. ¿No es cierto? Seguramente que la habrá en un país donde mandan mujeres. Y si no la hay, yo la haré. ¿No soy la reina? Para algo ha de servirle a una ser soberana de un reino compuesto de muchos, y de un nuevo mundo además. Se han burlado de la mujer virtuosa y amante. Por Cristo, ¡que se van a llevar chasco muy solemne cuando la vean convertirse en reina vengativa! ¿Qué me vas a decir? (A Doña Elvira que hace ademán de ir a hablar.) ¿Otro desatino? Calla, no quiero oírle. Vuela: trae a todas mis damas. ¡Ay de ti, si me vendes! . . . ¿Quién viene? ¿Qué hombres son ésos? (Viendo aparecer en el foro el Almirante y los Grandes.)

Doña Elvira: Son los grandes que desean hablaros. (Vase por la izquierda.)

Reina. ¡Ah, sí, ya me acuerdo! (Cambiando repentinamente de tono.) Adelante, señores, adelante, y seáis bien venidos.

ACTO V. ESCENA V.

Dichos y *la Reina,* con manto, corona y cetro.

Reina. ¡Plaza a la reina!

(Subiendo al trono antes que el rey.)

Rey. ¡La reina!

(Prolongados rumores, sorpresa general.)

Marqués. ¡Doña Juana!

Don Álvar. (Esto es más de lo que esperábamos.)

(Pausa.)

Reina. ¿Qué os turba y sorprende? ¿No contabais con mi presencia? Pues mal lo imaginasteis. Cerradas estaban las puertas de mi aposento; mas diz que para todo hay remedio en el mundo, si no es para la muerte. Que las cerrasen mandó el rey; la reina mandó que las abriesen de par en par; pudo más que la pérfida flamenca la lealtad castellana, y aquí me tenéis.

Don Juan Manuel. Fuerza es obrar con energía. (Bajo al rey.)

Rey. Dignaos de volver a vuestra estancia, señora.

Reina. No hay para qué. Sé de qué graves negocios estabais tratando. Trátase de recluirme en alguna buena fortaleza por todo el resto de mi vida; trátase de hacer propiedad de Don Felipe de Austria la corona que a mí sola me pertenece. Acuerdo es éste de todo punto necesario; tal lo juzgo yo propia, y vengo por lo tanto, a endulzar la pena que, a no dudar, oprime el tierno corazón de mi esposo; a pagar el noble celo que en pro del publico bien habéis casi todos vosotros manifestado; a decir en seguida un adiós eterno al trono de mis padres. Y noticiosa de que ya ibais cobrando ojeriza a mi pobre vestido negro, para contentaros, y siquiera una vez pareceros reina, me he echado encima, como veis, mis galas más deslumbradoras. (Desciende del trono y apostrofa a Don Juan Manuel y a los otros grandes con delicada ironía.) Guárdeos el cielo, Don Juan Manuel, señor de Belmonte de Campos y de Cevico de la Torre, embajador en Roma, maestresala de mi madre Doña Isabel, primer caballero español del Toisón de Oro de la casa de Borgoña, y presidente de mi Consejo. Gloria mayor la vuestra que la de aquel otro Don Juan Manuel, cuya docta pluma hizo su nombre tan famoso, y cuyo invicto acero rindió y desbarató al fuerte Ozmín, general de la casa de Granada, a orillas del río Guadalferce. He aquí, señores, a un nieto del rey San Fernando y de los emperadores de Constantinopla, convertido hoy en agente de los excesos de un archiduque de Austria.

Don Juan Manuel. ¡Señora!

Reina. ¡Oh! que también está por aquí el noble marqués de Villena, duque de Escalona. Cuentan que vuestro ascendiente, el caballero portugués Diego López Pacheco, fué por ansia de medro uno de los asesinos de Doña Inés de Castro; que vuestro noble padre dió veneno al príncipe Don Alfonso, de quien era parcial; para volver a la gracia de su legítimo señor, mi tío Don Enrique, al cual después, no sabiendo ya que quitar, quitó el entierro que el buen monarca para sí destinaba en el Parral de Segovia; que vos hicisteis matar a vuestra primera mujer, la condesa de Santisteban, nieta del condestable Don Álvaro de Luna; que ahora, desposeído, por la voluntad de mis padres, de Trujillo, Chinchilla, Albacete, San Clemente, Rota y demás pueblos del marquesado de Villena, de la ciudad de Alcázar y de la tenencia de Madrid, queréis recobrarlos a toda costa, pronto, por conseguirlo, a matarme a mí y a diez mujeres más. A ser esto cierto, señor marqués de Villena, ¡gloriosa raza la vuestra, por vida mía!

Marqués. (¡Conténgame Dios!)

Reina. Loor a todos vosotros, señores. Natural es que así procuréis el ultraje de vuestra reina y la ignominia de vuestra patria, cuál por un aumento de territorio, cuál por una dignidad que ha tiempo codiciaba, cuál por un Toisón de Oro para deslumbrar a sus inferiores, cuál por diez oficios para diez de sus allegados. No hay por qué nadie se maraville: constantemente fué vuestro anhelo empobrecer al pechero y al monarca; siempre fuisteis enemigos naturales del trono y del pueblo.

Noble primero. Nos insultáis.

Don Juan Manuel. Insultáis a la Grandeza de Castilla.

Reina. Bueno fuera que os dieseis por ofendidos. ¿Sabe una loca lo que se dice? Y yo estoy loca hasta más no poder. Como que estos señores, que son mis médicos, quieren encerrarme. (Dirigiéndose a los médicos.) Sólo que yo no quiero dejarme encerrar. Matad a la gente, señores míos; tal es vuestro derecho: para enterrarla viva aun no tenéis licencia. Pero ¿qué? ¿También vosotros os enojáis? ¡Todos malvados! (Con acento de cólera.) ¡Todos necios! (Riéndose.)

Rey. Ved que yo por más tiempo no puedo tolerar. . . .

Reina. Y a ti, Felipe, ¿qué te podré decir para consuelo de tu pena? (Apartándole de los demás, y en voz baja.) Que harto bien pagada está la corona de Castilla con tus Estados de Borgoña y de Flandes; que aun necesitas reposo y vigor en el espíritu para terminar la obra que bajo tan buenos auspicios has comenzado: hacer tuyo el trono de la madre, ha sido empezarla; quitárselo al hijo legítimo para dárselo a un bastardo infame, será concluirla.

Rey. ¡Doña Juana!

Reina. ¡Bah! ¡Si ya sabes y acabas de oir que estoy rematadamente loca!

Rey. Señores, esto es ya demasiado: llegó el momento . . .

Reina. Sí, ¡por Cristo! sonó la hora de que yo empezase a reinar. Demencia y crimen era en mí anteponer otro amor al amor de mi pueblo. Yo expié mi culpa: de hoy más no lloraré torpes ingratitudes. Amar como todas las mujeres, es amar a un hombre; a semejanza de Dios, debe amar una reina amando a un pueblo entero.

Rey. (¡Me vence, me humilla!)

(Los Grandes se acercan, como ofreciéndole amparo contra Doña Juana.)

Reina. Ni penséis vosotros romper de nuevo el freno de las leyes, con que os sujetó la mano poderosa de la católica Isabel. Temblad ante la hija, como temblabais ante la madre. Vuelvan al reino los bienes que le arrebató vuestra codicia; vuelva la fuerza, que es suya, a la corona; deponed del todo vuestros cetros usurpados. Ya vosotros no sois Castilla: Castilla es el pueblo; Castilla es el monarca.

Rey. Salid de aquí. No me obliguéis a emplear la violencia.

Reina. ¿Quién se atreverá a tocarme?

Almirante. Conteneos, señor, si no queréis encender oprobiosa guerra.

Don Álvar. No hagáis que la sangre española corra por mano española vertida.

Rey. La rebelión estalla dentro de mi propio palacio.

Marqués. ¡Viva el rey!

Nobles. ¡Viva!

Rey. ¿Oís, señora, como la Grandeza de Castilla aclama al rey?

Pueblo. ¡Viva la reina! ¡Viva la reina! (Dentro.)

Reina. Oye tú cómo el pueblo español aclama a su reina.

Reina. Gracias, hijos míos. Nada temáis; no saldré de Burgos. Fío en vuestra constancia. (Desde el balcón.)

Pueblo. ¡Viva la reina! ¡Mueran los flamencos!

Reina. ¿Qué queréis, Felipe? Mi pueblo ha perdido el juicio como yo.
(Volviendo al lado del rey.)

Rey. ¡Oh rabia!

Almirante. La justicia prevalece.

Don Álvar. ¡La reina triunfa!

Reina. Parece que esos gritos no os suenan bien: pues yo quiero oírlos más de cerca. (Asómase al balcón.)

Pueblo. ¡Viva la reina! ¡Viva la reina! (Dentro.)

Rey. Soldados, dispersad esa turba.

Capitán. Si la reina lo manda.

Reina. Calla, ¿éstos también? Con razón asegura el refrán que un loco hace ciento. Ya lo veis: los locos abundamos en Burgos que es una maravilla. Réstame advertiros que no es cordura jugar con ellos. Felipe, señores, a Dios quedad. La reina loca os saluda.
(Hace una reverencia y se va.)

LÓPEZ DE AYALA.

DE «UN HOMBRE DE ESTADO».

ACTO IV. ESCENA VI.

Don Rodrigo. Dichoso muriendo fuera,
si la imagen de mi vida
alguna acción me ofreciera
que digna mi muerte hiciera
de ser de todos sentida. . . . (Pausa.)
¡Matilde! ¡Matilde mía!
¿Me perdonas? ¡Oh tormento!
Dios te ha vengado este día,
haciendo que en mi agonía
no pueda escuchar tu acento.

ESCENA VII.

Don Rodrigo, Doña Matilde, Don Manuel.

Don Manuel. Vedle.
Doña Matilde.
¡Ay! ¡Él es! ¡Desventurado!
Don Manuel. El mundo
envidió su ventura, y vedle ahora.
Llegad . . .
Doña Matilde. ¡Oh Dios!
Don Manuel. Que alivia a moribundo
la tierna voz de la mujer que llora.
Doña Matilde. Yo me siento morir.
Don Manuel. ¡Valor, señora!

(Don Manuel se retira, después de un momento en que Matilde hace visibles esfuerzos para serenarse.)

Don Rodrigo. ¡Cielos, perdón!
Doña Matilde. ¡Rodrigo!
Don Rodrigo. ¿Qué he escuchado?
¡Matilde!
Doña Matilde. Sí.
Don Rodrigo ¡Gran Dios! ¡yo te bendigo!
Voy a morir.
Doña Matilde. Lo sé.
Don Rodrigo. ¿Me has perdonado?
Doña Matilde.
Dios te perdone, como yo, Rodrigo.
(Momento de silencio en que lloran ambos.)
Don Rodrigo.
¿Por qué no te creí, Matilde mía?
Doña Matilde. Olvida ya. . . .
Don Rodrigo. Si nunca te ofendiera,
nunca tampoco a Dios ofendería.
Doña Matilde.
Olvida lo pasado, y corra entera
la vida de los dos en este día.
(Rodrigo la contempla un momento.)
Don Rodrigo.
¡Oh, cuán grande a mis ojos te presentas,
amado nuncio del perdón celeste!
Hoy que la luz que alumbra mis sentidos,
la luz de la verdad sublime y santa,
su resplandor esparce por el mundo,
en medio de sus ídolos caídos

consoladora y grande se levanta
la imagen sola de tu amor profundo.
Doña Matilde. ¡Ah!
Don Rodrigo. Ten valor.
Doña Matilde. ¡Rodrigo!
Don Rodrigo. Sí, ¡la muerte!
Doña Matilde.
Olvidémoslo todo; al mundo olvida,
y recuerda no más que ni un momento
mi amor sincero te faltó en la vida.
Si alguna vez el hado turbulento
de mi pasión profunda te apartaba,
mi alma, que en la tuya penetraba,
a ti más infeliz en ofenderme,
que a mí en ser ofendida, te juzgaba.
Don Rodrigo.
Sí; tú, que viste el fondo de mi alma,
me amaste sin cesar. ¡Gracias! Ya al mundo,
que sofocó mi instinto generoso,
la muerte ante mis ojos lo ha deshecho,
y mis nobles pasiones comprimidas
triunfantes llenan mi agitado pecho.
(Exaltándose.)
Doña Matilde. ¡Dios me escuchó!
Don Rodrigo. Caí; mas no vencido
que, a pesar de mi vida detestable,
la grandeza del hombre he comprendido;
del hombre, que, inspirado, conociendo
que, cuanto no es eterno es miserable,
los ojos fija en la mansión divina,
y en paz, en medio del mundano estruendo,
hacia su fin sin inquietud camina;
sin envidiar su mísera riqueza;
que en su calma consiste su ventura,
y en ser hombre consiste su grandeza.
Sí; lo comprendo ya, Matilde mía,
y Dios por ti su bendición me envía,
y mi eterna inquietud ya no me aflige,
y el alma crece de su dicha ufana.
Voy a morir: ¿qué importa? ¿quién exige
mayor ventura de la vida humana?
Doña Matilde.
¡Bien hayan nuestras penas, que, un momento,
nuestras almas al fin han confundido.
Don Rodrigo.
¿Tú sientes la ventura que yo siento?
Doña Matilde.
Y el que antes no la hubieras comprendido,
la causa fué de mi mayor tormento.
Don Rodrigo.
Mas ¡ay! eres tan joven todavía. . . .
El mundo, que fué siempre mi enemigo,
borrará de tu mente mi agonía,
y al fin me olvidarás.
Doña Matilde. Por Dios, Rodrigo;
no me ofendas siquiera en este día.
Don Rodrigo. ¿No me olvidarás nunca?
Doña Matilde. Yo lo fío;
y antes que dejes para siempre el mundo,
comprende, ¡por piedad! el amor mío.
Yo te amé; mas no pienses que te amaba
horas futuras de placer fingiendo;
que, cuando amor eterno te juraba,
y más segura de tu amor me viste,
el corazón fatídico latiendo,
su fin cercano me anunciaba y triste.
Mi amor nació de conocer tu vida.
Miraba con profundo desconsuelo
tu grande alma por su error perdida
a la ventura, y al amor y al cielo;
y de sublime compasión movida,
quise pararte al borde del abismo.
Y, aunque la voz de la ambición impía
me arrastraba a sufrir contigo mismo,
sólo en pensar que mi perenne llanto
quizá lograse que tuviera un día
tu grande corazón dicha y reposo,
gozaba el alma de mayor encanto
que hallar pudiera en el amor dichoso.
Ya que verte sereno y penetrado
de la santa verdad he conseguido,
sin otro afán, en reclusión sombría,
tranquila y sin dolor veré cumplido
el noble fin de la existencia mía.
Don Rodrigo.
¡Matilde! ¡Bendición!... Sí; tú has nacido
para mostrarme la piedad divina.
De mi vida el misterio se esclarece;
mi puro amor en tu presencia crece
y allá en el seno del Creador termina
Ante mi Dios la mente se ilumina;
y aunque abatido y en prisión me veo,
jamás, ministro, me sentí tan grande
como ahora, pobre y miserable reo.
El alma, ya del polvo desprendida,
en sentirse a sí misma se recrea.
Doña Matilde. ¡Rodrigo!
Don Rodrigo. Sí; y en venturosa calma
la eternidad se extiende ante mi vista
y su presencia me engrandece el alma.
Doña Matilde. ¡Gracias, señor!
Don Rodrigo. Ya anhelo que ese mundo,
que ahora me juzga desgraciado y triste,
de mi paz y contento sea testigo,
y aprenda de una vez en qué consiste
la dicha verdadera.
Don Manuel (entrando). ¡Don Rodrigo!
Doña Matilde (enternecida). ¡Ah!

Don Rodrigo. Ten valor.
Doña Matilde. ¡Tan pronto!
Don Manuel. Un caballero
pretende hablaros.
Don Rodrigo. Si le dais licencia . . .
Doña Matilde. ¡Ah! ¿Quién será?
Don Rodrigo. No tiembles: su presencia
sin esperanza y sin temor espero.
Entra y ora por mí.
Doña Matilde. Por Dios, Rodrigo:
no te vayas sin verme.
Don Rodrigo (ocultando su emoción).
Pasos siento.
Doña Matilde.
¡Oh! ¡por Dios! que es mi súplica
postrera.
(Vase.)
Don Rodrigo.
¡Ay de mí! sólo siento que su mano
no ha de cerrar mis ojos, cuando muera.

ESCENA VIII.

Don Rodrigo y *Don Baltasar.*

Don Rodrigo. ¡Zúñiga!
Don Baltasar. Sí, Don Rodrigo.
Contened el pensamiento.
Sólo me mueve el intento
de mostrarme vuestro amigo.
Don Rodrigo. ¡Ah! (Tendiéndole los brazos.)
Don Baltasar. Vuestro fin se acelera:
¿queréis la vida salvar?
Don Rodrigo. ¿Qué decís, Don Baltasar?
Yo querré lo que Dios quiera.
Don Baltasar. Hoy que Madrid os alaba
y pide a Dios que os perdone,
también sus iras depone
el bando que os detestara.
Don Rodrigo. ¿De eso me habláis?
Don Baltasar. Perdonad
que os hable yo de esta suerte;
que delante de la muerte
es fuerza decir verdad.
Me mandan, pues, avisaros
que intentan llegar al rey,
porque revoque la ley,
y, si es posible, salvaros.
Mas, antes que al rey acudan,
a persuadirle el perdón,
como en diversa ocasión
los pensamientos se mudan,
exigen, con gran secreto,
y lo siento, ¡juro a Dios!
prendas seguras de vos
para teneros sujeto.
Don Rodrigo. Morir, Zúñiga, es rigor,
y yo en morir no vacilo;
que el instante más tranquilo
es el instante mejor.
En vano el hombre se afana
la existencia en dilatar;
pues su fin ha de llegar,
lo mismo es hoy que mañana.
La muerte me halla propicio,
y aun tengo a felicidad
entrar en la eternidad
por la puerta del suplicio.
Y porque se satisfagan
los que os han mandado ahora
de cuánto yerra e ignora
ese mundo a quien halagan;
decidles, Zúñiga, que hoy
que en la prisión me han juzgado
abatido y desgraciado,
grande y venturoso soy.
Si alguna ofensa me han hecho,
mi muerte no han de impedir,
pues, con dejarme morir,
me dejarán satisfecho.
Y a vos que estáis en la vida
sujeto a su desventura,
hoy, como prenda segura
de mi eterna despedida,
daros un consejo quiero,
que yo, Zúñiga, aprendí,
viviendo como viví,
y muriendo como muero:
Sabed que dentro del alma
la mayor grandeza existe
y la ventura consiste
en saber gozar de calma.
Viviendo en paz, sin violencia
nuestro fin llegar se advierte,
y ver en calma la muerte
hace feliz la existencia.
Don Baltasar. Vivid, y amigos los dos
seremos en adelante.
Don Rodrigo. Bástenos serlo un instante
en la presencia de Dios.
Don Baltasar. ¡Oh! dilatad la existencia:
vivid al menos y orad.
Don Rodrigo. Suple la eterna piedad
mi falta de penitencia.
Don Baltasar.
Mandadme, pues que anhelante
mi afecto os quiero mostrar.
Don Rodrigo. Con ver a todos llorar
tengo, Zúñiga, bastante.
Vuestro perdón sólo ansío.
Don Baltasar. Con el alma y corazón.
Don Rodrigo. Y en cambio de este perdón,
tomad el ejemplo mío.

ESCENA IX.

Dicho. El confesor de Don Rodrigo y Acompañamiento.

Confesor. Hijo, ya es hora.

Don Rodrigo (mirando a la capilla).

¡Ah! los dos
que me han amado.... ¡Oh! quería....
(Lucha y se detiene.)
¡Enrique! ¡Matilde mía!
¡Ay! ¡Adiós! ¡Zúñiga, adiós!

ESCENA ÚLTIMA.

Don Baltasar; después Enrique y Doña Matilde.

Don Baltasar (pausa).
Ha dejado en este espacio
grandes pensamientos.... Sí...
y mirando desde aquí,
me infunde miedo el palacio

Doña Matilde. ¡Ah! Quizás... ¿Zúñiga?

Don Baltasar. ¡Cielo!
¿Matilde?

Doña Matilde. ¿Cómo? ¿Aquí vos?

Don Baltasar (con ansiedad).
Tened presente, por Dios,
que salvarle fué mi anhelo.

Doña Matilde. ¿Se fué?

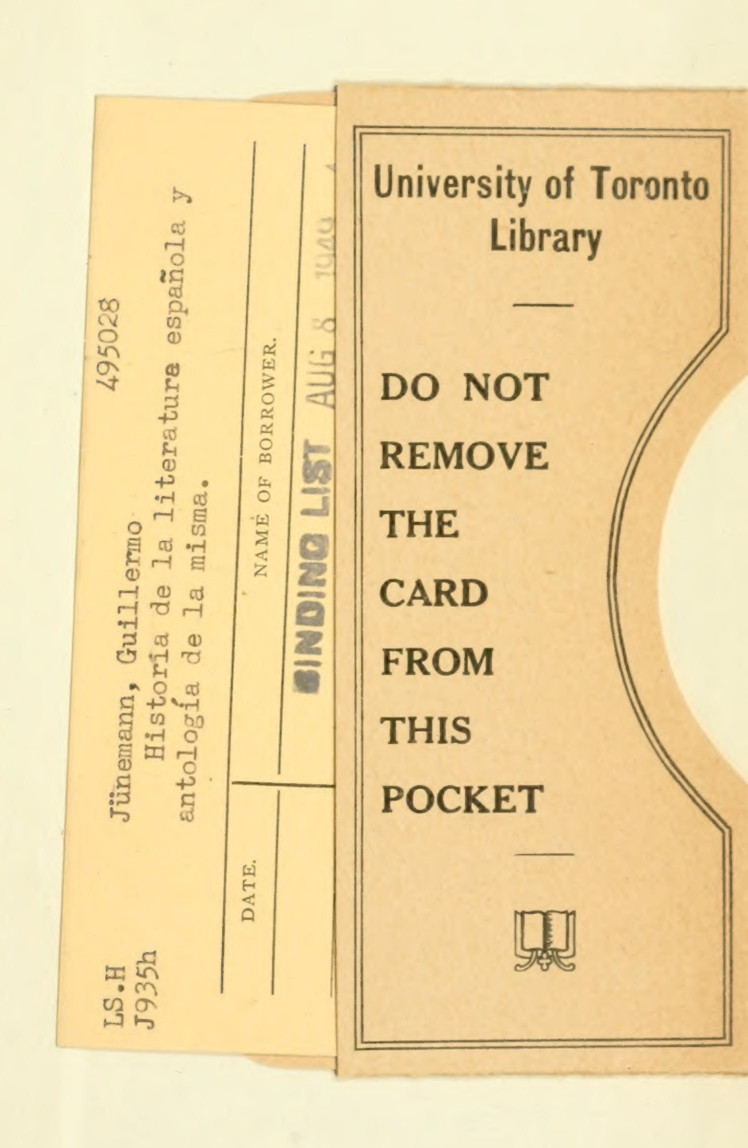
Don Baltasar. Señora...

Doña Matilde. ¡Ay de mí! —
Enrique, llora su muerte.
(Se desmaya; Enrique la sostiene.)

Don Baltasar. Morir del hombre es la suerte.
¡Dichoso el que muere así!

ÍNDICE ALFABÉTICO.

(A. = Antología.)


LS.H
J935h
Jünemann, Guillermo
495028
Historia de la literatura española y
antología de la misma.
DATE.
NAME OF BORROWER.
BINDING LIST AUG 8 1949
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

